

Georgette Heyer

El dandi

Lectulandia

A los veintinueve años, el acaudalado sir Richard Wyndham está a punto de someterse a los deseos de su familia y tomar una decisión postergada durante años: casarse. Naturalmente, un acontecimiento de tal magnitud bien merece alargar la velada en el club —y el consumo de brandy— un poco más de lo habitual, por lo que, de regreso a casa por las oscuras calles del centro de Londres, cuando ve a una chica descolgándose de una ventana con una cuerda hecha de sábanas, sir Richard no sabe si se trata de algo real o de una visión producto de sus excesos. La duda se disipa en un instante cuando Penelope Creed, una jovencita que también huye de un inminente matrimonio impuesto, cae literalmente en sus brazos.

Lectulandia

Georgette Heyer

El dandi

ePub r1.0

smonarde 17.10.13

Título original: *The corinthian*

Georgette Heyer, 1940

Traducción: Gemma Rovira Ortega

Ilustración de la cubierta: detalle de *Fan Flirtation* de Henry Gillard Glindoni

Editor digital: smonarde

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Un mayordomo acompañó a disgusto al grupo, compuesto por dos damas y un remisero caballero, al salón Amarillo de la casa de sir Richard Wyndham en St. James's Square. El caballero —que pese a no haber pasado la treintena ya mostraba una lamentable tendencia a engordar— debió de advertir la desaprobación del circunspecto mayordomo, pues cuando éste informó a la mayor de las mujeres que sir Richard no se hallaba en casa, lo miró contrito —no como un aristócrata a una persona de rango inferior, sino como un hombre indefenso mira a otro— y dijo en tono suplicante:

—En ese caso, ¿no cree usted, lady Wyndham...? Louisa, ¿no sería mejor que...? No vale la pena que entremos, ¿no te parece, querida?

Pero ni su esposa ni su suegra hicieron el menor caso de su aprensión.

—Si mi hermano ha salido, esperaremos hasta que regrese —declaró Louisa con brío.

—Tu pobre padre nunca se encontraba en casa cuando se lo necesitaba —se lamentó lady Wyndham—. Me desespera constatar que Richard cada día se le parece más —añadió, con un tono tan lacrimógeno que parecía dispuesta a echarse a llorar allí mismo, en la puerta de la casa de su hijo.

Lord George Trevor reparó con cierta inquietud en un pañuelo sujeto por una delgada y enguantada mano, y no puso más objeciones a adentrarse en el edificio detrás de las dos damas.

Lady Trevor rechazó los refrigerios que le ofrecieron y condujo a su madre hasta el salón Amarillo, donde la instaló cómodamente en un sofá de raso y anunció su intención de quedarse todo el santo día en St. James's Square si fuera necesario. George, que tenía una idea muy clara, producto de la afinidad, de cuáles serían las emociones de su cuñado al regresar a su residencia y descubrir que una delegación familiar la había sitiado, señaló con congoja:

—Mira, no creo que debamos quedarnos, en serio. Esto no me gusta nada. Os agradecería que desechais esa idea que se os ha metido en la cabeza.

Su esposa, que estaba entretenida quitándose los guantes de cabritilla de color azul lavanda, le lanzó una mirada de desdén no exenta de indulgencia.

—Mi querido George, quizá tú le tengas miedo a Richard, pero te aseguro que yo no.

—¿Que le tengo miedo? ¡En absoluto! Pero comprenderás que a un hombre hecho y derecho no le guste que se entrometan en sus asuntos. Además, es muy probable que se pregunte qué demonios pinto yo aquí, y no sabría qué responderle. Desearía no haber venido.

Louisa hizo caso omiso de su comentario, pues no consideraba que mereciera una

respuesta; y de hecho así era, pues dominaba a su esposo con mano férrea. Era una mujer atractiva, con un rostro que denotaba una gran decisión y cierto sentido del humor. Quizá no vistiera a la última moda, que decretaba que los vestidos de gasa veraniegos debían subrayar todos los encantos del cuerpo de una dama, pero sí con gran elegancia y corrección. Como tenía muy buena figura, los trajes de cintura alta, con canesú escotado y diminutas mangas abullonadas que imponía la moda del momento la favorecían sobremanera, y le sentaban mucho mejor que los pantalones ceñidos y la chaqueta de cola larga a su esposo.

La moda no estaba hecha para George. Las prendas que mejor le caían eran los calzones de gamuza y las botas hessianas, pero desgraciadamente era partidario del dandismo, y castigaba tanto a amigos como a familiares adoptando todo tipo de extravagancias en el vestir, dedicando tanto tiempo al arreglo de su fular como el propio señor Brummell y embutiendo su contorno en unos ajustados corsés que crujían cada vez que se movía si no se esmeraba muchísimo.

El tercer miembro del grupo, que se hallaba reclinado lánguidamente en el sofá de raso, era una dama dotada de tanta determinación como su hija, pero con una manera mucho más sutil de lograr que sus deseos fueran atendidos. La salud de lady Wyndham, que enviudara diez años atrás, era muy frágil. Sus delicados nervios no soportaban ni la más mínima oposición; y cualquiera que reparara en el pañuelo, la botellita de sales y la infusión de estrellamar que siempre la acompañaban habría tenido que ser muy estúpido para no interpretar el siniestro mensaje de esos elementos. De joven había sido una beldad; de mayor, todo en ella parecía haberse apagado: el cabello, las mejillas, los ojos e incluso la voz, que sonaba quejumbrosa, y tan débil que resultaba increíble que lograra hacerse oír. Como su hija, tenía muy buen gusto para vestir; y dado que su esposo le había legado una pensión sustanciosa, podía permitirse cultivar su afición por los más caros antojos de la moda sin reducir otros gastos. Eso no le impedía considerar que soportaba tremendas estrecheces, pero se las ingeniaba para lamentarse por sus apuros económicos sin padecer la menor privación, así como para ganarse la compasión de sus amigos haciendo hincapié en la injusticia del testamento de su difunto esposo, que dejara su inmensa fortuna a su único hijo varón. Sus amigos deducían que su pensión era una miseria.

Lady Wyndham, que vivía en una casa encantadora de Clarges Street, no podía entrar en la mansión de St. James's Square sin sentir una punzada de dolor, aunque no se trataba del antiguo domicilio familiar, como habría podido deducirse por las compungidas miradas que siempre lanzaba alrededor, pues su hijo la había adquirido hacía sólo un par de años. En vida de sir Edward, la familia residía en una casa mucho más grande —y por ello llena de inconvenientes— de Grosvenor Square. Al anunciar sir Richard que pensaba establecerse por su cuenta habían dejado la residencia familiar, y desde entonces lady Wyndham había podido llorar su pérdida

sin tener que sufrir más sus incomodidades. Pero por mucho que le gustara su hogar de Clarges Street, era lógico que no sobrelleva con serenidad el hecho de que su hijo habitara en una vivienda mucho más grande en St. James's Square; así que cuando le fallaban los demás motivos de queja, siempre volvía a ése, y decía, como en ese momento, con una vocecilla lastimera:

—No entiendo para qué quiere una casa tan grande.

Louisa, que también poseía una casa preciosa, además de una finca en Berkshire, no envidiaba en absoluto a su hermano.

—¿Qué importa eso, madre? —replicó—. Supongo que cuando la compró pensó que se casaría. ¿No crees, George?

Lord Trevor se sintió halagado de que su esposa requiriera su opinión, pero era un hombre sincero y concienzudo, y no podía afirmar que creyera que su cuñado se hubiera planteado casarse, ni cuando había comprado la casa ni en ningún otro momento.

Louisa se molestó.

—¡Bueno! —exclamó muy resuelta—. ¡Pues habrá que hacerle pensar en casarse!

—Ya sabéis que jamás pediría a mi hijo que hiciera nada que le resultara desagradable —afirmó lady Wyndham apartando de su nariz la botellita de sales—, pero desde hace años se da por hecho que Melissa Brandon y él sellarían la larga amistad que une a nuestras familias con el lazo nupcial.

George la miró con los ojos muy abiertos y lamentó no encontrarse lejos de allí.

—Si no quiere contraer matrimonio con Melissa, os aseguro que seré la última en defender esa unión —terció Louisa—. Pero ya va siendo hora de que se case con alguien, y si no ha encontrado a ninguna otra joven apropiada, tendrá que contentarse con la señorita Brandon.

—No me atrevería a mirar a lord Saar a la cara —se lamentó lady Wyndham, y se acercó de nuevo la botellita de sales a la nariz—. Ni a la pobre Emily. Tienen tres niñas casaderas, además de Melissa, y ninguna de ellas es más que pasable. A Sophia incluso le salen granos.

—No creo que Augusta sea un caso perdido —opinó Louisa—. Y Amelia podría mejorar con el tiempo.

—¡Amelia bizquea! —saltó George.

—Sólo un poquito y sólo de un ojo —lo corrigió Louisa—. Sin embargo, eso no debe preocuparnos. Melissa es una joven extraordinariamente bella. ¡Eso no puede negarse!

—Y de buena familia —añadió lady Wyndham—. De una de las mejores, de hecho.

—Se rumorea que Saar no aguantará cinco años más al ritmo que lleva —comentó George—. Se halla hipotecado hasta el cuello y está matándose a beber. Por

lo visto, su padre hizo lo mismo.

Las dos mujeres lo miraron con desaprobación.

—Espero, George, que no estés insinuando que Melissa le da a la botella —comentó su esposa.

—¡No, claro que no! ¡Dios mío, jamás se me ocurriría dar a entender una cosa así! Estoy convencido de que es una joven excelente. Pero no reprocho a Richard que no quiera casarse con ella —respondió George, desafiante—. Yo preferiría casarme con una estatua.

—He de admitir que es un tanto fría. Pero reconocerás que se encuentra en una situación muy delicada. Todos hemos dado siempre por hecho, desde que eran niños, que Richard y Melissa se casarían, y ella lo sabe muy bien. Y mi hermano se comporta de una forma espantosa. ¡Se me ha agotado la paciencia con él!

Aunque George sentía simpatía por su cuñado, sabía que habría resultado imprudente defenderlo, así que se contuvo.

—Por nada del mundo obligaría a mi único hijo varón a casarse contra su voluntad, pero vivo en vilo temiendo que un día aparezca por casa con alguna criatura espantosa de humilde cuna cogida de su brazo, y pretendiendo que le dé la bienvenida —aseguró lady Wyndham, optando por ponerse trágica.

El hombre se imaginó a su cuñado y dijo con reserva:

—La verdad, señora, es que no creo que haga nada semejante.

—George tiene razón —declaró Louisa—. Me sorprendería mucho que Richard se comportara así. La verdad es que parece inmune a los encantos femeninos. Es una tontería que desprecie al sexo opuesto, pero no cabe duda de que, por mucho que le desagraden las mujeres, tiene ciertas obligaciones con su familia y debe casarse. Me esforcé para presentarle a todas las jóvenes casaderas de la ciudad, pues no tengo ningún interés especial en que contraiga matrimonio con la señorita Brandon. ¿Y qué ha hecho él? Las menospreció a todas. Así que tendrá que contentarse con Melissa.

—Richard cree que a ellas solamente les interesa su dinero —aventuró George.

—Es posible que sea cierto. Pero ¿qué tiene que ver? No irás a decirme que mi hermano es una persona muy romántica, ¿verdad?

No, George hubo de admitir que su cuñado no lo era en absoluto.

—Si lo veo adecuadamente casado, podré morir satisfecha —sentenció lady Wyndham, que tenía intención de vivir como mínimo treinta años más—. Su actitud está causando gran aprensión a su pobre madre.

—¡No diga eso, señora! ¡En serio, no lo diga! Richard no tiene mala intención, créame —protestó el leal George.

—¡Me saca de mis casillas! —exclamó Louisa—. Lo quiero muchísimo, pero lo desprecio profundamente. Es la verdad, y no me importa que me oigan. Lo único que le importa es el nudo de su fular, el brillo de sus botas y la mezcla de su rapé.

—¡Y sus caballos! —añadió lord Trevor con tristeza.

—¡Ah, sí! ¡Sus caballos! ¡Ya lo creo! Admitamos que es un conductor excelente. Ganó a sir John Lade en la carrera hasta Brighton. Una hazaña considerable, desde luego.

—Y muy hábil con los puños —apuntó George bajando el tono.

—Quizá tú admires a un hombre por frecuentar el Jackson's Saloon y el Cribb's Parlour, ¡pero yo no!

—No, querida. ¡Claro que no!

—Y estoy segura de que no ves nada censurable en su adicción al juego. Pero sé de muy buena tinta que perdió tres mil libras en una sola noche en Almack's.

Lady Wyndham soltó un gemido al tiempo que se daba unos toquecitos en los ojos con el pañuelo.

—¡Ay, no! ¡No digas eso!

—Sí, pero es tan rico que no tiene ninguna importancia —observó George.

—El matrimonio pondrá fin a semejantes frivolidades —dictaminó Louisa.

El deprimente cuadro que conjuró esa afirmación hizo que lord Trevor enmudeciera.

—Sólo una madre podría entender mis ansiedades —aseguró lady Wyndham con un tono cargado de misterio—. Richard se encuentra en una edad peligrosa, y vivo en temor constante por lo que podría hacer.

George abrió la boca, reparó en cómo lo miraba su esposa, volvió a cerrarla y, compungido, tiró de su fular.

Entonces se abrió la puerta y apareció un dandi en el umbral, que observó con cinismo a sus parientes.

—Os ruego me disculpéis —se excusó, con aire entre aburrido y gentil—. A sus pies, señora. Louisa, querida. Y mi pobre George. ¿Nos habíamos citado?

—¡Por lo visto no! —saltó Louisa, furiosa.

—No, no nos esperabas —intervino lord Trevor heroicamente—. Es decir, se les metió en la cabeza... ¡y no pude impedirselo!

—Ya me lo parecía —replicó el dandi, cerrando la puerta a su espalda—. Pero ya sabéis que tengo una memoria... lamentable —añadió.

George miró a su cuñado de pies a cabeza y se estremeció.

—¡Dios mío, Richard! ¡Me encanta! ¡Qué chaqueta tan elegante, por mi honor! ¿Quién te la ha confeccionado?

Sir Richard levantó un brazo y se miró el puño.

—Weston, George. Weston.

—¡George! —exclamó Louisa.

Sir Richard esbozó una sonrisa, cruzó la habitación hasta llegar junto a su madre, que le tendió una mano, y se inclinó sobre ella con lánguida elegancia, rozándola

apenas con los labios.

—Te ruego me disculpes, madre —insistió—. Espero que el servicio te haya atendido... bueno, que os haya atendido bien a todos. —Paseó una mirada indolente por la habitación—. George, hazme el favor de tirar de la campanilla, querido amigo; estás más cerca que yo.

—No nos apetece ningún refrigerio, Richard. Muchas gracias —dijo Louisa.

La débil y dulce sonrisa que compuso su hermano la hizo enmudecer como ninguna de las objeciones de su esposo lo había hecho jamás.

—Te equivocas, querida hermana. Te aseguro que te equivocas. Es obvio que George necesita urgentemente un... reconstituyente. Sí, Jeffries, he llamado. El Madeira. ¡Ah! Y un poco de ratafía, por favor.

—¡Oh, Richard! ¡Ése es el mejor Cascada que he visto en mi vida! —exclamó George, con la mirada fija en el intrincado nudo del fular del dandi.

—Me halagas, George, me temo que me halagas.

—¡Bah! —exclamó Louisa con brusquedad.

—Exactamente, querida Louisa —concedió sir Richard, cordial.

—No intentes provocarme, hermano —replicó ella con tono amenazante—. Reconozco que tu aspecto es impecable.

—Hago lo que puedo —murmuró el dandi.

—¡Te mereces un bofetón! —declaró Louisa, tomando aire.

La sonrisa de su hermano se ensanchó revelando parte de una dentadura blanca y perfecta.

—No creo que pudieras dármelo, querida.

George soltó una risita.

—¡Cállate, George! —le ordenó su esposa, fulminándolo con la mirada.

—Admito —concedió lady Wyndham, incapaz de sofocar su orgullo materno— que no hay nadie (excepto el señor Brummell, por supuesto) que tenga tan buen aspecto como tú, Richard.

Su hijo inclinó la cabeza, pero no parecía demasiado eufórico por ese elogio, que seguramente consideraba inevitable. Era un destacado dandi, el vivo retrato del «hombre elegante», desde su peinado «al viento» (el estilo más difícil de conseguir) hasta las punteras de sus relucientes botas hessianas. La chaqueta, de tela extrafina, se adaptaba a sus hombros a la perfección; el fular, que tanta admiración había despertado en George, estaba anudado por manos maestras; el chaleco, elegido con excelente gusto; los pantalones ajustados, de color beis, no tenían ni una sola arruga; y George sospechaba que sus hessianas con las vistosas borlas doradas, hechas a medida en Hoby, estaban lustradas con una mezcla de betún y champán. Llevaba un monóculo colgado de una cinta negra alrededor del cuello, una leontina en la cintura y, en una mano, una caja de Sèvres de rapé. Lo envolvía un aura de indolencia

indescriptible, mas ni el traje mejor confeccionado ni su aire de afectado descuido habrían podido disimular los músculos de sus piernas ni sus fuertes hombros. Sobre las puntas almidonadas del cuello de la camisa, el rostro atractivo y cansado de sir Richard traslucía un profundo desencanto. Los gruesos párpados caían sobre unos ojos grises e inteligentes, pero que sólo parecían encontrar vanidad alrededor; y la sonrisa que apenas insinuaban sus labios daba la impresión de burlarse de la insensatez de la gente.

Jeffries volvió a la sala con una bandeja, que dejó sobre una mesilla. Louisa rechazó el refrigerio, pero lady Wyndham lo aceptó, así que George, envalentonado por la debilidad de su suegra, tomó una copa de Madeira.

—Supongo que estarás preguntándote a qué hemos venido —dijo Louisa.

—Nunca pierdo el tiempo con especulaciones inútiles —replicó sir Richard de forma cordial—. Estoy seguro de que vas a decírmelo enseguida.

—Nuestra madre y yo hemos venido a hablar contigo de tu boda —explicó Louisa jugándose el todo por el todo.

—¿Y de qué ha venido a hablarme George? —preguntó el dandi.

—¡De lo mismo, por supuesto!

—¡No! —se apresuró a desmentir lord Trevor—. Ya os dije que no quería tener nada que ver con esto. ¡No quería venir!

—Sírvete un poco más de Madeira —le ofreció sir Richard en tono tranquilizador.

—Gracias, sí, me serviré otra copa. Pero te ruego que no pienses que vine para darte la lata sobre algo que no es de mi incumbencia.

—¡Richard! —exclamó lady Wyndham, muy seria—. ¡No me atrevo a mirar a Saar a la cara!

—¿Tan mal está? —repuso su hijo—. Hace semanas que no lo veo, pero no me sorprende en absoluto. Creo que he oído algún rumor, no recuerdo de quién. Le ha dado por el brandy, ¿verdad?

—A veces pienso que no tienes ni pizca de sensibilidad —le reprochó lady Wyndham.

—Mi hermano sólo intenta provocarte. Richard, sabes muy bien a qué se refiere nuestra madre. ¿Cuándo has previsto proponer matrimonio a Melissa?

Se hizo un breve silencio. Sir Richard dejó su copa de vino vacía en la mesa y acarició con un largo dedo los pétalos de una flor que había en un cuenco.

—Este año, el año que viene, algún día... O nunca, mi querida Louisa.

—Estoy segura de que Melissa considera que ya estáis comprometidos —replicó su hermana.

Sir Richard, que se había quedado mirando la flor que tenía bajo la mano, al oír ese comentario observó a Louisa con extraño interés.

—Ah, ¿sí?

—¿Acaso te sorprende? Sabes muy bien que nuestro padre y lord Saar lo acordaron hace muchos años.

Los párpados de sir Richard volvieron a caer.

—¡Qué medieval! —suspiró.

—¡No me malinterpretes, Richard! Si no te gusta Melissa, no hay más que hablar. Pero sí te agrada, o al menos jamás te oí decir lo contrario. Lo que nuestra madre y yo pensamos, y también George, es que ya va siendo hora de que sientes la cabeza.

—*Et tu, Brute?* —preguntó sir Richard, mirando a lord Trevor con aflicción.

—¡Juro que nunca dije eso! —declaró George atragantándose con el Madeira—. Todo esto es idea de Louisa. Aunque es posible que le diera la razón... Ya conoces a tu hermana, Richard.

—Sí, la conozco —afirmó su cuñado exhalando un suspiro—. ¿Y tú también, madre?

—¡Ay, Richard! Sólo sueño con verte felizmente casado y rodeado de críos —aseguró lady Wyndham con voz temblorosa.

Un ligero pero revelador estremecimiento sacudió al dandi.

—Rodeado de críos... Sí. Exacto. Continúa, te lo ruego.

—Se lo debes a tu apellido —prosiguió su madre—. Eres el último Wyndham, porque no creo que tu tío Lucius se case a estas alturas. Y Melissa es una muchacha encantadora, la esposa perfecta para ti. Tan hermosa, distinguida... Buena familia, buena educación... ¡lo tiene todo!

—Disculpa, madre, pero ¿incluyes a Saar y Cedric, por no mencionar a Beverley, en el conjunto?

—¡Eso es exactamente lo que yo digo! —intervino George—. «Me parece todo muy bien», les dije, «y si un hombre decide casarse con un iceberg, no tengo nada que objetar, pero no puede afirmarse que Saar sea un suegro deseable, de ninguna manera. Y en cuanto a los encantadores hermanos de la joven, ¡arruinarán a Richard en un año!».

—¡Bobadas! —lo contradijo Louisa—. Se sobrentiende que mi hermano llegaría a un acuerdo favorable, por supuesto. Pero respecto a eso de que cargue con las deudas de Cedric y Beverley, estoy segura de que no tendría por qué hacerlo.

—Me consuelas, Louisa —reconoció sir Richard.

—Creo que ha llegado la hora de que hablemos con franqueza, Richard —propuso su hermana, mirándolo con cierto cariño—. Dentro de poco la gente empezará a comentar que estás jugando con Melissa, porque no ignorarás que el acuerdo entre vosotros dos es un secreto a voces. Si hubieras decidido casarte con otra mujer hace cinco o diez años, todo sería diferente. Pero, que yo sepa, nunca te has comprometido con nadie, y aquí estás, a punto de cumplir los treinta, como pretendiente de Melissa Brandon y sin nada acordado.

Pese a estar completamente de acuerdo con su hija, llegado ese momento, lady Wyndham sintió el impulso de defender a su vástago, y lo hizo recordándole a Louisa que Richard sólo tenía veintinueve años.

—Madre, Richard cumplirá los treinta en menos de seis meses, porque yo —añadió con decisión— acabo de cumplir treinta y uno.

—¡Me conmueves, Louisa! —terció sir Richard—. Sólo el más profundo amor fraterno podría haberte arrancado esa confesión.

—No tiene ni pizca de gracia —repuso su hermana con toda la severidad de que fue capaz, pero sin contener una sonrisa—. Ya no estás en la primera juventud, y sabes tan bien como yo que tu deber es plantearte seriamente el matrimonio.

—Qué curioso resulta —caviló sir Richard— que el deber de uno tenga que ser siempre tan desagradable.

—Ya lo sé —convino George, suspirando—. Tienes toda la razón.

—¡Bah! ¡Bobadas! ¡Cuántas vueltas dais a un asunto tan sencillo! —exclamó Louisa—. Mira, si te presionara para que te casaras con una muchacha romántica que pretendiera que la cortejaras todo el día, y que se echara a llorar cada vez que quisieras divertirte sin ella, tendrías motivos para quejarte. Pero Melissa (de acuerdo, sí, es un iceberg, George, pero ¿acaso Richard no lo es también?), Melissa, como decía, nunca te asediaría de esa forma.

Su hermano le dirigió una inescrutable mirada. Luego se acercó a la mesa y se sirvió otra copa de Madeira.

—Bueno, supongo que no quieres que ella se cuelgue de tu cuello, ¿no? —soltó Louisa a la defensiva.

—No, en absoluto.

—Y no estarás enamorado de otra mujer, ¿verdad?

—Pues no.

—¡Estupendo! Sin duda, si tuvieras por costumbre enamorarte y desenamorarte sin cesar, sería diferente. Pero, sinceramente, eres el hombre más frío, indiferente y egoísta que existe, así que Melissa será una excelente compañera para ti.

—¡Sírvete, George, sírvete! —lo animó sir Richard señalando el Madeira, ante los sonidos inarticulados de protesta que emitiera lord Trevor.

—No me parece bien que hables a tu hermano de ese modo —puntualizó lady Wyndham—. No voy a negar que seas egoísta, querido hijo. Te lo he repetido infinidad de veces. Pero eso le ocurre a la mayoría de la gente. Allá donde mires sólo encuentras ingratitud.

—Si he sido injusta con Richard, no tengo ningún inconveniente en pedirle disculpas —admitió Louisa.

—Agradezco tus nobles palabras, querida hermana. No me has tratado injustamente. No pongas esa cara, George; tu compasión de nada me sirve, te lo

aseguro. Dime, Louisa: ¿tienes algún motivo para suponer que Melissa espera que... la corteje?

—Por supuesto que sí. ¡Lleva cinco años esperándolo!

—¡Pobrecilla! —exclamó el dandi, sobresaltado—. Debo de haber sido de todo punto obtuso.

Su madre y su hermana se miraron.

—¿Significa eso que vas a pensar en casarte? —preguntó Louisa.

—Supongo que podríamos expresarlo así —repuso sir Richard observándola con gesto pensativo.

—En tu lugar —intervino George desafiando a su esposa— buscaría a otra joven casadera. ¡Dios mío, hay docenas por toda la ciudad! Es más, vi con mis propios ojos a muchas lanzándote indirectas. Jóvenes hermosas, además; pero nunca te fijas en ellas, ¡eres un ingrato!

—Sí me fijo —lo contradijo sir Richard sonriendo.

—¿Es imprescindible que George sea tan vulgar? —preguntó lady Wyndham con aire trágico.

—¡Calla, George! Y en cuanto a ti, Richard, considero muy absurdo que adoptes esa actitud. Es evidente que eres el mejor partido del mercado (sí, madre, esto también es vulgar, te ruego me perdones), pero tienes una pobre opinión de ti mismo si piensas que tu fortuna es lo único que suscita interés en las mujeres. Eres guapo (en fin, no creo que nadie se atreva a negar que tu aspecto resulta agradable); y cuando te tomas la molestia de mostrarte complaciente, no hay nada en tus modales que pueda disgustar ni a la persona más exigente.

—Conseguirás turbarme con tus elogios, Louisa —reconoció su hermano, emocionado.

—Hablo muy en serio. Iba a añadir que sueles estropear el conjunto con tu peculiar malhumor. No sé cómo pretendes atraer a una joven cuando nunca das la menor señal de interesarte por ninguna. No digo que seas maleducado, pero te muestras tan lánguido y reservado que no es de extrañar que ahuyentes a cualquier mujer un poco sensible.

—Sí, soy un caso perdido —concedió él.

—Si quieres saber lo que pienso (y dudo de que lo desees, así que no es necesario que contestes), creo que eres un malcriado. Posees una gran fortuna, has hecho cuanto te ha venido en gana antes de cumplir los treinta, te han perseguido sin excepción las madres casamenteras de la ciudad, estás rodeado de aduladores y te lo han consentido todo. El resultado es que estás muerto de aburrimiento. ¡Ya está! Ya lo he dicho, y aunque no me lo agradezcas, deberás admitir que tengo razón.

—Desde luego —reconoció Richard—. Toda la razón, Louisa.

—Bueno, te aconsejo que te cases y sientes la cabeza —añadió su hermana,

levantándose—. ¡Vamos, madre! Hemos dicho cuanto debíamos, y ya sabes que tenemos que pasar por Brook Street de camino a casa. ¿Vienes con nosotros, George?

—No —contestó lord Trevor—. No me apetece. Creo que iré paseando hasta White's.

—Como prefieras, querido —replicó Louisa mientras volvía a ponerse los guantes.

Después de acompañar a las mujeres al birlocho que las esperaba en la calle, George no se marchó enseguida a su club, sino que entró de nuevo con su cuñado en la casa. Guardó silencio hasta que no hubo cerca ningún sirviente que pudiera oírlos.

—¡Mujeres! —exclamó al fin, dirigiendo una elocuente mirada a su cuñado.

—Sí —se limitó a corroborar sir Richard.

—¿Sabes qué haría en tu lugar, querido amigo?

—Sí.

—¡Maldita sea! ¡No puedes saberlo! —exclamó George, desconcertado.

—Harías exactamente lo que voy a hacer.

—¿Y qué vas a hacer?

—Proponerle matrimonio a Melissa Brandon, por supuesto.

—Pues yo no lo haría —aseguró George con vehemencia—. ¡No me casaría con esa mujer por nada del mundo! Buscaría una candidata más tierna y agradable, eso haría.

—La candidata más tierna y agradable que conozco nunca se mostró más tierna y agradable que cuando quiso desatar los cordones de mi portamonedas —comentó el dandi con cinismo.

—¡Qué lástima! —reconoció George, sacudiendo la cabeza—. Comprendo que eso baste para amargar a cualquiera. Pero tu hermana tiene razón: deberías casarte. No puedes dejar que se pierda tu apellido. —Entonces tuvo una idea y añadió—: Supongo que no te importaría hacer correr el rumor de que te has arruinado.

—No. No me importaría.

—Una vez leí la historia de un tipo que se marchó a un lugar donde nadie lo conocía. Estaba forrado; era un conde extranjero, si mal no recuerdo. Pues bien, una muchacha se enamoró de él sin saber que era propietario de una fortuna inmensa.

—Ya.

—¿No te gusta la idea? —George se frotó la nariz, un tanto alicaído—. ¡Pues no se me ocurre otra!

Todavía estaba dándole vueltas al asunto cuando el mayordomo anunció al señor Wyndham, y un caballero alto, corpulento y de aspecto simpático entró en la sala.

—¡Hola, George! ¿Estás aquí? —saludó alegremente—. Ricky, chico, tu madre vino a verme otra vez, maldita sea. Me hizo prometer que te visitaría, aunque no sé qué demonios espera de mí.

—No te molestes en contármelo —repuso sir Richard cansinamente—. Ya he sufrido la visita de mi madre y de Louisa.

—Lo siento por ti, hijo mío, y si quieres que te dé un consejo, cástate con esa moza y asunto zanjado. ¿Qué es eso de ahí? ¿Madeira? Tomaré una copita.

Sir Richard se la sirvió. El señor Wyndham se sentó en una butaca enorme, estiró las piernas y alzó la copa.

—¡Por el novio! —brindó con una risita—. ¡No estés triste, sobrinito! ¡Piensa en lo feliz que vas a hacer a Saar!

—Maldita sea —refunfuñó sir Richard—. Si fueras mínimamente decente, Lucius, te habrías casado hace cincuenta años y habrías tenido un montón de hijos. Admito que es una imagen espeluznante, pero al menos ahora yo no tendría que representar el papel del Sacrificio Familiar.

—Hace cincuenta años —repuso su tío, indiferente a esos insultos— todavía llevaba pañales. Este vino no está nada mal, Ricky. Por cierto, me han dicho que el joven Beverley Brandon está endeudado hasta las cejas. Si te casas con esa joven, te convertirás en un benefactor público. Así que será mejor que tu abogado se ocupe de los acuerdos. Apuesto a que Saar intentará chuparte la sangre. ¿Qué te pasa, George? ¿Tienes dolor de muelas?

—Esto no me gusta nada —reconoció lord Trevor—. Se lo dije a Louisa desde el principio, pero ya sabe usted cómo son las mujeres. Jamás me casaría con Melissa Brandon, aunque fuera la única mujer soltera del planeta.

—¿Por qué? —preguntó Lucius con gesto aprensivo—. No es la de los granos, ¿verdad?

—No, ésa es Sophia.

—¡Ah, bueno! Entonces no hay de qué preocuparse. Cástate con ella, Ricky; si no lo haces, no te dejarán en paz. Sírrete otra copa, George, y volveremos a brindar.

—¿Por qué brindamos esta vez? —preguntó sir Richard llenando de nuevo las copas.

—Por un montón de críos como tú, sobrinito —propuso su tío, sonriente.

Capítulo 2

Lord Saar vivía en Brook Street con su esposa, dos hijos y cuatro hijas. Sir Richard Wyndham fue en coche a la casa de su futuro suegro veinticuatro horas después de la entrevista con su madre, y tuvo la suerte de que Saar no se encontrara allí y de que el mayordomo le informara de que lady Saar había ido a Bath con la honorable Sophia. Lo recibió el honorable Cedric Brandon, un joven tarambana de costumbres lamentables y pésimos modales.

—¡Ricky, amigo mío! —exclamó el honorable Cedric, y se llevó a sir Richard a un saloncito de la parte trasera de la casa—. ¡No me digas que has venido a pedir la mano de Melissa! Dicen que las buenas noticias no matan a nadie, pero nunca hago caso de los rumores. Mi padre asegura que estamos al borde de la ruina. Si me prestas el dinero, amigo mío, me alistaré en el ejército y me iré a la Península, te lo prometo. Pero oye, Ricky, ¿estás escuchándome? —Miró con ansiedad a sir Richard y, satisfecho con la atención que le prestaba su interlocutor, dijo solemnemente, apuntándole con el índice—: ¡No lo hagas! Créeme: no hay fortuna lo bastante grande para saldar nuestras deudas. ¡No te dejes engatusar por Beverley! Se cuenta que Fox dilapidó una fortuna antes de cumplir los veintiuno. Pues bien, te aseguro que Fox no puede compararse con Bev. Entre nosotros, Ricky: el viejo se ha dado a la bebida. ¡Chis! ¡No digas ni una palabra! ¡No debería hablar así de mi propio padre! Pero huye, Ricky. Es lo único que puedo aconsejarte: huye.

—¿Te alistarías en el ejército si te diera el dinero?

—Sobrio sí; borracho no —contestó Cedric esbozando su encantadora sonrisa—. Ahora estoy del todo sobrio, pero no lo estaré mucho tiempo. No me des ni un céntimo, amigo mío. Y tampoco a Bev. Mi hermano no es de fiar. Yo lo soy cuando estoy sobrio, pero no suelo estarlo más de seis horas al día, así que ya te he prevenido. Me voy. He hecho cuanto he podido por ti, porque me caes bien, Ricky; pero si pese a mis consejos tomas el camino de la perdición, me lavaré las manos. Mejor dicho: viviré a tu costa el resto de mi vida. ¡Imagínatelo, querido amigo, imagínatelo! Bev y un servidor en la puerta de tu casa seis días a la semana, destrozados y con los bolsillos vacíos: exigencias, amenazas, tu esposa llorando... ¡No tendrás más remedio que pagar! ¡No lo hagas! La verdad es que no nos lo merecemos.

—¡Espera! —exclamó sir Richard cerrándole el paso—. Si pago tus deudas, ¿te irás a la Península?

—Ricky, ahora el que está borracho eres tú. ¡Vete a casa!

—¡Piensa en lo bien que te sentaría el uniforme de húsar, Cedric!

Una sonrisa pícara se reflejó en los ojos de su amigo.

—¡Ya lo creo! Pero ahora he de ir a Hyde Park. ¡Apártate! Tengo una cita muy

importante. He apostado por un ganso que va a correr una carrera de cien metros contra un pavo. ¡Debe ganar! ¡Es el acontecimiento deportivo de la temporada!

Cedric se marchó, y sir Richard, en lugar de huir como aquél le había aconsejado, se quedó a la espera de que lo recibiera la honorable Melissa Brandon.

La joven no se hizo de rogar mucho. Un lacayo fue a buscarlo y lo invitó a subir al piso de arriba, así que sir Richard lo siguió por la ancha escalera hasta el saloncito del primer piso.

Melissa Brandon era una joven atractiva y morena, de algo más de veinticinco años. Tenía un perfil impecable, pero vista de frente se apreciaba que sus ojos eran demasiado duros para resultar hermosos. En sus primeras temporadas no le habían faltado los pretendientes, pero ninguno de los caballeros que se sintiera atraído por su indudable hermosura había dado la talla, como solía repetir su insolente hermano mayor. Al inclinarse sobre la mano de Melissa, sir Richard recordó la comparación que George hiciera con un iceberg, pero la apartó enseguida de su obediente mente.

—¿Y bien, Richard?

La voz de Melissa era fría e indiferente, y su sonrisa parecía más una cortesía mecánica que una espontánea expresión de alegría.

—¿Cómo estás, Melissa? —preguntó él con formalidad.

—Muy bien, gracias. Siéntate, por favor. Supongo que has venido a hablar de nuestra boda.

—¡Caramba! —exclamó sir Richard con cierta sorpresa, enarcando ligeramente las cejas—. Veo que alguien no ha perdido el tiempo.

Melissa, que estaba bordando, siguió manejando la aguja con total serenidad.

—No nos andemos por las ramas —propuso—. Ya no soy ninguna cría, y a ti se te considera un hombre sensato.

—¿Fuiste alguna vez una cría?

—Creo que no. No tengo paciencia para esas tonterías. Ni soy una persona romántica. En ese sentido, estamos hechos el uno para el otro.

—¿Tú crees? —repuso sir Richard balanceando con suavidad su monóculo.

—¡Pues claro! —confirmó ella con desenvoltura—. Espero que no te hayas vuelto sentimental. Sería absurdo.

—La senilidad suele ir acompañada de cierto sentimentalismo. O eso me dijeron.

—A nosotros eso no nos concierne. Te tengo mucho aprecio, Richard, pero no me gusta esa tendencia tuya a tomártelo todo a broma. Yo soy más seria.

—Entonces, en ese sentido no estamos hechos el uno para el otro.

—No considero que esa objeción sea insuperable. Al fin y al cabo, la vida que has elegido llevar hasta ahora no te ha permitido reflexionar con seriedad. Supongo que con el tiempo te volverás más formal, pues no te falta sentido común. Eso, sin embargo, debemos dejarlo para el futuro. En cualquier caso, no soy tan poco

razonable para pensar que nuestras diferencias de carácter supongan una barrera infranqueable para nuestra boda.

—Melissa, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Por supuesto —repuso ella, alzando la cabeza—. ¿Qué quieres saber?

—¿Alguna vez has estado enamorada?

—No —respondió la joven, y se ruborizó ligeramente—. Y por lo que he visto, me alegro de ello. Las personas que se hallan bajo el influjo de fuertes emociones tienen algo de extremadamente vulgar. No digo que esté mal, pero creo que soy más exigente que la mayoría, y encuentro de todo punto desagradables a esos sujetos.

—¿Y no contemplas la posibilidad de... enamorarte en el futuro?

—¡Mi querido Richard! ¿De quién quieres que me enamore?

—De mí, por ejemplo.

—¡No seas absurdo! —exclamó ella, riendo—. Si te dijeron que convendría que me cortejaras, permíteme decirte que te aconsejaron mal. El nuestro sería un matrimonio de conveniencia. Yo no me plantearía nada distinto. Siento aprecio por ti, pero no eres la clase de hombre capaz de despertar pasiones más intensas en mi pecho. Sin embargo, no veo por qué habríamos de preocuparnos por eso. Si tú fueras romántico, las cosas serían diferentes.

—Me temo que debo de serlo mucho.

—Supongo que estás bromeando otra vez —replicó ella encogiéndose de hombros.

—No, en absoluto. Soy tan romántico que sueño con la posibilidad de que alguna mujer (sin duda imaginaria) pueda querer casarse conmigo no porque yo sea un hombre muy rico, sino porque me ame, y perdóname la vulgaridad.

—Suponía que habías superado la edad de la rimbombancia, Richard —replicó Melissa, adoptando un aire desdeñoso—. No tengo nada en contra del amor pero, sinceramente, considero que ambos nos hallamos por encima de ese tipo de matrimonios. ¡Cualquiera diría que estuviste codeándote con la burguesía en el balneario de Islington o en algún lugar parecido! Yo no olvido que soy una Brandon; supongo que somos un poco orgullosos, por fortuna.

—Confieso que ése es un aspecto de la situación que no se me había ocurrido —admitió sir Richard con aspereza.

—Pero ¡cómo es posible! —exclamó ella, asombrada—. ¡Creía que todo el mundo conocía el valor que los Brandon otorgamos a nuestro apellido, a nuestro linaje, a nuestra tradición!

—No quisiera herir tus sentimientos, Melissa, pero el espectáculo de una mujer con tu apellido, tu linaje y tu tradición ofreciéndose a sangre fría al mejor postor no es precisamente una muestra de su orgullo.

—¡Pareces un actor dramático! Mi deber con mi familia es casarme con un

hombre respetable, pero permíteme asegurarte que ni siquiera eso me haría rebajarme hasta contraer matrimonio con alguien de una clase inferior a la mía.

—¡Ah, eso sí que es orgullo! —exclamó sir Richard esbozando una sonrisa.

—No te entiendo. Sin duda no ignoras que los asuntos de mi padre se encuentran en... bueno, no sé cómo explicarlo...

—Lo sé —afirmó él con cordialidad—. Y me doy cuenta de que yo tendría el privilegio de... resolver los asuntos de lord Saar.

—¡Por supuesto! —replicó Melissa, abandonando su escultural serenidad—. ¡Eso es lo único que me persuadió de aceptar tu proposición!

—Estamos entrando en terreno delicado —aseguró él contemplando con aire pensativo la puntera de una de sus hessianas—. Ya que hablamos con franqueza, querida Melissa, permíteme señalar que todavía no he pedido tu mano.

—Me sorprendería mucho que pasaras por alto todas las normas del decoro y me hicieras esa proposición a mí directamente —replicó la joven con frialdad, sin inmutarse por el desaire—. Nosotros no pertenecemos a ese mundo. Sin duda solicitarás una entrevista con mi padre.

—¿Lo haré?

—Supongo que sí, desde luego —respondió la joven al tiempo que cortaba el hilo—. Conozco tus circunstancias tan bien como tú las mías. Si no te importa que te lo diga sin rodeos, eres afortunado por proponer matrimonio a una Brandon. —Él la miró meditabundo, pero no hizo ningún comentario. Tras una pausa, ella añadió—: Respecto al futuro, no creo que ninguno de los dos le exija mucho al otro. Tú tienes tus distracciones, que no me interesan; y aunque censure tu afición al pugilismo, a las carreras de carrocines y al *basset*...

—Al faraón —la corrigió él.

—Pues al faraón, da lo mismo; por mucho que censure esas aficiones absurdas, decía, no tengo intención de interferir en ellas.

—Eres muy comprensiva. En suma, Melissa, puedo hacer lo que se me antoje siempre y cuando te entregue mi portamonedas, ¿no es así?

—Eso sí que es hablar sin rodeos —repuso ella sin alterarse. Dobló su bordado y lo guardó—. Mi padre está esperando tu visita. Lamentará saber que viniste cuando él no se hallaba en casa. Regresará mañana; lo encontrarás si te presentas a las... ¿once en punto?

—Gracias, Melissa —dijo sir Richard levantándose—. Tengo la impresión de que no he perdido el tiempo, aunque lord Saar no estuviera aquí para recibirme.

—Eso espero —repuso ella tendiéndole una mano—. Bueno, creo que hemos mantenido una charla muy fructífera. Supongo que me consideras insensible, pero deberás admitir que no me he rebajado a fingir, lo cual sería impropio de mí. Nuestra situación es peculiar, y por eso vencí mi reticencia a discutir contigo el asunto de

nuestra boda. Llevamos cinco años, o más, prácticamente prometidos.

Él le cogió la mano.

—¿De verdad considerabas que estábamos prometidos?

—Desde luego —aseguró Melissa, y por primera vez en toda la entrevista no lo miró a los ojos.

—Entiendo. —Y a continuación abandonó la sala.

Esa noche, sir Richard apareció tarde en Almack's. Ninguna de las personas que tuvieron ocasión de admirar su impecable aspecto, o de oírlo hablar en aquel tono indolente, podría haber adivinado que al día siguiente iba a tomar la decisión más importante de su vida. Sólo su tío, que llegó al club pasada la medianoche y reparó en la cantidad de copas vacías que el joven tenía a su lado, intuyó que la suerte estaba echada. Comentó a George Trevor, con quien se topó cuando éste se levantaba de la mesa de *basset*, que Ricky estaba bebiendo mucho.

—Todavía no he hablado con él —dijo lord Trevor, empezando a inquietarse—. ¿Insinúas que ya pidió en matrimonio a Melissa?

—No insinúo nada —repuso Lucius—. Lo único que digo es que está bebiendo como un cosaco y que va a pillar una cogorza de miedo.

George, preocupado, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para atraer la atención de su cuñado. Lo que no ocurrió hasta cerca de las tres, cuando sir Richard se levantó por fin de la mesa de faraón, y a esas alturas no estaba de humor para mantener conversaciones privadas. Había perdido una suma considerable de dinero y trasegado muchísimo coñac, pero ninguna de esas circunstancias lo preocupaba.

—¿No ha habido suerte, Ricky? —le preguntó su tío.

La mirada de su sobrino, un tanto empañada, no estaba exenta de inteligencia.

—Con las cartas no, Lucius. Pero ya sabes lo que reza el refrán.

George no ignoraba que sir Richard aguantaba la bebida mejor que cualquier otra persona que conociera, pero lo alarmó el deje de temeridad de su tono.

—Me gustaría hablar un momento contigo —comentó en voz baja tirándole de la manga.

—Querido George... ¡Queridísimo George! —exclamó sir Richard sonriendo con afabilidad—. Habrás notado que no estoy del todo... sobrio. Esta noche preferiría no hablar con nadie.

—En ese caso, pasaré a verte por la mañana —repuso George, olvidando que ya era casi de día.

—Mañana por la mañana tendré un dolor de cabeza espantoso. —Y salió del club con el sombrero ladeado y su bastón de ébano bajo un brazo. Rechazó el ofrecimiento que le hizo el portero de llamar un coche, y explicó con dulzura—: Estoy completamente borracho, así que iré caminando.

El portero sonrió. Había visto a muchos caballeros en todas las etapas de la embriaguez, y no creía que sir Richard, que hablaba sin apenas ganguear y que andaba completamente derecho, estuviera en apuros. De no ser porque lo conocía muy bien, no habría notado nada raro en él, salvo que echó a andar en sentido opuesto a St. James's Square. Entonces se sintió obligado a comentárselo, pero le pidió disculpas cuando el caballero replicó:

—Lo sé. Mas el amanecer me llama. Voy a dar un largo paseo.

—Por supuesto, señor —dijo el portero, y se apartó.

Un poco mareado por el contacto repentino con la fría atmósfera de la calle, el joven echó a andar sin rumbo fijo hacia el norte.

Al cabo de un rato se le pasó el mareo. Caviló con indiferencia que pronto empezaría a dolerle la cabeza, que se encontraría fatal y que sentiría lástima de sí mismo. Sin embargo, los efectos del brandy todavía lo ofuscaban y, de repente, se notó poseído por una extraña irresponsabilidad. Se sentía imprudente, distante, alejado de su pasado y de su futuro. El amanecer derramaba una luz grisácea por las silenciosas calles, y la brisa que le acariciaba las mejillas era lo bastante fría para que se alegrara de llevar una capa de noche ligera. Llegó a Brook Street y rió mientras contemplaba las cerradas ventanas de la casa de Saar. «¡Mi dulce prometida! —se dijo, y lanzó un beso hacia la casa—. ¡Qué idiota soy, Dios mío!».

Repitió la frase dos veces, vagamente satisfecho con su comentario, y echó a andar por la larga calle. Pensó que su dulce prometida no se sentiría muy halagada si pudiera verlo en aquel estado, pensamiento que lo hizo reír otra vez. El vigilante con quien se cruzó en el extremo norte de Grosvenor Square lo miró con recelo y lo rehuyó. Los caballeros que se encontraban en el estado de sir Richard a veces se divertían con un pasatiempo insulso conocido como «zurrar al vigilante», de modo que aquel miembro del meritorio cuerpo no deseaba meterse en líos.

Sir Richard no lo vio, y para hacer justicia hay que decir que no habría sentido ninguna tentación de molestarlo si hubiera reparado en él. Aunque no estaba muy lúcido, era consciente de ser la persona más desgraciada del mundo. Eso lo amargaba, como si la humanidad entera se hubiera aliado contra él. Distraídamente, torció por una tranquila calle secundaria, mientras con cinismo se compadecía de su persona, pensando que en los diez años pasados en los mejores círculos sociales no había tenido la suerte, tan poco extraordinaria, de conocer a ninguna mujer cuyos encantos le hubieran privado de una sola hora de sueño. Y nada indicaba que su suerte fuera a mejorar en el futuro.

—Y supongo que eso —dijo a un farol de gas— es lo mejor que podría pasarme, ya que estoy a punto de proponerle matrimonio a Melissa Brandon.

Fue en ese instante cuando reparó en una circunstancia extraña. Alguien estaba saliendo por la ventana del segundo piso de una de las señoriales casas de la acera de

enfrente.

Se quedó inmóvil y parpadeó ante la inesperada visión. Todavía experimentaba aquella divina indiferencia; le interesaba lo que veía, pero no le preocupaba lo más mínimo. «Debe de tratarse de un ladrón», se dijo, y se apoyó con aire desenfadado en su bastón para contemplar el final de la aventura. Su adormilada mirada descubrió que quien estaba huyendo de la casa señorial se proponía hacerlo con unas sábanas anudadas que no llegaban hasta el suelo. «No, no es un ladrón», rectificó, y cruzó la calle.

Cuando llegó a la acera de enfrente, el misterioso personaje ya había alcanzado, fortuitamente, el final de su improvisada cuerda y colgaba de forma precaria a cierta distancia del suelo, tratando de encontrar algún apoyo para el pie en la fachada del edificio. Sir Richard comprobó entonces que se trataba de alguien muy joven —sólo un niño, de hecho—, y fue sin prisas en su ayuda.

El fugitivo lo vio cuando llegaba a los escalones del patio y, entre asustado y agradecido, profirió un grito ahogado:

—¡Oh! ¿Podría usted ayudarme, por favor? Ignoraba que hubiera tanta altura. Creí que podría saltar, pero me parece que no me atrevo.

—Simpático jovencito —dijo sir Richard contemplando el ruborizado rostro que, a su vez, lo observaba a él—, ¿qué haces colgado de esa cuerda?

—¡Chis! —le rogó el fugitivo—. ¿Cree que podrá cogerme si me suelto?

—Haré lo que pueda —prometió el caballero.

Los pies del fugitivo estaban casi al alcance de su mano, y cinco segundos más tarde, caía en los brazos de Richard con un impulso que lo hizo tambalearse hasta casi perder el equilibrio. Lo sujetó de milagro y abrazó contra su pecho un cuerpo inesperadamente ligero.

No estaba muy sobrio que digamos, pero aunque el brandy le había provocado una sensación de irresponsabilidad nada desagradable, no le había nublado por completo el intelecto. Con el fugitivo en brazos y sus rizos haciéndole cosquillas en la barbilla, realizó un descubrimiento sorprendente.

—Vaya, veo que no es usted ningún jovencito —dijo con toda naturalidad depositándola en el suelo.

—No; soy una jovencita —replicó ella, al parecer impasible ante el hallazgo del caballero—. Pero vayámonos de aquí antes de que despierten, por favor.

—¿Quiénes?

—Mi tía, ¡todos! —susurró la fugitiva—. Le agradezco mucho que me haya ayudado. ¿Podría desatar este nudo, por favor? Es que he tenido que atarme el fardo a la espalda, y ahora no puedo desatarlo. ¿Y dónde está mi sombrero?

—Se le ha caído —dijo sir Richard, y lo recogió del suelo para sacudirle el polvo con la manga—. Verá, no estoy muy sobrio. De hecho estoy borracho, pero me da la

impresión de que todo esto es un poco... ¿cómo expresarlo? Irregular.

—Sí, pero no tenía opción —explicó la fugitiva, volviéndose para ver qué hacía el hombre con el recalcitrante nudo.

—¡Hágame el favor de estarse quieta! —ordenó él.

—Lo siento. No me explico que el nudo se haya apretado tanto. ¡Gracias! ¡Le estoy inmensamente agradecida!

—¿Es usted una ladrona? —inquirió él, examinando el fardo con su monóculo.

La muchacha rió, pero enseguida se contuvo.

—No, pues claro que no. No he conseguido hacerme con una sombrerera, así que he tenido que envolver todas mis cosas en un chal.

—Borracho estoy, de eso no cabe duda, pero todavía conservo algo de cordura. No puede pasearse por las calles de Londres a estas horas de la noche, y menos aún vestida de esa guisa. Creo que debería llamar a esa puerta y entregarla a su... ha dicho tía, ¿verdad?

Dos agitadas manos lo agarraron del brazo.

—¡No lo haga! —suplicó la joven—. ¡Se lo ruego, no lo haga!

—¿Y qué voy a hacer con usted?

—Nada. Sólo dígame cómo se llega a Holborn.

—¿Por qué a Holborn?

—Debo ir a la taberna White Horse. Allí cogeré la diligencia para Bristol.

—De ninguna manera. No la ayudaré a ir a ninguna parte si no me cuenta toda su historia. Tengo motivos para creer que es usted una criminal peligrosa.

—¡No lo soy! —protestó ella, indignada—. ¡Cualquiera con una pizca de sensibilidad se compadecería de mí! Estoy huyendo de la más espantosa persecución.

—¡Qué suerte! —exclamó sir Richard cogiendo el fardo—. Ojalá pudiera hacer lo mismo. Vámonos de este barrio. Nunca había visto una calle más deprimente que ésta. No sé cómo he venido a parar aquí. ¿Cree que nuestro agradable encuentro mejoraría si intercambiáramos nuestros nombres, o viaja usted de incógnito?

—Sí, tendré que inventarme una identidad falsa. No lo había pensado. Mi verdadero nombre es Penelope Creed. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Richard Wyndham. A su servicio.

—¿Wyndham el dandi? —preguntó la señorita Creed, que al parecer estaba muy bien informada.

—Exacto, Wyndham el dandi —confirmó él, e inclinó la cabeza—. ¿Nos conocemos de algo?

—No, pero he oído hablar de usted, por supuesto. Mi primo siempre intenta atarse el fular con un nudo Wyndham. Al menos así lo llama él, aunque a mí me parece un lío.

—Entonces no es un nudo Wyndham.

—Eso mismo pensaba yo. Mi primo se las da de dandi, pero tiene cara de pez. Quieren que me case con él.

—¡Qué horror! —exclamó el caballero estremeciéndose.

—¡Ya le he advertido que se compadecería de mí! —replicó la joven—. Y ahora, ¿me ayudará a llegar a Holborn?

—No.

—¡Tiene que ayudarme! —insistió ella con un deje de pánico—. ¿Adónde vamos?

—No puedo pasarme toda la noche recorriendo las calles. Será mejor que vayamos a mi casa a discutir este asunto.

—¡No! —saltó la señorita Creed, y se paró en medio de la calzada.

Sir Richard suspiró.

—No se le ocurra pensar que pueda tener malas intenciones respecto a usted. Supongo que podría ser su padre. ¿Qué edad tiene?

—Acabo de cumplir diecisiete.

—Y yo tengo casi treinta.

—¡Usted no podría ser mi padre! —exclamó ella tras reflexionar un momento.

—Estoy demasiado borracho para resolver problemas aritméticos. Me limitaré a afirmar que no albergo la menor intención de cortejarla.

—En ese caso, no me importa acompañarlo —aseguró la señorita Creed con solemnidad—. ¿De verdad está borracho?

—Terriblemente.

—Le aseguro que nadie lo diría. Aguanta usted muy bien la bebida.

—Y usted habla como si tuviera mucha experiencia en la materia.

—Mi padre afirmaba que era muy importante ver cómo se comportaba un hombre cuando bebía. Mi primo se vuelve tonto.

—Mire —dijo sir Richard frunciendo el ceño—, cuanto más oigo hablar de ese primo suyo, más me convenzo de que no deberían permitir que contrajera matrimonio con él. ¿Dónde estamos?

—En Piccadilly, creo.

—¡Estupendo! Vivo en Saint James's Square. ¿Por qué quieren que se case con él?

—Porque cargo con la maldición de una gran fortuna —respondió ella en tono lastimero.

—¿La maldición de una gran fortuna? —repitió él, y se detuvo en medio de la acera.

—Sí. Verá, mi padre no tuvo más hijos, y creo que soy tremendamente rica, además de poseer una casa en Somerset, donde no me dejan vivir. Cuando murió mi padre, tuve que irme a vivir con mi tía Almería. Entonces sólo contaba doce años. Y

ahora mi tía se ha empeñado en que me case con mi primo Frederick. Por eso me he escapado.

—¿Ese tipo con cara de pez?

—El mismo.

—Ha hecho usted bien —declaró sir Richard.

—Me pareció lo mejor.

—No lo dude. ¿Y por qué Holborn?

—Ya se lo he dicho —contestó la señorita Creed con paciencia—. Quiero tomar la diligencia de Bristol.

—¡Ah! ¿Y por qué Bristol?

—Bueno, no voy a Bristol exactamente, pero mi casa está en Somerset, donde vive un buen amigo. Hace casi cinco años que no lo veo, pero de niños jugábamos juntos; nos pinchamos en el dedo, mezclamos nuestras sangres y juramos casarnos cuando creyéramos.

—¡Qué romántico!

—¿Verdad que sí? —repuso la joven con entusiasmo—. Usted no está casado, ¿verdad?

—No. ¡Oh...! ¡Dios mío!

—¿Qué sucede?

—Acabo de recordar que dentro de poco lo estaré.

—¿Y no quiere?

—No.

—¡Pero si nadie puede obligarlo!

—No conoce a mi familia, jovencita —repuso sir Richard con amargura.

—¿Se pusieron muy pesados? ¿Y le aseguraron que era su obligación? ¿Y lo acosaron? ¿Y le gritaron?

—Algo por el estilo. ¿Es lo mismo que le hicieron a usted?

—Sí. Por eso he robado un traje a Geoffrey y he escapado por la ventana.

—¿Quién es Geoffrey?

—Mi otro primo. Está en Harrow, y usamos la misma talla. ¿Es ésa su casa?

—Sí, ahí vivo.

—¡Un momento! ¿No estará despierto el portero para abrirle la puerta?

—No me gusta que mis empleados me esperen levantados —explicó sir Richard, y sacó una llave del bolsillo para introducirla en la cerradura.

—Pero supongo que dispondrá de un ayuda de cámara —insistió la señorita Creed, apartándose de la puerta—. Estará esperándolo para ayudarlo a acostarse.

—Cierto —concedió sir Richard—. Pero no iré a mi habitación hasta que toque la campanilla. Señorita, no tiene nada que temer.

—Bueno, en ese caso... —repuso ella, aliviada, y lo siguió con aire risueño y

despreocupado.

En el recibidor había una lámpara encendida, y también un candelero con una vela encima de una mesa de mármol, preparado para su llegada. Sir Richard encendió la vela acercándola a la lámpara y condujo a su invitada a la biblioteca, iluminada por otras velas dispuestas en candelabros de pared. Encendió unas cuantas y se volvió para examinar a la señorita Creed.

La joven se había quitado el sombrero y estaba plantada en medio de la habitación mirando alrededor con interés. Su cabello rubio rojizo formaba delicados rizos en la parte alta de la cabeza, y estaba cortado de forma irregular en la nuca; sus ojos, de un azul intenso, muy grandes y confiados, brillaban de alegría. Tenía una nariz pequeña con algunas pecas, barbilla firme y hoyuelos en las mejillas.

—¡Parece usted un auténtico pilluelo! —observó con ojo crítico el caballero, en absoluto impresionado por esos encantos.

—Ah, ¿sí? ¿En serio? —dijo ella, alzando la sincera mirada y tomándolo como un cumplido.

Los ojos de él recorrieron lentamente las prestadas vestiduras de la joven.

—¡Qué espanto! ¿Acaso creía que se había atado ese... esa farsa de fular con un nudo Wyndham?

—No, pero tenga en cuenta que es la primera vez que me ato uno —explicó ella.

—Eso es evidente. ¡Venga aquí!

La joven se acercó, obediente, y permaneció quieta mientras los expertos dedos de su anfitrión trabajaban con los arrugados pliegues del fular.

—No, esto queda incluso fuera de mis habilidades —acabó admitiendo él—. Tendré que prestarle uno de mis fulares. No importa; tome asiento y hablemos del asunto que nos ocupa. Aunque estoy un tanto confuso, si no recuerdo mal me ha dicho que iba a Somerset a casarse con un amigo de la infancia.

—Sí, Piers Luttrell —confirmó, sentándose en una gran butaca.

—Y también me ha dicho que sólo tiene diecisiete años.

—Y medio —corrigió ella.

—Está bien, diecisiete años y medio. ¿Y se propone emprender ese viaje en una diligencia?

—Así es.

—Y por si fuera poco, viaja usted sola.

—Por supuesto.

—Mi querida jovencita, quizá esté borracho, pero no tanto como para consentir tan fantástico plan, créame.

—No me parece que esté usted borracho. Además, este viaje no tiene nada que ver con usted. No puede interferir en mis asuntos sólo por haberme ayudado a bajar de una ventana.

—No la he ayudado solamente a bajar de una ventana. Hummm... algo me dice que debería devolverla a su familia cuanto antes.

—Si hace usted eso, será lo más cruel... —dijo ella con voz débil pero muy clara—, ¡lo más traicionero que haya hecho en su vida!

—Supongo que sí.

Hubo una pausa. Con un solo dedo, sir Richard sacó una caja de rapé de un bolsillito de su chaleco y tomó un pellizco. La señorita Creed tragó saliva y dijo:

—Si conociera usted a mi primo, lo entendería —aseguró ella. Él la miró, pero no replicó—. Babea —añadió, desesperada.

—No se hable más —determinó sir Richard cerrando su caja de rapé—. La acompañaré a Somerset para que se reúna con su amigo de la infancia.

—¿Usted? ¡Pero si no puede! —exclamó la joven ruborizándose.

—¿Por qué no voy a poder?

—Pues... porque no lo conozco, y puedo ir sola, y... Bueno, es absurdo. Ahora me doy cuenta de que sí está borracho.

—Permítame informarle que ese aire remilgado no encaja con su atuendo. Además, no me gusta. O viene conmigo a Somerset o la devuelvo a casa de su tía. ¡Elija!

—¡Piénselo un momento, por favor! —suplicó—. Ya sabe que no me queda más remedio que viajar de incógnito. No sabe en qué lío va a meterse si me acompaña.

—No sé en qué lío voy a meterme —repitió sir Richard lentamente—. No sé... Jovencita, no tiene alternativa: la llevaré a Somerset.

Capítulo 3

Como la discusión no influyó en absoluto sobre la repentina temeridad de sir Richard, la señorita Creed abandonó su concienzudo intento de disuadirlo de que la acompañara, y acabó reconociendo que su protección le sería útil.

—No es que me dé miedo viajar sin compañía —aclaró—, pero la verdad es que no estoy acostumbrada a hacer las cosas sola.

—Supongo que tampoco estará acostumbrada a viajar en la diligencia.

—No, por supuesto. ¡Será una gran aventura! ¿Ha viajado alguna vez en ella?

—Jamás. Iremos en silla de posta.

—¿En silla de posta? ¡Debe de estar loco! Estoy segura de que lo conocen en todas las casas de postas de la carretera de Bath. Nos descubrirían enseguida. Mire, ya había considerado esa posibilidad antes de que se le ocurriera acompañarme. Mi primo Frederick es demasiado necio para pensar en algo así, pero mi tía Almería no, y no le quepa duda de que se imaginará que he huido a mi casa e irá a buscarme allí. Ésa es una de las razones por la que había decidido viajar en diligencia. Cuando pregunte por mí en todas las casas de postas, nadie podrá darle noticia. Además, ¡piense en el jaleo que se armaría si se descubriera que habíamos recorrido el país juntos en un coche alquilado!

—¿Cree que resultaría menos indecoroso que viajáramos en la diligencia?

—Sí, mucho menos. De hecho, no me parece que lo sea en absoluto, porque ¿cómo puedo impedirle que compre un billete en un vehículo público si usted decide hacerlo? Además, no dispongo de bastante dinero para alquilar una silla de posta.

—¿No dijo que cargaba con la maldición de una gran fortuna?

—Sí, pero no me dan más que una mísera asignación hasta que sea mayor de edad, y la de este mes ya la he gastado casi toda.

—Puedo prestarle el dinero —propuso sir Richard.

—¡Ni hablar! ¡De ninguna manera! —exclamó ella, negando enérgicamente con la cabeza—. No hay que estar en deuda con desconocidos. Lo pagaré todo yo. Aunque si se resiste a viajar en la diligencia, no sé qué podemos hacer. A menos que... —De pronto se le ocurrió algo y los ojos le chispearon—: ¡Tengo una idea fabulosa! ¿Acaso no es usted famoso por lo bien que conduce?

—Sí, eso creo.

—¿Y si viajara en su propio carrocín? Yo podría ir subida en la parte de atrás y hacerme pasar por su postillón, y tocar la corneta, anunciar los cambios y...

—¡Nada de eso!

—Sería emocionante —comentó ella, compungida—. Pero creo que tiene razón.

—Pues claro que la tengo. Cuanto más lo pienso, más me parece que la diligencia podría ser la mejor opción. ¿A qué hora dice que sale de la ciudad?

—A las nueve en punto, de la posada White Horse, en Fetter Lane. Pero hemos de ir allí mucho antes, para que no me vean sus empleados. ¿Qué hora es?

—Casi las cinco —respondió tras consultar su reloj.

—Entonces no hay tiempo que perder. Dentro de una hora, sus sirvientes se levantarán. Pero no puede viajar con esa ropa, ¿verdad?

—No, y tampoco con ese fular suyo y ese abominable fardo. Y ahora que me fijo en él, jamás había visto un cabello peor cortado.

—Supongo que se refiere a la parte de atrás —observó la señorita Creed, sin acusar las críticas—. Por suerte ya lo llevaba corto por delante, pero por detrás tuve que cortármelo sola, y no veía lo que hacía.

—Espéreme aquí —le ordenó sir Richard, y salió de la habitación.

Regresó más de media hora después: se había cambiado el traje de etiqueta por unos calzones de gamuza, unas botas altas y una chaqueta de exquisita tela azul.

—Empezaba a temer que se hubiera olvidado de mí o que se hubiera quedado dormido —dijo la señorita Creed, considerablemente aliviada.

—¡En absoluto! —replicó él, dejando una bolsa y una maleta en el suelo—. Nunca olvido mis obligaciones, tanto si estoy sobrio como si no. Levántese y verá qué puedo hacer para darle un aspecto más presentable.

Llevaba un fular blanco colgado de un brazo y unas tijeras en la mano. Con unos acertados tijeretazos mejoró el aspecto de la cabeza, y después de pasarse un peine por sus rebeldes rizos, obligándolos a adoptar un estilo más masculino, la joven ofrecía una imagen de mayor pulcritud, aunque tuviera los ojos llorosos. A continuación, sir Richard le quitó el arrugado fular y le rodeó el cuello con uno de los suyos. Ansiosa por ver cómo se lo arreglaba, se puso de puntillas para mirarse en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea, lo cual enojó al caballero.

—¿Quiere hacer el favor de estarse quieta? —la reprendió.

La joven se sorbió la nariz y masculló. Sin embargo, cuando el otro acabó y ella pudo contemplar el resultado de su trabajo, quedó tan complacida que olvidó su resentimiento.

—¡Oh, qué guapa estoy! ¿Es esto un nudo Wyndham?

—¡Por supuesto que no! El nudo Wyndham no es para colegiales desaliñados.

—¡No soy ningún colegial desaliñado!

—Pero lo parece. Meta en esa bolsa lo que lleva en su fardo. ¡Nos vamos!

—Estoy pensando que será mejor que no viaje con usted —anunció la señorita Creed fulminándolo con la mirada.

—Pues hace usted muy mal. Ahora es mi joven primo, y nos esperan grandes aventuras. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Penelope Creed. Casi todos me llaman Pen, pero ahora debería usar un nombre masculino.

—Pen servirá. Si alguien hace algún comentario, le dirá que se escribe «Penn», con dos «n». Lleva usted el nombre de aquel famoso cuáquero.

—¡Muy buena idea! ¿Cómo debo llamarlo a usted?

—Richard.

—Richard que más.

—Smith. Jones. Brown.

—No le pega ninguno —observó la joven, trasladando sus pertenencias del chal de cachemira a la bolsa—. ¿Qué hago con el chal?

—Déjelo aquí —contestó él mientras recogía de la alfombra unos relucientes mechones de pelo rubio rojizo para arrojarlos a la chimenea—. ¿Sabía usted, Pen Creed, que me parece que ha entrado usted en mi vida guiada por la Providencia?

—Ah, ¿sí? —preguntó ella, alzando la vista.

—Sí, o por la Providencia o por la Desgracia. Cuando esté sobrio lo sabré. Pero si he de decirle la verdad, me importa un comino. *En avant, mon cousin!*

Era más de mediodía cuando lady Trevor, acompañada por su reacio esposo, fue a visitar a su hermano a St. James's Square. El portero —cuya expresión delataba que tenía noticias importantes— le abrió la puerta y la dejó en manos del mayordomo.

—Diga a sir Richard que he venido —le ordenó lady Trevor al entrar en el salón Amarillo.

—Sir Richard no se encuentra en casa, señora —anunció el mayordomo con tono enigmático.

Louisa, que había sonsacado a su esposo una descripción de las actividades de su hermano en Almack's la noche anterior, soltó una risotada y dijo:

—Dígale que su hermana quiere verlo.

—Lo siento, señora, pero no se encuentra en casa —insistió el mayordomo con creciente tensión.

—Sir Richard lo ha entrenado bien —observó ella con aspereza—. Pero yo no me rindo tan fácilmente. Vaya y dígame que quiero verlo.

—¡Sir Richard, señora, no durmió en su cama anoche!

George, víctima de su propia sorpresa, hizo un comentario indiscreto:

—¿Cómo dice? ¡Bobadas! ¡Cuando lo vi no estaba tan borracho!

—Respecto a eso, señor —repuso el mayordomo con dignidad—, no dispongo de información. Lo único que sé es que sir Richard ha desaparecido.

—¡Santo cielo! —exclamó George.

—¡Tonterías! —soltó Louisa—. ¡Debe de estar durmiendo en su cama!

—No, señora. Como ya le he explicado, su cama está intacta. —Hizo una pausa y Louisa lo miró fijamente. Satisfecho con la impresión causada, continuó—: Su ayuda de cámara, Biddle, ha encontrado la ropa que llevaba puesta ayer por la noche en el

suelo de su dormitorio. También han desaparecido de su armario unas botas de montar, unos pantalones de gamuza, una chaqueta azul, un sobretodo y un sombrero beis. Lo cual parece indicar que sir Richard tuvo que irse de improviso.

—¿Se ha marchado sin su ayuda de cámara? —preguntó George, estupefacto.

—Exactamente, señor —repuso el mayordomo asintiendo con la cabeza.

—¡Imposible!

—Es muy extraño, desde luego, pero sin duda debe de haber alguna explicación perfectamente razonable —dijo con brío Louisa, que había recibido esas noticias con el ceño fruncido—. ¿Está seguro de que mi hermano se marchó sin decirle nada a ningún empleado de la casa?

—A ninguno, señora.

—¡Ya te lo advertí, Louisa! —exclamó George negando con la cabeza—. ¡Te advertí que estabas presionándolo demasiado!

—¡No me dijiste nada de eso! —le espetó Louisa, molesta porque su marido hablara con tanta indiscreción ante un criado que, evidentemente, se moría de curiosidad—. No me cabe duda de que nos mencionó que iba a marcharse de la ciudad, pero nosotros lo hemos olvidado.

—¿Cómo puedes decir eso? —replicó George, desconcertado—. ¿No te dijo la propia Melissa Brandon que Richard iba a ir a su casa...?

—¡Basta, George! —lo interrumpió su esposa, lanzándole una mirada que le hizo temblar—. Dígame, Porson —prosiguió hablando con el mayordomo—, ¿mi hermano se ha marchado en la silla de posta, o conduce él mismo?

—Todos los vehículos de sir Richard, tanto los deportivos como los de viaje, siguen en los establos —contestó Porson, deleitándose con el efecto acumulativo de sus revelaciones.

—¡Entonces se ha ido a caballo!

—El mozo de cuadra, señora, me ha confirmado que no falta ninguno de las monturas de sir Richard, y no ha visto al señor desde ayer por la mañana.

—¡Dios mío! —murmuró George, consternado ante la espeluznante idea que estaba formándose en su mente—. ¡No! ¡Jamás haría eso!

—¡Cállate, George! ¡Por lo que más quieras, cállate! —gritó Louisa—. ¿Qué idea absurda se te ha metido en la cabeza? Es irritante que Richard se haya marchado así, pero... ¡no permitiré que digas esas cosas! Apuesto a que fue a ver algún repugnante acontecimiento deportivo. ¡Un combate de boxeo, seguro! No tardará en volver a casa.

—¡Pero si no ha dormido aquí! —le recordó George—. Y he de decir que anoche, cuando se marchó de Almack's, no se encontraba precisamente sobrio. No digo que estuviera del todo borracho, pero ya sabes cómo se pone tu hermano cuando...

—¡Por fortuna no sé nada de eso! Si anoche no estaba sobrio, eso explicaría su

extraño comportamiento.

—¿Extraño comportamiento? Me sorprende que lo definas así cuando el pobre Ricky podría estar en el fondo del río —exclamó George, noblemente enardecido.

—¿Cómo puedes ser tan absurdo? —replicó su esposa palideciendo, pero en tono débil—. ¡Te suplico que no digas esas cosas!

El mayordomo carraspeó.

—Le ruego me disculpe, pero si me permite decirlo, sir Richard no se habría cambiado de ropa para llevar a cabo... lo que creo que el señor insinúa.

—No, claro. Tiene usted razón. No se habría cambiado de ropa, desde luego —concedió George, aliviado.

—Además, señor, Biddle me informó que los cajones y el armario de sir Richard están revueltos, y que faltan algunas prendas. Al ir a despertarlo esta mañana, Biddle ha encontrado su dormitorio muy desordenado, como si sir Richard hubiera realizado los preparativos de un viaje con muchas prisas. Biddle me ha informado también, señor, que faltan una maleta y una bolsa del armario donde suelen guardarse.

—¡Ha huido! ¡Se ha largado! —exclamó lord Trevor, soltando una carcajada.

—¡George!

—¡No me importa! —repuso él, desafiante—. ¡Me alegro mucho de que haya decidido huir!

—¡Pero si no había necesidad! —afirmó Louisa, olvidando que Porson seguía en la habitación—. Nadie lo obligaba a casarse con... —De pronto reparó en el mayordomo y se interrumpió.

—Creo que es mi deber informarle, señora —añadió el sirviente, como si no hubiera oído su indiscreta afirmación—, que hay otras circunstancias peculiares que rodean la desaparición de sir Richard.

—¡Dios mío, habla usted como si hubiera desaparecido por ensalmo! —exclamó Louisa, impaciente—. ¿De qué circunstancias se trata?

—Si me disculpa un momento, iré a buscarlas para que las examine —repuso Porson, y tras una inclinación de cabeza, salió de la habitación.

Los esposos se quedaron mirándose con perplejidad.

—¡Bueno! —dijo George sin disimular su satisfacción—. ¡Ya ves lo que se consigue cuando se acosa a un hombre hasta hacerlo enloquecer!

—¡No lo acosé! ¡Es injusto que me recrimines eso, George! ¿Cómo iba a obligarlo a proponer matrimonio a Melissa si él no quería? Estoy convencida de que su huida no tiene absolutamente nada que ver con ese asunto.

—Ningún hombre soportaría que lo martirizaran para que actuara en contra de su voluntad.

—Entonces, lo único que he de decir es que Richard es más cobarde de lo que imaginaba. Si me hubiera dicho claramente que no quería casarse con Melissa, no

habría seguido insistiendo.

—¡Ja! —exclamó George con sorna.

En ese momento volvió Porson con una serie de artículos que, con mucho cuidado, fue depositando sobre la mesa. Con gran asombro, lord y lady Trevor contemplaron el chal de cachemira, un fular arrugado y unos mechones de cabello rubio rojizo, lo bastante rizados para formar signos de interrogación.

—¿Qué demonios...? —preguntó Louisa.

—Todo esto, señora, lo encontró un lacayo esta mañana al entrar en la biblioteca. El chal, que ni Biddle ni yo recordamos haber visto hasta hoy, estaba en el suelo; el fular, tirado en la chimenea, y los... mechones de pelo los encontramos debajo del chal.

—¡Caramba! —dijo George, y se puso el monóculo para inspeccionar aquellos objetos—. ¡Esto es revelador! —aseguró señalando el fular—. Anoche, el pobre Ricky debió de llegar en un estado lamentable. Seguro que le dolía la cabeza; a mí me habría dolido de haber bebido la mitad del brandy que trasegó él anoche. Es como si lo viera: se había comprometido a ir a visitar a Saar esta mañana; no tenía escapatoria, estaba desesperado. Tiró de su fular, porque debía de experimentar una sensación de asfixia, y lo arrugó; y por muy borracho que estuviera, Ricky jamás llevaría un fular arrugado. Seguramente se sentó en una butaca mesándose el pelo, como hace uno cuando...

—Richard nunca se despeina, y por muy borracho que estuviera, es imposible que se arrancara un mechón de ese color —lo interrumpió su mujer—. Además, ¡es evidente que está cortado, no arrancado!

George acercó el monóculo al reluciente mechón. Una serie de emociones se reflejaron en su imperturbable semblante.

—Tienes razón, querida —admitió, respirando hondo—. ¡Jamás lo habría creído! ¡El muy granuja!

—No es necesario que espere, Porson —ordenó Louisa con acritud.

—Muy bien, señora. Pero quizá debería informarle que al entrar esta mañana en la biblioteca el lacayo encontró las velas encendidas.

—No veo qué importancia puede tener ese detalle —repuso la mujer, e hizo un ademán para despacharlo, de modo que Porson se retiró.

—Pues no recuerdo a nadie con el cabello de este color —observó George con el mechón en la mano—. Sí, claro, había una o dos bailarinas de ópera, pero Ricky no es de los que piden que se corten un mechón de pelo. Pero no cabe duda de una cosa, Louisa: es un recuerdo.

—Gracias, George. De eso ya me había dado cuenta. Pero creía conocer a todas las mujeres respetables amigas de mi hermano. Debe de tratarse de un recuerdo de sus años mozos. Ahora no es ni mucho menos tan romántico para conservar una

reliquia de este tipo.

—Y lo tiró —comentó George negando con la cabeza—. Esto es muy triste, querida. Lo tiró porque estaba a punto de proponer matrimonio a ese iceberg.

—¡Conmover! Y después de tirarlo, huyó y no pidió en matrimonio a nadie. ¿Y de dónde habrá salido este chal? —preguntó mientras lo cogía y lo sacudía—. ¡Qué arrugado! ¿Y por qué estará así?

—Otro recuerdo. El pobre Ricky lo retorció con las manos; no soportaba los momentos que evocaba y... ¡lo tiró!

—¡Sólo dices bobadas! —recriminó Louisa, exasperada—. ¿Qué sucede ahora, Porson?

—El honorable Cedric Brandon, señora, ha venido a ver a sir Richard —anunció con remilgo el mayordomo—. Pensé que quizá la señora querría recibirlo.

—Dudo que vaya a arrojar mucha luz sobre este misterio, pero puede hacerlo pasar. Seguro que ha venido a enterarse de por qué Richard no acudió a su cita con Saar esta mañana —dijo Louisa a su esposo cuando Porson se hubo retirado—. ¡No sé qué voy a contarle!

—No creo que Cedric reproche nada a Richard. Me dijeron que anoche estuvo hablando por los codos en White's. Borracho, por supuesto. Lo que no me explico es por qué tu madre y tú estáis empeñadas en que Ricky se case con esa joven.

—Conocemos a los Brandon de toda la vida —repuso su esposa, a la defensiva—. No voy a fingir que... —Se interrumpió, pues el honorable Cedric entró en ese instante en la habitación y fue hacia ella con el brazo extendido—. ¿Cómo estás, Cedric? Me temo que Richard no está en casa. Creemos que... tuvo que marcharse para ocuparse de unos asuntos urgentes.

—Veo que siguió mis consejos —comentó Cedric tras besarle la mano con una elegancia natural—. «¡Huye, Ricky! ¡No lo hagas!», le dije. Le advertí que si se dejaba atrapar viviría a su costa el resto de mi vida.

—No sé por qué hablas de forma tan vulgar. ¡Claro que no ha huido! Supongo que volverá en cualquier momento. Fue muy negligente de su parte no haber enviado una nota a lord Saar para avisar de que no podría ir a visitarlo esta mañana como se había comprometido a hacer, pero...

—Te equivocas —la interrumpió Cedric—. No se comprometió a nada. Melissa le propuso que fuera a visitar a mi padre, pero él no le aseguró que fuera a hacerlo. Acabo de sonsacárselo a mi hermana hace una hora. ¡Dios mío, estaba furiosa! ¿Qué es todo esto? —preguntó, fijándose en las reliquias dispuestas sobre la mesa—. ¡Un mechón de cabello, caramba! ¡Y de un pelo precioso!

—Lo encontramos en la biblioteca esta mañana —explicó George con solemnidad, pasando por alto el amenazador ceño de su esposa.

—¿Aquí? ¿Ricky? —exclamó Cedric—. ¡Estás burlándote de mí!

—No; es la verdad. No nos lo explicamos.

—¡Madre mía! ¡Quién iba a decirlo! —se sorprendió Cedric, abriendo mucho los ojos—. Así pues, asunto zanjado. Para mí esto supone un grave revés, pero ¡maldita sea, me alegro de que se haya largado! Ricky siempre me cayó bien; nunca quise verlo condenado a la perdición junto con el resto de nosotros. ¡Pero ahora estamos acabados, porque los diamantes han desaparecido!

—¿Qué? —gritó Louisa—. No estarás refiriéndote al collar de los Brandon, ¿verdad, Cedric?

—Exacto. La última ancla de la esperanza lanzada a barlovento... ¡perdida para siempre! —Chascó los dedos y rió—. He venido para comunicarle a Ricky que había aceptado su oferta de pagarme el ingreso en el ejército.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde? —preguntó Louisa.

—Nos lo han robado. Mi madre se lo llevó a Bath. Nunca se separaba de él, es una lástima. Me extraña que mi padre no lo vendiera hace años. Es lo único que conservó, excepto el palacio Saar, aunque éste no tardará en caer. Mi madre no quería ni oír hablar de deshacerse de los diamantes.

—Pero... ¿robado? ¿Cómo, Cedric? ¿Quién lo ha robado?

—Unos salteadores de caminos. Mi madre envió un mensajero a mi padre. Dos tipos con máscaras y pistolas detuvieron el cupé cerca de Bath. Sophia gritaba como si hubiera enloquecido, y mi madre se desmayó. Pillaron desprevenidos a los escoltas. ¡Y adiós collar! ¡Y justo eso es lo que no logro explicarme!

—¡Qué terrible! ¡Cómo debe de estar tu pobre madre! ¡Lo lamento muchísimo! ¡Qué pérdida irreparable!

—Sí, pero ¿cómo demonios dieron con el collar? —repuso Cedric—. Eso es lo que me gustaría saber.

—Pues si se llevaron el joyero de lady Saar...

—No se encontraba en el joyero. Apostaría mi último chelín a que no estaba allí. Mi madre tenía un escondite para la joya (una idea muy ingeniosa); siempre lo guardaba en ese lugar cuando viajaba. Un bolsillo secreto detrás del cojín de un asiento.

—¡Cielos! ¿Insinúas que alguien reveló el escondrijo a los bandidos? —preguntó George.

—Eso parece, ¿no?

—¿Quién lo sabía? Si descubris al traidor, quizá todavía podáis recuperar la alhaja. ¿Confiáis en todos vuestros sirvientes?

—Estoy seguro de que ninguno de ellos... ¡Dios santo, no lo sé! —contestó Cedric con precipitación—. Mi madre quiere que los agentes de Bow Street investiguen el caso, aunque mi padre opina que no servirá de nada. Y, por si fuera poco, ahora desaparece Ricky. ¡Al viejo va a darle una apoplejía!

—¡Haz el favor de no hablar así de tu padre, Cedric! —lo reconvino Louisa—. Y todavía no sabemos si Ricky ha... desaparecido. Es más, estoy convencida de que no se trata de eso.

—Si no ha huido es que es un necio —señaló Cedric—. ¿Qué opinas tú, George?

—No sé. Admito que estoy desconcertado. Al principio, cuando he sabido de su desaparición (porque has de saber que anoche no durmió en su cama, y como lo había visto borracho...), me he alarmado mucho. Pero...

—¡Dios mío! ¡Un suicidio! —El joven soltó una carcajada—. ¡Tengo que contárselo a Melissa! ¡Ricky quitándose la vida! ¡Madre mía!

—¡Eres abominable! —lo recriminó Louisa—. ¡Claro que Richard no se ha suicidado! Sólo se ha marchado. No sé adonde, y si dices algo así a Melissa, jamás te perdonaré. De hecho, espero que te limites a decirle que Richard ha tenido que ausentarse para atender unos asuntos urgentes.

—¿Cómo? ¿No puedo mencionarle el mechón rubio? ¡No seas aguafiestas, Louisa!

—¡Eres odioso!

—Creemos que el mechón es una reliquia de un antiguo romance —terció George—. Cosa de niños, seguramente. Sería una grosería comentarlo más allá de estas paredes.

—Amigo mío, ¿acaso no es una grosería revolver los cajones de Ricky? —repuso Cedric, jovial.

—¡Nosotros no hemos revuelto los cajones! —gritó Louisa—. ¡Estaba en el suelo de la biblioteca!

—¿Acaso se le cayó? ¿Lo tiró? Se diría que Ricky llevaba una doble vida. Creía que no le interesaban demasiado las mujeres. ¡Cómo voy a reírme cuando lo vea!

—Ni hablar. Dios mío, daría cualquier cosa por saber adonde ha ido y qué significa todo esto.

—¡Os diré adonde ha ido! —afirmó Cedric—. A buscar a la rubia hechicera de su juventud. ¡Es evidente! Pero ojalá pudiera verlo. ¡Ricky viviendo una aventura romántica!

—¡No dices más que tonterías! Si hay algo evidente es que el carácter de Richard no alberga ni una pizca de romanticismo, y en cuanto a la aventura... Creo que se estremecería sólo de pensarlo. Mi hermano, querido Cedric, es ante todo un hombre elegante, y jamás haría nada indigno de un dandi. De eso sí puedes estar seguro.

Capítulo 4

Mientras su hermana pronunciaba esas palabras, el hombre elegante dormía en un rincón de una enorme y lenta diligencia, verde y dorada, que se mecía y oscilaba camino de Bristol. Eran las dos de la tarde, se encontraban en Calcot Green, al oeste de Reading, y los sueños que turbaban el reposo del galán eran de todo punto inquietantes. Había tenido que soportar algunos momentos de vigilia, cada vez que la diligencia se detenía con una fuerte sacudida para recoger o dejar pasajeros, cambiar los caballos o esperar a que un lento guardián abriera la cancela del camino. Esos instantes le habían resultado aún más angustiosos que sus sueños. Le dolía la cabeza, le escocían los ojos y una fantasmagoría de extrañas y hostiles caras oscilaba ante su visión escandalizada. Así que con un gemido había vuelto a bajar los párpados, pues prefería sus pesadillas a la realidad; pero cuando el coche se había parado en Calcot Green para dejar a una robusta mujer que padecía asma, el sueño lo había abandonado definitivamente. Entonces abrió los ojos, parpadeó al ver la cara de un hombre con aspecto escrupuloso, ataviado con un traje negro, que estaba sentado enfrente de él; exclamó «¡Dios mío!» y se enderezó.

—¿Le duele mucho la cabeza? —le susurró al oído una voz solícita que le resultó vagamente familiar.

El galán se volvió y se topó con la inquisidora mirada de la señorita Penelope Creed.

—Ya me acuerdo —dijo, tras contemplarla en silencio por unos instantes—. La diligencia. Bristol. ¡Ay! ¿Por qué tocaría el brandy?

Un pellizco reprobatorio le hizo recordar dónde estaba. Reparó en que había tres personas más en el coche, sentadas frente a él, y que todas lo observaban con interés. El individuo con aspecto escrupuloso —que debía de ser un pasante de pluma— no disimulaba su desaprobación; una mujer ataviada con una capota y un chal de seda inclinó la cabeza con aire maternal y comentó que le recordaba a su segundo hijo, que tampoco soportaba el bamboleo de la diligencia; y un hombre corpulento sentado a su lado —seguramente su esposo— corroboró su afirmación diciendo con voz grave: «¡Así es!».

Sir Richard se llevó de manera instintiva una mano al fular y comprobó que estaba bastante arrugado, igual que los faldones de su chaqueta azul. El sombrero parecía empeorar su migraña, así que se lo quitó y se sujetó la cabeza con ambas manos, tratando de deshacerse de los últimos restos de sueño.

—¡Dios mío! —exclamó con voz pastosa—. ¿Dónde estamos?

—Bueno, no sabría decirlo con certeza, pero ya hemos pasado Reading —contestó Pen mirándolo con aprensión.

—Estamos en Calcot Green —observó el hombre corpulento—. Hemos parado

para dejar a un pasajero. No están respetando mucho el horario, eso desde luego. Seguro que el cochero ha bajado a beber algo.

—¡Bueno! Después de tantas horas en lo alto de la caja, al sol, debe de estar sediento —comentó su esposa, más comprensiva.

—Tienes razón —concedió su esposo.

—Si se entera la compañía, lo despedirán, ¡y con razón! —opinó el pasante en tono desdeñoso—. El comportamiento de estos cocheros raya en el escándalo.

—No creo que haya motivo para enojarse tanto porque un cochero se retrase un poco —opinó la mujer—. Vive y deja vivir, eso es lo que digo siempre.

Su esposo asintió, como de costumbre. La diligencia se puso de nuevo en marcha con una fuerte sacudida. Al abrigo del estruendo de ruedas y cascos, Pen dijo:

—Anoche insistía en que estaba borracho, y ahora veo que era cierto. Temía que lamentara haberme acompañado.

—Sí, debía de estar borracho como una cuba, pero no me arrepiento, salvo del brandy —afirmó sir Richard, alzando la vista—. ¿Cuándo se supone que llega este infernal vehículo a Bristol?

—Verá, no es una de las diligencias más rápidas. Creo que arribaremos sobre las once. Pero estamos parando mucho. ¿Le resulta muy pesado?

—¿Y a usted? —preguntó él a su vez, mirándola.

—La verdad es que no. Estoy pasándolo en grande. Pero no quiero que aguante usted incomodidades por mi culpa. Ya me doy cuenta de que se encuentra fuera de lugar en una diligencia.

—Mi querida jovencita, le aseguro que usted no tiene nada que ver con mis incomodidades. Y respecto a eso de que me hallo fuera de lugar, ¿le importaría decirme cómo se halla usted?

—Bueno, al fin y al cabo sólo soy un desalmado colegial —repuso Pen, y los hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

—¿Eso dije? —Ella asintió—. Pues es la verdad —reconoció él mirándola con ojo crítico—. Salvo que... ¿Le anudé ese fular? Sí, claro. ¿Qué demonios es eso?

—Una manzana —contestó la joven mostrándole la fruta—. Me la ha dado la mujer que acaba de apearse.

—Supongo que no pretenderá comérsela, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Por qué no? ¿Quiere un mordisco?

—¡No!

—Pues yo estoy hambrienta. Eso es lo único que se nos olvidó.

—¿Qué se nos olvidó?

—La comida —aclaró Pen, y mordió la manzana—. Debimos coger un cesto con vituallas para el viaje. No me acordé de que la diligencia no paraba en las casas de postas, como el coche del correo. Bueno, no es que no me acordara, sino que lo

ignoraba.

—Habrá que remediarlo. Si está hambrienta, debe comer.  Qu  piensa hacer con el corazón de la manzana?

—Com rmelo —respondió Pen.

— Mocosa repelente! —exclamó sir Richard, y se estremeció.

A continuación se recost  en su rincón, pero un tirón en la manga le hizo volver la cabeza hacia su acompañante.

—Les he dicho a los otros pasajeros que es usted mi tutor —susurró Pen.

—Sí, claro. Les parecer  de lo más normal que un joven caballero viaje en la diligencia acompañado de su tutor —repuso sir Richard, resignándose a su papel de comparsa.

En la parada siguiente, Woolhampton, se libró de la apatía que amenazaba con apoderarse de él, bajó del coche y demostró una inesperada habilidad para procurarse en la modesta posada una tolerable comida fría para su «pupilo». La diligencia lo esper  el tiempo que hizo falta, y el pasante, que vio cómo la mano del caballero iba de su bolsillo a la palma de la mano del cochero, refunfuñó sobre el soborno y la corrupción en los caminos del rey.

—Coma un poco de pollo —le recomendó sir Richard con cordialidad.

El pasante rechazó la invitación con gesto despectivo, pero otros pasajeros —en especial un niño con vegetaciones— accedieron encantados a compartir el contenido del cesto que Pen se había puesto sobre las rodillas.

Sir Richard enseguida comprendió que la señorita Creed tenía un carácter muy confiado; durante la larga jornada descubrió que era sociable en extremo. Miraba a todos los pasajeros con radiante naturalidad; conversaba incluso con el pasante; y mostraba una alarmante tendencia a convertirse en el alma de la fiesta. Cuando le preguntaron quién era y adonde iba, ella, con entusiasmo, cont  una historia falaz que poco a poco iba embelleciendo con detalles extravagantes, sin dejar de pedir a sir Richard que la corroborara, de modo que él, contagiado del espíritu de la aventura, añadió unos cuantos toques improvisados. Eso pareció complacer a la joven, pero en cambio le disgust  que el caballero se negara a ayudarla a distraer al niño con vegetaciones.

Sir Richard volvió a recostarse en su rincón, disfrutando perezosamente de las incursiones de la señorita Creed en el reino de la fantasía, y preguntándose qué pensarían su madre y su hermana si se enteraran de que iba hacia un destino desconocido en una diligencia, acompañado de una joven a quien esas circunstancias importaban tan poco como su atuendo masculino. Se le escap  la risa al imaginarse la cara de Louisa. Ya no le dolía la cabeza, y aunque el sentimiento de indiferencia provocado por el brandy lo había abandonado, seguía bajo los efectos de una agradable sensación de irresponsabilidad. De haber estado sobrio, no se habría

embarcado en aquel absurdo viaje; pero, como lo había emprendido borracho, estaba decidido a continuarlo. Además, sentía cierta curiosidad por la historia de aquella joven. Ella le había contado un fárrago la noche anterior, de lo que apenas guardaba memoria, aunque sí recordaba vagamente a una tía y un primo con cara de pez.

Giró un poco la cabeza, sin levantarla del deslucido respaldo del asiento, y con los párpados entornados observó la animada carita que tenía al lado. La señorita Creed escuchaba, al parecer muy interesada, una larga y enrevesada retahíla de las enfermedades que últimamente habían postrado al primogénito de la matrona. Negó con la cabeza, asombrada de la necedad del boticario; asintió, admirada de una eficaz y antiquísima panacea compuesta de extrañas hierbas; y ya se disponía a completar esa receta con una que usaba su familia cuando el pie de sir Richard encontró el suyo y se lo pisó.

Había llegado el momento de frenar a la joven. La matrona la miraba fijamente, mientras comentaba que resultaba asombroso encontrar a un joven caballero tan bien informado.

—Mi madre está inválida desde hace muchos años —mintió Pen, y se ruborizó levemente.

Entonces todos se mostraron muy interesados, y una mujer flaca y arrugada que iba sentada en el extremo opuesto aseguró que nadie podía saber más que ella de enfermedades.

Ese comentario hizo que Pen dejara de ser el centro de atención. Cuando la mujer acometió, triunfante, el relato de sus sufrimientos, la joven se recostó junto a su supuesto tutor y le lanzó una mirada traviesa a modo de disculpa.

El pasante, que todavía no había perdonado a sir Richard por sobornar al cochero, formuló algún comentario sobre las libertades que se permitían en aquella época a los jóvenes. Las comparó desfavorablemente con las que gozaba él en su juventud, y recalcó que, si algún día tenía un hijo, no lo mimaría asignándole un tutor, sino que lo enviaría al colegio. Pen replicó con aire sumiso que el señor Brown era muy estricto, y sir Richard, que se identificaba con el señor Brown, confirió credibilidad a dicha afirmación ordenando a Pen que se callara.

La matrona comentó que no podía negarse que el joven caballero los había animado a todos, y que le disgustaba la gente que trataba con dureza a los niños.

—Tienes razón —coincidió su esposo—. Nunca he hecho nada para aplacar a mis hijos: me gusta verlos felices.

Varios pasajeros miraron con reproche a sir Richard y, para que no cupiera duda acerca de su severidad, Pen permaneció callada, con las manos recogidas sobre el regazo y la cabeza gacha.

El caballero comprendió que durante el resto del viaje lo considerarían un opresor, así que se puso a ensayar mentalmente un discurso destinado a la edificación

del espíritu de la señorita Creed.

Sin embargo, ella lo desarmó al quedarse dormida sobre su hombro. Durmió entre una parada y la siguiente, y cuando la sacudida de la diligencia al detenerse la despertó, sonrió adormilada a sir Richard y murmuró:

—Me alegro de que haya venido. ¿Usted también?

—Mucho. ¡Despierte! —exclamó él, temiendo que pudiera hacer otros comentarios imprudentes.

La joven bostezó y se enderezó. Por lo visto había un altercado entre el guardia y alguien que se hallaba en el patio de la posada. Un granjero que había subido a la diligencia en Calne, y que iba sentado al lado de Pen, comentó que el problema era que una persona pretendía subir sin billete.

—¡Es imposible, eso está claro! —señaló la mujer delgada—. ¡El coche ya va muy lleno!

—¿Dónde estamos? —preguntó Pen.

—En Chippenham —respondió el granjero—. Allí empieza la carretera de Bath, ¿lo ve?

Pen se inclinó para mirar por la ventanilla.

—¿En Chippenham, ya? ¡Ah, sí! ¡Reconozco el sitio!

Sir Richard la miró de reojo y murmuró:

—¿Cómo que «ya»?

—Bueno, me he quedado dormida. Por eso me parece que hemos llegado muy deprisa. ¿Está usted muy cansado, señor?

—No, en absoluto. Sólo estoy muy resignado.

En ese momento, el nuevo pasajero, que al parecer había llegado a un acuerdo con el guardia, abrió la puerta e intentó montar en la diligencia. Era un hombre menudo y enjuto que llevaba un chaleco de piel de gato y pantalones de algodón. En su rostro de facciones angulosas centelleaban unos ojos sin pestañas, hundidos bajo unas rubias cejas. Su intento de subir al coche halló una fuerte oposición. La mujer delgada gritó que no quedaba sitio; el pasante afirmó que era un escándalo cómo la Compañía sobrecargaba los vehículos; y el granjero sugirió al recién llegado que viajara en el techo.

—En el techo ya no cabe ni un alfiler —protestó el hombre—. ¡Pero si no ocupo tanto, caramba! ¡Arrímense un poco, amigos!

—¡Está lleno! —insistió el granjero—. ¡Pruebe en el portamaletas!

—Míreme bien, hombre: no ocupo más espacio que una aguja de jareta —replicó el desconocido—. Además, en el techo va una pandilla de petimetres y no me hace ninguna gracia viajar con ellos.

Sir Richard examinó al hombre con mirada experta y llegó a la conclusión de que los policías de Bow Street debían de conocerlo muy bien. Sin embargo, no le

sorprendió que la señorita Creed se desplazara en el asiento para hacerle sitio, pues a esas alturas ya se había formado una idea del amistoso carácter de su protegida.

La joven se arrimó más a sir Richard y convenció al granjero de que todavía quedaba espacio para un pasajero más. El del chaleco de piel de gato le sonrió y subió.

—Vaya, y yo que pensaba que eras otro niño bonito —comentó apretujándose en el asiento vacante—. Te estoy muy agradecido, mozalbete. Jimmy Yarde nunca olvida los favores que le hacen.

El pasante, que debía de ser de la misma opinión que sir Richard respecto a Yarde, se sorbió la nariz y estrechó aún más la caja que llevaba sobre el regazo.

—¡Hombre, por Dios! —exclamó el recién llegado, observando el gesto con una sonrisa condescendiente—. ¡No soy ningún ganforro!

—¿Qué es un ganforro? —preguntó Pen con inocencia.

—¡Pero qué crío más gracioso! —comentó el hombre, casi desconcertado—. Un ganforro, joven caballero, es lo que confío que usted nunca llegue a ser. Un tipo de esos que suelen acabar en la gayola; siempre y cuando tengan suerte y antes no les hayan ceñido el collar de esparto.

Pen, muy intrigada, le pidió que tradujera esos extraños términos. Sir Richard, que había considerado y descartado la idea de ordenarle que le cambiara el sitio, se reclinó y se puso a escuchar con indolente regocijo la iniciación de la joven en los misterios de la jerga de los bajos fondos.

En Chippenham, la diligencia había recogido a un grupo de jóvenes que se dirigían a presenciar una pelea de gallos e iban montados en el techo del vehículo. A juzgar por los ruidos provenientes de arriba, resultaba evidente que estaban muy bebidos. Se los oía gritar, cantar y golpear el techo con los talones. La matrona y la solterona empezaron a alarmarse, al tiempo que el pasante declaraba que el comportamiento de aquellos jóvenes era lamentable. Pen se hallaba demasiado enfrascada en la conversación con Jimmy Yarde para prestar mucha atención al alboroto, pero cuando hubieron recorrido otros ocho kilómetros, de pronto el pesado vehículo aceleró y empezó a bambolearse sobre roderas y baches, oscilando peligrosamente hacia uno y otro lado. Entonces Pen interrumpió su fascinante charla y miró inquisitivamente a su tutor.

Una súbita sacudida la lanzó a sus brazos.

—¿No quería aventuras? Espero que esté disfrutando —dijo él con aspereza, devolviéndola a su asiento.

—Pero ¿qué está pasando?

—Creo que uno de esos lechuguinos que viajan en el techo ha decidido estrellar el coche.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —exclamó la matrona—. ¿Insinúa que uno de

esos molestos borrachines está conduciendo la diligencia, señor?

—Eso mismo, señora.

La solterona soltó un gritito.

—¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?

—Supongo que acabaremos en la cuneta —contestó sir Richard sin inmutarse.

De pronto se desató una babel. La solterona pedía a gritos que la dejaran salir de inmediato; la matrona intentó atraer la atención del cochero golpeando el techo con su sombrilla; el granjero asomó la cabeza por la ventanilla y prorrumpió en insultos y amenazas; Jimmy Yarde se echó a reír; y el pasante, encolerizado, le preguntó a sir Richard por qué no intervenía.

—¿Y qué puedo hacer? —repuso éste mientras sujetaba a Pen con un brazo reconfortante.

—¡Detenga el coche! ¡Deténgalo, se lo ruego! —suplicó la matrona.

—¡No tema, señora! ¡Ya se parará solo! —exclamó Yarde sonriendo.

Al cabo de un instante, una curva muy cerrada resultó una prueba excesiva para el inexperto cochero, que la tomó demasiado abierta: las ruedas exteriores subieron al pequeño terraplén de la cuneta y patinaron hacia la zanja. Todos los pasajeros se vieron lanzados de sus asientos. Las mujeres chillaron, el granjero lanzó juramentos; la madera crujió al partirse y algunos cristales se hicieron añicos. El coche quedó inclinado hacia un lado, y los tallos de espino entraron por las ventanillas rotas.

Con la cara cubierta por el sobretodo de sir Richard, Pen soltó un grito ahogado y forcejeó para librarse de un pliegue que la sujetaba contra el costado del caballero.

—¿Se ha hecho daño, Pen? —preguntó él soltándola.

—No, no. Muchas gracias por sujetarme. ¿Y usted? ¿Está herido?

Tenía un pequeño corte en la mejilla debido a una esquirla de cristal, pero como se había aferrado al reposabrazos del extremo del asiento, no había salido despedido como los demás viajeros.

—No; sólo estoy enojado —contestó—. ¡Haga el favor, señora! ¡Éste no es momento ni lugar para montar una escena! —soltó con mordacidad a la solterona, la cual, al encontrarse sentada encima del pasante, parecía presa de un ataque de nervios.

—¡Déjenme llegar a la puerta! —pidió Jimmy Yarde sujetándose al reposabrazos de enfrente para incorporarse—. La próxima vez que tome la diligencia, viajaré en el techo, con petimetres o sin ellos.

Como la diligencia no había llegado a volcar por completo, sino que la aguantaban el terraplén y el seto que bordeaban la zanja, no resultó difícil abrir la puerta para salir. A la solterona tuvieron que cogerla en brazos, porque se había quedado rígida, incapaz de hacer algo más que chillar y golpear con los talones. Pen bajó con agilidad, sin necesidad de ayuda, mientras la matrona refunfuñaba que, dado

que ningún caballero se había ofrecido a ayudarla, saldría también por sus propios medios.

Aunque eran más de las nueve y ya se había puesto el sol, todavía había luz en el cielo y no hacía frío. Los viajeros se encontraron en un tramo desierto del camino, a unos tres kilómetros del pequeño pueblo de Wroxhall y a cincuenta de Bristol. Bastó una rápida inspección del coche para convencerlos de que necesitaría una reparación a fondo antes de poder reemprender el viaje. Sir Richard, que se había dirigido de inmediato hacia los caballos, al cabo de un momento volvió y le dijo a Pen que uno de los animales se había lastimado gravemente un tendón. No se había equivocado al suponer que habían cedido las riendas a uno de los pasajeros que viajaban en el techo. Llevar la diligencia constituía un pasatiempo habitual de los jóvenes que aspiraban a aprender a conducir, mas resultaba incomprensible que un cochero empleado por la compañía hubiera sido lo bastante necio para ceder su asiento a un aficionado borracho. Aunque acabó por entenderlo cuando reparó en el penoso estado del propio cochero.

Pen, que se hallaba sentada sobre la maleta de sir Richard, recibió la noticia de la gravedad de la avería con serenidad, pero los demás pasajeros protestaron ruidosamente, y acosaron al guardia con exigencias de que los condujeran enseguida a Bristol, por los medios que fuera. Paralizado por la indignación que sentía ante la mala conducta de su colega y la exasperación que le causaba que seis o siete personas le gritaran a la vez, el pobre hombre tardó en reaccionar. Pidió calma y paciencia, y aseguró que iría a caballo hasta Chippenham. Allí trataría de encontrar algún vehículo para trasladarlos a Wroxhall, donde tendrían que permanecer hasta que los recogiera la siguiente diligencia de Bristol, por la mañana.

Varios pasajeros decidieron ir caminando hasta Wroxhall, pero la solterona aún no se había recuperado del ataque de nervios, la matrona se lamentó de que sus callos no le permitieran andar tres kilómetros y el pasante insistió en que tenía derecho a que lo llevaran a Bristol esa misma noche. Hubo un par de personas que buscaron consejo en sir Richard, pues resultaba evidente que era un hombre acostumbrado a dar órdenes. Dicha propensión hizo que el caballero, nada complacido, se acercara a Pen y le dijera, en voz baja pero muy decidido:

—Creo que ha llegado el momento de separarnos de nuestros compañeros de viaje.

—¡Sí, tiene usted razón! —coincidió Pen, risueña—. Mire, he estado pensando y tengo un plan mucho mejor. ¡No vamos a ir a Bristol!

—Vaya. ¿Insinúa que ha decidido regresar a Londres?

—¡No, no! ¡Claro que no! Pero, después de lo ocurrido, sería absurdo esperar a la próxima diligencia, porque es muy probable que mi tía venga en ella. Además, mi intención nunca fue ir a Bristol.

—En ese caso, es una pena que hayamos recorrido todo este camino —ironizó sir Richard.

—¡No sea bobo! —lo reconvino Pen riendo—. Mi casa no está en Bristol, sino cerca, y creo que sería mejor que recorriéramos el resto del camino a pie. ¡Eso sí será una auténtica aventura!

—¿Dónde está su casa?

—Cerca de Queen Charlton; ya sabe, no muy lejos de Keynsham.

—No, no lo sé. Éste es su territorio, no el mío. ¿A qué distancia calcula que nos encontramos de Queen Charlton?

—No estoy muy segura. Tal vez unos veinticinco kilómetros, treinta a lo sumo, a campo traviesa.

—¿Pretende recorrer veintitantos kilómetros a pie?

—Bueno, no creo que sea tanto. En línea recta deben de ser unos quince.

—Pero ¿cómo vamos a ir campo traviesa? Y levántese de esa maleta, haga el favor.

—Me parece que podría caminar veinte kilómetros sin problemas —afirmó Pen levantándose—. Parando de vez en cuando, por supuesto. ¿Qué propone usted?

—Desandar el camino hasta encontrar una posada. Si no recuerdo mal, hay una no muy lejos de aquí. No tengo ninguna intención de seguir viajando con este lamentable grupo.

—La verdad es que también estoy un poco cansada de ellos —admitió Pen—. Pero ¡no quiero ir a una casa de postas!

—No se preocupe. Ninguna casa de postas respetable nos abrirá las puertas si nos presentamos de esta guisa.

Pen rió ante esa idea y ya no puso más objeciones. A continuación recogió la bolsa de viaje y echó a andar con su acompañante hacia Chippenham. Los otros pasajeros no los vieron partir, pues estaban muy entretenidos injuriando al cochero o planeando su siguiente movimiento.

—Y ahora ya puede darme esa bolsa —dijo sir Richard cuando se encontraron a cierta distancia de la diligencia, más allá de la primera curva del camino.

—Ni hablar —repuso la joven sujetándola con firmeza—. No pesa nada, y usted ya lleva su maleta. Además, estoy acostumbrándome al papel de hombre. ¿Qué haremos cuando lleguemos a la posada?

—Pedir la cena.

—Ya. ¿Y después?

—Acostarnos.

—¿No cree que deberíamos reemprender el viaje enseguida? —preguntó Pen tras un instante de reflexión.

—Por supuesto que no. Nos acostaremos como dos buenos cristianos, y por la

mañana alquilaremos un coche para ir a Queen Charlton. Un vehículo privado —añadió.

—Pero...

—Pen Creed —dijo sir Richard con calma—, usted me propuso que fuera su acompañante y guía, y acepté. Luego ha hecho un retrato tan horrible de mí que ha conseguido que los pasajeros de esa diligencia me tomaran por un maltratador de menores. Ahora va a cosechar lo que ha sembrado.

—¿Va a maltratarme? —preguntó ella, riendo.

—¡No se imagina cuánto!

—Está bien, le obedeceré —aceptó la joven, cogiéndolo del brazo y pegando un saltito—. Me alegro mucho de haberlo conocido: estamos viviendo una extraordinaria aventura, ¿verdad?

Sir Richard soltó una carcajada y se quedó plantado en medio del camino. Ella lo miró desconcertada.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó.

—¡No importa! —exclamó él conteniendo la risa—. ¡Por puesto que estamos viviendo una extraordinaria aventura!

—Eso creo yo —afirmó ella colocándose de nuevo a su lado—. ¡Piers se va a llevar una sorpresa cuando me vea!

—Eso me temo. Supongo que no se arrepiente de haber venido en su busca, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¡Piers es mi mejor amigo! ¿No le conté que cuando éramos niños juramos casarnos?

—Sí, algo recuerdo —admitió el caballero—. Pero también me acuerdo de que dijo que llevaba cinco años sin verlo.

—Sí, es cierto; pero eso carece de importancia, se lo aseguro.

—Ya —dijo sir Richard, reservándose sus inevitables reflexiones.

No habían recorrido más de tres kilómetros cuando llegaron a la posada que sir Richard había visto por la ventanilla de la diligencia. Era un establecimiento muy pequeño, con un viejo letrero que chirriaba prendido de unas cadenas, tejado de paja y un solo salón separado de la taberna.

Al enterarse del accidente de la diligencia, el posadero aceptó la inesperada llegada de los viajeros sin sorprenderse. Como oscurecía, mientras el caballero no entró en la posada y se acercó a una lámpara que colgaba del techo, el hombre no se formó una imagen clara del visitante. Para el viaje, sir Richard había elegido una sencilla chaqueta y unos bombachos viejos, pero el corte de la chaqueta azul, el lustre de sus botas, el nudo de su fular y las varias capas de su sobretodo proclamaban de forma inconfundible su categoría, de modo que el hospedero, conmocionado, miró alternativamente a los dos huéspedes con considerable respeto.

—Necesito una habitación para mí y otra para mi sobrino —explicó sir Richard—. Y también algo de cenar.

—Muy bien, señor. ¿Dice usted que viajaba en la diligencia de Bristol? —preguntó el hombre, incrédulo.

—Así es —afirmó sir Richard enarcando las cejas—. Eso he dicho. ¿Tiene alguna objeción?

—¡Oh, claro que no, señor! Y respecto a la cena... me temo que no solemos hospedar a clientes tan distinguidos, pero si acepta un plato de huevos con jamón, o quizá una loncha de tocino frío, me encargaré de que se lo sirvan enseguida.

Sir Richard aceptó los huevos con jamón, y entonces el hombre lo condujo al pequeño y abarrotado salón y dijo que les prepararían de inmediato las dos únicas habitaciones de huéspedes con que contaba la posada. Pen lanzó una mirada cómplice a sir Richard y subió tras el posadero, que acarreaba la maleta y la bolsa. Cuando la joven regresó abajo, una desaliñada sirvienta había servido la cena en la mesa del salón, y sir Richard había conseguido abrir dos de sus diminutas ventanas.

—¿Qué demonios ha estado haciendo tanto rato? —preguntó a Pen—. Empezaba a pensar que me había abandonado.

—¿Abandonarlo? Pero ¡qué dice! Lo que pasa es que he advertido que el posadero se fijaba en su ropa, así que me he inventado una historia que contarle. Por eso lo he seguido hasta las habitaciones. Sabía que intentaría descubrir por qué viajaba usted en la diligencia.

—¿Y lo intentó?

—Sí, desde luego. Le he contado que había sufrido usted un grave revés en la Bolsa y que se había arruinado —expuso Pen acercando la silla a la mesa.

—¡Oh! ¿Y eso ha satisfecho su curiosidad?

—Del todo. He asegurado que lo lamenta mucho. Y luego me ha preguntado adonde íbamos. Le he dicho que íbamos a Bristol, porque toda la familia había perdido su fortuna, de modo que habían tenido que sacarme del colegio.

—Posee usted una imaginación muy fértil. ¿Le ha preguntado en qué colegio estudiaba?

—Sí, y le he dicho que en Harrow, aunque enseguida he lamentado no haber dicho Eton, pues mi primo Geoffrey estudia en Harrow y le tengo mucha manía. Nunca iría a su colegio.

—Me temo que ya es demasiado tarde para cambiar de escuela —comentó sir Richard, pesaroso.

Ella lo miró, y el caballero desplegó su fascinante sonrisa.

—¿Está riéndose de mí?

—Sí. ¿Acaso le molesta?

—¡No, qué va! En casa de mi tía nadie se ríe. Me gusta.

—Me encantaría que me hablara de esa tía suya. ¿Es su tutora?

—No, pero me vi obligada a vivir con ella desde que murió mi padre. En realidad no tengo tutor, pero sí dos fideicomisarios. Por lo de mi fortuna, como le dije.

—Ah, por supuesto. Me olvidaba de su fortuna. ¿Quiénes son sus fideicomisarios?

—Bueno, uno es mi tío Griffin, el esposo de la tía Almería; pero sólo hace lo que le ordena mi tía. El otro es el abogado de mi padre, y tampoco pinta nada.

—¿Por la misma razón?

—Lo ignoro, aunque no me extrañaría. Todo el mundo teme a la tía Almería. Hasta yo, un poco. Por eso me escapé.

—¿La trata mal?

—No, no puedo decir que me trate mal, pero es de esa clase de mujeres que siempre consiguen lo que se proponen, ¿me entiende?

—Sí, por supuesto.

—Habla sin parar. Y cuando está disgustada contigo, se vuelve insoportable. Pero, para ser justos, no la culpo por estar tan empeñada en que me case con Fred. Verá, mis tíos no son muy ricos y, como es lógico, a ella le encantaría que Fred se hiciera con mi fortuna. De hecho, lamento mucho ser tan desagradecida, sobre todo después de haber vivido con los Griffin casi cinco años. Pero lo cierto es que no deseaba mudarme a su casa, y respecto a casarme con Fred, no es que no quiera, sino que no podría. Sin embargo, cuando expliqué a la tía Almería que prefería ceder mi fortuna a mi primo y no casarme con él, se puso hecha una furia y me tildó de cruel y desvergonzada. Lloró y aseguró que había estado alimentando a una víbora en su seno. Me pareció muy injusto por su parte, pues la mía era una oferta muy generosa, ¿no le parece?

—Ya lo creo —coincidió sir Richard—. Pero quizá un poco... ¿cómo expresarlo? ¿Burda?

—¿Qué? ¿Insinúa que a mi tía le desagradó que no fingiera que Fred estaba enamorado de mí?

—Es posible —contestó él con gravedad.

—Bueno, lamento haber herido sus sentimientos, pero lo cierto es que no tiene ni pizca de sensibilidad. Sólo dije lo que pensaba. Pero se enfadó tanto que no me quedó más remedio que escapar. Y eso hice.

—¿La encerraron en su habitación?

—¡No, qué va! Supongo que lo habrían hecho si mi tía hubiera sospechado mis planes, pero jamás se hubiera imaginado algo así.

—Entonces, disculpe mi curiosidad, ¿por qué salió por la ventana?

—¡Ah, fue por *Pug*! —contestó Pen, sonriente.

—¿*Pug*?

—Sí, es una criaturita espantosa. Duerme en un cesto en el recibidor y en cuanto sale alguien de la casa se pone a ladrar. Habría despertado a mi tía. No tuve más remedio que salir por la ventana.

Sir Richard la contempló sonriendo.

—Por supuesto... ¿Sabía, Pen, que estoy en deuda con usted?

—Ah, ¿sí? —replicó ella, complacida pero desconcertada—. ¿Por qué?

—Creía que conocía a las mujeres, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocado.

—¡Oh! ¿Lo dice porque no me comporto como correspondería a una joven bien educada?

—Sí, ésa es una forma de expresarlo.

—Así lo expresa la tía Almería.

—Claro, no me sorprende.

—Me temo que no me porto muy bien —reconoció Pen—. Ella se queja de que recibí una educación lamentable, pues mi padre me trataba como si fuera un chico, ya que le habría gustado tener un varón, es evidente.

—No estoy de acuerdo con usted. Si hubiera sido un chico, no tendría nada de extraordinario; en cambio, siendo mujer, es usted única, créame.

—Me parece que eso es un cumplido —repuso Pen, y se ruborizó ligeramente.

—Sí, lo es —confirmó sir Richard.

—Bueno, no estaba muy segura, porque todavía no me he presentado en sociedad, y los únicos hombres que conozco son mi tío y Fred, que por supuesto no me dedican cumplidos. Bueno, no de ese tipo. —Lo miró con timidez, pero entonces reparó en alguien al otro lado de la ventana y de pronto exclamó—. ¡Oh! ¡El señor Yarde!

—¿El señor qué? —preguntó sir Richard volviéndose.

—Acaba de cruzar frente a la ventana. ¿No se acuerda del señor Yarde? Es ese hombrecillo que ha subido a la diligencia en Chippenham y que hablaba de una forma tan rara e incomprensible. ¿Cree que piensa alojarse en esta posada?

—¡Espero que no!

Capítulo 5

Sus esperanzas pronto resultaron vanas, pues tras unos minutos el posadero entró en la sala para disculparse y preguntar al noble caballero si tenía inconveniente en ceder una de sus habitaciones a otro viajero.

—Ya le he dicho que el señor había reservado ambos dormitorios, pero este hombre se halla muy necesitado de alojamiento, así que si a su joven acompañante no le importa compartir la habitación con usted... Hay dos camas.

Sir Richard miró de soslayo a la señorita Creed, y reparó en que hacía grandes esfuerzos para contener la risa. También le temblaron los labios, pero antes de que pudiera contestar, el rostro de afiladas facciones del señor Jimmy Yarde asomó por encima del hombro del posadero.

Al reconocerlos, el recién llegado se mostró sorprendido. Sin embargo, se sobrepuso enseguida y entró en el salón expresando una gran alegría por encontrarse a dos compañeros de infortunio.

—Pero ¡si es el mozalbete! —exclamó—. ¡Vaya, creía que se habían ido a Wroxhall!

—No. Pensé que estaría abarrotado de viajeros esta noche —replicó sir Richard.

—¡Ah, usted sí que sabe! Se nota nada más verlo. ¡Pues tenía mucha razón! Lo mismo me dije yo: «Wroxhall no es sitio para ti, Jimmy».

—¿Se ha recuperado ya la mujer que sufrió el ataque? —preguntó Pen.

—Me temo que no, joven amigo. Cuando me he marchado todavía estaba más tiesa que un cadáver, y nadie sabía qué hacer para que volviera en sí. Y entonces se me ha ocurrido venir a esta posada, ignorante, desde luego, de que ustedes habían ocupado todas las habitaciones. —Su sonriente rostro se volvió hacia el de sir Richard, que no auguraba nada bueno.

—¡Qué mala suerte! —replicó éste con educación.

—¡No me diga que será capaz de dejarme en la calle! —lo presionó el hombre—. Son más de las once de la noche. ¿Qué inconveniente tiene en compartir la habitación con el mozalbete?

—Si el señor fuera tan amable de permitir que el joven caballero durmiera en la otra cama de su dormitorio... —terció el posadero en tono obsequioso.

—Lo siento. Tengo el sueño muy ligero y mi sobrino ronca. —Ignorando el gritito de indignación de Pen, sir Richard se volvió hacia Yarde y le preguntó—: ¿Usted ronca?

—¡No! ¡Le aseguro que duermo como un recién nacido! —repuso sonriendo el hombre.

—Entonces compartiré la habitación con usted.

—¡Hecho! Ya me parecía que era usted de buena pasta... ¡Maldita sea, voy a

beberme una jarra a su salud!

Resignándose a lo inevitable, sir Richard hizo una seña al posadero e invitó a Jimmy a su mesa.

Como Yarde todavía no había subido a la diligencia cuando Pen anunció que sir Richard era su tutor, no le sorprendió la nueva relación entre ambos. Se refirió a Pen llamándola «su sobrinito» y se bebió la ginebra con agua que el caballero pidió para él. Cuando parecía dispuesto a subir a acostarse, ya tras el segundo vaso de licor, empezó a volverse muy locuaz e hizo unas referencias misteriosas a los manilargos y los tironeros. Una serie de amargas críticas contra los barbilindos llevó a sir Richard a pensar que aquel hombre había trabajado recientemente con personas de alto estatus social, y que no tenía intención de repetir la experiencia.

Pen escuchaba muy atenta, con los ojos cada vez más abiertos, hasta que sir Richard comentó que ya era hora de que fuera a acostarse. La acompañó hasta el pie de la escalera, donde ella le susurró, como quien acaba de realizar un gran descubrimiento:

—¡Me parece que Jimmy Yarde no es una persona respetable!

—No. Eso mismo creo.

—Pero ¿es un ladrón? —preguntó ella, emocionada.

—No me cabe duda. Por eso cerrará usted la puerta con llave. ¿De acuerdo?

—Sí, pero ¿está seguro de que usted estará a salvo? ¡Sería espantoso que le rebanara el cuello en plena noche!

—Sí, sería horrible —admitió sir Richard—. Pero le aseguro que no lo hará. Si quiere, puede guardarme esto hasta mañana —dijo, y le puso su pesado portamonedas en la mano.

—Sí, lo guardaré. Tendrá mucho cuidado, ¿verdad?

—Se lo prometo —repuso él, sonriente—. Y ahora váyase, y no se preocupe por mi seguridad.

El caballero regresó al salón, donde lo esperaba Yarde. No puso ninguna objeción cuando el hombre le propuso tomar otro vaso de ginebra, pese a que sospechó que el recién llegado pretendía emborracharlo.

—Quizá debería advertirle que tengo fama de aguantar muy bien la bebida —le avisó sir Richard en tono cordial mientras Yarde llenaba los vasos por tercera vez—. No me gustaría hacerle perder el tiempo, amigo.

Jimmy no se sobresaltó en absoluto.

—¡Ya me parecía que era usted de buena pasta! —repuso sonriendo—. Lo supe en cuanto lo vi. Seguro que aprendió a beber ginebra en Cribb's.

—Así es.

—¡Ya lo sabía yo! «Ese tipo debe de estar forrado», me dije. Pero no tema, señor, Jimmy Yarde no es ningún pardillo. Lo que no entiendo es por qué viajaba en la

diligencia.

—Verá, es que perdí todo mi dinero —explicó sir Richard.

—¿Que perdió todo su dinero? —repitió el otro, asombrado.

—Sí. En la Bolsa.

—¡Me toma el pelo! —exclamó Yarde, escudriñando con sus penetrantes ojos a su elegante interlocutor—. ¿Qué se trae entre manos?

—Nada, se lo aseguro.

—¡Que me aspen! —suspiró el hombre, al tiempo que entornaba los ojos—. No habrá matado a nadie, ¿verdad?

—No. ¿Y usted?

—¿Yo? —dijo Jimmy, alarmado—. ¡Por supuesto que no! ¡Detesto la violencia!

—Entiendo. Lo suyo es sólo sutileza de manos, ¿verdad? —sugirió sir Richard y aspiró un buen pellizco de rapé.

—¿Cómo dice? —repuso Jimmy dando un respingo y mirando a sir Richard con cierto respeto.

—Me refiero a que se limita a birlar relojes, cajas de rapé y cosas por el estilo de los bolsillos de los desprevenidos.

—¡Ya lo sé! —exclamó el hombre taladrándolo con la mirada desde el otro lado de la mesa—. ¿Es carcelero? —Sir Richard negó con la cabeza—. ¿Detective, o verdugo?

—No. Soy una persona bastante honrada. Lo que la gente como usted, si no me equivoco, denomina un papanatas.

—¿Un papanatas? Nunca había conocido a un papanatas tan bien informado como usted, amigo mío; y le diré más: espero no conocerlo jamás.

Sir Richard se levantó y encendió una vela para llevársela al dormitorio con la que había en la mesa, mientras Jimmy lo observaba ceñudo.

—¿Va a acostarse, señor?

—Sí. Por cierto, ya le he advertido que tengo el sueño muy ligero, ¿verdad?

—¡Por Dios! ¡No tiene nada que temer de mí!

—Estoy convencido de ello —repuso sir Richard esbozando una sonrisa.

Una hora más tarde, Yarde entró de puntillas en el dormitorio que había sobre el salón y vio que sir Richard dormía apaciblemente. Se acercó despacio a su cama con una vela, y allí permaneció un rato mirándolo, atento a su acompasada respiración.

—No me derrame cera encima, por favor —pidió de pronto sir Richard sin abrir los ojos. Yarde se sobresaltó y profirió una maldición—. Gracias.

Entonces el hombre lo miró con profundo desdén, se desvistió en silencio y se metió en la otra cama.

Despertó temprano y oyó el lejano cacareo de los gallos en las granjas. Aunque ya había salido el sol, la neblina aún no se había disipado y hacía frío. La cama crujió

cuando se incorporó, pero el ruido no despertó a sir Richard. Se levantó con sigilo y se vistió. En la mesa cubierta con un tapete que había junto a la ventana estaban el monóculo de oro y la caja de rapé del caballero. Yarde los miró con anhelo; como experto en cajas de rapé que era, ansiaba meterse aquélla en el bolsillo. Con aire indeciso, echó un vistazo a la otra cama. Su compañero de habitación suspiró en sueños. La chaqueta de aquel caballero colgaba del respaldo de una silla, al alcance de la mano. Sin dejar de vigilar al durmiente, tanteó en los bolsillos, pero no encontró más que un pañuelo. Cogió la caja de rapé y la examinó. El otro seguía inmóvil, así que, envalentonado, se la metió en el bolsillo y a continuación cogió también el monóculo. Entonces se dirigió de puntillas hacia la puerta. Pero al llegar al umbral, un bostezo lo detuvo en seco, y se volvió.

Sir Richard se desperezó y volvió a bostezar.

—Se ha levantado usted temprano —comentó.

—Sí —respondió Yarde, ansioso por marcharse antes de que descubriera el robo—. No me gusta quedarme en la cama las mañanas de verano. Voy a tomar un poco el aire antes de desayunar. Supongo que nos veremos abajo, ¿no?

—Sí, supongo. Pero, por si no nos viéramos, será mejor que me devuelva la caja de rapé y el monóculo ahora.

—¡Nunca había conocido a nadie tan desconfiado! —protestó el hombre, dejando caer el modesto fardo con sus pertenencias—. ¡Usted no me ha visto coger nada!

—Tengo el sueño muy ligero, ¿recuerda?

—¡Bah! —exclamó el ladrón con fastidio, y le entregó el botín—. Aquí tiene. Supongo que no llamará al alguacil, ¿verdad?

—No, no será necesario.

—Es usted un tipo honrado, amigo. No me guardará rencor, ¿verdad?

—En absoluto.

—Me encantaría saber qué se trae entre manos —murmuró Yarde, y se marchó moviendo la cabeza.

Abajo encontró a Pen, que también se había levantado temprano. La joven lo saludó alegremente y comentó que al parecer iba a hacer un día de mucho calor. Cuando él preguntó si tío y sobrino pensaban coger la siguiente diligencia de Bristol, Pen contestó, prudente, que sir Richard todavía no le había comunicado sus planes.

—Pero van ustedes a Bristol, ¿no? —insistió Yarde.

—Sí, claro.

A esas horas la taberna se hallaba vacía, y Pen estaba a punto de pedir el desayuno cuando llegó la posadera de la cocina y les preguntó si se habían enterado de la noticia.

—¿Qué noticia? —preguntó la joven.

—En Wroxhall no se habla de otra cosa, porque somos gente tranquila y no

estamos acostumbrados a los sucesos de la ciudad. Pero mi hijo Jim me ha dicho que un agente de Bow Street llegó en el coche del correo. Nadie sabe qué quiere, pero al parecer se apeó en Calne y vino caminando hasta Wroxhall. Y todavía anda husmeando en casas de gente respetable, haciendo todo tipo de preguntas. Bueno, no tengo nada que esconder, así que por mí ya puede venir, porque aquí no encontrará nada.

—¿Cree que vendrá? —preguntó Pen con un hilo de voz.

—Según dicen, está visitando todas las posadas de la zona. A Jem se le ha metido en la cabeza que tiene algo que ver con la diligencia en que llegaron usted y su tío, señor, porque al parecer va haciendo muchas preguntas sobre los pasajeros. Nuestro Sam calcula que aparecerá por aquí dentro de media hora. Pues que venga. Soy una mujer honrada y nadie tiene nada que decir contra esta casa. Le serviré el desayuno dentro de diez minutos, señor —añadió antes de alejarse camino del salón, dejando a Pen muy pálida y a Yarde muy pensativo.

—Un agente de Bow Street, ¿eh? —comentó el ladronzuelo acariciándose la barbilla—. ¡Vaya, vaya!

—Pues yo nunca he visto a ninguno —aseguró Pen fingiendo indiferencia—. Será muy interesante. Me pregunto qué querrá.

—No tengo ni idea —repuso Jimmy escudriñando con sus ojos sin pestañas el rostro de la joven—. Ni la más remota idea. Pero seguro que no anda buscando a un mozalbete como usted.

—¡No, claro que no! —exclamó Pen, y se obligó a reír.

—Eso mismo creo yo —aseguró el hombre, y desvió la mirada hacia el abrigo que había sobre una mesa—. ¿Es suyo ese sobretodo?

—Sí, pero no me ha hecho falta. Fuera hace calor.

Jimmy lo cogió, lo sacudió y se lo tendió a la joven.

—Le desaconsejo que deje sus cosas tiradas por las tabernas —comentó con gravedad—. Hay muchos ladrones, incluso en sitios tan tranquilos como éste, y les encantaría hacerse con un abrigo tan elegante.

—Sí, claro. Gracias. Lo llevaré arriba —dijo Pen, alegrándose de tener un pretexto para huir.

—Es lo mejor que puede hacer. Luego comeremos un poco, y aunque en general no suelo codearme con esbirros (es decir, con agentes de la ley), soy un hombre tranquilo, y si algún agarrador quiere registrarme, no tengo ningún inconveniente. —Dicho lo cual, se marchó al salón con aire de quien tiene la conciencia muy tranquila, mientras Pen subía a llamar a la puerta de sir Richard.

El caballero le dijo que pasara, y la joven lo encontró dando los últimos retoques a su fular.

—¿Qué ocurre, jovencita? —preguntó, mirándola en el espejo.

—¡Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente! —exclamó Pen, muy alterada—. ¡Estamos en peligro!

—¿Por qué? ¿Ha llegado su tía?

—¡No, algo mucho peor! ¡Va a venir un agente de Bow Street!

—Claro, ya decía yo desde el principio que era usted una ladrona —comentó sir Richard sacudiendo la cabeza.

—¡No lo soy! ¡Lo sabe muy bien!

—Si la buscan los agentes de Bow Street, es evidente que lo es —replicó él mientras se guardaba la caja de rapé en el bolsillo—. Bajemos a desayunar.

—¡Por favor, señor! ¡Hablo en serio! Mi tía debió de alertar a las autoridades.

—Mi querida amiga, de lo que puede estar segura es de que en Bow Street jamás han oído hablar de usted. ¡No diga tonterías!

—¡Ay! —exclamó Pen, aliviada—. Espero que tenga razón, pero ésa sería la típica cosa que haría la tía Almería.

—Eso nadie puede saberlo mejor que usted, pero créame, no es el tipo de tarea que desempeña un agente de Bow Street. Seguramente buscan a nuestro amigo el señor Yarde.

—Sí, al principio también lo pensé, pero me ha dicho que no tiene nada que ocultar, que el agente puede registrarlo si quiere.

—Entonces deduzco que ya se ha deshecho del botín que llevaba encima. ¡A desayunar!

Pen lo siguió, muy preocupada. En el salón encontraron a Jimmy Yarde disfrutando de un plato de carne fría de buey. Saludó a sir Richard con una sonrisa y un guiño, al parecer nada avergonzado del reciente episodio en la habitación, al que se refirió con toda sinceridad.

—A los tipos honrados no les guardo rencor —anunció alzando su jarra de cerveza—. ¡A su salud, señor! —El caballero se limitó a dar una cabezada, dejando ver que no le interesaba hablar del asunto—. Y nada de contarle a ningún esbirro que el pobre Jimmy le pispó la caja de rapé —prosiguió, mirándolo fijamente—, porque eso no es verdad, y usted sabe igual que yo que la lleva en el bolsillo. Es más —agregó—, ahora que lo conozco, ¡no intentaría robarle por nada del mundo!

—Me alegro.

—¿No dirá nada? —insistió Jimmy ladeando la cabeza.

—No, si me deja desayunar tranquilo.

—¡Hecho! No volveré a dirigirle la palabra, señor, hasta que lleguemos a Bristol. Incluso soy capaz de viajar en el techo si eso le complace.

Sir Richard lo miró con gesto pensativo, pero no replicó. Pen se sentó de cara a la ventana para observar la calle por si veía llegar al agente.

Los cálculos de la mesonera no se cumplieron, y el policía no llegó a la posada

hasta un rato después de que hubieran retirado los platos del desayuno y Jimmy Yarde hubiera ido a sentarse tranquilamente en un banco situado en la entrada del establecimiento.

Cuando el agente entró por el patio trasero, la primera persona con quien se topó fue sir Richard, que estaba pagando la cuenta al posadero. La señorita Creed, que se hallaba a su lado, le tiró de la manga para advertirlo. Sir Richard levantó la cabeza, enarcó las cejas, vio al agente y se puso el monóculo.

—Le ruego me perdone, señor —se excusó el recién llegado tocándose el ala del sombrero—. No quisiera interrumpirlos, pero necesito hablar con el posadero.

—Desde luego —accedió sir Richard con expresión de leve sorpresa.

—No tengo prisa, señor —aseguró el agente, y se apartó un poco por discreción.

El suspiro que dejó escapar la señorita Creed denotaba tan profundo alivio que resultó evidente que hasta ese momento sus temores no se habían disipado. Sir Richard terminó de pagar la cuenta, se volvió, dijo «Vamos, Pen» y salió de la taberna.

—¡No ha venido por mí! —le susurró Pen.

—Claro que no.

—Estaba un poco asustada. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Librarnos de nuestro indeseado compañero de viaje.

—Sí, pero ¿cómo? Me temo que pretende venir con nosotros a Bristol.

—Pero nosotros no vamos allí. Mientras el agente lo interroga, querida amiga, saldremos por la puerta trasera e iremos andando hasta Colerne por un camino que espero no sea tan tortuoso como el posadero lo describió. Allí alquilaremos un vehículo para ir hasta Queen Charlton.

—¡Una idea estupenda! ¡Vámonos enseguida!

Cinco minutos después salieron discretamente de la posada por el patio trasero, llegaron a un campo de heno y lo bordearon hasta una verja que conducía a un bosquecillo.

Colerne estaba a menos de cinco kilómetros, pero antes de llegar sir Richard ya estaba cansado de cargar con su maleta.

—¡Pen Creed, es usted una criatura insufrible!

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —preguntó la joven con los ojos muy abiertos.

—Para empezar, me hizo salir de mi comfortable casa...

—¡Eso no es cierto! ¡Fue usted quien quiso venir!

—Estaba borracho.

—Bueno, eso no es culpa mía —se defendió ella.

—¡No me interrumpa! Me ha hecho recorrer kilómetros en una diligencia que apestaba a cebolla y a...

—Quien olía a cebolla era el marido de esa mujer gorda. Ya me fijé.

—Habría sido imposible no fijarse. Y detesto la cebolla. Luego hizo usted tal retrato de mí que todos los pasajeros se convencieron de que era un maltratador de jóvenes inocentes...

—No, el tipo delgado y antipático no. Estaba de acuerdo en que me maltrataran.

—Una persona con un criterio muy acertado. Y, no satisfecha con eso, me obliga a trabar lo que promete ser una amistad de por vida con un ladrón, y a fin de huir de él me veo forzado a recorrer cinco kilómetros a pie cargando con una maleta que pesa mucho más de lo que creía. Ahora sólo falta que me vea envuelto en un caso de secuestro, pues es muy probable que su tía me denuncie.

—Sí, y ahora que me acuerdo, usted me comentó que iba a casarse —observó Pen sin amilanarse por las críticas—. ¿Cree que su prometida se enfadará mucho?

—Espero que se enfade tanto que jamás quiera volver a verme —contestó sir Richard con serenidad—. De hecho, pequeña, esa reflexión compensa cualquier otra consideración, así que se lo perdono todo.

—Creo que es usted una persona muy extraña. ¿Por qué la pidió en matrimonio si no quería casarse con ella?

—No se lo pedí. Ésa es la única locura que no cometí en los dos días pasados.

—Entonces, ¿por qué iba a proponerle matrimonio?

—Usted debería saberlo.

—Pero ¡si es un hombre! ¡Nadie puede obligarlo a casarse contra su voluntad!

—Estuvieron a punto. Si no hubiera caído en mis brazos desde aquella ventana, Pen, no me cabe duda de que en este instante estaría recibiendo las felicitaciones de mis amigos.

—Bueno, pues entonces me parece que no está siendo justo conmigo cuando me llama «criatura insufrible». Pues lo salvé, aunque sin saberlo, de un destino horrible.

—Cierto. Pero ¿era imprescindible que me salvara en una apestosa diligencia?

—Eso formaba parte de la aventura. Además, ya le expliqué al principio por qué quería viajar en ella. Debe reconocer que esta situación está volviéndose muy emocionante. Y no sólo eso: usted ha vivido más aventuras que yo, porque ha compartido la habitación con un ladrón de verdad.

—Así es —admitió él.

—Creo que allí hay una granja. Supongo que hemos llegado a Colerne —dedujo Pen, triunfante.

Instantes después comprobaron que la joven no se había equivocado. Entraron en el pueblo y dieron con una posada de muy buen aspecto.

—Y bien, ¿qué mentira contaremos esta vez?

—Diremos que se nos desarmó una rueda del coche —contestó Pen sin pensarlo dos veces.

—¿Siempre tiene respuesta para todo? —preguntó sir Richard mirándola con aire

risueño.

—Bueno, la verdad es que no poseo mucha experiencia.

—Le aseguro que nadie lo diría.

—Tiene usted razón. Creo que tengo madera de vagabunda —sentenció ella, muy seria.

El dueño de la posada Green Man creyó la historia de la rueda desarmada sin cuestionarla. Si le pareció extraño que los viajeros hubieran abandonado el sendero principal para hacer frente a los peligros de los caminos secundarios, su sorpresa pronto quedó disipada con el anuncio de que se dirigían a Queen Charlton, y que habían buscado un trayecto más corto. El posadero comentó que hubieran debido seguir por el camino de Bristol hasta Cold Ashton, pero que suponía que no conocían bien la región.

—Exacto —admitió sir Richard—. Vamos a visitar a unos amigos que viven en Queen Charlton, y queremos alquilar un coche para llegar hasta allí.

La sonrisa se borró de los labios del posadero, que negó con la cabeza. En Colerne no existían coches de alquiler; de hecho, sólo había un coche en condiciones, y era su calesa.

—Se la prestaría con mucho gusto si hubiera alguien que pudiera llevarla, señor. Pero los muchachos están en la siega del heno, y yo no puedo ir. Quizá el herrero pueda arreglar la rueda de su coche.

—¡Imposible! Esa rueda no puede repararse. Además, ordené a mi postillón que regresara a Wroxhall con el caballo. ¿Cuánto me cobraría por prestarme la calesa sin cochero?

—No se trata del precio, señor, sino de cómo la recuperaré.

—Eso no supone ningún problema —terció Pen—. Se la devolverá uno de los mozos de sir Jasper.

—¿Se refiere a sir Jasper Luttrell, señor?

—Sí, así es. Es a él a quien nos proponemos visitar.

El posadero quedó impresionado. Por lo visto, a diferencia de sir Richard, conocía bien a sir Jasper. Lo miró con recelo y volvió a negar lentamente con la cabeza.

—Bueno, si no quiere alquilármela, supongo que tendré que comprarla —concluyó sir Richard.

—¿Comprarla? —repitió el posadero, asombrado.

—Y también el caballo, por supuesto —añadió el caballero al mismo tiempo que sacaba su portamonedas.

—¡Desde luego, señor! —exclamó el hombre, parpadeando—. Si es usted amigo de sir Jasper, no veo por qué no voy a alquilarle mi calesa y dejar que la conduzca. Pensándolo bien, no voy a necesitarla hasta dentro de un par de días. Pero tendrá que dejar descansar el caballo antes de mandarlo de vuelta, si no le importa.

Sir Richard no puso ninguna objeción, y tras cerrar el acuerdo con una facilidad que hizo expresar al posadero su deseo de que hubiera en el mundo más caballeros como aquél, los viajeros sólo tuvieron que esperar a que engancharan la montura a la calesa y la llevaran frente a la posada.

El coche no era especialmente bonito ni tenía buenos muelles, y el caballo era viejo y lento, pero a Pen le encantó. Se sentó en el pescante al lado de sir Richard, y disfrutando del sol fue señalándole las numerosas excelencias del paisaje de Somerset, superiores a las de cualquier otro condado.

No llegaron a Queen Charlton hasta el anochecer, pues el camino era largo y en muchos tramos estaba lleno de baches.

—¿Y ahora qué, jovencita? ¿La llevo a la casa de sir Jasper Luttrell? —preguntó él cuando divisaron el pueblo a lo lejos.

Pen, que había permanecido callada durante los cinco últimos kilómetros del trayecto, dio un grito ahogado y contestó:

—Quizá sería mejor que enviara un mensaje mañana por la mañana. No lo digo por Piers, pero... No se me había ocurrido pensar en ella, pero quizá a lady Luttrell le cueste entender... —Su voz fue apagándose y no terminó la frase.

—Buena idea. Iremos a una posada —dijo con naturalidad su acompañante para animarla.

—El George siempre fue la mejor. Jamás entré, pero mi padre aseguraba que tenía una bodega excelente.

El George era un establecimiento antiguo, con entramado de madera, techos con vigas vistas y salones revestidos asimismo de madera. Era un edificio laberíntico, que disponía de un gran patio y muchos dormitorios con cortinas de chintz. No tuvieron ningún problema para alquilar un salón privado, y después de lavarse la cara y sacar sus pertenencias de la bolsa, su estado de ánimo mejoró considerablemente. Les sirvieron la cena en el salón, y ni el posadero ni su esposa reconocieron a la poco femenina hija del difunto señor Creed en aquel mozalbete de cabello rubio.

—¡Espero que mi tía no me encuentre antes de que haya dado con Piers! —exclamó Pen mientras se servía frambuesas.

—La burlaremos. Pero hablando de Piers... ¿está segura de que podrá sacarla del aprieto en que se halla?

—Si me caso con él sí, ¿no cree?

—Desde luego. Bien, no quisiera parecer un aguafiestas, pero... quizá no puedan casarse de inmediato.

—Ah, ¿no? No lo sabía —aseguró Pen con inocencia—. Bueno, entonces supongo que iremos a Gretna Green. Siempre decíamos que debía de ser muy emocionante.

—¿A Gretna Green? ¿Con esa ropa? —preguntó sir Richard contemplándola con

su monóculo.

—Bueno, no, supongo que no. Pero cuando Piers le haya explicado todo a lady Luttrell, imagino que ella me buscará ropa adecuada.

—¿No tiene usted ninguna duda de que lady Luttrell la aceptará como futura nuera?

—¡No, qué va! Siempre se mostró muy amable conmigo. Pero pienso que quizá sería mejor que viera a Piers primero.

Sir Richard, que ya había decidido dejarse llevar en aquella aventura, empezó a comprender que en breve se vería obligado a presentarse ante lady Luttrell y darle explicaciones respecto a su relación con la señorita Creed. Miró a la joven, que apuraba tranquilamente su plato de frambuesas, y sonriente se dijo que la tarea no iba a resultar fácil.

En ese momento entró un sirviente para recoger la mesa. Pen empezó a hablar con él, y así se enteró de que sir Jasper Luttrell se hallaba de viaje.

—¡Oh! Pero el señor Piers Luttrell sí está, ¿verdad?

—Tampoco, señor. Vi al señor Piers ayer. Iba a Keynsham. Oí decir que tiene un invitado, un joven caballero de Londres.

—¡Oh! —exclamó Pen, contrariada. En cuanto el sirviente se hubo marchado, dijo—: ¿Lo ha oído? Eso complica un poco las cosas, ¿verdad?

—Sí, un poco. Por lo visto, ahora tendremos que burlar también al caballero de Londres.

—Espero que lo consigamos. Porque estoy segura de que mi tía sospechará que vine aquí, y si me descubre antes de que yo encuentre a Piers, estaré perdida.

—Pero no dará con usted. Sólo conmigo.

—¿Cree que podrá engañarla?

—Espero que sí —respondió él con despreocupación—. Al fin y al cabo, no creo que su tía imagine que viaja usted en mi compañía, ¿verdad? No creo que exija ver a mi sobrino.

—No, pero ¿y si lo hiciera? —preguntó Pen, que no confiaba tanto en la prudencia de lady Almería.

—Quizá su tía descubra que no soy la persona más indicada a la que hacer... exigencias impertinentes —repuso sir Richard, sonriendo con sarcasmo.

De pronto el rostro de Pen se iluminó.

—¡Ay, cómo me gustaría que hablara así a mi tía, y que la mirara de ese modo! Y si trajera a Fred con ella, seguro que se quedaría perplejo cuando lo viera a usted cara a cara, porque lo admira mucho. Ya le dije que hasta intenta anudarse el fular con un nudo Wyndham.

—Eso, por sí solo, lo considero una impertinencia.

Pen asintió y se llevó una mano al fular.

—¿Qué le parece el mío?

—Trato de abstenerme de pensar en él. ¿De verdad quiere saber mi opinión?

—¡Pero si lo he anudado igual que usted!

—¡Dios mío! —murmuró sir Richard—. ¡Pobre ilusa!

—¡Me toma el pelo! Al menos no está tan mal como para que me lo arranque del cuello, como hizo cuando me conoció.

—Sin duda recordará que esta mañana hemos salido de la posada con mucha prisa —explicó él.

—Seguro que no ha sido eso lo que le ha impedido quitármelo. Pero acaba de recordarme un asunto muy importante. Esta mañana ha pagado la cuenta.

—Le ruego que no se preocupe por ese tema.

—Quiero correr con todos mis gastos —dijo Pen con firmeza—. Sería una falta de decoro terrible que debiera dinero a un desconocido.

—Cierto. No se me había ocurrido.

—¡Se está burlando de mí! ¡Otra vez! —se quejó Pen mirándolo fijamente.

—¿Yo? —repuso él adoptando una expresión muy seria.

—No trate de engatusarme. Quizá no sonría abiertamente, pero me he fijado en que muchas veces se ríe usted con los ojos.

—¿En serio? ¡Le ruego me perdone!

—No es necesario, porque me gusta. No habría llegado tan lejos en su compañía si no tuviera una mirada tan risueña. Es extraño, pero por los ojos uno sabe si puede confiar en una persona, aunque esté borracha.

—Sí, es muy extraño.

—¿Dónde habré puesto mi portamonedas? —dijo de repente la joven, rebuscando en vano en sus bolsillos—. ¡Oh! Debo de haberlo guardado en mi abrigo.

Fue a recuperar la prenda, que había dejado en una silla al entrar en el salón, y se puso a buscar en sus enormes bolsillos.

—¿De verdad tiene intención de darme unos miserables chelines?

—Sí, por supuesto. ¡Ah, aquí está! —Sacó un bolsito de piel atado con un anillo, lo miró y exclamó—: ¡Éste no es mi portamonedas!

—¿No? Pues mío tampoco, se lo aseguro —concluyó sir Richard, tras examinarlo con su monóculo.

—Pesa mucho. ¿Cómo habrá llegado a mi bolsillo? ¿Lo abro?

—Por supuesto. ¿Está segura de que no le pertenece?

—Segurísima. —Volvió a la mesa y tiró del anillo; cuando por fin consiguió retirarlo, extrajo del bolsito un collar de diamantes que destellaba y relucía bajo las velas.

—¡Richard! —exclamó la señorita Creed, olvidando una vez más las convenciones—. ¡Ay, perdone! Pero ¡mire esto!

—Estoy mirando, y no es necesario que me pida disculpas. Llevo dos días llamándola Pen.

—Ya, aunque es diferente, porque usted es mucho mayor que yo.

—¿De veras? —repuso él, lanzándole una mirada enigmática—. Bueno, no importa. ¿Insinúa que esa joya no le pertenece?

—¡Cielos, claro que no! ¡Es la primera vez que la veo!

—¡Oh! Bueno, siempre resulta agradable ver cómo se resuelven los problemas. Ahora ya sabemos por qué su amigo el señor Yarde no temía al agente de Bow Street.

Capítulo 6

El collar se escurrió entre los dedos de la muchacha y cayó sobre la mesa.

—¿Insinúa que lo robó y que luego... y que luego lo metió en mi bolsillo? ¡Eso es terrible, señor! ¡Ahora ese policía vendrá a buscarnos a nosotros!

—Creo que es más probable que venga en nuestra busca el señor Yarde.

—¡Cielos! —exclamó Pen, pálida y consternada—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿No quería vivir una aventura? —repuso sir Richard sondándole con picardía.

—Sí, pero... ¡Ay, no diga tonterías! ¡Y no se burle de mí! ¿Qué haremos con el collar? ¿No podemos tirarlo en algún sitio o esconderlo en una zanja?

—Sí, por supuesto. Pero eso no sería justo. Piense en su propietario.

—No me importa —confesó Pen—. ¡Sería terrible que nos detuvieran por ladrones, como sin duda acabará por suceder!

—¡Espero que no! —la contradijo él. Colocó bien el collar sobre la mesa, y se quedó mirándolo con el entrecejo ligeramente fruncido—. Sí —dijo, pensativo—. Ya te había visto antes. Pero ¿dónde?

—¡Escóndalo, por favor! —suplicó ella—. ¡Imagínese que entrara algún sirviente!

Sir Richard lo tomó en sus manos.

—¡Qué memoria tan lamentable! ¡Soy un desastre! Pero ¿dónde, dónde te vi?

—¡Si Jimmy Yarde nos encuentra, seguro que nos corta el cuello para recuperar la joya!

—Puede estar tranquila, porque me dio su palabra de que se opone a cualquier tipo de violencia.

—Pero cuando vea que el collar no está en mi bolsillo, donde él lo puso (y ahora que lo pienso, recuerdo que tuvo mi abrigo en las manos), ¡sabrá que lo hemos encontrado!

—Es muy probable, pero no veo de qué puede servir que nos corte el cuello. —Volvió a meter la alhaja en el bolsito de piel y se la guardó en el bolsillo—. Ahora no podemos hacer más que esperar a que llegue el señor Yarde. Quién sabe, quizá consigamos que nos revele a quién pertenece el collar. Entretanto, en este salón el ambiente está muy cargado, mientras que fuera hace una noche estupenda. ¿Le apetece salir conmigo a contemplar las estrellas, jovencita?

—Supongo que me toma por una cobarde —declaró Pen, desafiante.

—Así es —admitió él mirándola con ojos destellantes.

—Pues sepa que no le temo a nada. Lo que pasa es que estoy atónita.

—Descuide. ¿Me acompaña o no?

—Sí, pero no puedo evitar pensar que se ha guardado una brasa ardiente en el bolsillo. ¿Y si alguna persona deshonesto se lo roba?

—Entonces quedaremos libres de toda responsabilidad. ¡Vamos!

Pen lo siguió. Parecía que sir Richard se hubiera olvidado por completo del collar, pues le mostró varias constelaciones y la paseó de su brazo por la calle hasta las últimas casas, donde empezaba un sendero que olía a reina de los prados.

—Supongo que me he mostrado un poco cobarde —le confió entonces ella—. ¿Piensa denunciar al pobre Yarde al agente de Bow Street?

—Espero que el señor Piers Luttrell sea un caballero de carácter decidido —comentó sir Richard con aspereza.

—¿Por qué?

—Para que pueda controlar su imprudente simpatía.

—Bueno, hace cinco años que no lo veo, pero siempre era a mí a quien se le ocurrían diversas actividades.

—Eso me temía. ¿Dónde vive su amigo?

—A unos tres kilómetros de aquí, por este mismo camino. Mi casa está en el extremo opuesto del pueblo. ¿Quiere que se la enseñe?

—Me encantaría, pero no ahora. Regresemos a la posada, es hora de que se acueste.

—No voy a poder dormir.

—Confío en que se equivoque, jovencita. De hecho, estoy casi convencido de que así es.

—Y por si fuera poco —añadió Pen sin prestarle atención—, Piers tiene un invitado. No sé qué vamos a hacer.

—Por la mañana nos ocuparemos de todos esos inconvenientes —aseguró sir Richard en tono tranquilizador.

—Seguro que para entonces la tía Almería ya habrá dado conmigo.

Después de esa pesimista reflexión, volvieron sobre sus pasos hasta la posada. La luz del interior se filtraba por los postigos de las ventanas, algunas de las cuales permanecían entreabiertas a fin de que corriera la brisa nocturna. Cuando iban a pasar por delante de una, oyeron una voz proveniente del interior, y para asombro de Pen, sir Richard la agarró del brazo y la obligó a detenerse. La joven iba a preguntar por qué se paraban, pero sir Richard le tapó la boca con una mano.

—¡Te repito que no pu... puedes venir a Cro... Crome Hall! —dijo la voz en cuestión con un ligero tartamudeo—. La situación ya es bastante complicada. ¡Di... Dios mío, si alguien me viera escabulléndome para reunirme contigo, so... sospecharía de mí!

—Quizá yo también haya sospechado algo, jovencito —replicó una voz más potente—. ¿Quién me endilgó un socio, eh? ¿Pensabais burlaros de Horace Trimble? ¿Es eso, niño bonito?

—¡Idiota! ¡Te has dejado engañar! —repuso el tartamudo, furioso—. Y luego

vi... vienes aquí. ¡Lo estropearás to-todo! ¡Que no se te ocurra volver a Cro... Crome Hall, maldita sea! Nos veremos mañana en el bosquecillo al final del ca... camino. ¡No puede andar muy lejos! ¿Por qué no te dirigiste a Bristol al ver que no volvía a Londres? ¡En lugar de venir aquí a insultarme!

—¿Insultarte? ¡Eso sí que es gracioso! —El hombre soltó una sonora carcajada y se oyó que arrastraban una silla sobre el suelo de madera.

—¡Qué insolencia! Lo has estropeado to... todo, y ahora te pones bravucón. ¡Eras tú quien debía organizarlo! ¡Se suponía que yo tenía que dejar el asunto en tus manos! ¡Y vaya si lo organizaste! ¡Y ahora pre... pretendes que yo lo arregle!

—¡Tranquilo, amigo, tranquilo! ¡Hice mi parte del trabajo a la perfección! Es ese tipo en quien confiabas tanto el que lo ha liado todo, y eso me hace pensar, ¿me oyes? Me hace pensar mucho... Quizá convendría que pensaras también un poco. Y si crees que Horace Trimble es un ingenuo, ya puedes ir quitándote esa idea de la cabeza, ¿entendido?

—¡Por el amor de Dios, no grites! ¡No sabes quién puede estar escuchando! Nos veremos ma... mañana a las once, si puedo libramedel joven Luttrell. ¡Hemos de pensar en có... cómo actuar!

Se abrió una puerta y volvió a cerrarse de inmediato. Sir Richard empujó a Pen hacia la oscuridad e, instantes después, una figura con capa salió de la posada y se adentró en la noche.

Aunque seguía apretando el brazo a Pen para que guardara silencio, a esas alturas la joven estaba muy alterada. Sir Richard esperó hasta que el ruido de pasos se perdió en la lejanía, y entonces siguieron adelante. Cogidos del brazo, pasaron ante la ventana abierta y llegaron a la puerta de la posada. Pen no habló hasta que se encontraron de nuevo en su salón privado.

—¿Qué significa eso? Mencionaron al joven Luttrell, ¿no? —exclamó en cuanto la puerta se cerró tras ellos—. ¡Debe de tratarse del hombre que está invitado en su casa! Pero ¿quién era el otro, y de qué hablaban?

Sir Richard no parecía escucharla con gran atención. De pie junto a la mesa, fruncía la frente y tenía los labios apretados.

—¡Claro! —murmuró sir Richard, mirándola de pronto—. ¡Era eso!

—¡Cuénteme, se lo ruego! —imploró Pen, que no entendía nada—. ¿Qué era, y por qué se ha detenido usted cuando ha oído hablar al tartamudo? ¿Acaso...? ¡No me diga que lo conoce!

—Sí, y muy bien.

—¡Cielos! ¡Y ese hombre es quien ha venido a visitar a Piers! ¿No le parece todo esto un poco extraño?

—Sumamente extraño.

—Eso mismo pienso. Primero nos endilgan un collar robado, y ahora

descubrimos que un amigo suyo es el invitado de Piers.

—¡Ah, no! —replicó sir Richard—. Ese joven caballero no es mi amigo. Y sospecho que su presencia en esta región guarda relación con ese collar. Si no me equivoco, nos vemos enredados en una complicada trama, y para salir de ella necesitaré emplear todo mi ingenio.

—Yo también tengo ingenio —aseguró la señorita Creed, ofendida.

—Usted no tiene ni pizca —la contradijo él con serenidad.

—Está bien. Si no tengo ingenio, no lo tengo, pero me gustaría que me explicara qué está pasando —repuso la joven bajando el tono y encajando la crítica.

—Es lógico. Aunque lo cierto es que no puedo explicárselo. No sólo porque para mí se trata de un asunto extremadamente delicado, sino porque de momento... todavía no está claro.

—No me parece justo —se quejó ella, suspirando—, porque al fin y al cabo he sido yo quien ha encontrado el collar. ¿Quién es el tartamudo? Eso sí puede decírmelo, porque de todas formas Piers me lo dirá.

—Desde luego. El tartamudo es el honorable Beverley Brandon.

—¡Oh! No lo conozco —admitió Pen, decepcionada.

—Mucho mejor.

—¿Por qué? ¿Es enemigo suyo?

—¿Enemigo? ¡No, qué va!

—Pues parece que le tiene verdadera aversión.

—Eso no lo convierte en mi enemigo. Para ser exactos, es el hermano menor de la mujer con quien iba a comprometerme.

—¡Dios mío! ¿Cree que ha venido hasta aquí en su busca? —inquirió, horrorizada.

—No, en absoluto. No puedo contarle nada más, porque el resto son sólo conjeturas. —Miró a la joven, que parecía muy desilusionada; le sonrió y le pellizcó suavemente la barbilla—. ¡Pobre Pen! ¡Perdóneme!

—No voy a ponerme pesada —repuso ella, ruborizándose levemente—. Espero que me lo cuente todo cuando... cuando dejen de ser sólo conjeturas.

—Así lo haré. Pero no será esta noche, así que ahora vaya a acostarse, jovencita.

La señorita Creed obedeció, aunque regresó minutos más tarde, con los ojos como platos y respirando entrecortadamente.

—¡Richard! ¡Nos ha encontrado! ¡Acabo de verlo! ¡Estoy segura de que era él!

—¿Quién?

—¡Jimmy Yarde, quién si no! En mi habitación hacía tanto calor que he corrido las cortinas para abrir las ventanas, y el resplandor de la luna era tal que me he quedado contemplándolo... ¡y entonces lo he visto, justo debajo! ¡Era él, no tengo ninguna duda! ¡Y lo peor es que me temo que me ha visto, porque enseguida se ha

ocultado en las sombras!

—Ah, ¿sí? —dijo sir Richard con un destello en los ojos—. Vaya, pues ha llegado antes de lo esperado. ¡El señor Jimmy Yarde es un hombre con recursos!

—Pero ¿qué vamos a hacer? No es que tenga miedo, pero me gustaría que me dijera qué planes tiene.

—Es muy fácil. Intercambiaremos los dormitorios. Si quiere puede mostrarse otra vez en la ventana de su habitación, pero no se le ocurra descorrer las cortinas de la mía. Estoy deseando ver al señor Yarde.

—¡Ya lo entiendo! —exclamó ella, y en sus mejillas aparecieron los hoyuelos—. Es como en Caperucita Roja: «¡Abuelita, qué dientes tan grandes tienes!», ¿no? ¡Qué gran aventura estamos viviendo! Pero prométame que tendrá cuidado.

—Prometido.

—Y después, ¿me lo contará todo?

—Tal vez.

—De lo contrario —le advirtió Pen, muy seria— cometerá una terrible injusticia.

Sir Richard rió y la chica, al comprender que no iba a obtener nada más de él, volvió a marcharse.

Una hora más tarde, se apagó la vela de la habitación del piso de arriba, que tenía las ventanas abiertas y las cortinas descorridas. Sin embargo, la cabeza de Yarde tardó dos horas en aparecer por el alféizar, cuando ya no había ni una sola luz en el pueblo.

La luna, que surcaba un cielo color zafiro, proyectaba una franja plateada en el suelo del dormitorio, pero sin llegar a iluminar la cama con dosel. El ascenso por el tejado del porche, una sólida cañería y una retorcida rama de glicina, había resultado fácil, mas el hombre se detuvo un momento antes de encaramar una pierna al alféizar. Escudriñó la oscuridad y vio un abrigo de viaje colgado del respaldo de una silla sobre la que incidía el resplandor lunar. Suspiró aliviado al reconocer la prenda. Entonces se dio impulso y entró en la habitación con gran sigilo. Había dejado sus zapatos abajo, así que avanzó descalzo además de con cautela.

Pero no había ningún pesado portamonedas de piel en el bolsillo del sobretodo.

Aunque se llevó una decepción, no se desanimó. Se apartó de la zona iluminada y fue hacia la cama, atento al sonido de una acompasada respiración. Ni el más leve temblor alteraba su regularidad, y tras escucharla unos momentos, se inclinó y con enorme cuidado empezó a deslizar la mano debajo de la almohada. En la otra mano, la derecha, llevaba una bufanda para tapar la boca al durmiente en caso de que despertara y comenzara a gritar.

Sin embargo, el grito, que más bien fue un graznido estrangulado, acabó dándolo él, pues en cuanto sus sensibles dedos rozaron el objeto que estaban buscando, dos férreas manos lo agarraron por el cuello y empezaron a apretar.

Al tratar de zafarse comprendió, pese al martilleo de los oídos, la hinchazón de

las venas y el dolor de las sienes, que había cometido un error, y que las manos que le impedían respirar no correspondían a ningún mozalbete.

Justo cuando creyó que iba a perder el conocimiento, aquellos brazos aflojaron la presa, y una voz que Jimmy Yarde estaba empezando a odiar dijo quedamente:

—¡Grave error, estimado señor Yarde!

El hombre se vio zarandeado bruscamente y fue a parar al suelo, donde se puso a emitir extraños ruidos tratando de recobrar el aliento. Para cuando se hubo recuperado lo suficiente a fin de incorporarse apoyándose en un codo, sir Richard había retirado las sábanas y saltado de la cama. En cuanto hubo encendido la vela que había junto a su lecho, Yarde, con los ojos llorosos, se percató de que el caballero iba en pantalones y camisa.

Sir Richard dejó el yesquero y miró al ladrón, que poco a poco iba recobrando la visión, hasta que reparó en que el caballero le sonreía con desprecio. Comenzó a masajearse el dolorido cuello, a la espera de que su contrincante empezara a hablar.

—Ya le había advertido que tengo el sueño muy ligero —dijo sir Richard. El otro lo miró con odio, pero guardó silencio—. ¡Levántese! Siéntese en esa silla, señor Yarde, porque usted y yo vamos a mantener una interesante charla.

El hombre se levantó del suelo. Miró hacia la ventana, pero de inmediato se convenció de que sir Richard lo interceptaría antes de que llegara hasta ella. Así que se sentó en la silla y se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Hablemos con franqueza —empezó el caballero—. Usted ha venido a buscar un collar de diamantes que ha escondido esta mañana en el abrigo de mi sobrino. Puedo hacer tres cosas. La primera, entregarlo a la justicia.

—Es imposible que demuestre que yo haya venido por el collar, amigo —masculló Jimmy.

—¿De verdad cree que no puedo? Eso ya lo veremos. Bien, si no lo entregara al agente de Bow Street (a quien le encantaría hacerse cargo de usted), creo que un caballero apellidado Trimble (sí, Horace Trimble, si la memoria no me falla) se sentiría aún más feliz si pudiera librarme de usted.

Al oír ese nombre, el semblante de Yarde mudó en un intenso desasosiego.

—¡No lo conozco! ¡Jamás he oído hablar de ese tipo!

—Ah, ¿no? Pues yo creo que sí.

—No le he hecho nada, amigo, ni pretendía causarle ningún daño. Le aseguro que...

—No es necesario; le creo.

—¡Ya decía yo que era usted de buena pasta! —repuso Yarde, empezando a animarse—. Nunca le haría nada a un buen tipo.

—Eso depende del... buen tipo. Y ahora, señor Yarde, llegamos a la tercera opción: podría soltarlo. Fíjese en que he dicho «podría».

Jimmy profirió un grito ahogado, tragó saliva y sentenció con voz ronca:

—Habla usted como un auténtico caballero, amigo.

—Dígame lo que deseo saber, y lo dejaré marchar.

—Pretende hacerme cantar, ¿eh? —repuso el ladrón, mirándolo con desconfianza—. ¡Le aseguro que no tengo nada que contarle!

—Quizá le resulte más fácil si le informo que estoy al corriente de que estuvo usted trabajando con el señor Horace Trimble.

—Capitán Trimble —lo corrigió Jimmy.

—Sin duda. Supongo que él es el... señorito a quien se refirió usted anoche.

—No lo niego.

—Es más —prosiguió sir Richard—, ambos estuvieron trabajando para un joven caballero con un acusado tartamudeo. Apellidado Brandon, para más señas.

—¡Maldita sea! —gruñó Yarde, palideciendo—. Es usted demasiado astuto para mí. Le aseguro que ignoro qué se trae entre manos.

—Eso no debería preocuparlo. Piénselo bien. ¿Quiere que lo entregue al capitán Trimble, o prefiere marcharse por donde ha venido, es decir, por esa ventana?

Yarde vaciló, frotándose el cuello y mirando de reojo al caballero.

—¡Malditos sean los señoritos! —exclamó por fin—. Está bien, se lo contaré. No soy un salteador de caminos, ¿de acuerdo?, lo que ustedes llaman un «bandido»; a mí eso no me va. Yo soy carterista. Nunca había asaltado un coche hasta que ese señorito, a quien por lo visto usted conoce, me tentó. Y ojalá jamás lo hubiera hecho. Me prometieron quinientas guineas, pero no veré ni un penique. Ese tipo no es de fiar. ¡No pienso volver a trabajar con alguien así! Es mala gente, amigo, no lo dude.

—Sí, lo sé. Continúe, por favor.

—Esa mujer iba camino de Bath, ¿de acuerdo? ¡Era su propia madre, imagínese! Bueno, eso no me parece bien, pero no me concierne. El capitán Trimble y yo paramos el coche cerca de Calne. El collar estaba guardado en un escondite detrás de los cojines. ¡Qué cojines tan raros, por cierto, de seda roja!

—¿El señor Brandon sabía dónde estaba el escondite y se lo dijo?

—¡No, por Dios! Nosotros teníamos que birlar el collar y abrirnos, ¿me entiende?

—No mucho.

—Largarnos tan rápido como pudiéramos. Bueno, no me gusta la violencia de ningún tipo, y tampoco a ese joven tartamudo. Pero el capitán Trimble disparó e hirió a uno de los escoltas. Mientras el capitán apuntaba a esos tipos con su pistola, abrí la puerta del coche y dentro encontré a dos mujeres que chillaban como locas. Sólo cogí el collar. No soy un bandido; no me gustan esas cosas. Cuando nos largamos, Trimble me puso la pistola en la barriga y me ordenó que le diera el botín. Bueno, pues obedecí. Tampoco soy un maleante. Detesto la violencia. En fin, habíamos acordado que le llevaríamos los diamantes al tipo ese, que estaba en casa de otro tipo de por

aquí al que había conocido en Oxford. ¡Y se acabó la historia! Pero no me chupo el dedo, ¿me entiende? Sospeché que el capitán pensaba largarse con el collar, y si pasaba tal cosa, el lechuguino no iba a pagarme ni un chelín. Así que le di esquinazo. Pensé que lo mejor que podía hacer era viajar a Bristol, y me monté en la misma diligencia que usted y su sobrino. Cuando apareció ese agente de Bow Street, creí que venía a detenerme y me libré del muerto, por así decirlo.

—¿Puso usted el collar en el bolsillo de mi sobrino?

—Sí, exacto. Me pareció que ningún agente sospecharía de un joven caballero como él. Entonces ustedes se largaron, pero los seguí hasta aquí. Me quedé espiando la casa; vi a su sobrino tras esta ventana. Mas olvidé que es usted un tipo astuto, amigo.

—Sí, debió recordarlo. Sin embargo, me ha contado lo que necesitaba saber y ahora ya puede... ahuecar el ala.

—¡Es usted de buena pasta! —reconoció Yarde con voz ronca—. ¡Me largo! Y sin rencor, ¿eh?

No le costó mucho bajar por la ventana. Con alegre descaro, se despidió saludando con la mano y desapareció.

Entonces sir Richard se desvistió y se metió en la cama.

A la mañana siguiente, el mozo que le llevó la chaqueta azul y las botas se sorprendió un poco al comprobar que había cambiado la habitación a su presunto sobrino, pero aceptó la explicación de que al caballero no le había gustado el otro dormitorio, limitándose a encogerse de hombros. El mozo no ignoraba que los miembros de la buena sociedad eran caprichosos y excéntricos.

Sir Richard examinó su chaqueta, que había pedido que le plancharan, con el monóculo, y afirmó estar seguro de que la planchadora se había esmerado. A continuación contempló las botas y suspiró. Mas cuando le preguntaron si algo no era de su gusto, respondió que en absoluto; de vez en cuando era conveniente que uno se encontrara lejos de la civilización. Las botas de montar se hallaban lado a lado, de un negro reluciente y sin una sola mota de polvo o barro. Sir Richard negó con la cabeza y volvió a suspirar. Echaba de menos a su ayuda de cámara, a Biddle, en cuyo ingenioso cerebro se escondía el secreto para lustrarlas de forma que pudieras verte reflejado en ellas.

Sin embargo, para cualquiera que ignorara el arte de Biddle, el aspecto de sir Richard cuando por fin bajó la escalera era impecable. No había ni una sola arruga en la chaqueta azul, su fular habría merecido la aprobación del propio señor Brummell y se había peinado hasta conseguir el esmerado desorden conocido como «peinado al viento».

Al llegar al rellano de la escalera, oyó que la señorita Creed saludaba amistosamente a un desconocido. La voz del hombre delató su identidad a sir

Richard, cuyos ojos consiguieron, pese a estar adormilados, examinar con minuciosidad al capitán Trimble.

El caballero recorrió el último tramo de la escalera con parsimonia e interrumpió los inocentes comentarios de la señorita Creed con su tono más lánguido:

—Preferiría que no hablaras con desconocidos, hijo. Es una costumbre muy desaconsejable y te agradeceré que la superes cuanto antes.

Pen se volvió, sorprendida. No sabía que su protector pudiera sonar tan altivo ni parecer tan... ¡sí, tan insoportablemente orgulloso!

El capitán Trimble se volvió también. Se trataba de un individuo rollizo, con el rostro curtido y muy mal gusto para vestir.

—¡No se preocupe! ¡No me molesta hablar con el muchacho! —aseguró con jovialidad.

Sir Richard se puso el monóculo. En los círculos de la buena sociedad se comentaba que las dos armas más mortíferas contra cualquier tipo de presunción eran la ceja arqueada del señor Brummell y el monóculo de sir Richard Wyndham. Al capitán Trimble, un hombre muy curtido, no le cupo ninguna duda acerca de la intención del caballero. Enrojeció y empezó a adelantar el mentón agresivamente.

—¿Y puedo saber quién es usted? —preguntó.

—Puedo ser diferentes personas —respondió el caballero.

Pen tenía los ojos cada vez más abiertos, pues sospechaba que ese nuevo y altivo sir Richard estaba tratando deliberadamente de provocar al capitán Trimble para batirse con él.

Por un instante pareció que iba a conseguirlo. Trimble avanzó hacia el otro con los puños apretados y una desagradable mirada. Pero justo cuando se disponía a hablar, mudó de expresión.

—¡Pero si es Wyndham, el galán! ¡Que me aspen! —exclamó deteniéndose en seco.

—Esa apreciación me deja indiferente —manifestó sir Richard con hastío.

Tras el descubrimiento de la identidad del caballero, el capitán parecía haber perdido todo deseo de liarse con él a puñetazos. Soltó una risotada y aseguró que no era su intención ofenderlo.

Cuando el monóculo se concentró en el chaleco de Trimble, sir Richard sintió un escalofrío que no trató de disimular y dijo:

—Se equivoca, señor, créame. Ese chaleco es una ofensa por sí solo.

—¡Oh! ¡Ya sabemos cómo son de tiquismiquis ustedes los dandis! —exclamó el capitán en tono burlón—. Pero no vamos a discutir por algo así, ¿verdad que no?

—Me obsesionan los chalecos —se lamentó el dandi, soltando el monóculo—. En Reading vi uno de seda a rayas, horroroso para cualquier persona con un poco de buen gusto. Y otro de color mostaza que parecía salido de una pesadilla. ¿Dónde fue?

¿Tal vez en Wroxham? No. Si la memoria no me falla, creo que el de Wroxham era aquel de piel de gato con botones de peltre. El de color mostaza lo vi después. Y ahora, por si eso fuera poco...

—¿Un chaleco de piel de gato? —lo interrumpió el capitán con la mirada fija en aquel semblante desdeñoso—. ¿Ha dicho piel de gato?

—¡Le ruego que no vuelva a mencionarlo! Sólo de pensar en él...

—Verá, señor, resulta que estoy interesado en un chaleco de esas características. ¿Está seguro de que fue en Wroxham donde lo vio?

—Sí, era un chaleco de piel de gato que iba camino de Bristol.

—¡Bristol! ¡Maldita sea, no se me ocurrió...! ¡Gracias, sir Richard! ¡Muchísimas gracias! —exclamó el capitán Trimble, precipitándose hacia el pasillo que conducía al patio del establo y la parte trasera de la posada.

Sir Richard lo vio marchar amagando una sonrisa.

—¡Bueno, ya está! —murmuró—. Me temo que el caballero es un tanto impulsivo. Que te sirva de lección, jovencita: no hay que confiar en exceso en los desconocidos.

—¡No lo he hecho! Sólo...

—Pero él sí. Ha bastado con que dijera un par de cosas, y nuestro confiado amigo ya estaba pidiendo su caballo. Quiero desayunar.

—Pero ¿por qué lo ha enviado a Bristol?

—Para librarme de él —respondió su protector dirigiéndose al salón.

—Creía que pretendía pelearse con él.

—Y así es, pero por desgracia me ha reconocido. Qué lástima. Me habría encantado tumbarlo. Sin embargo, es mucho mejor así. Habría tenido que atarlo en algún sitio, lo que habría supuesto un engorro y tal vez complicaciones en el futuro. Por cierto, me veo obligado a dejarla sola un rato esta mañana.

—¡No me tenga más en vilo, se lo ruego! —suplicó Pen—. ¿Vio a Jimmy Yarde anoche? ¿Qué pasó?

—¡Ah, sí, lo vi! Pero la verdad es que no sucedió nada demasiado importante.

—¿No trató él de asesinarlo?

—No, en absoluto. Nuestro encuentro no resultó tan emocionante como usted pueda creer. Sólo intentó recuperar los diamantes. Y como no lo consiguió, mantuvimos una breve pero interesante conversación. Después se marchó de la posada, tan discretamente como había llegado.

—Por la ventana, ¿no? Bueno, me alegro de que lo dejara marchar, porque no puedo evitar sentir cierta simpatía por él. Pero ¿quiere hacer el favor de explicarme qué vamos a hacer ahora?

—Ahora vamos a deshacernos de Beverley —anunció sir Richard mientras cortaba una loncha de jamón.

—¡Ah, el tartamudo! ¿Y cómo lo conseguiremos? Me pareció una persona muy antipática, pero no creo que podamos librarnos de él por medios violentos, ¿no?

—Nada de eso. Déjelo en mis manos, y me comprometo a eliminarlo sin el menor dolor y sin el menor inconveniente para nadie.

—Sí, pero luego está el collar. Antes que nada, deberíamos deshacernos de la joya. ¡Imagínese que la encuentran en su bolsillo!

—Cierto. Pero ya me encargué de ese detalle. Ese collar pertenece a la madre de Beverley, de modo que se lo devolveremos a su dueña.

—¡Eso lo explica todo! —exclamó la joven dejando el cuchillo y el tenedor—. Ya sospechaba que ese tartamudo estaba más relacionado con el collar de lo que usted me había revelado. Supongo que contrató a Jimmy Yarde y a ese otro individuo para robarlo, ¿no? —Frunció el ceño y agregó—: No quisiera hablar mal de sus amigos, Richard, pero me parece muy feo por su parte.

—Feísimo.

—¡Incluso ruin!

—Sí, creo que podríamos calificarlo así.

—En fin, ésa es mi opinión. Ahora me doy cuenta de que la tía Almería tenía razón cuando aseguraba que hay mucha corrupción en la buena sociedad.

—¡Desde luego que tenía razón! —confirmó el caballero sacudiendo la cabeza.

—Y mucho vicio —añadió Pen—. Mucho despilfarro y muchos excesos, ya me entiende.

—Sí, la entiendo.

—Debe de ser muy emocionante —comentó sin embargo la joven con envidia, asiendo de nuevo los cubiertos.

—No quisiera desilusionarla, pero es mi deber informarle que robar los diamantes a su madre no es lo que suelen hacer los miembros de la buena sociedad.

—Por supuesto que no. Eso ya lo sé —aseguró Pen, muy digna, y añadió con tono persuasivo—: ¿Quiere que lo acompañe cuando se reúna con el tartamudo?

—No —contestó sir Richard, tajante.

—Ya imaginaba esa respuesta. Ojalá yo fuera de verdad un hombre.

—Tampoco en ese caso la llevaría conmigo.

—Entonces sería muy egoísta, antipático y sumamente abominable —declaró Pen con rotundidad.

—Creo que ya lo soy —reflexionó él, recordando el discurso de su hermana.

Los grandes ojos de Pen se enternecieron al instante, y se ruborizó un poco al escudriñar el rostro de su protector.

—No, no lo es. Es usted muy amable y complaciente, y lamento lo que le he dicho —aseguró con una áspera vocecilla, volviendo a inclinarse sobre su plato. Sir Richard la miró, a punto de decir algo, pero ella se le adelantó con optimismo—: Y

cuando cuente a Piers lo bien que cuidó usted de mí, le estará muy agradecido, se lo aseguro.

—¿Eso cree? —repuso sir Richard con aspereza—. Me temo que me había olvidado de Piers.

Capítulo 7

A sir Richard no le costó localizar el bosquecillo del final del camino a que se refiriera Beverley en su conversación con el capitán Trimble. Sólo tuvo que preguntar a uno de los mozos de cuadra, que le explicó que dicha floresta pertenecía a los terrenos de Crome Hall. Sir Richard dejó a Pen encargada de vigilar cualquier indicio de la llegada de sus familiares y partió poco antes de las once para acudir a la cita de Trimble. El impulsivo capitán, en efecto, había pedido su caballo y salido en dirección a Bristol con la bolsa atada a la silla de montar, al parecer sin ninguna intención de regresar a Queen Charlton, pues había saldado su cuenta en la posada. Tras un paseo de diez minutos, llegó al bosquecillo. Por un hueco en el seto que lo bordeaba divisó un sendero entre los árboles, y lo tomó, alegrándose de poder protegerse del intenso sol. La senda conducía a un pequeño claro, donde un riachuelo fluía entre macizos de adelfillas en flor. Un joven caballero de complexión delgada, vestido a la última moda, estaba azotando con su bastón las coronas moradas de las flores. Las puntas del cuello de su camisa eran tan monstruosas que casi no podía girar la cabeza, y la chaqueta le iba tan ceñida que daba la impresión de que hubiera necesitado la colaboración de tres hombretones para abrochársela. Unos pantalones muy ajustados de un delicado beis enfundaban sus largas y flacas piernas, y un par de hessianas con borlas contemplaban con altivez su nemoroso entorno.

El honorable Beverley Brandon se parecía a su hermana Melissa, pero sus clásicas facciones se veían afeadas por un cutis pálido y una flacidez alrededor de la boca y la barbilla que la joven no poseía. Al oír pasos que se acercaban, se volvió y echó a andar, pero enseguida se detuvo en seco, pues en lugar de la corpulenta figura del capitán Trimble vio a un caballero alto y esbelto al que no tuvo dificultad en reconocer como su futuro cuñado.

De pronto sintió una flojedad en los dedos y soltó el bastón de rota.

—¿Qué... qué de... de... demonios...? —balbució, clavando sus ojos azules en sir Richard, que avanzaba sin prisa por el claro.

—Buenos días, Beverley —saludó el dandi con su agradable voz.

—¿Qué... qué ha... haces aquí? —preguntó Beverley, mientras las más descabelladas conjeturas se agolpaban en su mente.

—Disfrutar del buen tiempo, Beverley, disfrutar del buen tiempo. ¿Y tú?

—Estoy pa... pasando unos días en casa de... de un amigo. Un tipo al que co... conocí en Oxford.

—Ah, ¿sí? —Sir Richard se puso el monóculo y escudriñó el claro, como si buscara al anfitrión del señor Brandon—. ¡Qué lugar tan agradable! Se diría que te habías citado aquí con alguien.

—¡Pues no! Sólo estaba to... tomando el aire.

Sir Richard lo miró de arriba abajo sirviéndose de su monóculo, sin disimular la repulsa que sentía.

—¿Maltratando la naturaleza, Beverley? Es curioso que tú, que tanto te preocupas por el aspecto, obtengas resultados tan lamentables. Cedric no da ninguna importancia a esas cosas, y en cambio siempre parece un caballero.

—Tienes una lengua muy afilada, Richard, pe... pero no creas que voy a aguantarte so... sólo porque hace mucho que nos conocemos.

—¿Y cómo piensas ponerle freno a mi lengua? —preguntó el caballero con discreto interés.

Beverley lo miró echando chispas. Sabía tan bien como el capitán Trimble que el impecable atuendo y el lánguido porte de sir Richard eran engañosos, pues se entrenaba regularmente en el gimnasio de Jackson, y se lo consideraba uno de los mejores pesos pesados *amateurs* de Inglaterra.

—¿Qué... qué haces aquí? —insistió con voz débil.

—He venido a acompañarte en tu cita con tu amigo Trimble —contestó Richard mientras se quitaba una oruga de la manga. Pasando por alto una imprecación del otro, añadió—: El capitán Trimble (por cierto, algún día habrás de contarme cómo adquirió ese insólito título) se ha visto obligado a partir hacia Bristol esta mañana. Deduzco que es una persona muy impulsiva.

—¡Ma... maldita sea! ¡Lo que quieres decir es que lo mandaste a Bristol! ¿Qué... qué sabes tú de Trimble, y por qué...?

—Sí, me temo que formulé algún comentario que tal vez le influyera. Había un tipo con un chaleco de piel de gato... ¡Cielos! ¡Se diría que ese chaleco está maldito! Qué pálido se te ve, Beverley.

—¡Ba... basta! —gritó Brandon, que había palidecido visiblemente—. Así que Yarde se chivó, ¿no? ¿Y qué demonios tiene que ver co... contigo, eh?

—Altruismo, Beverley, puro altruismo. Verás, el señor Yarde (y permíteme que te diga que no puedo felicitarte por tus amistades) estimó conveniente entregarme los diamantes para que los guardara.

—¿Que te los entregó? —repitió Brandon, estupefacto—. ¿Te en... entregó el collar? Pe... pero ¿cómo sabías que lo tenía? ¿Có... cómo podías saberlo?

—¡No, no lo sabía! —admitió sir Richard, y tomó un poco de rapé.

—Pe... pero en ese caso, ¿po... por qué le obligaste a dártelo? ¿Qué de... demonios significa to... todo esto?

—No me has entendido, querido Beverley. No le obligué a nada. De hecho, me convertí en un cómplice involuntario del delito. Quizá debería explicarte que a tu amigo Yarde lo perseguía un agente de Bow Street.

—¡Un agente! —Beverley se quedó lívido—. ¿Quién los puso so... sobre su pista? ¡Maldita sea!

—Ni idea. Me imagino que tu respetable padre, o Cedric. Para emplear la pintoresca aunque un tanto indescifrable jerga del señor Yarde, él... se quitó el muerto de encima. ¿Lo he dicho bien?

—¿CÓ... cómo demonios voy a sa... saberlo?

—Tendrás que perdonarme. Me pareció que estabas tan familiarizado con los ladrones y aventureros, que pensé que también dominarías su jerga.

—¡No si... sigas hablando de ladrones! —saltó Beverley dando un pisotón.

—Es una palabra muy fea, ¿verdad?

Beverley apretó las mandíbulas, pero acabó diciendo, enardecido:

—¡Está bien! ¡Co... cogí ese collar! Si tanto te interesa saberlo, ¡estoy arruinado, acabado! ¡Pero no hace falta que me sueltes se... sermones! ¡Si no lo ve... vendo yo, pronto lo hará mi pa... padre!

—Te creo, Beverley, pero permíteme señalar que olvidaste un pequeño detalle en tu interesante explicación. Ese collar pertenece a tu padre.

—Lo considero una pro... propiedad familiar. ¡Es absurdo conservarlo cu... cuando todos estamos arruinados! ¡Ma... maldita sea! ¡No tuve más remedio que cogerlo! ¡No imaginas lo que es estar en manos de un co... condenado usurero! Si el viejo hubiera soltado el dinero, no habría ocurrido. Ya le dije ha... hace un mes que no me quedaba un céntimo, pero no me hizo caso. Mira, no tengo ningún reparo en contarte la verdad: me sermoneó como si él mismo no estuviera en las últimas, pero lo está, te... te lo aseguro. El *basset* ha sido su perdición, aunque yo prefiero buscarme la ruina con los da... dados. —Soltó una risotada, y a continuación se sentó en un tronco caído cubierto de musgo y se tapó la cara con las manos.

—Te olvidas de las mujeres, el vino y los caballos —señaló sir Richard con frialdad—. Esos factores también interpretaron un papel importante en ese dramático progreso tuyo. Hace tres años ya te arruinaste. No recuerdo cuánto costó sacarte del apuro, pero me parece que diste tu palabra de no volver a caer en... tantos excesos.

—Bueno, no espero que me libres del apuro esta vez —afirmó Beverley, enfurruñado.

—¿Cuánto debes?

—¿Cómo voy a saberlo? No soy un co... condenado empleado de banca. Unas doce mil, supongo. Si no me hubieras estropeado la ju... jugada, habría podido saldar to... todas mis deudas.

—No te engañes. Cuando tropecé con tu amigo Yarde, se dirigía hacia la costa con el collar en el bolsillo.

—¿Dónde está ahora el co... collar?

—En mi bolsillo.

—Escucha, no eres ma... mala pe... persona —dijo Beverley alzando la vista—. ¿Quién tiene que saber que el collar pasó por tus ma... manos? No es asunto tuyo:

dámelo y olvídate de todo. Te ju... juro que jamás diré una pa... palabra a nadie.

—¿Sabes que me das asco? En cuanto a devolverte el collar, vine aquí precisamente con esa intención.

Beverley extendió un brazo con la palma hacia arriba.

—¡No me importa lo que pi... pienses de mí! ¡Devuélvemelo!

—Desde luego —convino sir Richard sacando el bolsito de piel de su bolsillo—. Pero tú, Beverley, se lo darás a tu madre.

El otro se quedó mirándolo.

—¡Ni hablar! ¿Cómo iba a devolvérselo?

—Por mí, puedes inventarte cualquier cuento: hasta estoy dispuesto a participar en él para apoyarte. Pero devolverás el collar.

—¡Está bien! ¡Como tú qui... quieras! ¡Dámelo! —exigió.

—¡Ah, Beverley! —dijo sir Richard, lanzándole el bolsito—. Quizá debería dejarte claro que, cuando vuelva a la ciudad, si no se lo has devuelto a lady Saar me veré obligado a... chivarme.

—¡No lo harás! —gritó Beverley, guardándoselo en un bolsillo interior—. ¡No estaría bien que mi cu... cuñado hiciera tal cosa!

—Es que no soy tu cuñado —aclaró sir Richard.

—¡Bah! ¿Acaso crees que no sé que vas a casarte con Melissa? Nuestros escándalos se convertirán en los tuyos. Cr... creo que mantendrás la boca cerrada.

—Me disgusta desilusionar a la gente, pero deberías saber que no tengo la menor intención de casarme con tu hermana —declaró sir Wyndham, y cogió otra pizca de rapé.

Brandon se quedó con la boca abierta.

—¿Insinúas que... que ella no aceptó tu... tu proposición?

—No, no se trata de eso.

—¡Pe... pero si ya está todo atado y bien atado!

—No, no lo está. Créeme.

—¡Demonios!

—Así que ya lo sabes —continuó sir Richard—. No tendré ningún reparo en informar a Saar de este episodio.

—¡No me delatarías frente a mi padre! —gritó Beverley, y se puso en pie de un brinco.

—Eso, mi querido amigo, depende únicamente de ti.

—¡Maldita sea! ¡No pu... puedo devolver el collar! ¡Te re... repito que estoy arruinado, sin un céntimo!

—Creo que casarme con tu hermana me costaría mucho más de doce mil libras. Estoy dispuesto a saldar tus deudas, pero por última vez.

—¡Te lo agradezco! —masculló Beverley—. Da... dame el dinero y yo mismo las

liquidaré.

—Me temo que a raíz de tu relación con el capitán Trimble has llegado a pensar que todos somos tan confiados como él. Sin embargo, no confío en tu palabra. Puedes enviar una factura de tus deudas a mi casa de Londres. Creo que eso es todo. Bueno, salvo que te requerirán en Londres de forma inesperada y te marcharás de Crome Hall, si eres un poco prudente, antes de mañana por la mañana.

—¡No pi... pienso aceptar que me des órdenes! ¡Me marcharé cu... cuando quiera!

—Si decides no hacerlo mañana por la mañana, te irás custodiado por un agente de Bow Street.

—¡Te... te aseguro que me las pagarás, Richard! —amenazó Brandon, enrojeciendo.

—Pero, si te conozco bien, no hasta que haya saldado tus deudas —repuso sir Richard, y se dio la vuelta.

El otro se quedó allí plantado observando cómo el dandi se alejaba por el sendero, hasta perderse entre la maleza. Sólo minutos después reparó en que, aunque Wyndham había sido desagradablemente franco respecto a algunas cosas, no le había revelado qué hacía en Queen Charlton.

Cavilando sobre aquello, Beverley dedujo que cabía la posibilidad, por supuesto, de que estuviera visitando a algunos amigos suyos de la región, pero aparte de una casa propiedad de cierta heredera, Crome Hall era la única mansión en varios kilómetros a la redonda. Cuanto más reflexionaba, más inexplicable le parecía la presencia de sir Richard allí, de modo que no tardó en pasar de la huraña curiosidad a la desconfianza, y empezó a pensar que en aquel asunto había algo muy raro, al tiempo que se preguntaba si podría obtener algún provecho.

No estaba en absoluto agradecido a sir Richard por haberle prometido que saldaría sus deudas. Aunque deseaba enmudecer a sus acreedores más codiciosos, le habría parecido un estúpido despilfarro abonar cualquier factura cuyo pago pudiera retrasarse un poco más. Por otro lado, el hecho de liquidar sus deudas no llenaría sus bolsillos, así que no se imaginaba cómo podría seguir llevando el estilo de vida a que estaba acostumbrado.

Sacó el collar y lo examinó. Se trataba de una exquisita obra de joyería, y varios diamantes eran de un tamaño en verdad formidable. Quizá valiera el doble de doce mil libras. Como es lógico, no resultaba fácil obtener el valor real de los artículos robados; sin embargo, aunque no le quedara más remedio que venderlo sólo por veinte mil, seguiría disponiendo de ocho mil libras, puesto que ya no había ninguna necesidad de compartir los beneficios con Horace Trimble, que la había pifiado, así que no se merecía nada. Si pudiera convencer a sir Richard de que guardara silencio, Trimble no tendría por qué enterarse de que Beverley había recuperado el collar de

Yarde, y podría venderlo para el solo beneficio del único de los tres implicados en su robo que de verdad tenía derecho a él.

Cuanto más reflexionaba en ese sentido y más contemplaba los diamantes, mayor era su convencimiento de que Wyndham, en lugar de ayudarlo a salir de sus dificultades económicas, le había robado ocho mil libras, como mínimo. Entonces lo embargó tal profunda sensación de agravio, que si en ese instante hubiera podido causarle algún daño, sin sufrir él ninguno, sin duda habría aprovechado la ocasión.

Pero aparte de tenderle una emboscada y matarlo de un disparo, no parecía que pudiera hacerle algún mal y salir bien parado; y aunque se habría alegrado mucho de enterarse de la repentina muerte de Wyndham, y lo habría considerado, sinceramente, de justicia divina, hay que reconocer en su honor que sus tendencias homicidas se limitaban a un intenso deseo de que su oponente cayera por una ventana y se partiera la crisma, o de que lo asaltaran unos bandoleros armados y lo asesinaran. Al mismo tiempo, no cabía duda de que había algo raro en la presencia de Wyndham en aquel remoto pueblo, y quizá valiera la pena descubrir qué lo había llevado a Queen Charlton.

Sir Richard, entretanto, regresó a pie y llegó a la posada George a tiempo para ver cómo llevaban un par de caballos sudorosos al establo y aparcaban una silla de posta en un rincón del espacioso patio. Así pues, se preparó para recibir a los nuevos huéspedes, cuya identidad se le hizo evidente, disipando cualquier duda al respecto, en cuanto entró en el vestíbulo y vio a una mujer con un busto imponente sentada en uno de los bancos de roble y abanicándose enérgicamente el acalorado rostro. A su lado, un joven caballero de complexión robusta con el cabello peinado a lo Brutus se enjugaba el sudor de la frente. Sus ojos, un tanto saltones, eran de color indefinido, y visto de perfil recordaba claramente a una merluza.

Ese mismo desafortunado parecido se apreciaba, aunque no de forma tan marcada, en la señora Griffin, una mujer gordísima que por lo visto estaba acusando el calor. Seguramente, el vestido de viaje de raso morado con ribetes de seda, la chaqueta Spencer y la voluminosa capa de lana habían contribuido a su malestar. Sobre la cofia con que se recogía los rizos llevaba una capota de paja, con tantas plumas que sir Richard no pudo evitar relacionarla con un coche fúnebre. El posadero se hallaba de pie ante la mujer, contemplándola con expresión preocupada.

—¡Me engaña usted! ¡Le exijo que llame ahora mismo a ese... ese joven! —exclamaba la mujer vehementemente cuando sir Richard hizo su entrada en el vestíbulo.

—Pero ¡madre! —terció el joven corpulento que permanecía de pie a su lado.

—¡Silencio, Frederick! —lo cortó la mujer.

—¡Piénsalo, madre! Si el joven a quien menciona el posadero viaja con su tío, no puede ser... mi prima, ¿no?

—¡No creo ni una palabra de lo que asegura este hombre! Nada me extrañaría que lo hubieran sobornado.

Pesaroso, el posadero se apresuró a señalar que nadie había tratado de sobornarlo.

—¡Bah! —dijo la señora Griffin.

Sir Richard consideró que había llegado el momento de hacer notar su presencia, y se dirigió hacia la escalera.

—¡Aquí está el caballero! —anunció el posadero muy aliviado—. Le confirmará que lo que acabo de decirle es cierto, señora.

Sir Richard se detuvo y miró con las cejas arqueadas a la señora Griffin, a su hijo y al posadero.

—¿Cómo dice? —preguntó.

Los Griffin le dedicaron toda su atención: los ojos del joven no podían apartarse de su fular, mientras la mujer, al reparar en su elegancia, pareció conmocionada.

—Tenga usted la bondad —pidió el posadero—. Esta dama ha venido en busca de un joven caballero que se escapó del colegio. Resulta que ese muchacho es su pupilo. Le he asegurado que en mi establecimiento sólo se hospeda un joven caballero, su sobrino de usted, así que le agradecería que lo corroborara, señor.

—Ah, ¿sí? —dijo sir Richard con hastío—. Ignoro quién más se hospeda en esta casa, aparte de mi sobrino y yo mismo.

—Se trata de saber si realmente tiene usted un sobrino —intervino la señora Griffin.

Sir Richard se puso el monóculo, la miró de arriba abajo e hizo una leve inclinación de cabeza.

—Pues sí, creo recordar que tenía uno, señora. ¿Puedo preguntarle por qué le interesa tanto saberlo?

—Si de verdad es su sobrino, no me interesa en absoluto —declaró la mujer con solemnidad.

—¡Madre! —susurró su hijo, angustiado—. ¡Modérate, te lo ruego! ¡Es un desconocido! ¡No tenemos ninguna prueba! ¡Ante todo, discreción!

—¡Estoy muy trastornada! —admitió la señora Griffin rompiendo a llorar, lo que provocó que el posadero se retirara discretamente y que el señor Griffin se aturullara.

Tratando de tranquilizar a su madre y justificar su extraño comportamiento ante aquel elegante desconocido, se acaloró aún más, para acabar enredado en un cúmulo de frases inconexas. La expresión de perplejidad de sir Richard y el afligido arqueamiento de sus cejas lo turbaron sobremanera.

—La verdad es que mi madre está sumamente alterada —acabó por reconocer.

—¡Abusaron de mi confianza! —terció la señora Griffin apartándose el empapado pañuelo de la cara.

—Sí, madre, tienes razón. Abusaron de su confianza, señor. Mi primo, con su

conducta escandalosa...

—¡Alimenté a una víbora en mi seno! —prosiguió la mujer.

—Sí, madre. Alimentaste... Bueno, quizá no tanto. Pero lo ocurrido resulta muy ofensivo para una dama de sensibilidad tan delicada.

—¡Siempre he vivido rodeada de ingratitud! —declamó la señora Griffin.

—Madre, no puedes vivir rodeada de... Además, sabes que no es cierto. ¡Cálmate, te lo ruego! Le pido por favor que nos disculpe, señor. Las circunstancias son muy peculiares, y el comportamiento de mi primo ha afectado tanto a mi pobre madre que...

—¡Lo peor es la falta de decoro! —se obstinó la señora Griffin.

—Exacto, madre. Verá, es la falta de decoro lo que... Bueno, quiero decir que mi madre está fuera de sí.

—¡Jamás me recuperaré! —anunció la mujer—. ¡Creo que este individuo está confabulado con ella!

—¡Madre, te lo pido por lo que más quieras!

—¿Con ella? —preguntó sir Richard fingiendo desconcierto.

—¡Con él! —corrigió el señor Griffin.

—Tendrá que perdonarme, pero creo que no le he entendido bien. ¿No decía que habían perdido a un joven, y que habían venido a...?

—¡Así es, señor! Perdimos... ¡Bueno, no, no lo perdimos, por supuesto!

—¡Se escapó! —aclaró la señora Griffin saliendo brevemente de detrás del pañuelo.

—Eso, se escapó —confirmó su hijo.

—Pero ese asunto, ¿qué tiene que ver conmigo?

—¡Nada, señor, se lo aseguro! ¡No albergo sospecha alguna, le doy mi palabra!

—¿Sospecha? ¿Qué sospecha? —inquirió sir Richard, aún más desconcertado.

—¡Ninguna, señor, ninguna! Eso mismo estaba diciendo. No albergo ninguna sospecha.

—¡Pues yo sí! —lo contradijo la madre con tono enérgico—. ¡Le acuso de ocultarme la verdad!

—¡Madre, por favor! No puedes... Sabes que no puedes insultar a este caballero insinuando...

—¡No hay nada que no pueda hacer en el cumplimiento de mi deber! —declaró la mujer con nobleza—. Además, no lo conozco. No me fío de él.

—Verá, señor, mi madre... —empezó el desconsolado señor Griffin, volviéndose hacia el caballero.

—No se fía de mí —señaló sir Richard.

—¡No, no es eso! Mi madre está muy alterada y apenas sabe lo que dice.

—¡Me encuentro en pleno uso de mis facultades, gracias, Frederick! —aseguró la

señora Griffin con renovado brío.

—¡Claro que sí, madre! Pero la agitación... la normal agitación...

—¡Si dice la verdad, que haga venir a su sobrino para que lo vea! —lo interrumpió la mujer.

—¡Ah, creo que empiezo a entenderlo! ¿Sospecha usted, señora, que mi sobrino es su extraviado pupilo?

—¡No, no! —dijo Griffin, ya sin energía.

—¡Sí! —afirmó ella.

—Pero ¡madre, piensa lo que implicaría esa suposición! —le rogó en un aparte el desesperado joven.

—¡Me creo cualquier cosa de esa espeluznante criatura!

—Dudo mucho que mi sobrino se halle en casa —comentó Wyndham con frialdad—. Ha quedado para salir de excursión con unos amigos. Sin embargo, en caso de que todavía no se haya marchado, le pediré que venga a aplacar sus... fervores.

—¡Si se ha marchado para evitarnos, lo esperaré aquí hasta que regrese, se lo advierto! —anunció la mujer.

—Admiro su firme determinación, señora, pero sepa que sus movimientos no me interesan lo más mínimo —repuso el caballero, y acercándose a la campanilla, la agitó.

—¡Frederick! ¿Piensas quedarte tan tranquilo mientras tu madre recibe los insultos de un... dandi?

—Pero ¡madre, a nosotros no nos incumbe que lo sea!

—Quizá le sirva de algo que me presente, señora —dijo sir Richard con tono glacial—. Me llamo Wyndham.

Mientras que la mujer recibió esa información con aparente desdén, el efecto que ejerció sobre su hijo, a quien parecía que fueran a salirse los ojos de las órbitas, fue asombroso.

—¡Señor! ¿Es cierto? ¿Tengo el honor de hablar con sir Richard Wyndham? —dijo con profunda reverencia y dando un paso adelante. El dandi dio una leve cabezada—. ¿El famoso galán? —insistió el joven. De nuevo, otra cabezada—. ¿El creador del nudo Wyndham? —no cejó, emocionado.

—Así es —repuso el otro, cansado de dar cabezadas.

—¡Encantado de conocerlo, señor! Me llamo Griffin.

—¿Cómo está usted? —murmuró sir Richard tendiéndole la mano.

Griffin se la estrechó.

—No sé cómo no lo he reconocido. Madre, estábamos muy equivocados. Éste es ni más ni menos que el famoso sir Richard Wyndham, ¡el amigo de Brummell! Debes de haberme oído... habrás oído hablar de él. Es imposible que este caballero sepa

algo del paradero de mi primo.

Su madre pareció aceptarlo, aunque muy reticente.

—Me desagradan en grado sumo todas las formas de dandismo —declaró con franqueza, mirando al hombre con desaprobación—, y siempre deploré la influencia ejercida por la alta sociedad sobre los jóvenes respetables. Sin embargo, si es cierto que es usted sir Richard Wyndham, supongo que no tendrá inconveniente en enseñarle a mi hijo cómo anudarse el fular con lo que él denomina un nudo Wyndham, a fin de que no tenga que seguir estropeando todos los fulares de su cajón antes de conseguir un resultado que considero lamentable.

—¡Madre! —susurró su hijo, avergonzado—. ¡Por favor!

La llegada de un sirviente, que acudió al oír la campanilla, supuso una oportuna interrupción. Cuando le pidieron que comprobara si el sobrino de sir Richard se encontraba en la casa, contestó que el joven se había marchado de la posada hacía un rato.

—En ese caso, me temo que no le quedará a usted más remedio que esperar a que regrese —comentó sir Richard a la señora Griffin.

—No, no queremos... Madre, no cabe duda de que mi prima... quiero decir mi primo, no vino aquí. Recuerda que lady Luttrell asegura no haberlo visto, y si mi primo estuviera en la región, ella lo sabría mejor que nadie.

—¡Si pudiera convencerme de que mi sobrina fue a visitar a la prima Jane, aún no estaría todo perdido! —se lamentó la mujer—. Pero ¿es posible? ¡Me temo lo peor!

—Todo esto resulta muy desconcertante —protestó sir Richard—. Tenía entendido que el misterioso fugitivo era un varón.

—¡Ya no aguanto más, Frederick! —exclamó la mujer poniéndose en pie de un brinco—. ¡Si pretendes obligarme a recorrer de nuevo toda Inglaterra, como mínimo me permitirás que descanse media hora!

—Pero, madre, ¡no fui yo quien se empeñó en venir hasta aquí!

Sir Richard volvió a agitar la campanilla, y esta vez pidió que enviaran una camarera, a quien correspondió atender a la dama, que salió de la habitación con aire majestuoso, ordenando que le prepararan agua caliente para lavarse, té y un dormitorio decente.

—Le ruego nos perdone, sir Richard —se excusó su hijo, suspirando aliviado.

—No hay nada que perdonar.

—¡Sí, sí, insisto! ¡Qué malentendido tan lamentable! ¡Le debo una explicación! Ha sido un error; comprenda que mi madre está muy alterada y que no sabe lo que dice. Usted ha reparado en ello, y es lógico que le haya sorprendido; lo cierto, señor, es que no estamos buscando a mi primo, sino a... mi prima.

—Esa explicación, señor Griffin, es innecesaria, se lo aseguro.

—Señor —insistió el otro—, usted es un hombre de mundo, así que valoraría

mucho su opinión. Es inútil seguir ocultándolo: tarde o temprano se descubrirá la verdad. ¿Qué pensaría de un miembro del sexo débil que se disfrazara de hombre y escapara por la ventana de la casa de su protectora?

—Pues que seguramente tenía buenas razones para actuar con semejante determinación.

—Mi prima no quería convertirse en mi esposa —admitió Griffin con tristeza.

—¡Oh!

—Le aseguro que no entiendo qué tiene en mi contra, pero bueno, no se trata de eso. El caso es que mi madre está decidida a encontrarla y obligarla a casarse conmigo para evitar el escándalo. Sin embargo, esos planes no me hacen ninguna gracia. Si a mi prima le desagrada tanto la idea de ser mi mujer, creo que no deberíamos casarnos, ¿no cree?

—Por supuesto que no.

—Me alegro de que lo diga, sir Richard —se animó el joven Frederick—, pues mi madre no deja de repetirme desde ayer que ahora debo casarme con mi prima para salvar su honor. Pero opino que nuestros caracteres son incompatibles, lo cual no tendría remedio.

—Sin duda es muy probable que su carácter no armonice con el de una mujer capaz de escaparse por la ventana disfrazada de hombre —coincidió sir Richard.

—Sí, aunque en realidad sólo es una cría. De hecho, todavía no se ha presentado en sociedad. Me alegra sobremanera haber conocido la opinión de un hombre de mundo. Creo que puedo confiar en su criterio.

—En mi criterio sí, pero en nada más, se lo aseguro. Al fin y al cabo, usted no me conoce. ¿Cómo sabe que no estoy escondiendo a su prima?

—¡Muy gracioso! —exclamó el joven riendo.

Capítulo 8

Los Griffin no se marcharon de Queen Charlton hasta bien entrada la tarde, y para cuando vio partir su silla de posta del patio de la posada, sir Richard estaba harto de la compañía de quien sin duda era uno de sus más fervientes admiradores. No había ni rastro de Pen, que debía de haberse escapado al ver llegar a sus parientes, y el caballero no tenía forma de averiguar si se había ido bien provista para pasar la larga jornada.

Al bajar con la idea de tomar un ligero refrigerio, la señora Griffin había encontrado a su hijo dándole conversación al aburrido sir Richard. Cuando se enteró de que el joven había revelado el secreto de la identidad de Pen, al principio se creyó a punto del desmayo, pero sir Richard le ofreció una copa de ratafía que la reanimó lo suficiente para ponerse a enumerar todos sus males.

—Lo que me pregunto —dijo con aire trágico— es qué habrá sido de esa insoportable cría. ¿Con quién habrá ido a parar? Veo que es usted una persona sensata, sir Richard. ¡Entienda mis sentimientos! ¿Y si mi desdichada sobrina ha caído en manos de un truhán?

—Desde luego, la comprendo muy bien, señora.

—Tiene que casarse con mi hijo. Cuando pienso en las atenciones, las esperanzas, el cariño maternal que le he prodigado... Pero ¡siempre pasa lo mismo! ¡En el mundo de hoy no existe gratitud!

Tras esa pesimista reflexión, la señora Griffin pidió que le prepararan de inmediato el coche para ir a Chippenham. Explicó que se habría quedado a pasar la noche en Queen Charlton, pero que no se fiaba del estado de las sábanas.

Sir Richard se despidió de ella y salió a pasear por la calle a fin de refrescarse la acalorada frente y reflexionar sobre la compleja situación en que se encontraba.

Fue durante su ausencia cuando la señorita Creed y el honorable Beverley Brandon, que se acercaron a la posada desde ángulos completamente distintos, pero con idéntica cautela, se encontraron cara a cara en el vestíbulo y se miraron.

Una breve conversación con el tabernero había permitido a Beverley obtener una información lo suficientemente intrigante incluso para correr el riesgo de toparse con el capitán Trimble al entrar en la posada, y para seguir investigando acerca de sir Richard Wyndham. El tabernero le había revelado que sir Richard se hospedaba en el George con su sobrino.

Pues bien, Brandon sabía muy bien que el sobrino de sir Richard era un crío de muy corta edad, y aunque no mencionó ese detalle al tabernero, al oír que el misterioso sobrino en cuestión era un adolescente, aguzó el oído, y pasó de la taberna al salón principal de la posada.

Allí, Pen, que había entrado con sigilo en la posada desde el patio del establo,

tropezó con él. Como nunca lo había visto, no lo reconoció al instante; mas cuando, tras una intenso escrutinio, Beverley se acercó a ella y dijo con un leve tartamudeo: «¿Co... cómo está usted? De... debe de ser usted el sobrino de Wyndham, ¿no?», la joven no albergó ninguna duda sobre su identidad.

Pen, que no tenía un pelo de tonta, comprendió que todo el que conociera bien a sir Richard debía de saber que ella no podía ser su sobrino.

—Bueno, lo llamo tío porque es mucho mayor que yo, pero en realidad sólo somos primos —respondió cautelosa—. Primos terceros —añadió buscando el parentesco más remoto.

Mientras repasaba mentalmente el árbol genealógico de sir Richard, Beverley esbozó una sonrisa que a Pen no le gustó nada.

—Ah, ¿sí? Encantado de conocerlo, se... señor... —dijo con fingida cordialidad.

—Brown —aclaró Pen, y al instante lamentó no haber elegido un apellido menos corriente.

—Brown. —Beverley inclinó la cabeza, y su sonrisa se ensanchó—. Es para mí un placer co... conocer a cualquiera que esté relacionado con Wyndham. ¡Y en un lugar tan apartado! Pero cu... cuénteme, ¿qué los trae por aquí?

—Asuntos familiares —respondió ella sin vacilar—. El tío Richard, bueno, mi primo Richard (es que estoy tan acostumbrado a llamarlo tío) se ofreció a acompañarme.

—¡Ah, así que usted es el motivo de que Wyndham viniera a Queen Charlton! —exclamó Beverley—. ¡Qué interesante! —Miró de arriba abajo a Pen, de una forma que la hizo sentirse muy incómoda—. ¡Qué interesante! —repitió—. Le ru... ruego que salude de mi parte a su primo. Y dígame también que entiendo perfectamente que haya escogido un lugar tan apartado.

Beverley se despidió con una inclinación de cabeza y un floreo, dejando a Pen en un estado de considerable inquietud. A continuación fue a la taberna y pidió papel, tinta, una pluma y un poco de brandy; se sentó a una mesa de un rincón y empezó a escribir una concienzuda carta a sir Richard. Le llevó tiempo, porque no tenía costumbre de redactar mientras bebía, pero al final la terminó, satisfecho. Miró alrededor buscando una oblea, pero el tabernero no le había llevado ninguna, así que dobló la nota, puso en ella el nombre de sir Richard con una caligrafía muy enrevesada y ordenó al tabernero que se la entregara en cuanto aquél regresara. A continuación se marchó, con paso un tanto inseguro pero muy contento de su ingenio.

El tabernero, que estaba ocupado sirviendo bebidas, dejó la nota encima de la barra para correr al otro extremo de la estancia con unas jarras de cerveza que le había solicitado un bullicioso grupo de campesinos. Y allí se encontró con el capitán Trimble, que en ese momento entraba en la taberna desde el patio del establo.

Trimble, que había pasado todo el día tratando de descubrir alguna pista de

Jimmy Yarde en Bristol, estaba acalorado, cansado y malhumorado. Se sentó en un taburete frente a la barra y se enjugó el sudor de la cara con un gran pañuelo. Cuando estaba guardándose el pañuelo en el bolsillo reparó en la nota y en el nombre escrito en ella. Conocía muy bien la caligrafía del señor Brandon, así que la identificó de inmediato. Al principio no le sorprendió que Brandon hubiera escrito a sir Richard Wyndham, pues supuso que pertenecían al mismo círculo de amistades. Sin embargo, mientras contemplaba la misiva sin excesivo interés, empezó a pensar en cómo Wyndham le había hecho perder el tiempo enviándolo a Bristol, y se preguntó —y no era la primera vez que lo hacía en aquel exasperante día— si no habría tenido algún motivo especial para enviarlo a Bristol. La nota empezó a adquirir un aspecto siniestro; la sospecha ensombreció aún más las mejillas del capitán; y tras contemplarla durante un minuto, echó un vistazo alrededor para comprobar que nadie lo observaba y hábilmente la hizo desaparecer.

El tabernero volvió a la barra, pero para cuando se acordó de la nota, el capitán Trimble se había retirado a una mesa junto a la vacía chimenea y le pedía una jarra de cerveza. Luego, desdobló el papel y leyó la carta.

«Mi querido Richard —había escrito Brandon—: lamento mucho que te hayas marchado ya, pues me gustaría retomar nuestra conversación. Si te digo que tuve el privilegio de conocer a tu sobrino, querido Richard, creo que valorarás la conveniencia de volver a verme. Preferirías que no dijera nada, pero unas míseras doce mil libras no bastan para cerrarme la boca, si bien estaría dispuesto a callarme por una suma más apropiada. Si quieres que discutamos este delicado asunto, me encontrarás en el bosquecillo esta noche a las diez. Si no vienes, deduciré que no tienes inconveniente en que haga lo que se me antoje con cierto objeto. Creo que no sería prudente que comentaras nuestros negocios con nadie, ni ahora ni en el futuro».

El capitán Trimble leyó la misiva dos veces antes de volver a doblarla. No entendió la alusión a Pen y tampoco le resultó muy interesante. Por lo visto, había algún secreto vergonzoso relacionado con el joven sobrino de sir Richard, pero no veía qué provecho podía obtener de él. Mucho más fascinante, en cambio, le pareció la referencia, sutilmente velada, al collar de los Brandon. Caviló sobre aquello, apretando las mandíbulas. Había dudado de la buena fe de Beverley desde el momento en que éste le endilgó a Jimmy Yarde como cómplice. Pero ahora lo veía todo con una claridad cristalina: Beverley y Yarde habían tramado un plan para engañarlo y robarle su parte del botín, y cuando el primero lo había abroncado por dejarse engañar —y lo había reprendido de forma muy convincente—, en realidad llevaba el collar en el bolsillo. Pues bien, el señor Brandon iba a enterarse de que no era prudente tratar de engañar a Horace Trimble, y menos prudente aún dejar notas sin sellar abandonadas por las tabernas. En cuanto a sir Richard, no lograba

explicarse el papel que desempeñaba en aquel tortuoso enredo. Al parecer sabía algo acerca de los diamantes, aunque sin duda era demasiado rico para tener interés en su valor. Sin embargo, no cabía duda de que Wyndham había participado en el asunto, de modo que Timble tuvo ganas de hacerle pagar por su interferencia.

Aunque era un hombre de natural violento, al que le habría encantado estropear la hermosa cara de sir Richard, no se dejó llevar más de un par de minutos con esas agradables ensoñaciones. Si llegaban al extremo de liarse a puñetazos, seguro que Wyndham disfrutaría con el encuentro mucho más que él. Un asalto mejor preparado, en una noche oscura, con intervención de un par de matones armados con garrotes quizá tuviera más posibilidades de éxito, pero ese plan también presentaba un inconveniente, pues al caballero ya lo habían asaltado dos veces unos ladrones que, además de no conseguir quitarle nada, nunca habían vuelto a intentarlo.

Todos los rufianes de Londres consideraban peligroso a Wyndham, pues aseguraban que siempre iba armado y que sabía disparar con una rapidez y puntería que lo convertían en alguien a quien era mejor no molestar.

De modo que el capitán decidió, muy a su pesar, que al menos de momento era preferible dejarlo en paz.

Para entonces, el tabernero había descubierto la desaparición de la nota que le entregara el señor Brandon. Todos los parroquianos negaron conocer su paradero. El capitán Trimble apuró su jarra y se acercó a la barra.

—¿Eso de ahí no es una hoja de papel? —dijo tras dejarla caer al suelo, y se agachó rápidamente para recogerla del suelo.

El tabernero le dio las gracias, cogió la carta y se la entregó a un sirviente que había entrado en la taberna para buscar una jarra de vino, con el cometido de que se la llevara a sir Richard. El capitán Trimble, tan satisfecho como se había quedado Beverley, se dirigió al comedor y pidió una copiosa cena.

Entretanto, sir Richard había regresado a la posada, donde encontró a Pen esperándolo en el salón, acurrucada en una gran butaca y comiendo una manzana.

—¡Qué manía de mordisquear fruta cruda! —comentó—. Parece usted un golfillo.

—Es que tengo hambre —repuso ella sonriente—. ¿Lo ha pasado bien con la tía Almería?

—Espero —contestó él mirándola con cierta severidad— que usted lo haya pasado francamente mal. Es una lástima que no lloviera.

—No lo he pasado mal en absoluto. He ido a ver mi casa, y he estado en los lugares donde Piers y yo nos escondíamos para hacer novillos. Pero no tenía nada para comer.

—Me alegro. ¿Sabía usted que no sólo me he visto obligado a mentir, fingir y practicar el más vergonzoso engaño, sino que además he tenido que confraternizar

durante cinco horas con uno de los jovencitos más vulgares que he conocido en mi vida?

—¡Sabía que Fred vendría con mi tía! ¿Verdad que parece un pez?

—Sí, una merluza. Pero no trate de distraerme. Media hora de conversación con su tía me ha convencido de que es usted una mocosa sin escrúpulos.

—¿Le ha hablado mal de mí? —preguntó ella frunciendo el ceño—. Pues no me considero una persona sin escrúpulos.

—Es usted una amenaza para los ciudadanos respetables y respetuosos de la ley.

—No sabía que fuera tan importante —repuso Pen, satisfecha.

—¡Mire lo que ha conseguido hacerme! —protestó sir Richard.

—Sí, pero no creo que usted sea respetable ni respetuoso de la ley —objetó ella.

—Lo era, pero por lo visto hace mucho tiempo.

—Bueno, lamento que esté enojado, porque creo que debería contarle algo que no le va a gustar —comentó la chica, y se terminó la manzana.

Sir Richard la miró con recelo.

—¡Estoy preparado para lo peor!

—Se trata del tartamudo. Ahora me doy cuenta de que debí tener más cuidado.

—¿Se refiere a Beverley Brandon? ¿Qué ha hecho?

—Verá, ha venido aquí justo cuando yo entraba en la posada, y... nos hemos encontrado.

—¿Cuándo ocurrió?

—No hace mucho. Usted había salido. Pero por lo visto él me conocía.

—¿Que la conocía?

—Bueno, dijo que yo debía de ser su sobrino.

Sir Richard la escuchaba con el entrecejo fruncido.

—Beverley sabe muy bien que el único sobrino que tengo es un niño que todavía lleva pañales —afirmó entonces con un tono sombrío que Pen no le conocía.

—¡Oh! ¿Tiene un sobrino? —preguntó ella, risueña.

—Sí. Pero eso no importa. ¿Qué le ha contestado usted?

—Bueno, creo que he sido bastante lista. En cuanto lo he oído hablar he imaginado quién era, por supuesto; y también que debía de saber que yo no soy su sobrino, por supuesto. Aunque haya gente que considere que carezco por completo de ingenio, no soy estúpida —añadió lanzándole una mirada elocuente.

—¿Está resentida? —La expresión de Wyndham se relajó un poco—. ¡No importa! Siga.

—Le he dicho que en realidad no es usted mi tío, pero que lo llamo así porque es mucho mayor que yo. Le he asegurado que es usted mi primo tercero. Entonces él me ha preguntado por qué habíamos venido a Queen Charlton, y le he respondido que por asuntos familiares, aunque debería haber contestado que era una muestra de

pésima educación y exagerada curiosidad que me formulara esas preguntas. Y después se ha marchado.

—¿En serio? ¿Y le ha explicado a qué ha venido él?

—No. Pero me ha dado un mensaje para usted que no me ha gustado nada.

—¿Y bien?

—Me ha parecido siniestro —señaló Pen, preparándolo para lo peor.

—No me extraña en absoluto.

—Y cuanto más lo pienso, más siniestro me resulta. Me ha pedido que lo saludara de su parte y que le dijera que entiende muy bien por qué ha venido a un lugar tan apartado.

—¡Diantre!

—Ya me parecía que tampoco le gustaría. ¿Cree que sabe quién soy?

—No, no se trata de eso.

—Quizá se haya dado cuenta de que no soy un muchacho.

—Quizá.

—Bueno, no sé qué otra cosa podría significar —aseguró la joven tras reflexionar un momento—. Pero Jimmy Yarde nunca sospechó nada de mí, y conversé con él mucho más que con ese desagradable tartamudo. ¡Qué mala suerte habernos tropezado con alguien que lo conoce a usted tanto!

—¿Cómo dice? —preguntó sir Richard alzando su copa.

—Me refiero a que él sabe que usted no tiene ningún sobrino ni primo que se parezca a mí —puntualizó ella, mirándolo con aire inocente.

—¡Ah! —exclamó sir Richard dejando la copa—. No se preocupe por eso.

—Sí me preocupa, porque ahora me percato de que fui muy imprudente. No debí permitir que me acompañara. Seguro que por eso se halla en una situación comprometida.

—No se me había ocurrido pensar en ello —la tranquilizó él sonriendo—. El imprudente fui yo. Debí entregarla a su tía el día que nos conocimos.

—¿Lamenta no haberlo hecho? —preguntó Pen con aire nostálgico.

—No —respondió tras mirarla un instante.

—Pues me alegro, porque si lo hubiera intentado, me habría escapado. —Levantó la barbilla, que hasta ese momento había mantenido apoyada en las manos—. Si no se arrepiente de haber venido, no lo pensemos más. Es muy fatigoso lamentarse de lo que uno ha hecho. ¿Ha pedido la cena?

—Sí. Pato con guisantes.

—¡Estupendo! —exclamó Pen—. ¿Adónde cree que habrá ido mi tía Almería?

—A Chippenham, y luego a casa de su prima Jane.

—¿A casa de Jane? ¡Cielos! ¿Por qué?

—Imagino que para averiguar si usted había buscado refugio allí.

—¿Con mi prima Jane? —se extrañó Pen—. Pero ¡si es la mujer más odiosa del mundo! ¡Y toma rapé!

—¿Lo considera un hábito molesto? —preguntó él deteniéndose, pues acababa de abrir su cajita de tabaco.

—En una mujer sí. Además, se le cae por la ropa. ¡Uf! ¡Oh! ¡No me refería a usted, sir Richard! —añadió riendo—. ¡Lo toma con mucha elegancia!

—Gracias.

Un camarero entró para poner la mesa y entregó una nota a sir Richard en una gran bandeja, que éste cogió con aire pausado y desdobló. Pen, que lo observaba intrigada, no detectó en su rostro más que aburrimiento. Leyó la nota de cabo a rabo, se la guardó en el bolsillo y miró a la muchacha.

—Veamos, ¿de qué estábamos hablando?

—De rapé.

—¡Ah, sí! Yo tomo King's Martinique, pero hay gente que lo considera demasiado flojo.

Pen contestó mecánicamente, pero cuando el camarero hubo salido de la estancia, interrumpió la disertación que el caballero estaba haciendo sobre la forma correcta de conservar el rapé en buen estado y preguntó con vehemencia:

—¿De quién era la nota?

—¡No sea tan curiosa! —repuso sir Richard con calma.

—¡No me engañe! Estoy segura de que era de ese individuo despreciable.

—Pues sí, pero no tiene por qué preocuparse, se lo aseguro.

—¡Cuénteme! ¿Lo amenaza con hacerle algo?

—Claro que no. Además, no podría aunque quisiera.

—Estoy muy preocupada.

—Ya me he dado cuenta. Se encontrará mejor cuando haya comido.

El camarero entró con el plato en el momento más oportuno, y lo depositó sobre la mesa. Pen estaba tan hambrienta que enseguida olvidó sus preocupaciones. Comió con gran apetito y no volvió a mencionar la misiva.

Sir Richard conversó animadamente con ella durante la cena y no parecía en absoluto preocupado, aunque lo cierto era que la carta lo había molestado. Pensaba que había muy pocas posibilidades de que Beverley pudiera causar algún daño a la señorita Creed, porque no podía conocer su identidad; y su velada amenaza de descubrir a sir Richard traía a éste sin cuidado. Con todo, estaba decidido a encontrarse con Brandon en el bosquecillo a la hora indicada, pues la necesidad de enviarlo cuanto antes a Londres se hacía aún más evidente. Mientras siguiera en la región, no podría dejar a Pen al cuidado de lady Luttrell, y aunque no tenía ningún deseo de renunciar a la custodia de la audaz señorita Creed, era consciente de que debía hacerlo y cuanto antes.

Así pues, mandó a la joven a acostarse a las nueve y media, asegurándole que, si no estaba cansada, merecía estarlo. Ella obedeció sin poner objeciones, y el caballero supuso que su protegida debía de tener sueño tras haber pasado toda la jornada al aire libre. Esperó hasta unos minutos antes de las diez; entonces cogió su sombrero y su bastón, y salió de la posada.

Había luna llena y el cielo estaba completamente despejado. No tenía ninguna dificultad para distinguir el camino, así que pronto llegó al sendero que se adentraba en el bosque, donde estaba más oscuro, pues los árboles ocultaban el resplandor de la luna. Un conejo cruzó a la carrera el sendero, un búho ululó cerca y en la maleza se oyeron crujidos; pero como no era una persona asustadiza, esos sonidos no lo inquietaron lo más mínimo.

Sí le sorprendió, al doblar una curva, toparse con una mujer tumbada en medio del camino. Fue una visión tan inesperada que se detuvo en seco. La mujer no se movía: estaba tendida sobre un montón arrugado de muselina de color claro y una capa más oscura. Sobreponiéndose a su momentánea sorpresa, fue hacia ella y se arrodilló a su lado. Bajo la arboleda, la oscuridad le impedía distinguir sus facciones con claridad, pero le pareció joven. Y no estaba muerta, como había temido al principio, sino desmayada. Empezó a frotarle las manos, y cuando acababa de recordar que aquella mañana había visto un riachuelo cerca de allí, la mujer empezó a dar señales de recobrar el sentido. La cogió en brazos y la oyó suspirar débilmente. Un gemido sucedió al suspiro; la mujer dijo algo que él no entendió y rompió a sollozar.

—¡No llore! —exclamó sir Richard—. Está a salvo.

Ella dio un grito ahogado y se puso en tensión; el caballero notó cómo se agarraba a su brazo con sus pequeñas manos. Entonces la joven se echó a temblar.

—No, no tiene nada que temer —aseguró él muy sereno—. Ya verá como enseguida se recupera.

—¡Oh! —exclamó ella, aterrada—. ¿Quién es usted? ¡Suélteme!

—Por supuesto que la soltaré, pero ¿está segura de que podrá tenerse en pie? No me conoce, pero le aseguro que soy completamente inofensivo.

La mujer hizo un frustrado intento por levantarse, mas sólo consiguió quedarse acurrucada en medio del sendero.

—¡Tengo que irme! ¡Ay, he de irme! ¡No debí venir! —dijo entre sollozos.

—La creo —admitió sir Richard, arrodillado a su lado—. ¿A qué vino? ¿O es una pregunta impertinente?

Ante estas palabras los sollozos se intensificaron. Tapándose la cara con las manos y estremeciéndose, empezó a mecerse hacia delante y atrás y pronunciar frases entrecortadas e ininteligibles.

—¡Vaya! —exclamó una voz detrás de Wyndham, que se volvió rápidamente.

—¡Pen! ¿Qué hace aquí?

—Lo he seguido —contestó contemplando a la llorosa mujer—. Y he traído un palo, porque pensaba que iba a reunirse con ese odioso tartamudo, que estoy convencida de que quiere causarle algún daño. ¿Quién es esta mujer?

—No tengo ni la menor idea. Y en cuanto pueda le diré lo que pienso de esta estúpida escapada suya. —Se volvió hacia la desconocida y dijo con ternura—: ¿No puede parar de llorar?

—¿Qué hace aquí? —preguntó Pen, impasible ante las críticas de su protector.

—¡Cómo voy a saberlo! La he encontrado tendida en el sendero. ¿Qué hay que hacer para que una mujer deje de llorar?

—Dudo que lo consiga. Creo que va a darle un vahído. Y no entiendo por qué ha de abrazar a una desconocida.

—No lo hacía.

—Pues me lo ha parecido.

—Claro —dijo sir Richard con sarcasmo—, usted preferiría que hubiera pasado por encima de ella y seguido mi camino, ¿no?

—Sí, lo preferiría.

—¡Vamos! Esta mujer se ha desmayado.

—¡Oh! —Pen se acercó—. ¿Y qué le habrá provocado el desmayo? No sé, todo esto me resulta muy extraño.

—A mí también, se lo aseguro. —Wyndham apoyó una mano en el hombro de la desconsolada mujer—. Llorando no solucionará nada —aseguró—. ¿No puede explicarme qué le ha pasado?

—¡Estaba tan asustada! —logró articular la desconocida, esforzándose por controlarse.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta. ¿Qué la ha asustado?

—¡Había un hombre! —exclamó la joven con voz entrecortada—. Me he escondido, y entonces ha llegado otro hombre y han empezado a pelearse, y yo no me atrevía a moverme por miedo a que me oyeran, y el más corpulento ha golpeado al otro, que ha caído al suelo y se ha quedado inmóvil, y entonces el más grande le ha sacado una cosa del bolsillo y se ha marchado, y... ¡ay!, ha pasado tan cerca de mí que habría podido tocarlo con sólo estirar un brazo. El otro hombre seguía inmóvil, y yo tenía tanto miedo que he echado a correr, y de pronto lo he visto todo negro y... creo que me he desmayado.

—¿Que ha echado a correr? —repitió Pen, indignada—. ¡Qué insensatez! ¿No se le ha ocurrido ayudar al hombre al que habían golpeado?

—¡No! ¡Ay, ay! ¡No! —contestó la joven entre sollozos.

—La verdad, no creo que sea usted digna de semejante aventura —observó Pen—. Y en su lugar, no seguiría sentada en medio del camino. No sirve de nada, además

de que la hace parecer muy necia.

Ese severo discurso enfureció a la desconocida, que levantó la cabeza y exclamó:

—¿Cómo se atreve? ¡Es usted el joven más grosero que jamás había conocido!

—Acepte mis disculpas en nombre de mi sobrino, señorita —dijo sir Richard sujetándola por un codo para que se pusiera en pie, al tiempo que contenía la risa—. ¡Es un muchacho muy maleducado! ¿Por qué no descansa un momento en esa orilla mientras examino la... escena del asalto que tan gráficamente ha descrito? Como verá, mi sobrino se ha provisto de un palo y se encargará de velar por usted.

—Ni hablar. Le acompaño —decidió Pen, rebelde.

—No. Por una vez, hará lo que le ordenan —repuso él y, tras ayudar a la desconocida a sentarse en la orilla del riachuelo, volvió al sendero y se dirigió al claro del bosque.

Allí la luna bañaba el suelo con su fría y plateada luz. No tenía la menor duda de que encontraría a Beverley Brandon, o bien inconsciente o bien recuperándose del golpe recibido; pero al penetrar en el claro no sólo halló a un hombre tendido en el suelo, sino a otro arrodillado a su lado.

Se acercó con sigilo y, a sólo unos pasos de ambos, el arrodillado se percató de su presencia y se volvió rápidamente. El resplandor de la luna diluía los colores, pero, aun así, el rostro que miró a sir Richard estaba notablemente pálido. Se trataba de un hombre muy joven y desconocido para el caballero.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz ahogada y un deje de temor. Al levantarse, de forma instintiva se puso a la defensiva.

—Dudo que mi nombre le diga gran cosa, pero me llamo Wyndham. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Lo he encontrado aquí, así. Creo... ¡creo que está muerto! —contestó con voz trémula el joven, que parecía desconcertado.

—¡Bobadas! —aseguró sir Richard, apartándolo de su camino para arrodillarse junto al cuerpo exánime de Beverley. Tenía un cardenal en la pálida frente, y cuando lo levantó, la cabeza le cayó hacia atrás de un modo que daba al traste con toda esperanza. Vio el tronco del árbol caído y comprendió que Brandon probablemente se había golpeado contra él. Volvió a depositarlo en el suelo, y sin el más leve vestigio de emoción, dijo—: Tiene toda la razón. Se ha desnucado.

El joven se sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

—Dios mío. ¿Quién habrá sido? ¡No he sido yo!

—Ya me lo imagino —replicó sir Richard, poniéndose en pie y sacudiéndose las rodilleras de los pantalones.

—¡Esto es terrible! ¡Este hombre era mi invitado, señor!

—¡Oh! —exclamó sir Richard lanzándole una mirada penetrante.

—¡Es Beverley Brandon, el hijo menor de lord Saar!

—Sé muy bien quién es. Y deduzco que usted es el señor Piers Luttrell, ¿no?

—Sí, sí. Nos conocimos en Oxford. No nos unía una gran amistad, porque... bueno, la verdad es que nunca me resultó muy simpático. Pero hace una semana vino a mi casa. Creo que había estado visitando a unos amigos. No lo sé. Pero como es lógico, yo (bueno, mi madre y yo) lo invitamos a quedarse con nosotros, y él aceptó. No se encontraba muy bien; daba la impresión de que necesitaba descansar y... tomar el aire. No me explico qué hace aquí, porque después de cenar se ha retirado a su habitación aquejado de dolor de cabeza. Al menos, eso le ha dicho a mi madre.

—Entonces, ¿usted no ha venido aquí a buscarlo?

—¡No, no! Venía... venía a dar un paseo al claro de luna —se apresuró a contestar Piers.

—Entiendo —replicó Wyndham con un deje de aspereza.

—¿Y usted? ¿Qué hace aquí?

—Exactamente lo mismo.

—Pero ¿usted conoce a Brandon!

—Sin embargo, esa circunstancia no me convierte en su asesino.

—¡Por supuesto que no! No he querido decir... Pero ¡resulta extraño que ambos hayan coincidido en Queen Charlton!

—Para mí resultó tedioso, más que extraño. Mi visita a Queen Charlton no guarda ninguna relación con Beverley Brandon.

—¡No, claro que no! No insinuaba eso. Pero si no lo ha matado usted, y yo tampoco, ¿quién habrá sido? Porque no creo que haya tropezado y caído, ¿verdad? Tiene un cardenal en la frente y estaba tumbado boca arriba, como lo ha visto. ¡Alguien debió de derribarlo!

—Sí, creo que eso es justo lo que ha ocurrido —coincidió sir Richard.

—Y usted, ¿no sabe quién puede haber sido?

—Podría ser que... —empezó sir Richard, pensativo.

Piers esperó, pero como su interlocutor no añadió nada, sino que se quedó contemplando el cadáver con el entrecejo fruncido, dijo:

—¿Qué he de hacer? ¡En serio, no lo sé! Carezco de toda experiencia en estos asuntos. ¿Puede aconsejarme?

—Yo tampoco poseo mucha experiencia al respecto, pero le sugiero que vuelva a su casa.

—Pero no podemos dejarlo aquí, ¿no?

—No, por supuesto que no. Informaré al juez de paz que hay un cadáver en el bosque. Sin duda, se ocupará de todo.

—Sí, pero... Verá, no quiero huir —objetó Piers—. Ésta es una situación sumamente incómoda y desagradable, mas no dejaré que sea usted quien tenga que explicarlo todo al juez de paz. Debo decir que he sido yo quien ha encontrado el

cadáver.

Consciente de que aquel asunto era extremadamente delicado, y que ya llevaba unos minutos preguntándose de qué forma podía enfocarlo para ahorrarles a los Brandon el máximo de humillación, Wyndham tampoco creía que la participación de Piers Luttrell fuera a facilitar la tarea.

—Dudo que sirva de algo que se quede —afirmó tras escudriñar el rostro del joven con su penetrante mirada—. Será mejor que deje que me encargue de todo.

—¿Usted sabe algo que ignoro!

—Sí, es cierto. Mantengo una amistad considerable con los Brandon, y sé bastante sobre las actividades de Beverley. Es muy probable que este asesinato destape un escándalo muy desagradable.

—Me temía algo así —repuso Piers, asintiendo—. Verá, señor, Beverley se comportaba de una forma un tanto rara y se relacionaba con unos personajes muy extraños. Ayer vino un hombre a mi casa preguntando por él; un tipo sospechoso, ya me entiende. Me percaté de que a Beverley no le hacía ninguna gracia.

—¿Tuvo el privilegio de conocer a ese hombre?

—Bueno, lo vi, pero no crucé ni dos palabras con él. Un lacayo vino a comunicarle a Brandon que un tal capitán Trimble quería verlo, y aquél se enojó tanto que... bueno, que me pregunté si pasaría algo raro.

—¡Ah! El hecho de que conociera usted a Trimble podría resultar útil, o no. Sí, creo que será mejor que se marche a su casa y que no mencione a nadie lo ocurrido. La muerte de Beverley le será comunicada mañana por la mañana, sin duda alguna.

—Pero ¿qué diré entonces al alguacil, señor?

—Limítese a contestar a las preguntas que le formule.

—¿Le explico que encontré a Beverley aquí, con usted? —vaciló Piers.

—No creo que le pregunte nada parecido.

—Pero ¿no cree que le extrañará que no echara en falta a mi invitado?

—¿No me dijo que Beverley se retiró a su habitación porque estaba cansado? ¿Cómo iba a echarlo en falta?

—Entonces, ¿mañana por la mañana?

—Sí, creo que debería notar su ausencia mañana, a la hora del desayuno.

—Entiendo. Bueno, si cree que eso es lo que debo hacer... También prefiero que no se sepa que esta noche he venido al bosque. Pero ¿qué debo responder si me preguntan si lo conozco a usted?

—Pues que no me conoce.

—No. Cierto, no lo conozco —coincidió Piers, animado por esa reflexión.

—Conocerme es un placer que todavía le está reservado. He venido a esta región para... conocerlo a usted, precisamente, pero no me parece que sea éste el momento más oportuno para hablar de un asunto que podría resultar en extremo complicado.

—¿Que ha viajado hasta aquí para conocerme? —repuso, extrañado, Piers—. ¿Cómo es posible?

—Si viene a verme mañana a la posada George, visita que sería muy lógica por otra parte, dado que habré descubierto el cadáver de su invitado, le explicaré por qué me trasladé a Queen Charlton en su busca.

—Será un honor, señor, pero le aseguro que no me explico qué puede querer de mí.

—Eso no me sorprende tanto como lo sorprenderán mis motivos, señor Luttrell.

Capítulo 9

Una vez que se hubo librado de Piers Luttrell —quien, después de echar una rápida mirada a su reloj y de escudriñar los alrededores como si esperara descubrir a alguien escondido entre los árboles, se marchó aliviado, aunque sumido en un gran desconcierto—, sir Richard fue a reunirse con Pen y la desconocida. Sólo encontró a su protegida, sentada en la orilla del riachuelo con aire distante y virtuoso, con las manos recogidas recatadamente sobre las rodillas.

—¿Dónde está su compañera? —preguntó con desenfado.

—Ha decidido volver a casa. Supongo que se ha cansado de esperarlo.

—Sí, claro. ¿Y no le ha sugerido usted que no lo hiciera?

—No, porque no hacía ninguna falta. Estaba muy impaciente por irse. Ha dicho que lamentaba haber venido.

—¿Y le contó qué hacía en el bosque?

—No. Se lo he preguntado, pero es una cursi y no hacía más que llorar y asegurar que se había portado muy mal. ¿Sabe qué creo, Richard?

—Me lo imagino.

—Pues que iba a reunirse con alguien. Me da la impresión de que es de esas mujeres que se ponen románticas sólo porque hay luna llena. Además, si no es ése el motivo, ¿por qué estaría aquí a estas horas?

—Eso digo yo, ¿por qué? Deduzco que no aprueba ese tipo de conducta.

—No, por supuesto que no —confirmó Pen—. De hecho, la considero una estupidez, además de una falta de corrección.

—¿Es usted muy severa!

—Por su tono de voz, comprendo que está burlándose de mí. Supongo que se ha puesto a pensar en cómo me escapé por la ventana. Pero no iba a reunirme con mi amante a la luz de la luna. ¡Qué vulgaridad!

—Desde luego. ¿Le ha revelado la identidad de su amante?

—No, pero me ha dicho que ella se llama Lydia Daubenay. Y en cuanto me lo ha dicho, le ha dado otro ataque y se ha arrepentido de haberme revelado su nombre. La verdad es que me he alegrado cuando ha decidido no esperarlo más e irse a su casa.

—Sí, ya imaginaba que su compañía no le resultaría agradable. En fin, supongo que carece de importancia. No me ha parecido que fuera de esas personas que saben estar calladas.

—Bueno, no sé —repuso Pen, pensativa—. Estaba tan asustada que dudo que diga ni una palabra sobre su aventura. He estado meditándolo y creo que debe de estar enamorada de alguien con quien sus padres no quieren que se case.

—Sí, parece una conclusión acertada.

—De modo que no me sorprendería que ocultara que ha acudido al bosque esta

noche. Por cierto, ¿era el tartamudo?

—Sí, y las sospechas de la señorita Daubenay han resultado ciertas: está muerto.

—En ese caso, yo le diré quién lo ha matado —repuso la señorita Creed, encajando la noticia con entereza—. Esa joven me ha contado otra vez lo ocurrido, y no cabe duda de que el otro hombre era el capitán Trimble. ¡Y lo ha matado para hacerse con el collar!

—¡Asombroso!

—Está más claro que el agua. Y ahora que lo pienso, quizá sea mejor así. Bueno, lo siento por el tartamudo, por supuesto, pero no me negará que era un tipo sumamente antipático. Además, sé muy bien que estaba amenazándolo. Por eso lo he seguido. ¡Ahora ya podemos quedarnos tranquilos!

—Me temo que no del todo. No crea que no valoro su actitud heroica, pero preferiría que hubiera ido a acostarse, Pen.

—De acuerdo, pero su actitud es muy poco razonable —objetó Pen—. Me da la impresión de que quiere acaparar toda la aventura.

—Le agradezco sus sentimientos, pero permítame señalarle que su situación es un tanto... digamos irregular, y que hasta ahora nos hemos tomado considerables molestias para no llamar la atención. Por eso viajamos en esa repugnante diligencia. No me gustaría que la llamaran a declarar como testigo en la investigación de este crimen. Si la señorita Daubenay no revela su participación en él, quizá logre usted pasar inadvertida, pero la verdad es que no confío mucho en la discreción de esa mujer.

—¡Oh! —exclamó Pen—. ¿Cree que si se descubriera que no soy un muchacho me vería en una situación comprometida? ¿Y que sería mejor que nos marcháramos de Queen Charlton?

—No, eso resultaría nefasto. Ahora ya no podemos desvincularnos de esta aventura. Informaré al juez de paz que he encontrado un cadáver en este bosque. Dado que usted ha hablado con la señorita Daubenay, en cuya discreción acabamos de decidir no confiar, mencionaré el hecho de que usted me acompañaba en mi paseo nocturno. Esperemos que no se fijen especialmente en su persona, jovencita. Por cierto, creo que es mucho mejor que se haya convertido usted en mi joven primo. En mi joven primo lejano.

—¡Ah! —exclamó ella, complacida—. ¡La historia que inventé!

—Sí, la misma.

—Bueno, reconozco que me alegro de que no quiera usted huir. No se imagina cómo estoy divirtiéndome. Supongo que a usted no le pasará lo mismo, pero ha de entender que hasta ahora siempre había llevado una vida muy aburrida. Y le diré otra cosa, sir Richard: como es lógico, estoy deseando encontrarme con Piers, pero creo que será mejor que no lo busquemos hasta que hayamos puesto fin a esta aventura.

—¿Está muy impaciente por dar con su amigo? —preguntó él tras un breve silencio.

—¡Claro que sí! Por eso vinimos aquí, ¿no se acuerda?

—Cierto, lo había olvidado. Pues bien, creo que mañana por la mañana lo verá.

—¿Mañana por la mañana? —repitió ella, levantándose del suelo—. Pero ¿cómo lo sabe?

—Debí mencionarle que acabo de tener el privilegio de conocerlo.

—¿A Piers? ¿Aquí? ¿En el bosque?

—Junto al cadáver de Beverley Brandon.

—¡Ya me ha parecido oír voces! Pero ¿qué hacía él aquí? ¿Y por qué no le ha pedido usted que viniera aquí enseguida?

Sir Richard se tomó su tiempo para contestar.

—Verá, imaginaba que la señorita Daubenay todavía estaría con usted —explicó.

—¡Ah, ya entiendo! —admitió Pen, inocente—. ¡Sí, claro, ha hecho muy bien! No deseamos incluirla en nuestra aventura. Pero ¿le ha hablado de mí a Piers?

—No me ha parecido que el momento fuera propicio. Le he pedido que vaya a verme a la posada mañana por la mañana, y que sobre todo no divulgue su presencia en el bosque esta noche.

—¡Qué sorpresa va a llevarse cuando me vea en el George! —comentó Pen alegremente.

—Sí. Creo que se llevará una sorpresa.

Echaron a andar hacia el camino.

—Me alegro de que no le haya hablado de mí. Supongo que Piers venía a buscar al tartamudo, ¿no? No me explico cómo pudo invitar a un tipo tan desagradable a su casa.

Sir Richard, que pocas veces en sus veintinueve años de vida se había quedado sin respuesta, se descubrió totalmente incapaz de compartir sus sospechas con su confiada amiga. Por lo visto, a la joven no se le había ocurrido que los sentimientos de su antiguo compañero de juegos pudieran haber cambiado; y tenía tan grabado en la memoria el pacto secreto que había hecho con Piers cinco años atrás que no había puesto en duda ni su durabilidad ni su conveniencia. Era evidente que se consideraba comprometida con Luttrell, circunstancia que tenía mucho que ver con el hecho de que hubiera aceptado de buen grado la compañía de sir Richard. En la mente de Wyndham empezaron a cobrar forma algunas frases de advertencia, pero las rechazó todas, pues sin duda Piers tendría que dar sus propias explicaciones; él no podía hacer más que confiar en que, al encontrarse cara a cara tras un lapso de cinco años, Pen descubriera que tanto ella como su amigo habían dejado atrás aquellas fantasías infantiles.

Entraron juntos en la posada. La joven subió a acostarse obedeciendo una señal

de sir Richard, mientras él tocaba la campanilla para reclamar la presencia de un sirviente. Un adormilado camarero acudió a su llamada, y cuando el caballero le preguntó dónde podía encontrar a un juez de paz, contestó que sir Jasper Luttrell era el que vivía más cerca, pero que se hallaba de viaje. Como no conocía a ningún otro, sir Richard le pidió que fuera a buscar al posadero y se sentó a escribir una nota.

Cuando el posadero entró en el salón, Wyndham estaba sacudiendo la arena de la hoja, que a continuación dobló y selló con una oblea. Al anunciarle el posadero que el señor John Philips, de Whitchurch, era el juez de paz más cercano, escribió su nombre en el mensaje.

—Le agradecería que hiciera llegar esta nota al señor Philips —pidió acto seguido con su acostumbrada serenidad.

—¿Esta noche, señor?

—Sí, esta misma noche. Me imagino que el señor juez acudirá con su mensajero. Si pregunta por mí, dígle que me encontrará en mi habitación. ¡Ah, otra cosa!

—¿Señor?

—Tráigame un cuenco para preparar ponche. Yo mismo lo mezclaré.

—¡Sí, señor! ¡Ahora mismo! —dijo el posadero, a quien al parecer alivió en grado sumo recibir una orden tan normal, mientras trataba de reunir el valor necesario para preguntar a aquel elegante caballero londinense por qué quería ver a un juez de paz con tanta urgencia. Sir Richard se aplicó el monóculo, y entonces el posadero salió a toda prisa. El camarero lo habría seguido, pero en ese instante Wyndham lo detuvo levantando un dedo índice y preguntando:

—¡Espere un momento! ¿Quién le ha dado la nota que me ha entregado esta noche?

—Ha sido Jem, señor, el tabernero. Me la ha tendido cuando he ido a la barra a recoger una jarra de vino para un caballero que estaba cenando en el comedor. La nota se había caído al suelo y el capitán Trimble la había recogido. Supongo que resbaló de la barra, señor, porque la taberna estaba abarrotada en ese momento, y Jem, muy ocupado.

—Gracias. Nada más.

El camarero se marchó muy intrigado, mientras que sir Richard, en cambio, creía que el misterio había quedado satisfactoriamente aclarado. Así que esperó a que el posadero volviera con los ingredientes necesarios para el ponche.

La residencia del juez Philips quedaba a unos ocho kilómetros de Queen Charlton, de modo que aún hubo de pasar un rato hasta que su llegada fue anunciada por el sonido de cascos de caballo en la calle. Sir Richard estaba exprimiendo el limón sobre la ponchera cuando condujeron al juez al salón.

—Buenas noches. El señor Philips, supongo —saludó Wyndham levantando fugazmente la cabeza—. ¿Cómo está usted?

—A su servicio, señor. ¿Tengo el placer de hablar con sir Richard Wyndham?

—El placer es mío —replicó sir Richard con aire distraído, concentrado en la preparación del ponche.

—Señor, su inesperado e inaudito mensaje me ha hecho venir de inmediato, como habrá comprobado, para investigar este asunto increíble.

—Se lo agradezco. Imagino que querrá visitar la escena del crimen. Puedo indicarle el camino, pero estoy seguro de que el alguacil del pueblo conoce el lugar. El cadáver, señor Philips, está (o estaba) tendido en el claro que hay en el bosquecillo, un poco más allá del camino.

—¿Significa eso que es cierto lo que me ha contado? —preguntó el magistrado.

—Por supuesto que sí. ¡Por Dios! ¿Acaso me cree capaz de obligarlo a salir de su casa en vano a estas horas? ¡No soy tan cruel! Dígame, ¿es usted partidario de añadir el zumo de uno o dos limones?

El juez, que había estado observando con atención los movimientos del caballero, contestó sin vacilar:

—¡Uno! ¡Con uno basta!

—Seguro que tiene usted razón.

—Verá, señor, tengo que formularle unas preguntas acerca de este extraordinario asunto —declaró Philips, recordando el motivo de su visita.

—Por supuesto, por supuesto. ¿Quiere interrogarme ahora, o cuando se haya encargado del cadáver?

—Primero iré a la escena del crimen.

—Estupendo. Procuraré tener el ponche listo para cuando regrese.

Al magistrado le extrañó que aquel caballero abordara el asunto con tanto desenfado, pero la perspectiva de tomar un cuenco de ponche caliente a su regreso era tan agradable que decidió pasar por alto cualquier leve irregularidad. Cuando volvió a la posada, media hora después, estaba muerto de frío, pues ya era más de medianoche y no había llevado el abrigo. Sir Richard había encendido la chimenea del salón, cuyas paredes se hallaban revestidas de madera, y del cuenco que reposaba en la mesa y que removía con una cuchara larga, ascendía un fragante y reconfortante aroma.

—¡Aja! —exclamó Philips sin poder contenerse y frotándose las manos.

Wyndham levantó la cabeza y sonrió: la suya era una sonrisa que había ablandado muchos corazones, y asimismo causó un notable efecto en el juez de paz.

—¡Vaya, vaya! No puedo negar que ese ponche huele de maravilla. ¡Y ha encendido la chimenea! ¡Me alegro, se lo aseguro! Por las noches hace frío en estos parajes, mucho frío. ¡Qué asunto tan turbio, señor!

Sir Richard sirvió la humeante bebida en dos vasos y le tendió uno al juez.

—Acerque una butaca a la chimenea, señor Philips. Como usted dice, este asunto

es muy turbio. Debe saber que mantengo una gran amistad con la familia de la víctima.

—Sí, sí, como suponía, señor —comentó el magistrado sacando la nota de sir Richard del bolsillo—. De lo contrario, no habría podido proporcionarme el nombre de ese pobre hombre. Así que lo conocía. ¿Acaso viajaban juntos?

—No —contestó Wyndham, arrastrando una butaca hasta el otro lado de la chimenea—. Él estaba en casa de un conocido suyo que vive cerca de aquí. Creo que se llama Luttrell.

—¡No me diga! Esto resulta cada vez más... Pero continúe, se lo ruego. Entonces, ¿no viajaban juntos?

—No, en absoluto. Vine al West Country para ocuparme de unos asuntos familiares. Creo que no será necesario que lo aburra explicándoselos.

—Desde luego, señor. Asuntos familiares. ¡Muy bien! Prosiga. ¿Cómo descubrió el cadáver del señor Brandon?

—Por accidente. Pero quizá sea mejor que me remonte al principio de esta historia.

—¡Por supuesto! ¡Sí, sí! ¡Le suplico que lo haga! Este ponche está delicioso, por cierto.

—Aseguran que tengo una habilidad especial para prepararlo. Así pues, volvamos al principio. Sin duda, señor juez, habrá oído hablar de los diamantes de los Brandon.

La expresión de asombro del magistrado, que miraba a su anfitrión con los ojos y la boca muy abiertos, puso de manifiesto que jamás había oído mencionarlos.

—¿Diamantes? Pues la verdad, me temo que... No, nunca había oído hablar de ese asunto.

—En ese caso, debo aclarar que se trata de los diamantes de un famoso collar de valor incalculable.

—¡Cielos! ¡Una reliquia familiar! Sí, sí, pero ¿qué relación guardan con...?

—Cuando me dirigía a Bristol acompañado de un joven pariente, nuestro coche sufrió un pequeño accidente y nos vimos obligados a pernoctar en una pequeña posada cerca de Wroxham. Allí conocimos a un individuo que me pareció (aunque no estoy muy versado en esas materias) un personaje dudoso. Mis sospechas no se confirmaron hasta la mañana siguiente, cuando apareció un agente de Bow Street en la posada.

—¡Santo Dios! Todo esto resulta... ¡Perdóneme, lo he interrumpido!

—No se preocupe. Al abandonar la posada, el agente estaba interrogando a dicho individuo. Y cuando mi joven primo y yo habíamos recorrido ya parte del trayecto, encontré en mi bolsillo una bolsa que contenía el collar de los Brandon.

—¡No me diga! —exclamó el juez dando un respingo—. ¿Que el collar se hallaba en su bolsillo? ¡No sé qué decir, la verdad!

—Le aseguro que también me quedé sumamente perplejo —declaró el otro, al tiempo que se levantaba y volvía a llenar el vaso de Phillips—. De hecho, tardé un rato en deducir cómo había llegado hasta allí.

—¡No me extraña, no me extraña! ¡Es comprensible! ¿Reconoció el collar?

—Sí —respondió sir Richard, volviendo a su butaca—. Lo reconocí, pero... Para serle franco, me sorprende mi propia estupidez. No lo relacioné de inmediato con el individuo a quien conociéramos cerca de Wroxham. Supongo que sólo me preocupaba cómo devolvérselo a lord Saar cuanto antes y no tanto averiguar de qué manera había llegado a mi bolsillo. Me imaginaba la consternación de lady Saar ante pérdida tan irreparable. Sepa usted que es una dama de exquisita sensibilidad.

El juez de paz asintió. El ponche y el fuego de la chimenea estaban haciéndolo entrar en calor, además de que le producía una sensación muy agradable estar relacionándose con personas de posición tan elevada.

—Por fortuna (o quizá, teniendo en cuenta los acontecimientos posteriores, debería decir por desgracia), recordé que Beverley Brandon (el hijo menor de Saar) se hallaba en esta región. Me dirigí al instante a esta posada, y tuve la suerte de toparme con Brandon no lejos del pueblo. De modo que le entregué el collar sin más.

—¿Se lo entregó? —repitió el magistrado dejando su vaso en la mesita—. ¿Sabía él que lo habían robado?

—No; lo ignoraba. Estaba tan asombrado como yo y se comprometió a devolvérselo de inmediato a su padre. Consideré que el asunto había quedado zanjado de manera satisfactoria, pues a Saar le desagrada profundamente cualquier tipo de notoriedad, como la que le habrían conferido el robo y la posterior investigación.

—¡Señor! ¿Acaso insinúa que a ese desafortunado joven lo asesinaron por el collar?

—Me temo que haya sido así.

—¡Qué horror! ¡Le aseguro que estoy atónito! ¿Cómo...? ¿Quién podía saber que él estaba en posesión del collar?

—Al principio pensé que nadie podía haberse enterado, pero tras reflexionar un poco llegué a la conclusión de que el individuo que lo escondió en mi bolsillo pudo haberme seguido hasta aquí, a la espera de una oportunidad para recuperarlo.

—¡Cierto! ¡Tiene razón! ¡Estuvieron espiándolo! Y sin embargo, no volvió a cruzarse con ese hombre en Queen Charlton, ¿verdad?

—¿Acaso cree que se habría dejado ver? —repuso sir Richard eludiendo la pregunta.

—No, por supuesto. Claro que no. ¡Tendremos que ocuparnos de él!

—Sí —coincidió sir Richard, haciendo oscilar el monóculo—. Y me parece que también debería investigar la repentina desaparición de esta posada de un tipo muy llamativo que responde al nombre de capitán Trimble.

—¡Dios mío! Esto se pone cada vez más... Perdone, pero ¿qué motivos tiene para suponer que ese hombre pueda estar implicado en el asesinato?

—Verá —contestó Wyndham lentamente—, ciertos comentarios que hice sobre los chalecos hicieron partir a Trimble a toda prisa hacia Bristol.

El magistrado parpadeó y lanzó una mirada acusadora a su vaso de ponche, de nuevo vacío. Sin embargo, lo que dijo a continuación el caballero disipó la horrible sospecha de que el ron le había afectado el entendimiento.

—El tipo a quien conocí en la posada cerca de Wroxham llevaba un chaleco de piel de gato. Una referencia casual a esa circunstancia tuvo el sorprendente efecto de despertar la curiosidad del capitán, que me preguntó hacia dónde se dirigía aquel hombre del chaleco de piel de gato. Cuando le dije que creía que a Bristol, abandonó esta posada de inmediato.

—¡Ya entiendo! ¡Sí, sí, sí! ¡Era su cómplice!

—Eso mismo pienso yo. Y para ser más exactos, creo que era el cómplice al que habían engañado.

El magistrado estaba impresionado.

—¡Claro! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Dios mío, qué asunto tan terrible! Nunca me vi en la necesidad de... ¿Y dice que ese tal Trimble se marchó a Bristol?

—Así es. Pero luego me enteré, señor Philips, de que esta noche, a las seis, volvió a esta posada. ¡Oh! Me parece que debería decir anoche —añadió mirando el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

El juez aspiró hondo.

—Sus revelaciones, sir Richard, abren... Bueno, de hecho son tan... ¡Santo Dios! ¡Nunca pensé que...! ¡Un asesinato! ¿Y lo descubrió usted, señor?

—Descubrí el cadáver de Brandon —lo corrigió Wyndham.

—¿Cómo dio con él, señor? ¿Sospechaba algo?

—No, en absoluto. Como hacía una noche agradable, salí a pasear a la luz de la luna. Fue una casualidad que mis pasos me llevaran al bosquecillo donde hallé el cadáver de mi desafortunado amigo. Sólo después de llevar a cabo tan triste descubrimiento empecé a juntar las... piezas del rompecabezas.

Philips albergaba vagas sospechas de que el azar había desempeñado un papel demasiado importante en las aventuras de sir Richard, pero era consciente de que el ponche le había nublado ligeramente el intelecto.

—Señor, las características de la historia que me ha contado... —dijo con cautela—. En fin, habrá que pasarla por el tamiz. Sí, ya lo creo. Habrá que pasarla con mucho cuidado por el tamiz. Me veo obligado a pedirle que no abandone la región hasta que... ¡Le ruego que no me malinterprete! Le aseguro que no pretendía insinuar que...

—No le he malinterpretado, estimado amigo, y no tengo ninguna intención de

marcharme de esta posada —aseguró sir Richard con voz tranquilizadora—. Soy consciente de que, de momento, usted sólo tiene mi palabra de que soy sir Richard Wyndham.

—¡Oh! ¡Respecto a su identidad no me cabe ninguna duda, se lo aseguro! Pero he de cumplir con mi deber. Imagino que se hace cargo.

—¡Perfectamente! Estoy a su entera disposición. Dado que es usted un hombre de mundo, comprenderá la necesidad de tratar este asunto con la debida discreción.

Al magistrado, que en una ocasión había pasado tres semanas en Londres, halagado por el hecho de que la huella que aquella breve estancia había dejado en él bastara a un personaje de la categoría del galán Wyndham para considerarlo un hombre de mundo, se hinchó de orgullo. Sin embargo, su prudencia natural le aconsejó aplazar la investigación para cuando se encontrara más sobrio. Se puso en pie tratando de aparentar dignidad y depositó el vaso vacío sobre la mesa.

—Le estoy sumamente agradecido. Vendré a verlo mañana. No; hoy mismo. He de reflexionar sobre lo ocurrido. ¡Qué asunto tan turbio! ¡Francamente turbio!

Sir Richard coincidió con él y, tras un meticuloso intercambio de formalidades, el magistrado se marchó. Después sir Richard apagó las velas y subió a acostarse, satisfecho del trabajo realizado.

Por la mañana, Pen fue la primera en bajar. Lucía un día espléndido y llevaba el fular muy bien anudado. Con andares garbosos, salió a ver qué tiempo hacía. Sir Richard, que no solía madrugar, había encargado el desayuno para las nueve en punto, y sólo eran las ocho. Una sirvienta estaba barriendo el salón privado, mientras un aburrido camarero ponía los manteles en las mesas del comedor. Cuando la joven cruzó el vestíbulo, el posadero, que estaba conversando en voz baja con un caballero a quien Pen no conocía, se volvió y exclamó:

—¡Ése es el joven caballero, señor!

Philips, que se enfrentaba al mayor crimen jamás cometido en su jurisdicción, quizá hubiera bebido demasiado ponche la noche anterior, pero era una persona que ponía gran celo en su trabajo, así que, pese a haber despertado con una terrible migraña, no había tardado en levantarse de su cómoda cama y volver a Queen Charlton para reanudar sus investigaciones. El magistrado se acercó a Pen y la saludó con educación. Ella le devolvió el saludo, y lamentó que sir Richard todavía no hubiera bajado de su habitación. Al inquirir el juez de paz, en un tono amable y paternal, si era el joven primo del caballero, Pen asintió, confiando en que no le preguntara cómo se llamaba.

—Usted estaba con sir Richard cuando él descubrió este terrible crimen, ¿no es así, joven? —preguntó en cambio el señor Philips.

—Bueno, no exactamente.

—Ah. ¿Y cómo es eso?

—Estaba y no estaba —explicó Pen con una gravedad que compensaba la poca seriedad de sus palabras—. No llegué a ver el cadáver.

—¿No? Cuénteme qué pasó con todo detalle. Pero ¡no se alarme! Si salió a pasear con su primo, ¿cómo es que se separaron?

—Verá, señor, es que había un búho —respondió ella con descaro.

—¿Cómo dice? ¿Un búho?

—Sí, mi primo dijo lo mismo.

—¿El qué?

—«¿Cómo dices?». Es que no le interesan las aves.

—¡Ah, ya entiendo! Recoge usted huevos, ¿verdad?

—Sí, y también me gusta la ornitología.

El señor Philips sonrió, tolerante. Se preguntó qué edad tendría aquel menudo joven y pensó que era una lástima que fuera tan afeminado; pero él era un hombre de campo, así que recordaba vagamente la época en que le gustaba observar pájaros.

—Sí, sí, ya entiendo. Se separaron porque usted fue en pos de ese búho. Yo también hacía esas cosas cuando era joven. Y por eso no estaba junto a su primo cuando él llegó al claro del bosque, ¿verdad?

—Exacto. Pero luego volvimos a encontrarnos, y entonces me contó lo que había visto.

—Claro, claro. Pero un testimonio de oídas no es un testimonio, amigo mío —sentenció el magistrado, haciéndole una seña para que se retirara.

Pen se encaminó a la puerta con la impresión de que había salido airoso de una situación difícil.

—¡Se me olvidaba! —gritó en ese momento el posadero, yendo tras ella con una carta sellada—. Disculpe, señor, pero una joven le ha traído esto hace casi una hora. Al menos ha dicho que era para un joven caballero apellidado Wyndham. Debía de referirse a usted, ¿no?

—¿Una joven? —preguntó Pen cogiendo la carta y mirándola con recelo.

—Verá, señor, era una de las sirvientas del comandante Daubenay.

—¡Ah! Estupendo. Muchas gracias.

A continuación salió a la calle, y tras mirar con desconfianza el nombre que aparecía en la nota —Sr. Wyndham—, escrito con caligrafía redondeada de colegiala, rompió el sello y desplegó la hoja.

Estimado señor —empezaba la remilgada misiva—, la desafortunada persona a quien conoció usted anoche se encuentra en una situación desesperada, y le suplica que acuda al pequeño huerto de frutales que hay junto al camino a las ocho en punto, porque es vital para ella hablarle en privado. No falte a la cita. Su agradecida servidora,

Era evidente que la señorita Daubenay había redactado la misiva en un estado de considerable agitación. Muy intrigada, Pen preguntó a un panadero cómo se iba a la casa del comandante, y echó a andar por el polvoriento camino.

Cuando llegó al lugar de la cita, eran las ocho y media, y la joven Lydia caminaba arriba y abajo, impaciente. Un tupido y alto seto impedía que el huerto de frutales se divisara desde la casa, separado del camino por un muro bajo. Pen trepó al muro sin mucha dificultad, y al instante fue recibida con un reproche:

—¡Qué tarde llega! ¡Llevo horas esperando!

—Lo siento. He venido nada más leer su mensaje —se excusó la joven Creed saltando al huerto—. ¿Para qué quería verme?

—Todo ha salido mal —contestó la señorita Daubenay con gran nerviosismo, al tiempo que se estrujaba las manos—. ¡Estoy muy trastornada! ¡No sé qué hacer!

Pen no reaccionó con excesiva preocupación a ese conmovedor discurso, y miró a la señorita Daubenay de arriba abajo.

Era una joven atractiva, más o menos de su misma edad, pero de menor estatura y mucho más rolliza. Tenía una melena castaña y rizada, unos ojos castaños de cervatillo y una boca que parecía un capullo de rosa. Llevaba un vestido de muselina blanca, de cintura alta, con volantes y una profusión de lazos azul cielo con largas cintas colgantes.

—¿Puedo confiar en usted? —preguntó mirando a Pen con sus enternecedores ojos.

—Bueno, supongo que sí, pero no puedo asegurárselo hasta saber qué quiere de mí —repuso cautelosa la señorita Creed, que se tomaba las cosas demasiado al pie de la letra.

La señorita Daubenay se amilanó un poco, y tras una pausa gimoteó:

—¡Estoy en un tremendo apuro! ¡Fui muy tonta!

A Pen no le costó creer aquellas palabras.

—¡No se quede ahí estrujándose las manos! Sentémonos debajo de aquel árbol.

—¿No estará mojado? —pregunto Lydia, vacilante.

—¡No, claro que no! Además, ¿qué pasa si lo estuviera?

—¡Oh, la hierba podría mancharme el vestido!

—Creo que si tanto le preocupa su vestido, ese problema que tiene no puede ser tan grave —comentó Pen con severidad.

—¡Claro que lo es! —protestó Lydia. Se sentó en la hierba y se llevó ambas manos al pecho—. No sé qué me dirá, ni qué pensará de mí. ¡Debo de estar loca! Pero anoche fue muy amable conmigo, y creí que podía confiar en usted.

—Ya le digo que supongo que sí. Pero le agradecería que me explicara qué pasa,

porque todavía no he desayunado y...

—De haber sabido que se mostraría tan antipático, no le habría llamado —declaró la otra con voz trémula.

—Es que resulta difícil ser amable cuando alguien no hace más que estrujarse las manos y decir cosas que no tienen respuesta —razonó Pen—. ¡Empiece por el principio!

—¡Soy la criatura más desgraciada de la tierra! —se lamentó la otra, agachando la cabeza—. Me comprometí en secreto con un hombre al que mi padre no tolera.

—Ya me lo imaginaba. Y supongo que anoche fue al bosque a reunirse con él, ¿no?

—Así es. Pero no se precipite en juzgarme. Es el hombre más inofensivo, el más...

—Si es inofensivo —la interrumpió Pen—, ¿por qué su padre no lo tolera?

—¡Porque tiene unos prejuicios absurdos! —aseguró Lydia con un suspiro—. Nuestros padres se pelearon y no se hablan.

—¡Oh! ¿Y por qué discutieron?

—Por un terreno —especificó Lydia, compungida.

—Parece una estupidez.

—Y lo es. Pero ellos se lo toman muy en serio, y les tiene sin cuidado nuestro sufrimiento. Nos hemos visto obligados a vernos en secreto, un recurso aborrecible. Sepa usted que mi prometido es el honor en persona. Le repugnan los subterfugios, pero ¿qué podemos hacer? ¡Nos amamos!

—¿Por qué no se fugan? —propuso Pen con su pragmatismo habitual.

—¿Fugarnos? ¿Adónde? —preguntó la otra, mirándola perpleja.

—A Gretna Green, por supuesto.

—¡Oh, no podría! ¡Imagínese el escándalo!

—Debería tratar de no ser tan cobarde. Sin embargo, supongo que no puede evitarlo.

—¡Es usted el muchacho más grosero que he conocido en mi vida! ¡Lamento haberlo hecho venir!

—Yo también, porque esta historia me parece estúpida y no me concierne en absoluto —señaló Pen con franqueza—. ¡Oh! ¡No llore! ¡Lo siento! ¡No pretendía ser grosero! Pero ¿por qué me ha llamado?

—Porque, aunque se muestre usted grosero y detestable, no me pareció que fuera como los otros jóvenes, así que pensé que me entendería y que no se aprovecharía de mí.

—¡Eso no lo haré, se lo aseguro! —dijo Pen soltando una risita traviesa, y añadió —: ¡Ay, qué hambre tengo! Bien, cuénteme por qué me ha mandado llamar.

La señorita Daubenay se enjugó las lágrimas con un pañuelito.

—Anoche estaba tan trastornada que no sabía ni lo que hacía. Y cuando llegué a mi casa, sucedió algo terrible. ¡Mi padre me descubrió! Me acusó de haber salido para reunirme con P... para reunirme con mi prometido, y amenazó con enviarme hoy mismo otra vez a Bath, a casa de mi tía abuela Augusta. ¡Una anciana horrible y detestable! No hace otra cosa que jugar al backgammon y espiarme, y no soporto su compañía. ¡Me vi en una situación desesperada, señor! ¡Y lo dije sin pensar en las consecuencias!

—¿Qué dijo? —preguntó Pen, paciente pero aburrida.

—Que no era a ese hombre a quien había ido a ver —respondió Lydia, volviendo a bajar la cabeza—, sino a otro a quien conocí en Bath cuando mi padre me envió a casa de mi tía abuela Augusta para curarme de lo que él llamaba mi encaprichamiento. Le expliqué que llevaba tiempo viéndome con ese otro hombre a escondidas, pues pensé que así no se atrevería a enviarme otra vez a Bath, y que quizá incluso aceptaría a mi verdadero prometido.

—¡Oh! ¿Y se salió con la suya?

—¡No! Mi padre aseguró que no me creía.

—Bueno, la verdad es que no me sorprende.

—Sí, pero al final acabó convenciéndose, lo que ahora lamento sobremanera. Porque entonces me preguntó quién era ese otro hombre.

—Debió imaginárselo usted. Era de esperar que su padre le formulara esa pregunta. Me imagino que quedó como una tonta cuando no pudo contestar.

—¡Es que sí contesté! —susurró la señorita Daubenay, muy acongojada.

—¿Y qué le dijo, si no existe ningún otro hombre?

—¡Le expliqué que era usted! —exclamó la señorita Daubenay con desesperación.

Capítulo 10

El efecto que esa confesión surtió no fue el que Lydia esperaba, pues Pen soltó un grito ahogado y a continuación una carcajada.

—¡No sé qué le hace tanta gracia! —protestó la señorita Daubenay, ofendida.

—¡Claro, no me extraña! —admitió Pen enjugándose las lágrimas—. Pero es divertidísimo. ¿Cómo se le ocurrió decir semejante tontería?

—No se me ocurrió otra cosa. Quizá le parezca una tontería, y tal vez me encuentre muy poco agraciada, pero sepa que ya he tenido varios pretendientes.

—Me parece muy atractiva, pero le aseguro que no voy a cortejarla —dijo Pen con firmeza.

—¡Ni lo pretendo! Para empezar, lo encuentro tremendamente grosero, y además es usted demasiado joven. Justo por eso lo elegí, porque pensé que me encontraría a salvo.

—Y así es, aunque jamás había oído nada más absurdo. Perdóneme, pero ¿qué pretendía conseguir contándole esa mentira a su padre?

—Ya se lo he dicho —repuso Lydia, enojada—. No sabía qué decir, y pensé... Pero ¡todo salió mal!

—¿A qué se refiere? —preguntó Pen mirándola con recelo.

—Mi padre tiene intención de ir a hablar con su primo esta misma mañana.

—¿Qué?

Lydia asintió con la cabeza.

—Sí, y no está nada enfadado, ¡sino muy contento!

—¿Contento? ¿Cómo puede alegrarse de que su hija tenga citas clandestinas con un desconocido?

—Sí, claro, reconoció que eso estaba muy mal. Pero me preguntó su nombre, que yo ignoraba, claro, pero recordé que su primo me había dicho que se apellidaba Wyndham, así que dije que ése era su nombre.

—Pero ¡si no me apellido así!

—¿Y cómo quería que lo supiera? —repuso Lydia, ofendida—. ¡Tenía que responder algo!

—¡Es usted una joven sin escrúpulos! Además, ¿cómo es que su padre se alegró tanto cuando se enteró de que me llamaba Wyndham?

—Por lo visto, los Wyndham son tremendamente ricos.

—Debe informarle cuanto antes que no pertenezco a esa familia y que tampoco tengo dinero.

—¿Cómo voy a decírselo? ¡Sea razonable! ¡Piénselo! Si ahora confieso que me había equivocado respecto a su apellido, mi padre creerá que usted pretendía engañarme.

—Pero ¡no puede esperar que finja estar enamorado de usted! —exclamó Pen, horrorizada.

Lydia se sorbió la nariz.

—Esa idea me resulta repulsiva, y me arrepiento de haber hablado de usted a mi padre. Pero cometí el error, y ahora no sé qué hacer. Si se entera de que me lo inventé todo, se pondrá furioso.

—Bueno, lo siento muchísimo, pero creo que quien se equivocó es usted, así que yo me lavo las manos —dijo Pen. Entonces observó el delicado rostro de la señorita Daubenay e hizo un descubrimiento: la suave barbilla de la joven se elevaba en un gesto de obstinación, y sus ojos de cervatillo la miraban con fijeza, con una mezcla de súplica y determinación.

—No puede lavarse las manos. Ya le he dicho que mi padre ha resuelto hablar con su primo hoy mismo.

—Tendrá que disuadirlo.

—No puedo. ¡Usted no lo conoce!

—No, ni quiero —puntualizó Pen.

—Si confieso que todo era mentira, no sé qué pasará. ¡Me niego! No me importa lo que usted diga: ¡me niego!

—Pues me encargaré de desacreditar su versión.

—Entonces —replicó Lydia con un deje triunfante—, mi padre le hará algo terrible, porque pensará que es usted quien está mintiéndole.

—Me parece que, a menos que sea un idiota, a estas alturas debe de conocerla lo suficiente para saber que es usted la que le contó una mentira —repuso Pen con aspereza.

—No le servirá de nada mostrarse desagradable y grosero —insistió Lydia—. Porque mi padre está convencido de que me siguió hasta Queen Charlton.

—Querrá decir que usted le dijo que la seguí —replicó Pen con amargura.

—Sí, así es. O mejor dicho, él me lo preguntó, y entonces contesté que sí sin pensarlo.

—¡Es usted la persona más descerebrada que conozco! ¿Es que nunca piensa lo que dice? —soltó Pen, exasperada—. ¡Mire qué lío ha organizado! O bien su padre me preguntará cuáles son mis intenciones o, lo que es más probable, pedirá cuentas a sir Richard de mi conducta. ¡Dios mío! ¿Qué dirá él de esta nueva complicación?

Era evidente que dichas consecuencias traían sin cuidado a la señorita Daubenay. La joven, por formalidad, volvió a disculparse, pero añadió:

—Confiaba en que podría ayudarme. Pero usted es un muchacho, claro, y no entiende lo que supone que lo persigan como me persiguen a mí.

—De hecho sí lo entiendo —repuso Pen al oír este comentario, que como es lógico despertó su compasión—. Pero si ayudarla significa pedir su mano, me temo

que no estoy dispuesto. Cuanto más lo pienso, más absurdo me parece que se le ocurriera planteármelo. ¿De verdad creía que metiéndome en la historia conseguiría algo?

Lydia suspiró hondo.

—Una no piensa en esas cosas en un momento de exaltación. Además, no lo metí a propósito en la historia. Lo hice... sin darme cuenta.

—No entiendo cómo pudo pasar sin que se percatara.

—Una cosa llevó a la otra —explicó Lydia vagamente—. Antes de que me diera cuenta, toda la historia ya había... crecido. Por supuesto que no deseo que pida mi mano, pero creo que usted podría fingir que tal es su deseo, para que mi padre no sospeche que le mentí.

—¡Ni hablar!

—Es usted muy antipático —gimoteó Lydia—. Volverán a enviarme a Bath, mi tía abuela Augusta se pasará el día espiándome y nunca volveré a ver a Piers.

—¿A quién? ¿A quién no volverá a ver jamás?

—¡Ay, no me lo pregunte, por favor! ¡No quería mencionar su nombre!

—¿Está usted...? —Pen se interrumpió, repentinamente pálida, pero al cabo prosiguió—: ¿Está usted comprometida con Piers Luttrell?

—¡Lo conoce! —exclamó la señorita Daubenay, emocionada y juntando las manos.

—Sí —contestó Pen, sintiendo algo parecido a un repentino agujero en el estómago—. Sí, lo conozco.

—¡Entonces me ayudará!

Los azules ojos de la señorita Creed se clavaron en los de la señorita Daubenay, castaños y centelleantes. Pen tomó aire, antes de preguntar incrédula:

—¿Es verdad que Piers está enamorado de usted?

—No sé por qué se sorprende tanto —repuso la otra, haciendo una mueca—. Llevamos un año comprometidos. ¿Por qué me mira así?

—Le pido disculpas. Pero ¡cuánto debe de haber cambiado! ¡Es muy extraño!

—¿Por qué? —preguntó Lydia con recelo.

—Bueno, porque... Usted no lo entendería. ¿Llevan un año entero citándose en el bosque?

—No, porque mi padre me envió a Bath y sir Jasper prohibió a Piers volver a verme, y hasta lady Luttrell aseguró que éramos demasiado jóvenes. Pero ¡nos queremos!

—Extraordinario —admitió Pen moviendo la cabeza—. ¡Me cuesta creerlo!

—¡Es usted detestable! Lo que le cuento es la pura verdad, y si conoce a Piers, puede preguntárselo usted mismo. ¡Ojalá nunca nos hubiéramos encontrado!

—Lo mismo digo —replicó Pen con franqueza.

La señorita Daubenay rompió a llorar, lo que despertó el interés de Pen.

—¿Siempre llora usted tanto? ¿Le llora así a Piers? —preguntó al cabo de un rato, como si tratara de resolver un misterio.

—¡Yo no le lloro a nadie! —replicó la señorita Daubenay entre sollozos—. Y si Piers supiera lo desagradable que ha sido usted conmigo, estoy segura de que le daría un puñetazo.

A Pen le entró un ataque de risa, lo que indignó tanto a Lydia que dejó de llorar y con aire dramático le ordenó que se marchara inmediatamente del huerto. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que Pen estaba dispuesta a obedecerla, corrió tras ella y la agarró por el brazo.

—¡No, no! ¡No puede marcharse hasta que hayamos decidido qué vamos a hacer! ¡No puede ser tan cruel! ¡No puede desmentirle mi versión a mi padre!

Pen reflexionó.

—Bueno, pero a condición de que no me pida que le proponga matrimonio.

—¡No, no! ¡Le prometo que no se lo pediré!

—Sí, pero eso no servirá de nada —repuso Pen frunciendo el entrecejo—. Sólo hay una solución: tendrán que fugarse.

—Pero...

—Mire, no empiece a hablar de escándalos ni a protestar porque se le estropeará el vestido. Para empezar, es tremendamente cursi, y además, Piers no lo soportaría.

—¡Él me considera perfecta! —afirmó la señorita Daubenay con orgullo.

—Hace mucho tiempo que no lo veo, pero no puedo creer que se haya vuelto tan estúpido.

—Sí, Piers... ¡Oh! ¡Lo odio, lo odio! —gritó Lydia pateando el suelo—. Además, ¿cómo voy a fugarme?

—Bueno, Piers tendrá que organizarlo. Si Richard no pone objeciones, supongo que podría ayudarlo —la tranquilizó Pen—. Habrá de escapar de su casa por la noche, lo que me recuerda un detalle importante: necesitará una escalerilla de cuerda.

—No tengo ninguna.

—Pues Piers deberá conseguírsela. Si se la lanza a la ventana, usted podría atarla bien y bajar por ella, ¿no?

—Preferiría escaparme por la puerta —comentó Lydia, angustiada.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Será más aburrido, pero... es asunto suyo. Piers estará esperándola con un coche. Usted subirá y los caballos echarán a andar, y viajarán juntos hasta la frontera. ¡Es como si estuviera viéndolo! —exclamó Pen, emocionada.

—La verdad es que suena muy romántico —admitió Lydia, contagiándose un poco de su entusiasmo—. Pero la frontera queda muy lejos de aquí, y todos estarán muy enfadados con nosotros.

—Una vez se hayan casado, eso carecerá de importancia.

—Por supuesto, claro que sí. Pero creo que Piers no tiene dinero.

—¡Oh! —El rostro de Pen se ensombreció—. Eso complica las cosas, desde luego. Pero supongo que ya se nos ocurrirá algo.

—Mire, si no le importa, preferiría no ir a Gretna, porque, aunque sería muy romántico, me da la impresión de que también resultaría muy incómodo. Además, cuando llegara allí no tendría doncellas, ni traje de novia ni velo de encaje ni nada.

—¡Deje de parlotear! —ordenó Pen—. ¡Estoy pensando! —Lydia obedeció y guardó silencio—. ¡Tenemos que ablandar el corazón de su padre! —declaró Pen al cabo de un rato.

—Sí, me parece bien, pero ¿cómo lo lograremos? —preguntó la otra, mirándola con recelo.

—¡Pues logrando que le esté agradecido a Piers, por supuesto!

—Pero ¿por qué iba a estarle agradecido mi padre? Lo tacha de mocoso.

—Piers tendrá que rescatarla de un peligro mortal.

—¡Ay, no, por favor! —suplicó Lydia con voz entrecortada—. ¡Qué miedo! ¡Y piense lo espantoso que sería que Piers no lograra salvarme!

—¡Qué inocente es usted! —soltó Pen, desdeñosa—. ¡No habrá ningún peligro real!

—Pero si no lo hay, ¿cómo va Piers a...?

—¡Piers la rescatará de mí! —aclaró la señorita Creed.

Lydia la miró parpadeando.

—No lo entiendo. ¿Cómo va Piers a...?

—¡Deje de repetir «cómo va Piers a»! Tenemos que lograr que su padre crea que soy un joven sin un céntimo y sin porvenir, y luego hemos de fugarnos juntos.

—Pero ¿si no deseo fugarme con usted!

—¡No sea boba! Ni yo tampoco con usted. Representaremos una farsa. Piers nos perseguirá y nos atrapará, y luego la devolverá con su padre, que se pondrá tan contento que le permitirá casarse con él, que sí tiene muy buen porvenir.

—Sí, pero se olvida de sir Jasper —argumentó Lydia.

—Sir Jasper no nos causará ningún problema —aseguró Pen, impaciente—. Además, está de viaje. ¡Mire, no ponga más reparos! He de volver al George y avisar a Richard. Y también hablaré con Piers, y estoy convencido de que lo arreglaremos todo en un momento. Volveremos a vernos en el bosque esta noche; entonces le explicaré lo que ha de hacer.

—¡Ay, no, no, no! —exclamó Lydia estremeciéndose—. ¡En el bosque no! ¡No quiero volver allí!

—Está bien, pues aquí. ¡Cuántos remilgos! Por cierto, ¿se lo contó todo a su padre? Me refiero a si le comentó que vio cómo el capitán Trimble mataba al

tartamudo.

—Sí, por supuesto que se lo conté, y él afirma que debo explicárselo al señor Philips. ¡Es terrible! ¡Mis problemas me habían hecho olvidarlo!

—¡Es usted un fastidio! ¡No debió contar nada a su padre! Ahora nos vamos a meter en un lío, porque Richard ya dio su versión de la historia al señor Philips, y yo también la mía, y ahora usted tendrá que contarle otra diferente. ¿Le habló de Richard a su padre?

—No —confesó Lydia agachando la cabeza—. Sólo le conté que eché a correr.

—Bueno, en ese caso quizá el daño aún no esté hecho —aventuró Pen con optimismo—. Me marchó. Volveremos a encontrarnos aquí después de la cena.

—Pero ¿y si me vigilan y no puedo escabullirme? —gimoteó Lydia tratando de detener a Pen, que entretanto había trepado al muro y se disponía a saltar al camino.

—Tendrá que inventarse algo —repuso la señorita Creed con dureza, y se perdió de vista.

Cuando llegó al George, sir Richard no sólo había terminado de desayunar, sino que se disponía a salir en busca de su desaparecida acompañante.

—¡Oh, Richard, qué aventura! —exclamó de manera impulsiva, colorada y jadeante, al entrar en el salón—. ¡Tengo muchas cosas que contarle! ¡Hemos de cambiar nuestros planes!

—¡Qué sorpresa! ¿Puedo preguntarle de dónde viene?

—Sí, claro —repuso Pen, sentándose a una mesa y empezando a untar una rebanada de pan con abundante mantequilla—. Estaba con esa estúpida. ¡No se imagina lo necia que es!

—Me lo imagino perfectamente. ¿Qué ha hecho la señorita Daubenay, y por qué ha ido usted a verla?

—Es una larga y complicada historia.

—En ese caso, quizá la entienda mejor si no me la cuenta con la boca llena.

Los ojos de Pen centellearon, risueños, mientras se tragaba el pan con mantequilla.

—Perdóneme. Es que estoy hambrienta.

—Cómase una manzana.

—No, gracias. Tomaré un poco de ese jamón. ¿A que no adivina qué ha hecho esa boba?

—No tengo ni la menor idea —contestó sir Richard cortando unas lonchas de jamón.

—Pues dijo a su padre que anoche fue al bosque a reunirse conmigo.

—Dios mío. ¿Por qué? —preguntó él, dejando el cuchillo y el tenedor.

—Bueno, por una razón tan estúpida que no vale la pena explicársela. Pero el caso es que su padre se propone venir a verlo esta misma mañana, Richard, para

hablar con usted del asunto. Verá, ella confiaba en que si le contaba a su padre que en Bath nos habíamos visto en secreto...

—¿En Bath? —la interrumpió sir Richard con tono débil.

—Sí, le explicó que en Bath nos veíamos casi a diario, para que no volvieran a enviarla a casa de su tía abuela Augusta. Eso puedo entenderlo, pero...

—Le aseguro que entiende usted mucho más que yo. Hasta ahora no he disfrutado del privilegio de comprender ni una sola palabra de esta historia. ¿Qué tiene que ver esa tía abuela Augusta?

—Es que enviaron a Lydia a su casa, y a ella no le gustó nada. Asegura que su tía no hacía más que jugar al *backgammon* y espiarla. En ese sentido la compadezco, porque sé exactamente a qué se refiere.

—Me alegro —aseguró sir Richard enfáticamente.

—El caso es que Lydia creyó que, si confesaba a su padre que me había visto en secreto en Bath, no volvería a enviarla allí.

—A mí eso me suena a un caso grave de obsesión.

—Sí, a mí también. Pero eso no es lo peor. Me contó que en lugar de enfadarse, su padre se puso muy contento.

—Por lo visto, la locura de esa joven es heredada.

—Eso mismo pensé, pero al parecer Lydia dijo a su padre que yo me apellidaba Wyndham, y ahora cree que su hija está a punto de casarse con un excelente partido.

—¡Dios mío!

—Ya sabía que se sorprendería. Y hay otra circunstancia que lo complica todo aún más. —Levantó un momento la vista del plato y añadió con cierto embarazo—: Descubrí una cosa que... que me conmovió. Lydia me reveló a quién fue a ver al bosque anoche.

—Entiendo.

—¿Usted... lo sabía, Richard? —preguntó la joven, ruborizándose.

—Lo sospechaba.

—También debí sospecharlo —repuso ella, asintiendo con la cabeza—. La verdad es que pensé... Bueno, no importa. Supongo que usted no sabía cómo decírmelo.

—¿Le importa mucho? —preguntó él con cierta brusquedad.

—Bueno, yo... nosotros... Verá, estaba convencida de que Piers y yo... Supongo que me costará un poco hacerme a la idea, porque eso ha desbaratado mis planes por completo. ¡Pero no importa! Ahora hemos de pensar cómo podemos ayudar a Piers y Lydia.

—¿Quiénes, nosotros?

—Sí, porque confío en que usted pueda convencer al padre de Lydia de que no soy un buen partido para ella. ¡Eso es lo más urgente!

—¿Está diciéndome que ese chiflado va a venir aquí a pedir mi consentimiento

para que usted contraiga matrimonio con su hija?

—Creo que va a venir para enterarse de cuánto dinero tengo, y de si mis intenciones son honradas —puntualizó la joven mientras se servía una taza de café—. Pero cabe la posibilidad de que ella lo entendiera todo mal, porque es increíblemente boba, y quizá su padre sólo quiera pedirle cuentas por mi escandalosa conducta al citarme con su hija en secreto.

—Veo que nos espera una mañana entretenida —comentó sir Richard con aspereza.

—Creo que será muy divertida. Porque... ¿Qué ocurre? —preguntó la joven, al ver que Wyndham se tapaba los ojos con la mano.

—¡Cree que será muy divertida! ¡Santo cielo!

—¡Vaya! ¡Ya está riéndose de mí otra vez!

—¿Riéndome? Estoy recordando mi cómoda casa, mi ordenada vida, mi hasta ahora reputación impecable, y preguntándome qué hice para merecer que me metieran en este escandaloso embrollo. Por lo visto, pasaré a la historia como un hombre que no sólo tenía un primo que era un monstruo de precoz depravación, sino que además lo ayudó e instigó a seducir a una respetable joven.

—¡No, no! —dijo Pen con seriedad—. ¡Nada de eso, se lo aseguro! Lo he organizado todo de la mejor manera posible para que usted no salga perjudicado.

—Ah, bueno. En ese caso... —repuso él, quitándose la mano de la cara.

—¡No se burle de mí! Seré el hijo único de una viuda.

—Esa pobre mujer cuenta con toda mi compasión.

—Sí, porque soy muy alocado, y ella sola no puede conmigo. Por eso está usted aquí. Y es evidente que no parezco lo bastante mayor para ser un pretendiente adecuado. ¿Cree que lo parezco?

—No, pienso que no. De hecho, no me sorprendería que el padre de Lydia se presentara aquí con una vara de abedul.

—¡Madre mía, qué horror! ¡No se me había ocurrido! Bueno, confío en usted.

—Puede confiar en que aseguraré al comandante Daubenay que la historia que le contó su hija es un fárrago de mentiras.

Pen negó con la cabeza.

—No, no podemos hacer eso. Al principio le dije lo mismo a Lydia, pero entienda lo difícil que sería convencer de ello al comandante. ¡Piénselo, sir Richard! Lydia explicó a su padre que la había seguido hasta aquí, y admito que será difícil desmentirlo, porque sí estuve en el bosquecillo anoche, y usted sabe tan bien como yo que no podemos explicar lo que de verdad ocurrió. No; tendremos que apañarnos. Además, creo que debemos ayudar a Piers, si es verdad que quiere casarse con esa tarambana.

—No tengo el menor interés en ayudar a su amigo, que en mi opinión está

comportándose de forma censurable en grado sumo.

—¡Oh, no, él no tiene la culpa! Ya veo que debí contarle toda la historia.

Y sin dar tiempo a sir Richard para protestar, Pen se embarcó en un rápido y adornado relato de las tribulaciones de ambos jóvenes enamorados; relato que con añadidos de su propia cosecha resultaba considerablemente enrevesado, de modo que sir Richard tuvo que interrumpirla en varias ocasiones para que le aclarara ciertos detalles.

—Una historia conmovedora. Sin embargo, opino que el tema de Romeo y Julieta está pasado de moda —comentó al final Wyndham sin entusiasmo.

—Pues yo llegué a la conclusión de que Piers y Lydia sólo pueden hacer una cosa: fugarse.

Sir Richard, que hasta ese momento había estado jugando con su monóculo, lo dejó caer y dijo con una severidad inesperada:

—¡Basta ya! Mire, jovencita, estoy dispuesto a engatusar al iracundo padre, pero esto tiene que acabarse. Por mí, ese par de alocados pueden fugarse mañana mismo, mas no quiero tener nada que ver en el asunto, y tampoco pienso permitir que usted intervenga. ¿Me ha entendido?

Pen escudriñó el rostro de Wyndham y no apreció ni rastro de jovialidad en sus ojos, cuya expresión era mucho más severa de lo habitual. Era evidente que no pensaba apoyar el plan de Pen de fugarse con la señorita Daubenay, así que decidió no contarle nada más.

—Puede hacer lo que desee, pero no tiene ningún derecho a decirme lo que debo o no debo hacer —replicó Pen con brío, pues no era la clase de persona que dejaba de responder a un desafío—. No es asunto suyo.

—Pero lo será.

—No sé qué quiere decir.

—Ya, pero lo sabrá.

—Bueno, no vamos a discutir por eso —señaló Pen, más pacífica.

—¡No, claro que no! —exclamó sir Richard, echándose a reír.

—¿Y no dirá al comandante Daubenay que la historia de Lydia es falsa?

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó él sucumbiendo al tono persuasivo de Pen y a la mirada suplicante de sus inocentes ojos.

—Pues que estuve en Bath con mi tutor, pero que causaba tantos problemas que mi madre...

—¿La viuda?

—Sí, y ahora entenderá por qué lo es.

—Si se supone que salió usted a su imaginario padre, lo entiendo muy bien. Seguro que el pobre hombre murió en la horca.

—¿Se acuerda? Jimmy Yarde la denomina «el collar de esparto».

—Sí, me acuerdo. Pero le agradecería que no empleara esa expresión.

—Está bien. ¿Por dónde iba?

—Estaba con su tutor.

—Exacto. Pues bien, causaba tantos problemas que mi madre lo envió a usted a buscarme. Podríamos explicar que es usted una especie de fideicomisario, o algo así. Y puede contarle al comandante Daubenay todas las cosas horribles que quiera sobre mí. De hecho, será mejor que lo convenza de que soy muy mala persona, además de no tener ni un penique.

—¡No tema! Dibujaré tal retrato suyo que el comandante agradecerá que su hija se haya librado de comprometerse con semejante monstruo.

—¡Sí, sí! Y luego tengo que ver a Piers.

—¿Y luego?

Pen suspiró.

—En eso todavía no he pensado. La verdad es que tenemos tanto que hacer que de momento no puedo pensar en planear nada más.

—¿Me permite que le proponga un plan, Pen?

—Sí, desde luego, si se le ocurre algo... Pero antes me gustaría ver a Piers, porque todavía no puedo creer que de verdad quiera casarse con Lydia. ¡Esa muchacha no hace más que llorar, sir Richard!

Él la miró enigmáticamente.

—Sí. Quizá sería mejor que primero viera a su amigo. La gente, y sobre todo los jóvenes, pueden cambiar mucho en cinco años, querida.

—Cierto —concedió ella con aire melancólico—. Pero ¡yo no he cambiado!

—Quizá sí.

Como no parecía convencida, él no insistió. Entonces entró el camarero para retirar la mesa, y en cuanto éste hubo salido del salón, llevaron a sir Richard la tarjeta de presentación del comandante Daubenay.

—¡Cielos, ahora me gustaría no estar aquí! —exclamó la joven, palideciendo—. Supongo que ya no puedo escapar, ¿verdad?

—No. Seguramente tropezaría con el comandante en la puerta. Pero no sufra, no permitiré que le pegue.

—¡Eso espero! Dígame, rápido: ¿qué aspecto tiene un depravado? ¿Lo parezco?

—En absoluto. Lo mejor que puede hacer es aparentar mal humor y fruncir el ceño.

La joven se sentó en la butaca de un rincón y se repantigó tratando de enfurruñarse.

—¿Así?

—¡Excelente! —aprobó sir Richard.

Un minuto después, el comandante Daubenay entraba en el salón. Era un hombre

nervioso, rubicundo, y al encontrarse frente a la alta e impecable figura de un dandi, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Es verdad! ¡Es usted sir Richard Wyndham!

Pen, que permanecía en el rincón muy ceñuda, no pudo por menos de admirar la perfección de la reverencia de su protector. Entonces, los ojos ligeramente saltones del comandante repararon en ella.

—¡Y ése debe de ser el joven canalla que ha estado jugando con los sentimientos de mi hija!

—¿Otra vez? —preguntó sir Richard con hastío.

El comandante lo miró fijamente.

—¡Dios santo! ¿Insinúa que ese... ese bribón tiene por costumbre seducir a muchachas inocentes?

—¡Caramba! ¿Tan grave es la situación?

—¡No, no! —respondió el comandante echando chispas—. Pero teniendo en cuenta que mi hija confesó que anoche se escapó de casa para reunirse con él en el bosque, y que en Bath lo vio en secreto muchas veces...

—Le expreso mi sincera condolencia —dijo sir Richard, poniéndose el monóculo—. Su hija debe de ser una joven con mucha iniciativa.

—¡Mi hija es una cursi y una boba! ¡No sé adonde irá a parar la juventud de hoy en día! Ese joven... Dios mío, si parece un crío... ¿es pariente suyo?

—Mi primo... Soy el fideicomisario de su madre, que es viuda.

—En ese caso, estoy hablando con la persona adecuada.

—Le ruego que me absuelva de toda responsabilidad, señor —pidió sir Richard, alzando una lánguida mano—. Mi función consiste únicamente en librar a mi primo del cuidado de un tutor que demostró sobradamente ser incapaz de controlar sus... actividades, y en devolverlo a casa de su madre.

—Pero entonces, ¿qué hacen aquí, en Queen Charlton?

—Tengo amigos en esta región, señor —contestó el otro, dando a entender que era una pregunta impertinente—. Creo que no será necesario que lo aburra con los motivos que me condujeron a interrumpir un viaje que hasta ahora ha resultado... sumamente desagradable para mí. ¡Haz el favor de saludar como es debido, Pen!

—¿Pen? —repitió el comandante, y fulminó a la joven con la mirada.

—Se llama como el gran cuáquero —explicó sir Richard.

—¡Ah, claro! Pues sepa usted, señor, que su conducta no hace honor a su nombre.

—Tiene toda la razón —coincidió sir Richard—. Lamento decir que el muchacho ha sido una fuente constante de ansiedad para su madre.

—Parece muy joven —comentó el comandante.

—Sí, pero ya ha cometido muchos pecados.

—¡Vamos, señor! ¡No será para tanto! —exclamó el comandante, que parecía

desconcertado—. Hay que mostrarse indulgente con los jóvenes. No cabe duda de que lo que hizo es muy censurable, y no pretendo exonerar a mi hija de culpa, pero la primavera de la vida... ¡ya se sabe! Los jóvenes albergan unas ideas tan románticas... ¡No me extraña que tengan citas clandestinas! Pero creo que cuando dos jóvenes se enamoran...

—¿Enamorarse? —lo interrumpió sir Richard fingiendo perplejidad.

—¡Vaya, veo que se sorprende! Uno siempre tiende a pensar que los pájaros son demasiado jóvenes para abandonar el nido, ¿verdad? Pero...

—¡Pen! —saltó Wyndham volviéndose bruscamente hacia su presunto primo—. ¿Significa eso que hiciste proposiciones serias a la señorita Daubenay?

—Nunca le propuse matrimonio —declaró la joven sin levantar la cabeza.

El comandante parecía a punto de sufrir una apoplejía. Antes de que pudiera recuperar el habla, sir Richard ya había intervenido: estupefacto, el comandante recibió una detallada descripción de la desvergonzada precocidad de Pen que llevó a ésta a darse la vuelta para disimular la risa. Según la maliciosa lengua de Wyndham, en Bath se contaban por docenas sus inocentes víctimas. Cuando soltó que aquel joven paria carecía de medios y porvenir, el comandante declaró que el mocoso merecía que lo azotaran.

—Lo mismo opino yo —dijo sir Richard con una cabezada.

—¡Cielos, no imaginaba que la situación fuera tan grave! ¿Y dice que no posee ni un penique?

—Es prácticamente un indigente.

—¡Dios mío, de buena nos hemos librado! ¡No sé qué decir! ¡Estoy horrorizado!

—¡Ay! ¡De tal palo, tal astilla! Su padre también tenía ese aire de inocencia, pero ocultaba un corazón pérfido.

—¡Me deja usted de piedra! —declaró el comandante—. Y sin embargo, parece sólo un crío.

—Y si Lydia le dice que le propuse matrimonio, miente —proclamó Pen al considerar que ya era hora de participar en el montaje, con un aire cándido que consiguió horrorizar aún más al comandante—. Sólo jugaba con ella. No quiero casarme.

Esa afirmación volvió a dejar a Daubenay sin habla. Sir Richard amenazó a su supuesto primo con el dedo índice, y para cuando el indignado padre dejó de atragantarse, ya había vuelto a tomar las riendas de la situación. Concedió que debían correr un velo sobre lo ocurrido, prometió vigilar a Pen y por último acompañó al comandante fuera, asegurándole que la depravación del pequeño bribón recibiría su justo castigo.

Pen, que había hecho grandes esfuerzos por contener la risa, soltó una carcajada en cuanto el comandante salió de la posada, y hasta tuvo que sujetarse al respaldo de

una butaca para no caer. En esa postura fue como la encontró el señor Luttrell, el cual, en cuanto Wyndham y Daubenay hubieron salido por el vestíbulo sin reparar en su presencia, se precipitó hacia Pen.

—Lo encuentra muy divertido, ¿verdad, bellaco? ¡Pues yo no! —masculló.

La señorita Creed levantó la cabeza y, entre las lágrimas de hilaridad, reconoció la cara de su antiguo compañero de juegos.

—¡Le he oído! ¡No he podido evitarlo! Así que no pretendía casarse, ¿eh? ¡Y se... se jacta de haber jugado con los sentimientos de una joven inocente! Cree que podrá quedar impune, ¿verdad? ¡Pues voy a darle una lección! —dijo Luttrell amenazadoramente y tartamudeando de ira.

Horrorizada, Pen vio que el joven apretaba los puños.

—¡Piers! ¿No me reconoces? —exclamó, parapetándose con rapidez tras una mesa—. ¡Mírame! ¡Soy yo, Pen!

El joven bajó los puños y se quedó de pie en medio del salón, jadeando.

—¿Pen? —consiguió articular—. ¿Pen?

Capítulo 11

Se miraron de hito en hito. Piers fue el primero en recuperar el habla, pero sólo para repetir, aún con mayor asombro:

—¿Pen? ¿Pen Creed?

—¡Sí, Pen Creed! —aseguró ella sin salir de detrás de la mesa.

—Pero... ¿qué haces aquí? —preguntó perplejo—. Y con esa ropa. ¡No entiendo nada!

—Es una larga historia.

El joven parecía aturdido. Se pasó una mano por el pelo —un gesto que Pen conocía bien— y dijo:

—Pero el comandante Daubenay... Sir Richard Wyndham...

—Ambos forman parte de la historia —repuso la chica, a quien no le parecía que su amigo hubiera cambiado mucho—. ¡Te habría reconocido en cualquier sitio! ¿Tanto he cambiado yo? —añadió.

—Sí. Bueno, no sé... Quizá sea el pelo, tan corto, y... ¡esa ropa!

Estaba conmocionado, lo que hizo suponer a Pen que quizá él sí hubiera cambiado un poco.

—Pues te aseguro que soy Pen Creed —insistió.

—Sí, ya lo veo. Pero no lo entiendo. He oído parte de esa conversación, aunque no era mi intención... ¡Hasta que habéis mencionado a la señorita Daubenay!

—Por favor, Piers, no vuelvas a enfurecerte —pidió ella, un tanto nerviosa, pues oía el rechinar de los dientes de su amigo—. ¡Puedo explicártelo!

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —protestó Piers—. ¡Estuviste acosando a Lydia! ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Por qué?

—¡No es verdad! Y por cierto, creía que te alegrarías de verme.

—¡Claro que me alegro! Pero venir aquí disfrazada de hombre, y burlarte de una indefensa... ¡Por eso ella no acudió anoche a nuestra cita!

—¡Te equivocas! ¡Lydia descubrió el cadáver del tartamudo y echó a correr, estúpido!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él con recelo.

—Porque yo estaba allí, por supuesto.

—¿Con ella?

—Sí, pero...

—¡Estuviste acosándola!

—¡Te digo que no! Me la encontré por casualidad.

—¡Dime una cosa! ¿Sabe que eres una chica?

—No, pero...

—¡Lo sabía! ¡Y he oído cómo el comandante aseguraba que Lydia te había

conocido en Bath! No sé por qué lo hiciste, pero es un truco deplorable. Y Lydia... me engañaba, permitía que la cortejaras... ¡Ahora lo veo claro!

—Si añades una sola palabra más, te doy un bofetón —soltó Pen, indignada—. ¡Jamás imaginé que pudieras convertirte en una persona tan estúpida y tediosa! No había visto a Lydia Daubenay en mi vida hasta ayer por la noche, y si no me crees, sólo tienes que preguntárselo.

—Pero si no la conocías, ¿cómo es que anoche estabas con ella en el bosquecillo? —preguntó él, vacilante.

—Fue pura casualidad. La muy boba se desmayó y...

—¡Lydia no es boba!

—Sí lo es. Mucho. Porque cuando llegó a su casa lo único que se le ocurrió fue decirle a su padre que no había ido a reunirse contigo, sino conmigo.

Esa revelación sorprendió a Piers, que fijó sus ojos grises y perplejos en el rostro de la joven, buscando una aclaración.

—¡Ay! ¡Siéntate y explícamelo! —pidió al fin esbozando una mueca de tribulación—. ¡Nunca has sabido contar una historia de forma cabal!

Pen salió de detrás de la mesa y se sentó en el asiento empotrado bajo la ventana. Tras echar una afligida ojeada a su atuendo, Piers fue a su lado. Ambos se miraban con recelo, pero mientras que ella lo hacía con franqueza, él mostraba timidez y rehuía su mirada.

Piers era un joven agraciado, no exactamente guapo pero de rostro agradable, anchos hombros y modales desenvueltos. Como tenía cuatro años más que Pen, en el pasado siempre le había parecido muy alto y más experto, alguien en quien confiar. Sentada a su lado junto a la ventana, sintió cierta desilusión. Ahora le parecía sólo un niño, y en lugar de mostrarse seguro se aturullaba y ruborizaba. Su primer encuentro había sido desafortunado, desde luego, pero ella había creído que, al desvelarle su identidad, Piers se mostraría más contento de volver a verla. De pronto la invadió la tristeza, como si le hubieran cerrado una puerta en las narices. Una vaga sospecha de que lo que había detrás de esa puerta no era lo que había imaginado la hizo sentirse aún más melancólica.

—¡Llevábamos tanto tiempo sin vernos, y tenemos tantas cosas que contarnos! —exclamó fingiendo alegría—. ¡No sé por dónde empezar!

Piers sonrió, el ceño ligeramente fruncido.

—Sí, tienes razón. Pero ¡es tan raro! ¿Por qué contaría Lydia que había ido al bosquecillo a verte?

Entonces Pen comprendió que la señorita Daubenay ocupaba por completo el pensamiento de Piers. Reprimiendo un impulso de expresarle su opinión sobre la joven, le relató tan brevemente como pudo la conversación que había mantenido con Lydia en el huerto. Pero las esperanzas de que Piers analizara la conducta de su

prometida bajo la misma luz que ella se desvanecieron cuando su amigo exclamó emocionado:

—¡Es tan inocente! ¡Es típico de ella decir algo así! ¡Ahora lo entiendo todo!

Eso fue demasiado para Pen.

—Pues yo creo que es una ridiculez —soltó, incapaz de contenerse por más tiempo.

—Mira, ella no sabe nada de la vida —declaró Piers con rotundidad—. Y además es muy impulsiva. Siempre me recuerda a un ave.

—Un ganso, supongo —puntualizó Pen, cortante.

—Me refería a un pájaro —replicó él con dignidad—. Un tímido pajarillo que revolotea...

—A mí no me pareció muy tímida —lo interrumpió Pen—. De hecho, se me antojó un atrevimiento que pidiera a un perfecto desconocido fingir estar enamorado de ella.

—No la entiendes. ¡Es tan confiada! Necesita de alguien que la cuide. Nos enamoramos en cuanto nos conocimos. Si mi padre no se hubiera peleado por una tontería con el comandante, ya estaríamos casados. ¡No te imaginas cómo hemos sufrido! ¡Y nuestros sufrimientos parecen no tener fin! ¡Nunca conseguiremos convencer a nuestros padres para que consientan nuestra boda! —Apoyando la cabeza en las manos, soltó un gemido.

—En ese caso, tendréis que casaros sin su consentimiento —declaró ella, muy decidida—. El problema es que, por lo visto, sois ambos tan cobardes que jamás haréis nada que no sea lloriquear y encontraros a escondidas en el bosque. ¿Por qué no os fugáis?

—¿Fugarnos? ¡No sabes lo que dices! Pero ¿cómo voy a pedir a esa frágil criaturita que haga algo así? ¡Y qué falta de decoro! ¡Estoy seguro de que se estremecería sólo de pensarlo!

—Tienes razón. Comentó que si se fugaba no podría tener doncellas ni un velo de encaje.

—Es que ha recibido una educación muy estricta y creció entre algodones. Además, ¿por qué tendría que renunciar al velo de encaje y... y a todas esas cosas con que sueñan las mujeres?

—A mí me importarían un bledo esas fruslerías si estuviera enamorada de un hombre.

—Pero ¡tú eres diferente! Siempre pareciste más un chico que una chica. ¡Mírate! ¿Por qué te has disfrazado así? Me resulta muy extraño, y nada agradable, por cierto.

—Las circunstancias lo hacían necesario —respondió la joven con aspereza—. Tenía que escaparme de casa de mi tía.

—Aun así, no entiendo por qué...

—¡Porque tuve que saltar por una ventana! Además, no podía viajar sola vestida de mujer, ¿no crees?

—Tienes razón. Pero en ningún caso deberías haber viajado sola. ¡Eres tan alocada! —Entonces se le ocurrió algo, y miró a Pen con el ceño fruncido—. Sin embargo, cuando entré estabas con sir Richard Wyndham, y además os tratabais con mucha familiaridad. Por el amor de Dios, Pen, ¿qué significa esto? ¿Qué hacías con él?

La entrevista con su antiguo compañero de juegos parecía estar cargada no sólo de desilusión, sino también de dificultades imprevistas, y comprendió que el señor Luttrell no estaba de acuerdo con ella en nada.

—Mira, es una historia demasiado larga. Tenía motivos para querer volver a casa, y... y sir Richard se negó a que viajara sola.

—Pero ¡Pen! —saltó Piers, horrorizado—. ¿Insinúas que viajas con él?

El tono que empleó borraba de un plumazo la aventura de su hazaña y le confería el estigma de la falta de decoro. La joven se ruborizó, y estaba buscando una explicación que satisficiera a su amigo cuando se abrió la puerta y Wyndham entró en la habitación.

Le bastó reparar en la expresión de rigidez y desaprobación del señor Luttrell, y en las coloradas mejillas y los brillantes ojos de Pen, para formarse una idea clara de lo que había estado sucediendo en el salón.

—¡Buenos días, señor Luttrell! —saludó con su agradable manera de arrastrar las palabras mientras cerraba la puerta—. Espero que los sorprendentes sucesos de anoche no le hayan impedido dormir.

La joven dejó escapar un suspiro de alivio. Con la aparición de su protector, el mundo, que de pronto había empezado a tambalearse, volvió a inmovilizarse como por arte de magia. Se levantó e, instintivamente, fue hacia él.

—Sir Richard, Piers dice que... Mi amigo piensa que... —Entonces se interrumpió y se llevó una mano a la ardiente mejilla.

—¿Y bien? —preguntó Wyndham mirando a Piers con cordialidad y arqueando ligeramente las cejas—. ¿Qué dice y piensa Piers?

El señor Luttrell se levantó. Ante aquella mirada irónica y tolerante, también empezó a sonrojarse.

—Sólo he dicho... que me extraña que Pen esté viajando con usted.

—¿Y no encuentra ninguna explicación? —preguntó sir Richard, sacando su cajita de rapé y tomando un pellizco.

—Verá, señor, reconozco que me parece... es decir...

—Quizá debería haberle revelado —declaró sir Richard engarzando la mano de Pen en su brazo y sujetándola con firmeza— que está hablando con la futura lady Wyndham.

La mano de la joven tembló bajo la del caballero, pero ella obedeció al apretón de advertencia y permaneció callada.

—¡Ah, ya lo entiendo! —concedió Piers relajando el ceño—. ¡Le pido disculpas! ¡Qué noticia tan fabulosa! ¡Les deseo mucha felicidad! Pero... ¿por qué lleva Pen esa ropa, y qué hacen aquí? ¡Eso sigue resultándome extraño! Supongo que, como están ustedes comprometidos, podría argumentarse que... Pero ¡aun así es una excentricidad, señor, y no sé qué dirá la gente!

—Dado que nos hemos tomado considerables molestias para no revelar a nadie salvo a usted la verdadera identidad de Pen, no creo que la gente comente nada —contestó Wyndham—. Si el secreto llegara a descubrirse... Bueno, supongo que la respuesta es que somos una pareja muy excéntrica.

—¡No seré yo quien los descubra! —aseguró Piers—. No es asunto mío, desde luego, pero no puedo evitar preguntarme qué los trajo aquí, y por qué tuvo que saltar mi amiga desde una ventana. Sin embargo, no deseo ser curioso, señor. Era sólo que, como conozco a Pen de toda la vida...

Entonces fue la señorita Creed quien le dio un apretón de advertencia a sir Richard. De hecho, lo agarró con tanta fuerza que él la miró y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Me temo que no puedo revelarle la razón por la que vinimos. Surgieron ciertas circunstancias que hicieron necesario este viaje. El atuendo de Pen, sin embargo, responde a una explicación muy sencilla. La misión que debíamos cumplir era sumamente delicada, y ninguno de los dos quería cargar con una carabina; y como a la gente le encanta criticar al prójimo, mi querido señor Luttrell, creímos conveniente que ella se hiciera pasar por mi joven primo en lugar de darse a conocer como mi prometida.

—¡Claro! ¡Ya lo entiendo! —admitió Piers, perplejo pero vencido por el aire de seguridad que emanaba del dandi.

—A estas horas ya deberíamos estar camino de Londres —comentó sir Richard—, de no ser por un par de desafortunadas circunstancias. Y lamento tener que señalar que el responsable de una de ellas es usted.

—¿Yo? —dijo Piers, atónito.

—Sí, usted —confirmó sir Richard soltando a Pen—. La mujer con quien tengo entendido que está comprometido en secreto informó a su padre, en un vano intento de desviar sus sospechas, que Pen es el hombre con quien se citó anoche en el bosquecillo.

—Si, Pen me lo ha contado. Lamento que lo haya hecho, señor, pero es tan impulsiva...

—Eso tengo entendido. Por desgracia, ya que de momento me veo obligado a permanecer en Queen Charlton, su impulsividad hace que nuestra situación resulte un

tanto incómoda.

—Sí, claro —concedió Piers—. Lo siento mucho, señor. Pero ¿debe permanecer usted aquí?

—Así es. Sin duda ya se le ha borrado de la memoria, pero anoche se cometió un asesinato en ese bosquecillo. Y fui yo quien descubrió el cadáver de Brandon, y quien informó de lo ocurrido a las autoridades.

—Lo sé, señor, y no me gusta nada —repuso Piers, atribulado—. Porque, de hecho, fui yo quien encontró el cadáver de Beverley, aunque usted me pidió que no lo dijera.

—Y espero que siguiera mi consejo.

—Sí, claro, porque me encontraba en una situación muy delicada, ya que la señorita Daubenay estaba también allí. Pero si ella explicó que fue al bosque para ver a Pen...

—Será mejor que siga guardando un discreto silencio, querido amigo. Enterarse de que usted también se encontraba en el bosquecillo sólo confundiría al pobre señor Philips. Verá, cuento con la ventaja de saber quién mató a Brandon.

—Creo que deberíamos contar a Piers lo del collar de diamantes, sir Richard —intervino Pen con buen juicio.

—Estoy de acuerdo.

La historia del collar de diamantes, que la señorita Creed se encargó de narrar, logró que el señor Luttrell olvidara durante un rato sus otras preocupaciones, más graves. Se parecía mucho más al Piers de su infancia cuando exclamó «¡Qué aventura!»; y cuando hubo descrito a Pen su sorpresa al recibir una visita de Beverley, al que conociera en Oxford pero con quien mantenía una amistad muy superficial; y hubo intercambiado con ella impresiones sobre el capitán Horace Trimble, volvieron a estar en muy buenas relaciones. Sir Richard, considerando que lo que más le convenía era no interrumpir a la joven en su conversación con el señor Luttrell, los dejó solos; y después de que Piers felicitara una vez más a su amiga por el esposo elegido —felicitaciones que ella recibió con un abochornado silencio—, la conversación versó de nuevo sobre las dificultades del joven señor Luttrell.

Pen escuchó la embelesada descripción de la señorita Daubenay con toda la paciencia de que fue capaz, pero cuando su amigo le suplicó que no revelara su sexo a Lydia por temor a que su exagerado sentido de lo correcto pudiera provocarle una conmoción, la joven se enfureció tanto que no pudo evitar expresar lo que opinaba de la moral y los modales de la señorita Daubenay. De inmediato estalló una fuerte pelea, que habría podido terminar con la salida definitiva de Piers de la vida de Pen si ella no hubiera recordado, cuando su amigo ya había alcanzado la puerta, que se había comprometido a fomentar las aspiraciones del joven de casarse con Lydia.

Tardó un buen rato en convencerlo de que abandonara su aire de dignidad dolida,

pero cuando Piers cayó en la cuenta de que Lydia había llamado a Pen esa mañana, admitió que esa conducta tan atrevida merecía una explicación.

—Eso no me importa —aseguró la señorita Creed, rechazando sus excusas—. ¡Lo que pasa es que llora tanto...!

El señor Luttrell reconoció que su Lydia era toda sensibilidad, al tiempo que despreciaba la insinuación de su amiga de que una esposa en exceso sensible pudiera acabar resultando un fastidio. Como al parecer Piers creía que apoyar a Lydia era la misión de su vida, Pen dejó de luchar contra el apego que su amigo sentía por la dama y pasó a contarle sus planes para la precipitada boda.

El joven Luttrell quedó muy sorprendido. La negativa de Lydia a fugarse no le parecía una muestra de cobardía, sino algo muy lógico; y cuando Pen le describió, con gran entusiasmo, el plan del falso rapto, comentó que debía de estar loca por pensar algo así.

—¡Creo que voy a desentenderme de este asunto! —declaró ella—. Ninguno de los dos reúne el valor para tomar las riendas. Al final, tu preciosa Lydia se casará con otro, y entonces lo lamentarás.

—¡Ay, no digas eso, por favor! —suplicó él—. ¡Ojalá mi padre fuera un poco más conciliador! Antes se llevaba muy bien con el comandante, hasta que se pelearon.

—Debes ablandar el corazón del comandante.

—Sí, pero ¿cómo? ¡Y te ruego que no me propongas más planes descabellados de rapto! Seguramente te parecerán muy ingeniosos, ¡pero piensa en los inconvenientes! Nadie creería que no lo habíamos planeado todo, porque en el caso de que Lydia se fugara contigo, lo normal sería que luego no quisiera ser mi esposa, ¿no crees?

—No, pues podríamos decir que yo la había raptado por la fuerza. Entonces podrías rescatarla.

—¿Y cómo iba a enterarme de que la habías raptado? —objetó Piers—. ¡Y piensa en lo preocupado que se quedaría todo el mundo! ¡No, tu plan no es viable! ¡Dios mío, me vería obligado a desafiarte, o algo por el estilo! Porque quedaría muy raro que me limitara a llevar a Lydia a su casa.

—¡Qué magnífica idea! ¡Nos batimos en duelo! —convino Pen con ojos centelleantes, pues se le abrían nuevos horizontes—. Entonces podría llevar el brazo en cabestrillo, y explicar que me habías herido. ¡Sí, Piers, hagámoslo! ¡Sería muy emocionante!

—Veo que no has cambiado nada —repuso su amigo en un tono en absoluto elogioso—. ¡Estás completamente chiflada! No puedo entender cómo lograste comprometerte con un hombre tan elegante como Wyndham. No sé si has pensado que tendrás que corregir tus modales. De hecho, no me explico que vayas a casarte. Sólo eres una cría.

En ese momento quizá habría estallado otra pelea, de no ser porque sir Richard

entró en la habitación acompañado del señor Philips. Su expresión era casi risueña, y la de extrema inquietud que adoptaron ambos jóvenes que estaban junto a la ventana lo hizo sonreír involuntariamente.

—¡Ah, Pen! ¿Quieres hacer el favor de explicar al señor Philips tu... historia del búho? —dijo, sin embargo, con voz trémula.

—¡Oh! —exclamó Pen, ruborizándose.

El juez de paz miró a la joven con severidad.

—Según la información de que dispongo, joven, me veo obligado a deducir que su historia es falsa.

Pen miró a su protector, que en lugar de acudir en su ayuda esbozó una sonrisa maliciosa mientras ordenaba:

—¡Levántate, hijo, cuando el señor Philips se dirija a ti!

—Sí, sí, claro —convino Pen, alzándose a toda prisa—. Discúlpenme. El cuento del búho. Verá, cuando me preguntó por qué no estaba yo con mi primo anoche, no supe qué contestar.

—¿Que no supo qué contestar? ¡Sólo podía responder una cosa: la verdad! —replicó el juez austeramente.

—No podía. Estaba en juego la reputación de una dama.

—Eso me contaron. Bueno, no negaré que no comprenda sus motivos, pero debo advertirle, señor, que cualquier otra mentira por su parte puede acarrearle graves problemas. ¡Muy graves! No comentaré su conducta al reunirse con la señorita Daubenay de una forma que sólo puedo describir de clandestina. No es asunto de mi incumbencia, desde luego, pero si fuera usted hijo mío... En fin, ése no es el caso. Por fortuna... —señaló, lanzando una mirada de reproche a sir Richard—. Repito: por fortuna, el testimonio de la señorita Daubenay corrobora la información de que ese espeluznante crimen lo perpetró una persona que corresponde a la descripción de que dispongo del capitán Trimble. De no ser por esa circunstancia... Porque no voy a ocultarle que no estoy en absoluto satisfecho. ¡En absoluto! Permítame decir, sir Richard, que su presencia en el bosquecillo anoche lleva a pensar que usted ayudó y secundó a su primo en su censurable... En fin, eso es asunto del comandante Daubenay.

—¡No, no, se equivoca! —aseguró Pen—. Mi primo estaba buscándome. De hecho, se había enfadado conmigo por haber acudido al bosquecillo, ¿no es así, Richard?

—Así es —admitió éste—. Muy enfadado.

—Todo este asunto me parece muy extraño —señaló el juez—. No añadiré más al respecto, de momento.

—Sepa que estoy profundamente arrepentido —mintió sir Richard.

El juez de paz emitió un bufido, saludó con una brusca inclinación de la cabeza y

se marchó.

—¡Mi reputación! ¡Ay, mi reputación! —se lamentó sir Richard—. ¡Mocosa detestable y sin escrúpulos! ¿Por qué un búho?

—¡Algo tenía que decir! —se defendió Pen.

—Me temo —terció Piers, arrepentido— que de eso tiene parte de culpa Lydia. ¡Pero le aseguro que ella no pretendía perjudicar a nadie, señor!

—Lo sé —repuso sir Richard—. ¡Es tan impulsiva! ¡Ay, qué viejo me siento! —admitió, y abandonó la estancia.

—¡Mira lo que ha conseguido tu preciosa Lydia! —reprochó entonces Pen al señor Luttrell.

—Ella no es peor que tú. De hecho, tú eres mucho peor. Lydia jamás se pasearía por el país disfrazada de muchacho. No me extraña que sir Richard se sienta viejo. Me sentiría de igual modo si estuviera comprometido contigo.

Los ojos de la señorita Creed echaban chispas.

—¡Pues mira, te diré algo, Piers Luttrell! Tengo un primo con cara de pez que desea casarse conmigo, razón por la cual escapé por una ventana. Pero escúchame bien: preferiría contraer matrimonio con él que contigo. Si tuviera que ser tu esposa, me tiraría al río. ¡Eres tremendamente estúpido, grosero y soso!

—Que yo tenga un poco de sentido común... —empezó a explicar Piers, muy serio y con las mejillas coloradas.

Pero entonces lo interrumpió un camarero, que entró para anunciar que una dama deseaba hablar cuanto antes con el señor Wyndham.

Adivinando, correctamente, que ese «señor Wyndham» se refería a ella, Pen dijo:

—¿Qué querrá ahora esa boba? ¡Ojalá no hubiera venido a Queen Charlton! ¡Está bien! ¡Hágala pasar!

—¡Dios mío! ¿Crees que es Lydia? —exclamó Piers cuando el camarero se hubo retirado.

La dama no resultó ser la señorita Daubenay, sino su doncella personal, una damisela de mejillas sonrosadas que parecía imbuida de las románticas ideas de su señora. Con el rostro cubierto con un tupido velo, entregó a Pen una carta lacrada. Mientras la señorita Creed la abría y leía el angustiado mensaje, Piers acosó a la doncella a preguntas, pero ésta sólo respondió con evasivas salpicadas de risitas.

—¡Santo cielo! —exclamó Pen tratando de descifrar la caligrafía de Lydia—. ¡La situación empeora por momentos! Anuncia que se fugará contigo.

—¿Qué? —Piers se separó de la doncella para acercarse a Pen—. ¡Dame eso!

—Asegura que van a enviarla a Lincolnshire —prosiguió la joven, esquivándolo.

—Sí, su abuela vive allí. ¿Cuándo se marcha?

—No entiendo su letra... ¡Ah, sí! Mañana por la mañana, con su padre. Me pide que te diga que organices la fuga esta noche, sin falta.

—¡Dios mío! —Piers le arrebató la nota y la leyó—. Sí, tienes razón: se marcha mañana por la mañana. ¡Pen! ¡Si se la llevan, todo habrá terminado! Nunca se me habría ocurrido hacer algo tan indecoroso como fugarme, pero ahora no me queda otra opción. Si sus padres tuvieran algo contra mí, o si yo no fuera un buen partido, sería diferente. Pero hasta que mi padre y el comandante se pelearon... ¡En fin, de nada sirve hablar! —Se volvió hacia la doncella, que se había retirado el velo de la cara y escuchaba a Piers boquiabierta—. ¿Se ha confiado a ti la señorita Daubenay? —le preguntó.

—¡Oh, sí, señor! —le aseguró ella, y tras soltar otra risita, añadió—: Aunque el señor me descuartizaría si se enterara de que les traigo cartas.

Piers pasó por alto esa afirmación, un tanto exagerada.

—Dime, ¿de verdad está decidida la señorita Daubenay a fugarse conmigo?

—¡Oh! —exclamó la doncella juntando las regordetas manos—. ¡Jamás había estado más decidida, señor! «¡Tengo que fugarme!», me dijo, muy trastornada. «Lucy, estoy perdida, porque lo descubrieron todo». Así que en cuanto la cocinera se volvió, me puse la capota y me escabullí. «Si me llevan a Lincolnshire», me dijo la pobre señorita con lágrimas en los ojos, «me moriré». ¡Y estoy segura de que así será, señor!

—Es la mejor opción —declaró Pen, sentándose de nuevo y abrazándose las rodillas—. Siempre me gustó la idea de que os fugarais a Gretna Green. De hecho, fui yo quien se lo propuse. Pero Lydia comentó que no tenías dinero, Piers. ¿Quieres que le pidamos a sir Richard que pague la silla de posta?

—¡Por supuesto que no! ¡Claro que tengo dinero para eso!

—Me parece que necesitarás cuatro caballos —le advirtió la joven—. Los de posta son muy caros.

—¡Por el amor de Dios, no soy un indigente! Lo que Lydia quería decir es que dependo económicamente de mi padre. Si se niega a perdonarnos, me veré obligado a buscarme alguna ocupación, pero estoy convencido de que cuando nos hayamos casado se le pasará el enfado. ¡Ay, Pen! ¿Verdad que es un ángel? ¡Estoy abrumado! ¿Verdad que es conmovedor que confíe tan plenamente en mí?

—¿Por qué no iba a confiar de esa manera en ti? —preguntó ella, sorprendida.

—¿Que por qué no iba a confiar en mí? ¡Ay, no entiendes nada! ¿No ves que estaría poniendo su vida, su honor, todo en mis manos?

—No sé qué tiene eso de extraordinario —replicó la joven con desdén—. Creo que resultaría más extraordinario que no confiara en ti.

—Ahora recuerdo que nunca tuviste mucha sensibilidad. ¡Eres tan infantil! —Se volvió de nuevo hacia la interesada doncella—. ¡Escúchame bien, Lucy! Tienes que llevarle una carta a la señorita Daubenay, y asegurarle que no le fallaré. ¿Estás dispuesta a acompañarnos a Escocia?

La doncella se quedó mirándolo, boquiabierta. Pese a lo extraña que debía de parecerle esa idea, por lo visto le agradaba, porque asintió con vehemencia.

—¡Sí, señor! ¡Gracias, señor!

—¿Dónde se ha visto que alguien se lleve a una doncella en una fuga? —preguntó Pen.

—¡No voy a pedirle a Lydia que escape conmigo sin que la acompañe una doncella! —declaró él, solemne.

—¡Madre mía! ¡Yo en su lugar la querría tan lejos de mí como fuera posible!

—Lydia está acostumbrada a que la atiendan. Además, la presencia de su doncella conferirá respetabilidad a la huida.

—¿No tiene también un perrito faldero que desee llevarse? —preguntó Pen fingiendo inocencia.

Piers la fulminó con la mirada y se dirigió a una mesita que había cerca de la ventana. Tras probar la pluma que había en ella, limpiarla y mojarla en el tintero, se sentó y se puso a meditar sobre lo que debía escribir a su prometida, pero, mientras, la tinta iba secándose. Al fin mojó otra vez la pluma en el tintero y empezó a escribir, para concluir la tarea pidiendo a Lucy que se encargara de que la señorita Daubenay cogiera una capa de abrigo y no llevara demasiadas sombrereras.

—Ni el loro —terció Pen.

—La señorita Lydia no tiene ningún loro, señor.

—Si no te callas, Pen...

—¿Ni perrito faldero? —insistió Pen, incrédula.

—No, señor, tampoco. Sólo tiene los periquitos, esos pajaritos tan preciosos, y las palomas.

—Bueno, en el coche no habrá espacio para la jaula de las palomas, pero los periquitos pueden llevárselos —aseguró Pen sin poder contener la risa.

—¡Si dices una sola palabra más, te echo de la habitación! —amenazó Piers, dejando la pluma.

—No puedes echarme, porque esto es un salón privado, y tú, sólo un invitado.

—Entonces, ¿le digo a la señorita Lydia que se lleve los periquitos? —preguntó Lucy, desconcertada.

—¡No! —exclamó Piers—. ¡Basta ya, Pen! ¡Estás trastornándome! Escucha, le he dicho a Lydia que tendré un coche esperándola a medianoche en el camino que hay detrás de la casa. ¿Crees que es demasiado temprano? ¿Crees que sus padres podrían entrar en la habitación de Lydia tan tarde?

—No, señor, seguro que no —contestó Lucy—. El comandante suele acostarse pronto. A las once ya estará durmiendo, puede estar tranquilo, señor.

—Por suerte, hay luna —comentó Piers mientras espolvoreaba la carta con arena—. ¡Escucha, Lucy! Has de encargarte de que la señorita Daubenay se acueste

temprano; debe dormir cuanto pueda. Y tienes que despertarla a la hora adecuada, ¿entendido? ¿Puedo confiar en ti para que prepares su equipaje y me la traigas?

—¡Sí, señor! —contestó Lucy, haciendo una reverencia—. ¡Por nada del mundo me quedaría en la casa, pues tendría que enfrentarme al comandante!

—Será mejor que vuelvas junto a Lydia cuanto antes —dijo Piers, y a continuación selló la misiva con una oblea y se la entregó a Lucy—. ¡Ten cuidado! ¡Esta carta no debe caer en manos equivocadas!

—Si alguien intenta quitártela, tienes que tragártela —terció Pen.

—¿Tragármela, señor?

—¡No hagas caso a mi amigo! ¡Toma y márchate! Recuerda que confío en tu fidelidad.

Lucy hizo otra reverencia y salió de la habitación. Piers miró a Pen, que seguía sentada en el asiento de la ventana con las rodillas abrazadas, y dijo con severidad:

—Supongo que consideras que me has resultado de gran ayuda.

—Claro que sí —repuso ella, mirándolo con picardía—. Imagínate que hubieras tenido que volver por los periquitos; es muy probable que te hubiera tocado hacerlo, si no llego a recordárselo a la doncella.

—Mira, Pen, si se los lleva, volveré para retorcerte el pescuezo —aseguró el joven, que no pudo por menos que sonreír—. Ahora debo ir a alquilar un coche y cuatro caballos rápidos.

—¿Dónde los encontrarás?

—En Keynsham hay una casa de postas con buenos caballos. Iré allí de inmediato.

—¡Estupendo! Ve a un sitio donde te conocen, y deja que se extienda por toda la región la noticia de que necesitas un coche para medianoche.

—No lo había pensado —admitió Piers con aire reflexivo—. ¡Diantre! Eso significa que tendré que ir a Bristol, lo que me hará perder mucho tiempo.

—¡No te preocupes! —exclamó Pen, saltando del asiento—. Ahora sí te seré útil: te acompañaré a Keynsham y alquilaré el coche.

Piers pareció relajarse.

—¿Lo harás por mí, Pen? Pero... ¿y sir Richard? ¿Seguro que no pondrá ningún reparo? Cuidaré de ti, desde luego, aunque...

—No, no, no pondrá reparos, te lo aseguro, pues no pienso decírselo —añadió con candidez.

—Pero eso no estaría bien. Y no quiero hacer nada que...

—Dejaré al posadero un mensaje para él —prometió Pen—. ¿Cómo viniste hasta el pueblo, en coche o andando?

—En mi calesa. La dejé en el patio. Confieso que, si no ves inconveniente en el hecho de acompañarme, agradecería tu ayuda.

—Voy a buscar mi sombrero —dijo Pen, y salió a toda prisa.

Capítulo 12

Ni a la señorita Creed ni al señor Luttrell, que mientras comían en la mejor posada de Keynsham discutían exhaustivamente los detalles de la fuga, se les ocurrió pensar que tal vez no fuera prudente que el caballero se llevara a su prometida a Escocia justo cuando la dama en cuestión se hallaba implicada en un caso de asesinato. Es más: Piers, un joven resuelto, casi ni se acordaba de haber alojado a Beverley Brandon en su casa. Si pensó en el desafortunado asunto fue sólo para tranquilizarse diciéndose que lady Luttrell, a quien había encargado que escribiera una carta a lady Saar, haría cuanto fuera oportuno y correcto. Su conversación se limitaba casi en exclusiva a sus problemas más inmediatos, pero en varias ocasiones hizo un paréntesis a fin de censurar las poco convencionales hazañas de Pen.

—Ahora que estás comprometida con Wyndham ya no resulta tan escandaloso, pero reconozco que me sorprende que él, un hombre de mundo, haya tolerado semejante broma. Sin embargo, tengo entendido que a esos dandis les encantan las excentricidades. Supongo que a nadie le extrañará demasiado. Si no fuerais a casaros, todo sería diferente, por supuesto.

—Creo que das demasiada importancia a algo que no la tiene —aseguró ella, mirándolo fijamente.

—¡Mi querida Pen! —Piers soltó una risita—. ¡Eres tan infantil! No sabes nada de la vida.

La señorita Creed tuvo que admitir que era verdad. Entonces pensó que, ya que su amigo parecía tan bien informado al respecto, quizá pudiera aprender un poco de él.

—Y si no fuera a casarme con Richard, ¿sería muy indecoroso?

—¡Pen! ¡Qué cosas dices! ¡Piensa en tu situación, viajaste desde Londres con Wyndham, y sin siquiera una doncella! ¡Ahora debes casarte con él!

—No veo que eso sea un imperativo —repuso ella alzando la barbilla, desafiante.

—Créeme que sí. Admito que me extraña muchísimo que un hombre de su edad y su... entorno quiera casarse contigo. —Al darse cuenta de que su comentario no era muy halagador, se apresuró a añadir—: Bueno, no quería decir eso exactamente. Pero eres mucho más joven que él, y muy inocente.

—Pues mira, justo por eso no es necesario que me case con él. Sir Richard es mucho mayor que yo, así que estoy segura de que a nadie le extrañaría lo más mínimo que hayamos viajado juntos.

—¡Por el amor de Dios, Pen, Wyndham no es tan mayor! ¡Qué cosas más raras dices! ¿Acaso no deseas ser su esposa?

Ella lo miró fijamente, con el ceño fruncido, mientras pensaba en sir Richard, en las aventuras vividas con él, en sus risueños ojos y en el deje burlón de su voz. De pronto enrojeció y los ojos se le humedecieron.

—Sí. ¡Ay, sí, quiero casarme con él!

—¡Muy bien! Pero ¿por qué lloras? Por un momento pensé que... ¡Vamos, Pen, no seas tonta!

La joven se sorbió la nariz con aire altivo.

—¡No estoy llorando! —exclamó con voz temblorosa.

—Desde luego, no entiendo por qué habrías de hacerlo. Wyndham es un tipo estupendo. Supongo que te volverás muy elegante y que causarás sensación en la ciudad.

Pen, que no imaginaba otro futuro que pasar el resto de sus días entre las paredes de la respetable casa de su tía, se mostró de acuerdo y se apresuró a llevar la conversación hacia caminos menos dolorosos.

Pese a que Keynsham se halla a sólo unos kilómetros de Queen Charlton, era casi la hora de cenar cuando Piers y Pen llegaron a la posada George. Para entonces, habían alquilado un coche y cuatro buenos caballos, que según lo acordado les entregarían frente a las puertas de Crome Hall esa noche a las once y media. El señor Luttrell, como su guía y mentora no dejaba de asegurarle, sólo tenía que preocuparse de la cantidad de equipaje que su prometida quisiera llevar consigo, así como de la posibilidad de que su huida pudiera ser interceptada esa misma noche.

A Pen le habría gustado hallarse presente a la hora fatal, pero su amigo declinó el ofrecimiento. Así pues, se despidieron en la puerta de la posada sin que ninguno de los dos sintiera el menor dolor al pensar que el otro estaba a punto de casarse con otra persona.

Tras despedirse de su antiguo compañero de juegos, Pen entró en la posada, donde encontró a sir Richard, que, tras mirarla de arriba abajo, le soltó:

—¡Mocosa abominable! Más vale que lo confiese todo. ¿Dónde estuvo y qué otra diablura hizo?

—¡Pero si le dejé un mensaje! —protestó ella—. ¿No se lo dieron?

—Sí, me lo entregaron. Pero enterarme de que se había marchado con el joven Luttrell sólo me causó recelo. ¡Confiese!

—Pues mire, quizá no se alegre mucho, pero le aseguro que lo hice por el bien de todos, sir Richard —repuso ella, mirándolo sin dejar de parpadear.

—Esto no presagia nada bueno. Estoy convencido de que cometió usted alguna diablura.

Pen entró en el salón y se acercó al espejo de encima de la chimenea para arreglarse los despeinados rizos.

—No se trata de una diablura exactamente —objetó.

Sir Richard, que había estado observándola entre curioso y divertido, dijo:

—Qué alivio. Sí, creo que cuanto antes se ponga de nuevo las enaguas, mejor, Pen. Permítame decirle que eso ha sido un truco muy femenino.

La joven se ruborizó, y riendo se apartó del espejo.

—Se me había olvidado. Bueno, al fin y al cabo carece de importancia, porque creo que mi aventura llegó a su fin.

—No del todo —replicó él.

—Sí, creo que sí. ¡No está enterado de lo ocurrido!

—¿Qué estuvo tramando? ¡Suéltelo ya!

—Piers y Lydia van a fugarse esta noche.

La expresión risueña de sir Richard se ensombreció.

—¿Fue usted, Pen?

—¡No, no, qué va! De hecho, yo había ideado otro plan muy diferente, pero no me atreví a contárselo, y además, a Piers no le gustaba. Quería secuestrar a Lydia para que Piers pudiera rescatarla, y de ese modo ablandar el corazón de su padre. Sin embargo, supongo que usted no lo habría aprobado.

—No, en absoluto —confirmó sir Richard.

—Me lo imaginaba. Por eso no se lo conté. Al final Lydia decidió fugarse con Piers.

—Querrá decir que usted acosó a esa condenada criatura hasta que...

—¡No, no lo hice! ¡Es tremendamente injusto conmigo, sir Richard! ¡Le doy mi palabra de honor de que no lo hice! No voy a negar que quizá fuera yo quien le propusiera la idea, pero quien la obligó a ponerla en práctica fue el comandante. La amenazó con llevársela a Lincolnshire mañana por la mañana, y como es lógico, ella no soportaría vivir allí. ¡Ah, aquí está el camarero! Después le contaré toda la historia.

Pen se retiró a su asiento favorito junto a la ventana mientras ponían la mesa. Wyndham, de pie y de espaldas a la gran chimenea, se quedó observándola. El camarero entró y salió del salón varias veces, tomándose su tiempo para prepararlo todo.

—Tenía usted razón: Piers ha cambiado —dijo de pronto Pen, durante una de las breves ausencias del sirviente—. Pero se equivocaba respecto a otra cosa: no cree que yo haya cambiado en absoluto.

—No sospechaba que su amigo fuera capaz de hacerle tan hermoso cumplido —señaló sir Richard enarcando las cejas.

—Bueno, no creo que lo dijera como un cumplido —comentó Pen con reserva.

Wyndham se limitó a sonreír. El camarero volvió con una bandeja llena y empezó a disponer los platos. Cuando se hubo retirado de nuevo, sir Richard apartó la silla a Pen y dijo:

—La cena está servida, mocosa. ¿Tiene apetito?

—No mucho —contestó ella, sentándose.

—¿Cómo es eso? —inquirió él, tomando asiento a su vez.

—Pues no lo sé. Piers va a fugarse con Lydia a medianoche.

—Supongo que no habrá perdido el apetito por ese motivo, ¿no?

—¡Ah, no! Creo que se llevarán estupendamente, porque ambos son muy necios.

—Cierto. ¿Ha participado en su fuga?

—Muy poco, de verdad. Lydia se decidió a escapar sin necesidad de que yo la instigara. Lo único que hice fue alquilar el coche a Piers, porque a él lo conocen en Keynsham.

—Supongo que eso significa que tendremos que soportar otra visita del comandante Daubenay. Por lo visto, cada vez me sumerjo más y más en un estilo de vida criminal.

Pen lo interrogó con la mirada.

—¿Por qué lo dice? No ha hecho nada.

—Ya lo sé. Pero es indudable que debería actuar.

—¡No se preocupe, ya está todo arreglado! No hay nada más que hacer.

—¿Acaso no cree que una persona madura como yo debería descubrir esta trama?

—¿Se refiere a contárselo al comandante? ¡Oh, Richard! No será capaz de cometer semejante crueldad, ¿verdad? ¡No, no lo será!

—Podría hacerlo, pero no lo haré —declaró él mientras volvía a llenar su copa—. A decir verdad, no me interesan mucho los asuntos de un par de enamorados a quienes encontré, desde el principio, extremadamente latosos. ¿Qué le parece si hablamos, en cambio, de nuestros asuntos?

—Sí, creo que sería conveniente —coincidió ella—. Hoy estuve muy ocupada y casi me olvidé del tartamudo. ¡Confío en que no nos detengan!

—Yo también, se lo aseguro —dijo él riendo.

—Está muy bien reír, pero me fijé en que al señor Philips no le resultábamos demasiado simpáticos.

—Me temo que lo desconcertó usted con sus ilícitas actividades. Por fortuna, el juez recibió la noticia de que las autoridades de Bath detuvieron a un hombre cuya descripción coincide con la del atroz capitán Trimble.

—¡Dios mío, creía que nunca lo atraparían! Y dígame, ¿tenía el collar?

—Eso lo ignoro. Confío en que Luttrell y su prometida no prolonguen mucho su luna de miel, porque supongo que querrán que Lydia identifique al prisionero.

—Creo que si ella lo supusiera, jamás volvería aquí.

—¡Una joven con espíritu cívico! —bromeó Wyndham.

—Lydia no tiene ningún espíritu —comentó Pen, riendo—. ¡Ya se lo dije, sir Richard! ¿Cree que las autoridades querrán hablar también conmigo?

—Lo dudo mucho. Pero, en cualquier caso, no hablarán con usted.

—La verdad es que me sentiría muy incómoda si tuviera que presentarme —admitió ella—. De hecho, creo... creo que lo mejor será que vuelva a casa, ¿no le

parece?

—¿A casa de su tía Almería?

—Sí, por supuesto. Ya sabe que no tengo ningún otro sitio adonde ir.

—¿Con su primo Fred?

—Bueno, espero que después de todas las aventuras que he vivido ya no desee casarse conmigo —dijo Pen con optimismo—. Entiéndalo, es una persona muy impresionable.

—Un hombre así no sería un buen esposo para usted —repuso él negando con la cabeza—. Sin duda debe casarse con alguien que no se impresione tan fácilmente.

—Quizá debería corregir mis modales —propuso Pen sonriendo.

—Eso sería una lástima, porque son encantadores. Tengo mejores planes para usted, Pen.

—¡No! ¡No! ¡No, por favor! —pidió la joven con voz estrangulada, y se levantó.

Sir Richard también se puso en pie, y le tendió una mano.

—¿Por qué dice eso? Quiero que se case conmigo.

—¡Oh, Richard, no lo haga! —suplicó la joven retirándose hacia la ventana—. No deseo que me proponga matrimonio, de verdad. Se lo agradezco muchísimo, pero no podría aceptar.

—¿Que me lo agradece? Pero ¿qué tonterías son esas?

—Sí, sí, ya sé por qué lo propone —replicó ella, muy afligida—. Considera que me ha puesto en una situación comprometida, pero le aseguro que se equivoca, porque nadie sabrá nunca la verdad.

—Me parece detectar en sus palabras la influencia del señor Luttrell —comentó él con gravedad—. ¿Qué absurdas ideas estuvo metiéndote en la cabeza, pequeña mía?

Esa expresión de cariño hizo que Pen tuviera que enjugarse una lágrima.

—¡No, no se trata de eso! Lo que ocurre es que fui tan estúpida que no lo pensé antes. La verdad es que no tengo más cabeza que Lydia. Pero como usted es mucho mayor que yo, no se me ocurrió que... Hasta que llegó Piers y usted le dijo, para protegerme, que estábamos comprometidos. Entonces comprendí lo estúpida que había sido. Pero no importa, sir Richard, porque mi amigo no dirá ni una palabra a nadie, ni siquiera a Lydia, y tía Almería no tiene por qué enterarse de que pasé todo este tiempo con usted.

—¿Quieres hacer el favor de no decir más tonterías, Pen? No me estoy mostrando caballeroso, querida: puedes preguntárselo a mi hermana, que te confirmará que soy la persona más egoísta del mundo. Nunca hago nada para complacer a nadie más que a mí mismo.

—¡Eso no es cierto, y lo sé muy bien! Si su hermana piensa así, es que no lo conoce. Y no digo tonterías. A Piers le sorprendió encontrarme con usted, y usted

cayó en la cuenta de que tenía motivos, porque, si no, no habría dicho lo que dijo.

—¡Ah, sí! Sé muy bien qué comentará la gente de esta escapada, pero, créeme, amor mío: no propongo matrimonio a nadie por caballerosidad. Seré sincero contigo: me embarqué en esta aventura porque estaba borracho y aburrido, y porque pensaba que estaba obligado a hacer algo que me desagradaba. Pero la secundé porque enseguida empecé a divertirme como no me ocurría desde hacía años.

—En la diligencia no se divirtió —le recordó Pen.

—No, pero en el futuro no será necesario que viajemos en ella, ¿verdad? —repuso él sonriendo—. En pocas palabras, Pen: cuando te conocí estaba a punto de contraer matrimonio por conveniencia. Doce horas después de conocerte, sabía que, pasara lo que pasase, jamás me casaría con esa mujer. Y veinticuatro horas después, querida, sabía que había encontrado lo que ya creía que no existía.

—¿Y qué era? —preguntó ella con timidez.

Sir Richard esbozó una sonrisa un tanto amarga.

—Una mujer. No, una mocosa. Una mocosa impertinente, espantosa y descarada sin la que ya no podría vivir.

—¡Oh! —exclamó Pen, ruborizándose—. Es muy amable al dirigirme esas palabras. Sé muy bien por qué lo hace, y le estoy muy agradecida por expresarlo con tanta gracia.

—Pero no lo crees.

—No, porque estoy segura de que no se le habría ocurrido casarse conmigo si Piers no hubiera estado enamorado de Lydia Daubenay —repuso ella llanamente—. Usted siente lástima de mí, y entonces...

—No, en absoluto.

—Un poco sí, Richard. Y comprendo que una persona como usted (porque es inútil que finja ser egoísta; sé muy bien que no lo es) se convenza de que su honor la obliga a casarse conmigo. ¡Confíese! ¿Es cierto o no? ¡Por favor, no me cuente mentiras por educación!

—Muy bien. Es verdad que, después de enredarte en esta situación, mi honor me obliga a ofrecerte la protección de mi apellido. Pero lo que en realidad estoy ofreciéndote es mi corazón, Pen.

La joven buscó febrilmente su pañuelo para enjugarse las lágrimas.

—¡Gracias, sir Richard! —murmuró con voz estrangulada—. ¡Es tan educado!

—¡Eres imposible, Pen! Intento decirte que te quiero, y sólo se te ocurre comentar que soy educado.

—¡Nadie se enamora en tres días!

Sir Richard, que había dado un paso hacia ella, al oír esa argumentación se detuvo en seco.

—Entiendo.

—Perdóneme, se lo ruego —se disculpó ella, acabando de secarse las lágrimas—. No quería llorar, pero estoy algo cansada, y además... lo de Piers me ha trastornado un poco.

—Ya me lo temía —repuso él, que había disfrutado de la amistad de muchas mujeres, y creyó comprenderla—. ¿Lo querías mucho, Pen?

—No, pero pensaba que sí, y todo resulta muy doloroso, ¿me entiende?

—Creo que sí. Soy demasiado mayor para ti, ¿verdad?

—Yo soy demasiado joven —lo corrigió Pen, vacilante—. Supongo que usted me encuentra divertida, porque siempre está riéndose de mí. Pero pronto se cansaría de reír, y... y quizá lamentara haberme hecho su esposa.

—Jamás me canso de reír.

—¡No siga, por favor! —imploró ella—. Estábamos pasándolo muy bien hasta que llegó Piers y lo obligó a hablar como lo hizo. Le agradecería que no añadiera nada, Richard, por favor.

Wyndham comprendió que su prudente estrategia de no declarar su amor a Pen antes de que ésta hubiera visto a su antiguo compañero de juegos había fracasado. Y no encontraba ninguna explicación. Sin duda, ella siempre lo había considerado un personaje paternal y amistoso. Se preguntó si estaría verdaderamente enamorada de Piers Luttrell y, malinterpretando sus lágrimas, temió que su corazón hubiera quedado malherido. Casi estaba a punto de hacer caso omiso de sus reparos y abrazarla, pero la confianza que ella depositaba en él levantaba una barrera entre ambos.

—Me he impuesto una dura tarea, ¿verdad? —dijo sonriendo.

Ella no le entendió, así que no replicó. Antes de que Piers le expresara su indignación, y antes de que sir Richard declarase que Pen sería su futura esposa, la joven no se había parado a analizar sus sentimientos. Wyndham sólo había sido un compañero de viaje encantador, un personaje inmensamente superior en quien se podía confiar. El objeto de su viaje la había obsesionado a tal punto que ni siquiera se había preguntado si la aparición de un dandi en su vida había alterado por completo el carácter de su aventura. Pero lo había alterado; y cuando había encontrado a Piers, de pronto había comprendido que su antiguo compañero de juegos ya no le importaba. El dandi lo había desbancado de su mente y su corazón. Entonces Piers había convertido la aventura en una intriga vagamente sórdida y sir Richard se había declarado, pero no porque quisiera (porque de lo contrario, ¿por qué habría permanecido callado hasta entonces?), sino porque el honor lo había obligado a pronunciar aquellas palabras. Era absurdo pensar que un hombre tan elegante, de casi treinta años, se hubiera enamorado locamente de una jovencita que acababa de salir del aula, por muy perdidamente que se hubiera enamorado ella de él.

—Muy bien, señorita Creed. La cortejaré como es debido y obedeciendo todas las normas del decoro.

El ubicuo camarero escogió ese momento para entrar en el salón y retirar la mesa. Ella se volvió y se puso a mirar por la ventana, pensando que, en un mundo más perfecto, ningún sirviente los habría importunado con su legítimo trabajo en un momento como aquél. Mientras el camarero, que a juzgar por sus intermitentes sorbidos de nariz parecía sufrir un resfriado, se afanaba de un lado a otro poniendo platos y cubiertos en una bandeja, Pen parpadeó con insistencia para no derramar otra lágrima, al tiempo que fijaba su atención en un chuchito que se rascaba las pulgas en medio de la calle. Pero el objeto de su atención se esfumó ante la llegada de un elegante carrocín tirado por dos hermosos caballos zainos y conducido por un joven ataviado con una túnica blanca de varias capas y dos hileras de bolsillos. De un bolsillo interior asomaba un pañuelo Belcher, y la túnica, desabrochada, revelaba un asombroso chaleco de cachemira a rayas amarillas y azules, y un fular de muselina blanca con lunares negros. En el ojal de la túnica llevaba un ramillete de flores, y en la cabeza un sombrero alto y cónico elegantemente ladeado.

El coche se detuvo frente a la posada, y un postillón saltó de la parte trasera y corrió hacia las cabezas de los caballos. Aquel hombre exquisito se quitó la manta que le cubría las piernas y descendió, y entonces la señorita Creed pudo contemplar sus calzones de pana blanca y las botas de caña alta. El individuo entró en el establecimiento mientras Pen todavía parpadeaba, deslumbrada por aquella visión, y llamó a gritos al posadero.

—¡Dios mío, sir Richard, ha llegado un tipo muy extraño! ¡Me gustaría que lo hubiera visto! —exclamó Pen—. ¡Imagínese! Lleva un chaleco a rayas azul y amarillo, y un fular de topos.

—Yo también los llevo a veces —murmuró él.

Pen se volvió, decidida a mantener la conversación al amparo de esos temas tan anodinos.

—¿Usted? ¡No puedo creerlo!

—Ese fular que describe coincide con el distintivo del Four-Horse Club. Pero ¿qué demonios haría uno de sus miembros en Queen Charlton?

Del vestíbulo les llegó un murmullo de voces. Entonces la del posadero, bastante aguda, dijo con claridad:

—Mi mejor salón lo reservó sir Richard Wyndham, señor, pero si a usted no le importa...

—¿Qué? —gritó el recién llegado.

—¡Dios mío! —exclamó sir Richard, volviéndose para mirar a la señorita Creed—. ¡Atenta, mocosa! Creo que conozco a ese viajero. ¿Qué ha hecho con ese fular? ¡Venga aquí!

Apenas tuvo tiempo para arreglar el fular a Pen, cuando aquella penetrante voz dijo:

—¿Dónde? ¿Ahí? ¡No diga tonterías! ¡Lo conozco muy bien! —Y a continuación oyeron pasos decididos que cruzaban el vestíbulo.

La puerta se abrió de par en par y el caballero de la túnica entró a zancadas.

—¡Ricky! ¡Ricky, canalla! —exclamó al ver a sir Richard, al tiempo que tiraba los guantes y el sombrero—. ¿Qué haces aquí? —Y se precipitó hacia su amigo.

Pen, que se había quedado junto a la ventana tratando de pasar inadvertida, observó al alto joven que estrechaba la mano de su protector, y se preguntó dónde lo había visto antes. Le resultaba vagamente familiar, y el timbre de su potente voz le recordaba algo.

—¡Que me aspen! —exclamó el recién llegado—. ¡Qué sorpresa! No sé qué demonios haces aquí, pero eres justo la persona a quien quería ver. Ricky, ¿sigue en pie la oferta que me hiciste? Maldita sea, en ese caso, me iré a la Península en el primer barco. ¡Esta vez mi familia está endeudada hasta el cuello!

—Lo sé. Deduzco que ya te enteraste de lo de Beverley.

—¡Cielos! ¡No me digas que también lo sabes!

—Yo lo encontré.

El honorable Cedric se dio una palmada en la cabeza.

—¿Que lo encontraste? ¿Cómo? Pero ¿estabas buscándolo? ¿Quién más lo sabe? ¿Dónde está ese maldito collar?

—Si no se halla en poder de los agentes de la ley, supongo que entonces estará en el bolsillo de un tal capitán Trimble. Pasó por mis manos, pero se lo entregué a Beverley para... que se lo devolviera a tu padre. Cuando lo asesinaron...

Cedric retrocedió un paso, boquiabierto.

—¿Cómo dices? ¿Asesinado? ¿Te refieres a Bev, Ricky?

—¡Ah! Entonces... ¿no lo sabías?

—¡Santo cielo! —exclamó Cedric. Vio la licorera y las copas que el camarero había dejado sobre la mesa. Se sirvió una copa, que apuró de un trago—. Eso está mejor. Así que asesinaron a Bev, ¿no? Bueno, yo venía con la intención de matarlo. ¿Quién fue? —Y procedió a rellenar su copa.

—Trimble, supongo.

—¿Por el collar? —preguntó Cedric, alzando la cabeza.

—Seguramente.

Para sorpresa de Pen, el recién llegado soltó una carcajada.

—¡Qué gracia! ¡Maldita sea, Ricky, qué broma tan diabólica!

Sir Richard se puso el monóculo y, un tanto sorprendido, escudriñó el rostro de su joven amigo.

—Desde luego, no esperaba que la noticia te afligiera terriblemente, pero confieso que me sorprende...

—¡Ese collar es bisutería! —declaró Cedric desternillándose de risa.

—¡Rayos! —exclamó sir Richard, soltando el monóculo—. Sí, debí imaginármelo. ¿Fue Saar?

—¡Hace años! —repuso Cedric mientras se enjugaba las lágrimas con el pañuelo Belcher—. No lo supe hasta que notifiqué el robo a los agentes. Me pareció que mi padre no mostraba demasiado interés. ¡Pero al principio no sospeché nada! Mi madre no paraba de enviar mensajes a casa, a Brook Street, y las niñas no me dejaban en paz, así que me presenté en Bow Street. La verdad es que por las mañanas no me funciona muy bien la cabeza. Pero en cuanto puse a los sabuesos tras la pista del collar, empecé a pensar. Ya te dije que Bev no era buena gente, Ricky. Apuesto a que robó el collar.

—Cierto —asintió Wyndham con la cabeza.

—¡Maldita sea! ¡Eso es ir demasiado lejos! Mi madre tenía un escondite para el collar en su coche. Mi padre, Bev y yo lo sabíamos. Y supongo que también las niñas. Pero nadie más. En White's se me reveló todo: no hay nada como el brandy para aclarar las ideas. Entonces recordé que Bev había ido a Bath la semana pasada. ¡Pero no podía imaginar por qué! Pensé que lo mejor sería investigar por mi cuenta. Decidí ir a Bath, y entonces entró mi padre hecho un basilisco, pues Melissa le había contado que yo había ido a Bow Street. Mi padre, furioso, me preguntó cómo demonios se me ocurría avisar a las autoridades. Ricky, amigo mío, ¿me consideras ingenuo? Pues te doy mi palabra de que no sospechaba nada. Siempre pensé que mi padre tenía intención de conservar los diamantes. Resulta que los vendió hace tres años, cuando tuvo aquella racha de mala suerte tan atroz. Los mandó copiar para que no se enterara nadie, ni siquiera mi madre. Estaba furioso conmigo, y no me extraña, porque si mi agente daba con el collar, mi padre se vería en un buen aprieto. Por eso estoy aquí. Pero lo que no entiendo es a qué demonios viniste tú.

—Me aconsejaste que me largara —murmuró el otro.

—Sí, pero la verdad es que nunca creí que lo hicieras. Pero ¿por qué a este lugar? ¡Suéltalo ya, Ricky! ¡No creo que vinieras hasta aquí en busca de Bev!

—No. Vine sólo por... asuntos familiares. Creo que no conoces a mi joven primo, Pen Brown.

—Ignoraba que tuvieras un primo que se llamara así. ¿Quién es? —preguntó Cedric alegremente.

Sir Richard hizo un leve ademán señalando a Pen. La habitación estaba en penumbra, porque el camarero todavía no había llevado las velas y empezaba a anochecer. Cedric se volvió y miró entornando los ojos hacia el asiento empotrado de la ventana, donde estaba Pen, medio oculta junto a las cortinas.

—¡Maldita sea, no te había visto! ¿Cómo estás?

—Pen, el señor Brandon —los presentó Wyndham.

La joven se acercó a Cedric para estrecharle la mano, en el momento que entraba

el camarero con un par de candelabros que dejó encima de la mesa para ir a correr las cortinas. El resplandor de las velas deslumbró un poco a Cedric, pero cuando soltó la mano del joven, se fijó en sus rubios rizos. De pronto frunció el ceño y se puso a rebuscar en su nublada memoria.

—¡Espera un momento! ¿Nos conocemos?

—No, creo que no —contestó Pen con un hilo de voz.

—Ya. Sin embargo, me recuerdas... ¿Y dices que es primo tuyo, Ricky?

—Primo lejano.

—¿Y que se llama Brown?

Wyndham suspiró.

—¿Tanto te extraña?

—Diantre, Ricky, te conozco desde que nací, pero no recuerdo haber oído nunca que tuvieras un pariente llamado Brown. ¿Me estás ocultando algo?

—De haber sabido que estabas tan interesado en mi árbol genealógico, Cedric, te habría informado antes de la existencia de Pen.

El camarero, curioso pero sin ningún pretexto que justificara su presencia en el salón, se retiró a regañadientes.

—¡Aquí hay gato encerrado! —afirmó Cedric negando con la cabeza—. Hay algo que no encaja. ¿Dónde está el borgoña?

—A mí, al principio, también me pareció que nos conocíamos —terció Pen—. Pero sin duda se debe a su parecido con el tarta... con el otro señor Brandon.

—¡No me digas que lo conocías!

—No mucho. Pero nos lo encontramos aquí.

—Voy a decirte algo, muchacho: mi hermano no habría sido una buena influencia para ti —aseveró Cedric. La miró otra vez con ceño, mas al parecer desistió de recuperar ese recuerdo escurridizo y se volvió hacia sir Richard—. Pero tu primo no me ha explicado a qué has venido aquí, Ricky. ¿Cómo demonios fuiste a parar a este sitio?

—Por azar. Me vi obligado a acompañar a mi primo hasta este lugar a causa de unos asuntos familiares urgentes. Por el camino conocimos a un individuo al que perseguía un agente de Bow Street (tu agente, Ceddie), y que metió cierto collar en el bolsillo de mi primo.

—¿En serio? Pero ¿sabías que Bev se hallaba aquí?

—No, en absoluto. La verdad es que no me enteré hasta que lo oí intercambiar ciertos reproches con el hombre que creo que lo asesinó. Te lo explicaré en pocas palabras: había tres personas mezcladas en ese lamentable asunto, y una de las tres había engañado a las otras dos. Devolví el collar a Beverley, con la condición de que se lo entregara a Saar.

Cedric arqueó una ceja.

—¿Dime la verdad, Ricky! No soy idiota, amigo mío. Bev jamás habría accedido a entregar los diamantes, a menos que temiera que le propinaras una paliza. ¡Bev era tremendamente pusilánime! ¿Fue eso lo que pasó?

—No. No fue eso.

—¡No me digas que lo compraste, Ricky!

—No, no lo hice.

—Pero se lo prometiste, ¿no? ¡Ya te lo advertí! ¡Te advertí que no tuvieras tratos con Bev! Sin embargo, si está muerto, ya no hay peligro. ¡Pero continúa!

—La verdad es que no hay mucho más que contar. Anoche encontré a Bev muerto en un bosquecillo, no lejos de aquí. El collar había desaparecido.

—¡Por supuesto que hay que contar! Mira, Ricky, todo este asunto es muy desagradable. Y cuanto más lo pienso, menos entiendo por qué te marchaste de la ciudad con tanta prisa y sin decir ni una palabra a nadie. ¡Y no me digas que viniste por unos asuntos familiares urgentes! ¡Esa noche bebiste más de la cuenta! No te había visto tan borracho en la vida. Declaraste que volverías caminando a tu casa, y por lo que contó el portero a George, se te había metido en la cabeza que para llegar a ella tenías que andar en dirección a Brook Street. ¡Y apuesto lo que quieras a que no fuiste a cantarle una serenata a Melissa! Maldita sea, Ricky, ¿qué demonios te pasó?

—Me marché a casa —repuso sir Richard sin alterarse.

—Sí, pero ¿de dónde salió ese jovencito? —preguntó Cedric.

—Lo encontré en la puerta de mi casa. Había ido a buscarme.

—¿A las tres de la madrugada? ¡Vamos, Ricky!

—No, no —terció Pen—. Llevaba horas esperándolo.

—¿En la puerta? —preguntó Cedric, incrédulo.

—No quería que los sirvientes supieran que me encontraba en la ciudad. Tenía mis motivos —explicó ella fingiendo absoluta franqueza.

—¡Jamás había oído nada parecido! —replicó Cedric—. ¡Es impropio de ti, Ricky, muy impropio! A la mañana siguiente, fui a verte a tu casa, y allí encontré a Louisa y a George; todos estaban muy preocupados, y nadie tenía ni idea de tu paradero. ¡Y George aseguraba que te habías ahogado voluntariamente!

—¿Que me había ahogado? ¡Dios mío! ¿Por qué?

—¡Por lo de Melissa! ¿Por qué iba a ser? —replicó Cedric riendo—. Tu cama estaba intacta, había un fular arrugado en la chimenea y un mechón de... —De pronto se interrumpió y se volvió bruscamente hacia Pen—. ¡Santo cielo! ¡Ya lo tengo! ¡Ahora sé lo que me intrigaba! ¡Ese pelo! ¡Ese pelo era tuyo!

—¡Diantre! —exclamó sir Richard—. Así que lo encontraron, ¿eh?

—Un rizo dorado debajo de un chal. Tu cuñado estaba convencido de que se trataba de un recuerdo de tu pasado. ¡Pero no tiene sentido! ¡No creo que fueras a visitar a Ricky de madrugada para que te cortara el pelo, muchacho!

—No, pero aseguró que lo llevaba demasiado largo y que no quería pasearse conmigo con ese aspecto —explicó Pen a la desesperada—. Y tampoco le gustó mi fular. Es que estaba borracho, claro.

—No lo estaba tanto —repuso Cedric—. No sé quién eres, pero desde luego no el primo de Ricky. De hecho, creo que tampoco eres un muchacho. ¡Maldita sea, eres el pasado de Ricky, eso eres!

—¡No! —saltó Pen, indignada—. Es verdad que no soy un muchacho, pero no había visto a Richard en mi vida hasta esa noche.

—¿Que nunca lo habías visto? —repuso Cedric, perplejo.

—¡No! Fue una casualidad, ¿verdad, Richard?

—Sí —confirmó Wyndham con aire risueño—. Cayó de una ventana en mis brazos.

—¿Qué cayó de una...? ¡Dame el borgoña! —pidió Cedric.

Capítulo 13

Después de recobrarse un poco con el vino, Cedric suspiró y negó con la cabeza.

—Nada, a mí sigue pareciéndome muy extraño —declaró—. Las mujeres no caen de las ventanas así como así.

—Es que no me caí, exactamente. Salí por ella, pues estaba huyendo de mis parientes.

—Caramba, yo quise escapar de ellos muchas veces, pero nunca se me ocurrió hacerlo por una ventana.

—¡Claro que no! —repuso Pen—. ¡Porque es un hombre!

Cedric no parecía satisfecho.

—¿Y sólo las mujeres escapan por las ventanas? Aquí hay algo que no encaja.

—Es usted tremendamente lerdo. Huí por la ventana porque por la puerta habría resultado peligroso. Y sir Richard pasaba por allí por casualidad, lo cual fue una gran suerte, dado que las sábanas no eran lo bastante largas y tuve que saltar.

—¿Me está diciendo que bajó aferrándose a unas sábanas? —inquirió Cedric.

—Sí, por supuesto. ¿Cómo si no?

—¡Asombroso! —exclamó él, admirado.

—¡No fue nada! Cuando sir Richard descubrió que yo no era un muchacho, decidió que no sería correcto que viniera hasta aquí sola, así que me llevó a su casa, me cortó el pelo por detrás, me anudó bien el fular y... ¡y por eso encontraron esas cosas en la biblioteca!

Cedric miró de soslayo a su amigo.

—¡Diantre, Ricky, sabía que habías bebido, pero jamás pensé que estuvieras tan descompuesto!

—Sí —admitió el otro, pensativo—, creo que estaba un poco más embriagado de lo que sospechaba.

—¿Embriagado? Querido amigo, debiste de coger una melopea de miedo. ¿Y cómo demonios llegasteis aquí? Porque ahora recuerdo que George comentó que todos tus caballos estaban en el establo. ¡No me digas que viajasteis en un coche de alquiler!

—No. Vinimos en la diligencia.

—En la... la... —balbuceó Cedric.

—Eso fue idea de Pen —aclaró Wyndham—. Confieso que no estaba a favor de esa opción, y sigo considerando que la diligencia es un vehículo abominable; pero no se puede negar que el viaje resultó sumamente entretenido. La verdad es que viajar en silla de posta habría resultado de todo punto aburrido. La diligencia volcó en una zanja; entablamos amistad con un ladrón; nos encontramos en posesión de bienes robados; colaboramos en una fuga y descubrimos un asesinato. Jamás había soñado

que la vida pudiera resultar tan emocionante.

Cedric, que lo miraba boquiabierto, se echó a reír.

—¡Dios mío, nunca me recuperaré de esto! ¡Tú, Ricky! ¡Cielos, y pensar que Louisa aseguraba que serías incapaz de hacer nada impropio de un hombre elegante, que George creía que estabas en el fondo del río y que Melissa opinaba que habías ido a ver un taller textil! ¡Dios mío, cómo se enfurecerá! ¡Va a subirse por las paredes, caramba! —Volvió a enjugarse las lágrimas con el pañuelo Belcher—. Tendrás que pagarme el ingreso en el ejército, Ricky. Me lo debes, porque fui yo quien te aconsejó que huyeras, ¿no?

—¡Pero él no huyó! —protestó Pen—. La que escapó fui yo.

—¡Claro que huí! —la corrigió él y tomó un pellizco de rapé.

—¡No, en absoluto! ¡Sabe muy bien que sólo vino para cuidar de mí! ¡Aseguró que no podía permitir que viajara sola!

Cedric la miró con desconcierto.

—La verdad es que no entiendo nada —admitió—. Si os conocisteis hace sólo tres noches, no tiene sentido que estéis fugándoos.

—¡Claro que no estamos fugándonos! Vine aquí para ocuparme de un asunto privado, y Richard se hizo pasar por mi tutor. ¡Nadie habló de fugas!

—¿Tu tutor? ¡Madre mía! ¿No decías que era tu primo?

—Mi querido Cedric, no seas tan rígido —le suplicó Wyndham—. Hasta el momento me hice pasar por tutor, tío, fideicomisario y primo.

—A mí me pareces una cría con pésimos modales —le soltó Cedric a Pen con severidad—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, pero no veo por qué eso tenga que importarle.

—¡Diecisiete años! —Cedric miró consternado a su amigo—. ¡Estás loco, Ricky! ¡Estáis apañados! ¿Qué dirán tu madre y Louisa, por no hablar de mi hermana? ¿Cuándo es la boda?

—De eso estábamos hablando cuando has entrado.

—Será mejor que os caséis discretamente en algún sitio donde no te conozcan. Ya sabes cómo es la gente —aconsejó Cedric negando con la cabeza—. ¡Bueno, supongo que seré el padrino!

—No —repuso Pen, sonrojada—. Porque no vamos a casarnos. Sería absurdo.

—Ya sé que lo sería —replicó Cedric con franqueza—. Pero deberíais haberlo pensado antes de empezar a pasearos por el país de esta manera. Ahora ya no os queda más remedio que casaros.

—¡No pienso casarme! —insistió la joven—. Nadie tiene por qué saber que no soy un muchacho, excepto usted, y otra persona que no tiene importancia.

—¡Pero, querida amiga, no es posible! Créeme, no lo es. Quizá tú lo ignores, pero Ricky no. Supongo que tampoco sabes que se trata de un excelente partido. ¡Diantre,

nosotros confiábamos en que nos salvara de la bancarrota! —añadió, y soltó una risita.

—¡Es usted vulgar y detestable! —declaró Pen—. Poseo mucho dinero; de hecho, soy una heredera, y no tengo intención de casarme con nadie.

—¡Pero qué desperdicio! —protestó Cedric—. Ya que eres una heredera y no soportas la idea de casarte con Ricky (cosa que no te reprocho, pues es un caso perdido y jamás ha mirado a una mujer con intenciones serias), ¿te importaría casarte conmigo?

—Tu conversación resulta siempre de lo más edificante, querido Cedric —comentó sir Richard con frialdad.

—No, gracias. No deseo casarme con usted —contestó Pen riendo, pues no se había ofendido.

—Ya me lo temía. Entonces tendrás que conformarte con Ricky, no hay ninguna otra alternativa. Sin embargo, eres demasiado joven para él, eso no puede negarse. ¡Diantre, no me explico cómo se os ocurrió meteros en esta aventura tan descabellada!

—Es que estás equivocado, Cedric —explicó su amigo—. No hay nada que desee más que casarme con Pen.

—¡Vaya! —exclamó Cedric—. ¡Y yo que creía que eras un caso perdido!

—Voy a acostarme —anunció Pen.

Sir Richard fue hacia la puerta para abrísela.

—Sí, pequeña, ve a dormir. Pero te ruego que no te dejes influir por las toscas palabras de Cedric. Nunca conocí a nadie más desconsiderado que él —le aseguró mientras le cogía una mano para llevársela a los labios—. Que tengas felices sueños, mocosa —añadió en un susurro.

Pen notó un nudo en la garganta, pero consiguió esbozar una sonrisa y salió, aunque antes de alejarse oyó a Cedric exclamar:

—¡Ricky! No estarás enamorado de esa cría, ¿verdad?

—Me parece que sería más conveniente que habláramos de las circunstancias que te han traído aquí, Cedric —propuso Wyndham cerrando la puerta.

—¡Sí, por supuesto! —se apresuró a corroborar el otro—. ¡Discúlpame! No tenía intención de entrometerme en tus asuntos, querido amigo, te lo aseguro. ¡No pongas esa cara! ¡Ya me conoces! Carezco de todo sentido de la discreción.

—Eso me temo —convino sir Richard con aspereza.

—No diré ni pío —prometió su amigo—. Pero tú, precisamente, Ricky... Eso es lo que me sorprende. En fin, no es asunto mío. ¿Qué me contabas de Bev?

—Tu hermano ha muerto. Creo que eso es lo más importante.

—Bueno, no voy a fingir que su muerte me haya afectado mucho. Mi hermano no era buena persona, te lo aseguro. Dime, ¿qué hacía en ese bosquecillo que has

mentado?

—De hecho acudió allí para reunirse conmigo.

Cedric lo miró con ceño.

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué, Ricky?

—Verás, Beverley había decidido extorsionarme so amenaza de divulgar el hecho de que mi presunto primo era una muchacha disfrazada.

—Sí, muy típico de Bev —admitió Cedric asintiendo con la cabeza—. Y te ofreciste a pagar sus deudas, ¿no?

—¡Eso ya lo había hecho antes! Por desgracia, el capitán Trimble se enteró de que me había citado con tu hermano en el bosquecillo, y se me adelantó. Supongo que no tenía más intención que robarle. Un testigo que presencié el encuentro describió cómo se pelearon y cómo Trimble derribó a Beverley de un puñetazo, luego rebuscó en sus bolsillos y se marchó. Seguramente creyó que sólo lo había dejado inconsciente, pero el pobre se había desnucado.

—¡Caramba! —dijo Cedric, y silbó consternado—. ¡Entonces es peor de lo que imaginaba! ¡Diantre! No habrá forma de mantenerlo en secreto. Supongo que nadie te relaciona con el asesinato de mi hermano, ¿verdad?

—Lo cierto es que no gozo de muy buena reputación en esta región, pero hasta ahora no me han acusado de nada. Dime, ¿qué has venido a hacer aquí concretamente?

—A sonsacarle la verdad a Bev, por supuesto. No podía quitarme de la cabeza que se hallaba tras el asunto del robo, porque estaba muy endeudado. Además, mi padre quería que hiciera volver al sabueso, pero no encontré ni rastro de él. Si lo viste en el camino de Bristol, es lógico que no me lo topara. Fui a Bath. Lo último que sabía de Bev era que estaba allí, con Freddie Fotheringham. Freddie me contó que mi hermano se había marchado a casa de los Luttrell, que viven cerca de aquí. Así que fui a visitar a mi madre, le sonsaqué la historia del robo y vine aquí. ¿Qué podemos hacer?

—Creo que deberías hablar con el juez de paz. Hoy detuvieron en Bath a un hombre que podría ser Trimble, pero ignoro si tenía el collar.

—¡Estoy deseando dar con esa maldita joya! No me gustaría que se descubriera la verdad. Pero ¿qué piensas hacer tú? Me da la impresión de que también te encuentras en un buen apuro.

—Esa pregunta podré responderla mañana, después de hablar con Pen.

Sin embargo, sir Richard no iba a tener la oportunidad de hablar con la señorita Creed a la mañana siguiente. La joven, que había ido a acostarse muy desanimada, pasó largo rato sentada junto a la ventana abierta de su habitación, contemplando el paisaje bañado por la luna. Decidió que había sido el día más triste de su vida, y la repentina aparición de Cedric Brandon en nada había aliviado su pesadumbre. Era

evidente que Cedric consideraba que la aventura de Pen sólo era un poco menos fantástica que la idea de casarse con sir Richard. Según sus propias palabras, conocía a su amigo desde que era un crío, de modo que era lógico suponer que lo conocía muy bien. Opinaba que Pen debía casarse con sir Richard, lo que equivalía a afirmar que ella había puesto a su protector en una situación tan comprometida que se veía obligado a proponerle matrimonio. Era tremendamente injusto, caviló la joven, porque Wyndham no estaba sobrio cuando se había empeñado en acompañarla a Somerset, y además, únicamente lo había hecho con intención de protegerla. No se le había ocurrido pensar que un caballero de la edad de sir Richard pudiera ponerla en una situación comprometida, ni hacer peligrar su propio honor. Le había resultado simpático nada más verlo; enseguida se había sentido muy próxima a él, hasta tener la impresión de que lo conocía de siempre. Se consideraba aún más estúpida que Lydia Daubenay por no haberse percatado antes de llegar a Queen Charlton de que se había enamorado locamente de él. Se había negado a pensar en otra cosa que no fuera su encuentro con Piers, aunque tenía que reconocer que cuando llegó a la posada no estaba en absoluto impaciente por avisar a su antiguo compañero de juegos. Y una vez que los dos viejos amigos se hubieron visto cara a cara, él habría tenido que ser un dechado de virtudes para desbancar a sir Richard del corazón de Pen.

La conducta de Piers distaba mucho de ser modélica. En realidad, lo había estropeado todo, pensó Pen. La había acusado de indecorosa y había obligado a sir Richard a realizar una declaración que sin duda el galán no habría hecho por iniciativa propia.

«Porque supongo que no me quiere —se dijo Pen—. No dijo que me amaba hasta que Piers se mostró desagradable; de hecho, me trató como si de verdad fuera un fideicomisario, un tío o alguien mucho mayor que yo. Supongo que por eso lo encontraba todo muy correcto, en absoluto escandaloso. Pero nos metimos en un lío tras otro, y se vio obligado a engatusar a la tía Almería, y luego el tartamudo descubrió que yo era una muchacha, y Piers se comportó de esa manera desagradable, y Lydia me metió en un aprieto con sus estupideces, y llegó el comandante, y ahora ese otro señor Brandon descubre mi secreto, y el resultado es que he puesto al pobre Richard en una situación muy comprometida. Sólo puedo hacer una cosa: huir».

Sin embargo, esa decisión la entristeció en grado sumo, y grandes lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Pen se las enjugó, al tiempo que se repetía que no tenía sentido llorar. «Porque si Richard no desea casarse conmigo, yo tampoco quiero casarme con él; y si quiere, supongo que acudirá a buscarme a casa de mi tía. No, no irá. Se olvidará de mí, o se alegrará de haberse librado de una carga tan fastidiosa y maleducada. ¡Ay!».

Estaba tan enfrascada en esas tristes reflexiones que tardó un buen rato en salir de su ensimismamiento y meterse en la cama. Hasta se olvidó de la fuga que había

ayudado a organizar, y cuando oyó las campanadas que indicaban la medianoche, ni siquiera recordó que Lydia debía de estar subiendo a la silla de posta, con la jaula de los periquitos o sin ella.

Pasó muy mala noche: tuvo sueños muy inquietantes y se movió tanto de un lado para otro que las sábanas y las mantas se soltaron, lo que le provocó tal incomodidad que a las seis de la mañana, cuando por fin despertó y encontró la habitación iluminada por el sol, se alegró de salir de ella.

Una parte considerable de las horas de insomnio las había pasado pensando cómo podría huir sin que se enterara sir Richard. Recordó que había en el pueblo un transportista que viajaba a Bristol ciertos días, y decidió pedirle que la llevara en su carromato o, en caso de que no se tratara de uno de esos días, ir caminando hasta Bristol, y una vez allí comprar un billete para la diligencia de Londres. Bristol se hallaba a sólo nueve o diez kilómetros de Queen Charlton, y además era razonable pensar que algún vehículo que pasara por el camino se ofrecería a llevarla hasta la ciudad.

Empezó a vestirse y casi se echó a llorar otra vez mientras peleaba con los pliegues de su almidonado fular de muselina, porque era uno de los de Richard. Una vez preparada, metió sus escasas pertenencias en la bolsa de viaje que él le prestara y bajó de puntillas al salón.

Los sirvientes todavía no habían entrado en la estancia para abrir los postigos y ordenarla, aunque Pen los oía afanarse de un lado a otro en el comedor y la cocina. El salón, todavía desordenado, como lo habían dejado la noche anterior, ofrecía un aspecto descorazonador. Pen abrió los postigos y se sentó ante una mesita para escribir una carta de despedida a su protector.

Le costó gran esfuerzo redactarla, y tuvo que sonarse la nariz varias veces. Cuando por fin hubo concluido, la leyó no muy convencida y trató de borrar un manchón. No era una misiva de su completo agrado, pero no disponía de tiempo para escribir otra, así que la dobló, la selló, escribió el nombre de sir Richard y la dejó en la repisa de la chimenea.

En el vestíbulo encontró al taciturno camarero que los había atendido la noche anterior. Su mirada, aún más apagada de lo habitual, no pareció interesarse en el hecho de que Pen se hubiera levantado tan temprano y se limitó a contemplar con aire meditabundo la bolsa de viaje que la joven sujetaba.

Pen le explicó que tenía que ir a Bristol, y le preguntó si el transportista iba a pasar ese día por la posada. El camarero respondió que no, porque no pasaba los viernes.

—Si lo hubiera necesitado ayer, lo habría encontrado —añadió con un deje de reproche.

—En ese caso tendré que ir andando —dijo Pen, y suspiró hondo.

El camarero acogió esta declaración sin interés, pero cuando Pen se disponía a abrir la puerta, recordó algo y dijo con similar falta de entusiasmo:

—La señora va a ir a Bristol en el tálburi.

—¿Cree que querrá llevarme?

El hombre no quiso opinar, pero se ofreció para preguntarlo. Aun así, Pen declinó la oferta y decidió ir en persona a pedírselo, de modo que se dirigió al patio trasero de la posada, donde encontró a la mesonera metiendo un cesto en el tálburi y disponiéndose a montar.

A la mujer le sorprendió la petición del joven y miró con recelo su bolsa de viaje; pero era una persona simpática y bondadosa, y después de que Pen le asegurara, mendaz, que sir Richard se hallaba al corriente de su viaje, permitió que subiera al tálburi y que pusiera la bolsa de viaje bajo el asiento. Su hijo, un joven flemático que se pasaría todo el camino mascando una paja, tomó las riendas y unos minutos más tarde el grupo avanzaba por la calle del pueblo con paso lento pero regular.

—Bueno, sólo espero no estar haciendo nada indebido —comentó la señora Hopkins en cuanto se hubo recuperado del esfuerzo de subir al tálburi—. No me gusta entrometerme en los asuntos de la gente, pero si está usted huyendo del caballero a cuyo cargo se encuentra, voy a tener problemas.

—¡Claro que no, señora! —mintió Pen—. Verá, es que no tenemos nuestro coche aquí, porque en ese caso... en ese caso no habría necesitado molestarla.

La señora Hopkins repuso que no era ninguna molestia y añadió que se alegraba de tener compañía. Cuando se enteró de que la joven no había desayunado, quedó horrorizada, y con gran esfuerzo sacó el cesto de debajo del asiento y extrajo un gran paquete de bocadillos, una tarta envuelta en una servilleta y una botella de té frío. Pen aceptó un bocadillo, pero rechazó la tarta, y entonces la señora Hopkins confesó que, aunque estaba dispuesta a compartirla con el joven caballero, la tarta en cuestión era un regalo para su tía, que vivía en Bristol. A continuación reveló que iba a la ciudad a recoger a una hija de su hermana que llegaba esa mañana en la diligencia de Londres y que iba a trabajar como camarera en el George. Una vez que la conversación se volvió fluida, el viaje transcurrió agradablemente. La señora Hopkins proporcionó a Pen un relato tan exhaustivo de las diversas tribulaciones y vicisitudes de cada uno de los miembros de su familia que para cuando el tálburi se detuvo frente a una posada del centro de Bristol, la joven tenía la impresión de que no podía haber mucho que no supiera sobre los parientes de la buena mujer.

La diligencia no llegaba a Bristol hasta las nueve, hora en que salía de la posada el coche con destino a Londres. La señora Hopkins fue a visitar a su tía, y Pen, que ya había comprado el billete y dejado la bolsa de viaje en la posada, salió a gastarse las últimas monedas que le quedaban en provisiones para el viaje.

Las calles estaban desiertas a esas horas de la mañana, y algunas tiendas todavía

no habían recorrido los postigos; pero tras pasear unos minutos y observar con interés los cambios que, en cinco años, se habían operado en la ciudad, se topó con una casa de comidas abierta. El olor de las tartas recién hechas le despertó el apetito, así que entró y llevó a cabo una meticulosa selección de las viandas expuestas.

Al salir de la tienda, todavía faltaba media hora para que partiera la diligencia, de modo que decidió acercarse al mercado, donde bastantes tenderos ponían ya en marcha sus negocios. Pen divisó a la señora Hopkins regateando con un vendedor por el precio de una pieza de percal, pero, como no le interesaba conocer más detalles sobre la familia Hopkins, la evitó mientras fingía examinar los artículos de una relojería. Tan concentrada estaba en esquivar la maternal mirada de la posadera, que no se percató de que a ella también estaba observándola un tipo robusto con un abrigo de lana gruesa y un sombrero de ala ancha, que al cabo se le acercó y, poniéndole una pesada mano en el hombro, dijo con voz grave:

—¡Pillado!

Pen dio un respingo, como si fuera culpable de algo, y se volvió, muy alarmada. Aquella voz le resultaba familiar; con gran consternación se encontró ante el rostro del agente de Bow Street que alcanzara a Jimmy Yarde en la posada cerca de Wroxham.

—¡Oh! —dijo con voz débil—. ¡Oh! ¿No es usted... el hombre que conocí... el otro día? ¿Qué tal está? Hace un día precioso, ¿verdad?

—Así es, joven —repuso el agente con severidad—. Y me alegro de que nos hayamos encontrado, porque me interesaba mucho volver a hablar con usted. Y cuando a Nat Gudgeon le interesa hablar con alguien, lo consigue, eso no falla. Venga conmigo.

—¡Pero si no he hecho nada malo! ¡De verdad! —protestó Pen.

—Si no ha hecho nada malo, entonces no tiene por qué temerme —razonó Gudgeon esbozando una sonrisa que a la joven le pareció diabólica—. Pero usted, joven, y ese elegante caballero que lo acompañaba se marcharon con muchas prisas de la posada. Y eso me ha dado que pensar. ¡Como si mi presencia les resultara desagradable!

—¡No, no, en absoluto! Nada nos retenía allí, y ya llevábamos mucho retraso.

—En fin —dijo el agente soltándole el hombro y agarrándola con fuerza por encima del codo—. Me gustaría formularle unas preguntas. Y no cometa el grave error de intentar escabullirse, porque de nada le servirá. ¿Por casualidad no habrá oído hablar de un tipo llamado Yarde? ¿Y reconocería unos brillantes si los viera? ¡Diantre! Si me hubieran pagado un par de peniques por cada pilluelo como usted atrapado y enviado a la cárcel, sería un hombre rico, sí señor. Venga conmigo y deje de intentar engatusarme, porque sabe usted mucho más acerca de cierto collar de brillantes de lo que quiere aparentar.

A esas alturas, varias personas se habían parado a escuchar y estaba formándose un corrillo. Pen miró alrededor, atormentada. Vio la cara de asombro de la señora Hopkins, pero ninguna forma de escapar de allí, y se dio por vencida. Era evidente que el señor Gudgeon estaba decidido a llevársela a la cárcel, o como mínimo a algún sitio en el cual retenerla, donde la joven sospechaba que no tardarían en descubrir su sexo. Entretanto, la multitud iba agolpándose, varias personas preguntaron en voz alta qué había hecho aquel joven caballero y un individuo muy bien informado empezó a explicar a sus vecinos que aquel hombre era un agente de Bow Street venido de Londres. Pen decidió que lo más conveniente era ser sincera. Así pues, no intentó zafarse del agente, y declaró con toda la serenidad de que fue capaz:

—Por supuesto. No me importa acompañarlo. De hecho, sé muy bien lo que quiere, y creo que estoy en condiciones de facilitarle cierta información que le resultará muy valiosa.

Al señor Gudgeon, nada acostumbrado a que se dirigieran a él con tanta sangre fría, no lo ablandaron aquellas palabras.

—¡Qué desfachatez! —exclamó indignado—. ¡Es usted un descarado, jovencito! ¡Y eso que todavía tiene restos de la leche materna en los labios! ¡Venga conmigo, y no intente engañarme!

Una parte de la gente congregada se mostró dispuesta a acompañarlos, pero el agente se dirigió a ellos con tanta fiereza que se dispersaron rápidamente, dejando que condujera su presa fuera del mercado.

—Comete usted un grave error —anunció Pen al agente—. Va en pos de los diamantes de los Brandon, ¿verdad? Pues bien, sé qué pasó con el collar y, de hecho, el señor Brandon quiere que usted deje de buscarlo.

—¡Ja! —exclamó Gudgeon con burla—. ¿No me diga? ¡Jamás había conocido a un crío tan desvergonzado!

—¿Puede hacer el favor de escucharme? Sé quién tiene los diamantes. ¡Es más, ese hombre mató al otro señor Brandon para hacerse con ellos! —El señor Gudgeon sacudió la cabeza, admirado—. ¡Es la verdad, créame! —insistió Pen—. Se llama Trimble, y estaba confabulado con Jimmy Yarde para robar la joya. Pero el robo salió mal, de modo que el collar volvió a manos del señor Beverley Brandon, y entonces el capitán Trimble lo mató y huyó con los diamantes. Y el señor Cedric Brandon está buscándolo a usted por todas partes, y si va a Queen Charlton lo encontrará allí y le confirmará que cuanto le he dicho es cierto.

—¡Jamás había oído nada parecido! —declaró Gudgeon, muy ofendido—. ¡No cabe duda de que es usted un granuja de primera categoría! ¿Puedo preguntarle cómo sabe tantas cosas sobre esos brillantes?

—Conozco al señor Brandon. ¡A los dos señores Brandon! Y estaba en Queen Charlton cuando se cometió el crimen. El señor Philips, el juez de paz, sabe quién

soy.

—No le digo ni que sí ni que no —repuso el agente en un tono más suave, sorprendido por la afirmación de Pen—, pero está contándome una historia muy rocambolesca, jovencito, eso ha de reconocerlo.

—Sí, entiendo que pueda parecérselo —concedió Pen. Notó que el agente le aflojaba un poco el brazo y decidió aprovechar su ventaja—. Será mejor que venga enseguida conmigo a Queen Charlton, porque el señor Brandon quiere verlo, y supongo que el señor Philips le agradecerá mucho que lo ayude a dar con el capitán Trimble.

—O mucho me equivoco —dijo despacio el agente, mirándola de reojo—, o es usted el mayor liante que he conocido jamás. Quizá vaya a ese sitio que sugiere, y quizá mientras viajo usted me espere en un sitio donde no pueda causar más problemas.

Se habían metido por una calle ancha atravesada por numerosas callejuelas estrechas. Pen, que no tenía intención de regresar a Queen Charlton, ni de dejarse encerrar en la cárcel de Bristol, aprovechando que el señor Gudgeon ya no la sujetaba tan fuerte, decidió intentar huir.

—Como quiera —repuso con ligereza—. Pero le advierto que el señor Brandon va a enfadarse muchísimo si se entera de que me molestó usted. Como es lógico, no quiero... ¡Oh, mire! ¡Rápido, mire!

Habían llegado a la esquina de una de las callejuelas. Con aquel falso sobresalto, Pen consiguió que el agente se parara en seco.

—¡Allí, doblando esa esquina! ¡Es él! ¡El capitán Trimble! —exclamó la joven, agarrándolo del brazo con la mano libre—. ¡Debe de haberme visto, porque ha echado a correr enseguida! ¡Rápido!

—¿Dónde? —preguntó Gudgeon, desprevenido, mirando a uno y otro lado.

—¡Allí! —señaló la muchacha, y en ese mismo instante se soltó y echó a correr como una liebre por la callejuela.

Oyó gritos a sus espaldas, pero no perdió el tiempo mirando atrás. Una mujer que fregaba a la puerta de su casa gritó «¡Al ladrón!», y un mandadero con un gran cesto colgado del brazo dio un fuerte silbido. Pen llegó al final de la callejuela perseguida por un gran griterío; dobló la esquina, divisó un callejón que conducía a unas viviendas pobres y echó a correr por él.

Se encontró en un laberinto de callejas estrechas con sucias alcantarillas, con casuchas y patios malolientes a causa de la basura acumulada en ellos. Nunca había estado en esa parte de la ciudad, de modo que no tardó mucho en perderse. Sin embargo, eso no la preocupó demasiado, porque ya no oía a sus perseguidores. No creía que la hubieran visto meterse por el callejón, de modo que abrigaba esperanzas razonables de haberles dado esquinazo. Entonces siguió andando, casi sin resuello, en

lo que suponía que era dirección este. Después de cruzar varias calles que nunca había pisado, llegó por fin a una parte más respetable de la ciudad y se arriesgó a preguntar cómo se iba a la posada donde había dejado su bolsa de viaje. Descubrió que había pasado de largo, y aún peor: que sólo faltaban unos minutos para las nueve. Quedó tan consternada que su informante, un tipo robusto con pantalones de pana y una chaqueta de lana que se disponía a subir a una calesa, le preguntó si quería coger la diligencia de Londres. Cuando ella contestó que sí, el individuo sentenció con filosofía:

—Pues la has perdido.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora? —se lamentó Pen, previendo un día entero de deambular por la ciudad para eludir al agente Gudgeon.

—¿Tienes prisa? —preguntó el granjero, que se había quedado mirándola con aire pensativo.

—¡Sí, mucha! Es que ya pagué el billete.

—Mira, voy a Kingswood. Si quieres puedo llevarte en mi calesa. Seguramente allí podrás tomar la diligencia.

Pen aceptó el ofrecimiento muy agradecida, porque pensó que, aunque no consiguiera coger la diligencia, en Kingswood se hallaría más a salvo de Gudgeon que en Bristol. Por fortuna, el granjero tenía un caballo joven y rápido, y llegaron al camino de Londres antes de que la pesada diligencia se hubiera marchado. Dejó a Pen en Kingswood, frente a la puerta de la posada, y tras comprobar que la diligencia todavía no había pasado por allí, se despidió alegremente de la joven y prosiguió su camino.

Pen tenía la impresión de que había evitado el desastre por los pelos. Se sentó en el banco que había frente al establecimiento y se dispuso a esperar la llegada de la diligencia. El coche tardó, pero cuando al fin apareció y Pen entregó el billete, el guardia pareció tomarse como una afrenta personal que no hubiera montado en Bristol. Con maliciosa satisfacción, le comunicó que la bolsa de viaje se había quedado en la posada Talbot, pero tras mucho protestar admitió que la joven tenía derecho a ocupar un asiento en la diligencia, así que bajó el estribo para dejarla subir. Pen se apretujó entre un tipo gordo y una mujer con un niño malhumorado en brazos; cerraron la portezuela, recogieron el estribo y el vehículo reanudó su lento y pesado viaje a Londres.

Capítulo 14

A sir Richard Wyndham no le gustaba madrugar, pero el día que Pen se marchó un lacayo desaprensivo lo despertó a horas intempestivas. Entró en su habitación con un montoncito de ropa interior recién lavada y con sus botas, además de con el tímido anuncio de que una visita lo esperaba abajo.

Sir Richard gruñó y preguntó qué hora era. Aún más cohibido, el lacayo contestó que las ocho en punto.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó sir Richard mirándolo con aflicción.

—Ya lo sé, señor —concedió el sirviente—, pero ha venido el comandante Daubenay, señor, y está muy enfadado.

—¡Oh! El comandante Daubenay. ¡Que el diablo se lo lleve!

El lacayo sonrió, pero quedó a la espera de instrucciones más precisas. Sir Richard volvió a gruñir y se incorporó.

—Crees que debería salir de la cama, ¿verdad? Pues tráeme el agua para afeitarme.

—Enseguida, señor.

—¡Oh! Presenta mis respetos al comandante e infórmale que estaré con él enseguida.

El hombre fue a buscar el agua y el dandi, contemplando la belleza de la mañana con cierto cinismo, se levantó.

Cuando el lacayo volvió con una jarra de agua caliente, encontró a sir Richard en calzones y camisa, y le informó que el comandante estaba paseándose por el salón y que más parecía una bestia en un circo que un caballero cristiano.

—¡Qué horror! —repuso Wyndham con frialdad—. Dame las botas, ¿quieres? ¡Ay, Biddle! ¡No te valoré hasta que te perdí!

—¿Perdón, señor?

—Nada —repuso sir Richard mientras se calzaba una bota tirando con fuerza.

Media hora más tarde bajó al salón, donde encontró a su matutino invitado paseándose por la estancia con un gran reloj en una mano. El comandante, con las mejillas encendidas, lo miró fijamente, golpeó su reloj con un tembloroso dedo y dijo conteniendo la ira:

—¡Cuarenta minutos, señor! ¡Llevo cuarenta minutos esperando en esta habitación!

—Sí, me he sorprendido a mí mismo —admitió sir Richard con una exasperante despreocupación—. En otra época no habría conseguido este resultado en menos de una hora, pero la práctica, amigo mío, la práctica es fundamental.

—¡Una hora! —bramó Daubenay—. ¡La práctica! ¡Nada más que bobadas! ¿Me oye?

—Sí, por supuesto —concedió sir Richard y se sacudió una mota de polvo de la manga—. Y creo que no soy el único que goza de ese privilegio.

—¡Es usted un dandi! —declaró el hombre con desprecio—. ¡Un dandi, señor! ¡Eso es lo que es!

—Bueno, me alegro de que las prisas con que me vestí no le impidan reparar en ello —replicó Wyndham con cordialidad—. Pero el término correcto es galán.

—¡Me importa un comino cuál sea el término correcto! —rugió el comandante y dio un mamporro en la mesa—. ¡Para mí es lo mismo: dandi, galán o simplemente presumido!

—Si consigue hacerme perder los estribos (lo cual no suele ocurrirme a estas horas de la mañana), descubrirá que se equivoca. Entretanto, supongo que no me ha sacado de la cama para intercambiar cumplidos conmigo. ¿Qué desea, señor?

—¡No emplee ese tono tan arrogante conmigo, señor! ¡Ese mocoso suyo se fugó con mi hija!

—¡Tonterías! —repuso sir Richard con calma.

—¿Tonterías? ¡Pues permítame decirle que mi hija se marchó, señor! Se marchó, ¿me oye? ¡Y se llevó a su doncella!

—Le ruego que acepte mis más sinceras condolencias.

—¿Sus condolencias? ¡No quiero sus malditas condolencias! ¡Quiero saber qué piensa hacer!

—Nada, no pienso hacer nada.

Al comandante se le salían los ojos de las órbitas y una vena se le marcaba en la frente.

—¿Y tiene la desfachatez de quedarse ahí plantado mano sobre mano cuando el granuja de su primo se fugó con mi hija?

—Nada de eso. No pienso actuar porque mi primo no se fugó con su hija. Y tendrá que disculparme por señalar que estoy empezando a hastiarme de sus dificultades paternas.

—¿Cómo se atreve? ¡Cómo se atreve! Su primo se cita en secreto con mi hija en Bath, la hace salir de mi casa a altas horas de la noche, la engaña con falsas promesas y ahora... ahora, por si fuera poco, se fuga con ella, y usted dice... usted dice que está hastiado de mis problemas familiares.

—Sí, mucho. Si su hija se escapó de su casa, lo cual no le reprocho, le aconsejo que no pierda el tiempo ni agote mi paciencia aquí, y que en cambio pregunte en Crome Hall si el señor Piers Luttrell se encuentra en su casa, o si también desapareció.

—¡El joven Luttrell! ¡Si hubiera desaparecido me alegraría mucho! Sí, me alegraría, y también me haría muy feliz que hubiera sido cualquier otro, antes que ese depravado mocoso suyo, quien se hubiera fugado con mi hija.

—Pues es una circunstancia muy afortunada.

—¡No, no lo es! ¡Sabe muy bien que no se trata del joven Luttrell! Mi hija confesó que llevaba tiempo viéndose con su primo, y el muy canalla aseguró en esta misma habitación... ¡En esta misma habitación, y usted estaba aquí con...!

—Amigo, su hija y mi primo dijeron muchas tonterías, pero le garantizo que no se han fugado juntos.

—¡Está bien! ¡Está bien! Entonces, ¿puede decirme dónde se halla su primo?

—Supongo que en su cama.

—¡Entonces mande a alguien a buscarlo! —bramó el hombre.

—Como quiera —aceptó sir Richard, y a continuación fue hacia el cordón de la campanilla y tiró de él.

Apenas lo había soltado cuando se abrió la puerta y el honorable Cedric entró en el salón, ataviado con un elegante batín de brocado con llamativo estampado.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó con tono lastimero—. ¡Jamás había oído tanto jaleo! ¡Ricky, amigo mío! ¿Ya te has vestido?

—Sí —contestó exhalando un suspiro—. Qué fastidio, ¿verdad?

—¡Pero si todavía no son las nueve! —exclamó Cedric, horrorizado—. ¿Qué demonios te ha pasado? ¡No puedes levantarte tan temprano! ¡No es decente!

—Lo sé, Ceddie, pero ya conoces el refrán: allá donde fueres, haz lo que vieres. Ah, permíteme presentarte al comandante Daubenay. Comandante, el señor Brandon.

—A su servicio, señor —saludó Daubenay con aspereza y una leve cabezada.

—¿Cómo está usted? —repuso Cedric sin prestarle mucha atención—. ¡Qué horario más extraño tienen en el campo!

—No estoy aquí en visita de cortesía —explicó el comandante.

—¡No me digas que estabais peleándoos, Ricky! Me lo pareció, desde luego. La verdad, amigo mío, es que podríais haber recordado que dormía en la habitación de arriba. Yo no me pongo en marcha hasta mediodía, ¿sabes? Y además, esto no es propio de ti.

Dando un bostezo, cruzó la habitación y se sentó en una butaca junto a la chimenea, estirando las largas piernas. El comandante lo miró furibundo y declaró que había ido a ver a sir Richard para tratar con él de un asunto privado.

A Cedric le pasó inadvertida la indirecta.

—Lo que necesitamos es un poco de café. ¡Café bien cargado! —pidió.

En ese momento entró una sirvienta tocada con una cofia que se sorprendió al encontrar el salón ocupado.

—¡Oh! ¡Perdone, señor! ¡Creí que había llamado!

—Sí, he llamado —confirmó sir Richard—. Tenga la bondad de ir a la habitación del señor Brown y pedirle que baje en cuanto se haya vestido. El comandante Daubenay desea hablar con él.

—¡Un momento! —saltó Cedric—. Antes tráenos un poco de café, por favor.

—Sí, señor —repuso la mujer, aturullada.

—¡Café! —estalló Daubenay.

—¿Prefiere otra cosa? —repuso Cedric arqueando una ceja—. ¿Qué le apetece? Personalmente, creo que es un poco pronto para el brandy, pero si quiere una jarra de cerveza, sólo tiene que pedirla.

—¡No quiero nada! ¡Sir Richard, mientras perdemos el tiempo con estas fruslerías, ese joven bribón está raptando a mi hija!

—Ve a buscar al señor Brown —ordenó sir Richard a la sirvienta.

—¡Un rapto! ¡Cielos! —exclamó Brandon—. ¿Ese pequeño canalla?

—El comandante Daubenay cree, equivocadamente, que anoche mi primo se fugó con su hija —aclaró sir Richard.

—¿Cómo? —Cedric parpadeó. Miró primero a sir Richard y luego al comandante, y al fin dijo—: ¡Cielos, no hablarás en serio! ¡Deberías controlar más a ese muchacho, Ricky!

—¡Exacto! —coincidió Daubenay—. ¡Ya lo creo! Sin embargo, en lugar de eso ha adoptado una actitud que sólo puedo calificar de insensible y abúlica, señor.

—Eso es típico de Ricky —dijo Cedric negando con la cabeza. E incapaz de contenerse añadió—: ¿Cómo se le ocurrió pensar que su hija se había fugado con su primo? ¡Le aseguro que es lo más divertido que he oído en muchos meses! ¡Ricky, me voy a burlar de ti por esto durante años!

—Tú te vas a la Península, Ceddie —le recordó su amigo sonriendo.

—¡Y lo encuentra gracioso! —bufó el comandante.

—¡Por supuesto que me parece divertido, y a usted le pasaría lo mismo si supiera lo que yo sé del primo de Wyndham!

La sirvienta regresó al salón.

—¡Ay, señor! ¡El señor Brown no se encuentra en su dormitorio! —anunció, e hizo una reverencia.

El efecto de esa declaración fue sorprendente: el comandante profirió un rugido similar al de un toro furioso, Cedric cesó de reír en seco y sir Richard dejó caer su monóculo.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —bramó Daubenay—. ¿Qué me dice ahora, señor?

—¡No sea ridículo! —espetó Wyndham sobreponiéndose rápidamente y con más acritud de la que Cedric recordaba haberle oído nunca—. Seguramente ha salido a tomar el aire. Se levanta muy temprano.

—Señor, el joven caballero se llevó la bolsa de viaje.

El comandante tenía dificultades para controlar la ira que se había desatado en su interior. Cedric, observando sus saltones ojos, le aconsejó que tuviera cuidado.

—Una vez conocí a un tipo que se puso así y se le reventó una vena. ¡Tan real

como que estoy aquí sentado!

La sirvienta, a quien no había pasado inadvertido el encanto del honorable Cedric, reprimió una risita y estrujó el borde de su delantal.

—Cuando recogí el salón vi que en la repisa de la chimenea había una carta para el señor —declaró.

Sir Richard fue hacia la chimenea. La carta que Pen dejara apoyada contra el reloj se había caído, y por eso no la había visto. Un tanto pálido, la cogió y se acercó a la ventana.

Mi querido Richard —había escrito la joven—: te escribo para despedirme de ti y agradecerte tu bondad. He decidido volver a casa de mi tía Almería, porque la idea de que te sientas obligado a casarte conmigo es una ridiculez. Le contaré a mi tía alguna historia que la satisfaga. Querido Richard, fue una aventura fabulosa. Tuya y agradecida,

Penelope Creed.

P.D. Te enviaré los fulares y la bolsa de viaje. ¡Y de verdad, gracias por todo!

Cedric, al reparar en el rígido semblante de su amigo, se levantó de la butaca y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué dice, Ricky?

El otro dobló la hoja y se la guardó en un bolsillo interior.

—Puede usted estar tranquilo, señor: mi primo no se fugó con su hija.

—¡No le creo!

—Si está llamándome mentiroso... —Wyndham se dominó, y se volvió hacia la sirvienta—. ¿Cuándo se marchó de la posada el señor Brown?

—No lo sé, señor. Pero Parks estaba abajo. Es el camarero, señor.

—Ve a buscarlo.

—¡Si su primo no se fugó con mi hija, enséñeme esa carta! —exigió el comandante.

El honorable Cedric quitó la mano del hombro de su amigo y fue hasta el centro del salón con una expresión de desdén en su aristocrático semblante.

—Mire, señor... Daubenay, o como quiera que se llame, no sé qué idea se le ha metido en la cabeza, ¡pero ya estoy hartos! ¡Márchese, por lo que más quiera!

—No pienso moverme de aquí hasta que sepa la verdad —declaró el hombre—. ¡No me sorprendería descubrir que los dos están confabulados con ese mocoso!

—¡Maldita sea, la atmósfera de este lugar es sumamente rara! —exclamó Cedric—. ¡Creo que están todos locos!

Entonces el taciturno camarero entró en la habitación. Su revelación de que Pen había ido a Bristol con la señora Hopkins hizo que la expresión de sir Richard resultara aún más indescifrable, pero disipó al menos uno de los temores del comandante, el cual, enjugándose la frente, admitió con brusquedad que se había equivocado.

—Eso mismo estábamos diciéndole —señaló Cedric—. Y le diré algo más, señor: quiero desayunar, pero no me apetece sentarme a la mesa mientras usted siga danzando por la habitación y gritando como un poseso. ¡Así nadie puede comer tranquilo!

—¡Es que no lo entiendo! —protestó Daubenay en tono más suave—. ¡Mi hija confesó que había ido al bosque a reunirse con su primo!

—Ya le he explicado que su hija y mi primo dijeron muchas tonterías —replicó sir Richard por encima del hombro.

—¿Insinúa que me lo dijo para hacerme creer...? ¿Para engañarme? ¡Cielo santo!

—¡No empiece, se lo ruego! —trató de atajarlo Cedric.

—¡Se fugó con el joven Luttrell! —gritó el comandante—. ¡Voy a romperle todos los huesos a ese granuja!

—Bueno, eso a nosotros no nos importa —comentó Cedric—. ¡Vaya y rómpaselos, señor! ¡No pierda más el tiempo! ¡La puerta, camarero!

—¡Por Dios! ¡Eso es terrible! —exclamó Daubenay dejándose caer en una butaca y dándose una palmada en la frente—. ¡A estas alturas ya deben de estar a medio camino de la frontera escocesa! ¡Y por si fuera poco, Philips quiere que lleve a mi hija a Bath esta mañana para ver si puede identificar a un tipo al que han detenido! ¿Qué voy a decirle? ¡Qué escándalo! ¡Mi pobre esposa! ¡La dejé postrada!

—Vuelva con ella enseguida —lo instó Brandon—. ¡Dese prisa! Pero antes dígame: ¿tenía ese hombre los diamantes?

—¿Y eso qué importa? —repuso el hombre con un ademán como si ahuyentara un mosquito—. ¡Es en la insensata de mi hija en quien estoy pensando!

—Ya sé que no le importa, pero a mí sí. El hombre al que asesinaron era mi hermano y los diamantes pertenecen a mi familia.

—¿Su hermano? ¡Dios mío, me deja usted atónito, señor! ¡Nadie diría que acaba de sufrir usted semejante pérdida! Su frivolidad, su...

—¡Deje en paz mi frivolidad, caballero! ¿Encontraron el dichoso collar?

—Sí, señor, creo que el prisionero tenía uno. Y si eso es lo único que le importa de todo este...

—Ricky, he de recuperar la joya. Lamento tener que dejarte, pero las circunstancias me obligan. ¿Dónde demonios está ese café? ¡No puedo marcharme sin desayunar! —Entonces vio al camarero, que había vuelto a aparecer en el umbral—. ¡Eh, tú! ¿Por qué te quedas ahí plantado? ¡El desayuno!

—Enseguida, señor —dijo el sirviente sorbiéndose la nariz—. ¿Y qué quiere que le diga a la señora?

—¡Dile que no recibimos! Por cierto, ¿qué señora?

—Para sir Richard Wyndham —dijo lúgubrementemente el camarero mostrando una bandeja con una tarjeta de visita—. Quiere hablar con él.

Cedric cogió la tarjeta.

—Lady Luttrell —leyó—. ¿Quién demonios es lady Luttrell, Ricky?

—¡Lady Luttrell! —saltó el comandante—. ¿Aquí? ¡Esto es una conspiración!

Sir Richard se volvió con gesto de sorpresa.

—Haga pasar a la señora —dijo.

—Siempre he dicho que la vida del campo no está hecha para mí —comentó Cedric—, pero ¡rayos! ¡No sabía hasta qué punto! ¡Todavía no han dado las nueve y ya están todos haciéndose visitas! ¡Espantoso, Ricky, espantoso!

Wyndham se había apartado de la ventana y estaba mirando la puerta, con las cejas ligeramente arqueadas. El camarero hizo pasar a una atractiva mujer de entre cuarenta y cincuenta años, de cabello castaño entrecano, ojos risueños y astutos, y una boca y una barbilla firmes. Sir Richard fue a saludarla, pero antes de que pudiera hacerlo el comandante se adelantó:

—¡Bueno, señora! Ha venido a ver a sir Richard, ¿verdad? Supongo que no esperaba encontrarme aquí.

—No —replicó la dama con serenidad—. Pero como creo que, en el futuro, vamos a coincidir más de una vez y tendremos que aparentar cierta cordialidad, podemos ir empezando. ¿Cómo está usted, comandante?

—¡Me sorprende, señora! ¡Qué frialdad! ¿Está enterada de que su hijo se fugó con mi hija?

—Sí. Piers me dejó una carta para informarme de lo ocurrido.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Daubenay, derrotado por la entereza de la dama.

—No podemos hacer más que aceptar el suceso con toda la elegancia que podamos —repuso ella, sonriendo—. A usted no le gusta esa unión, tampoco a mí, pero perseguir a la joven pareja o hacer pública nuestra desaprobación sólo servirá para que quedemos en ridículo. —Lo miró de arriba abajo con gesto burlón, pero el comandante parecía tan conmovido que la mujer se ablandó y le tendió una mano—. ¡Vamos! ¿No cree que ya va siendo hora de enterrar el hacha? No deseo distanciarme de mi único hijo, y dudo que usted quiera repudiar a su hija.

—¡No sé qué decir! ¡Estoy muy confundido! —exclamó el hombre, estrechándole la mano sin entusiasmo—. ¡Se han portado muy mal con nosotros, muy mal!

—Sí, tiene razón —admitió ella con un suspiro—. Pero quizá nosotros también nos hayamos portado mal con nuestros hijos.

Eso fue demasiado para Daubenay, cuyo semblante empezó a encenderse otra vez.

—¡No lo provoque más, señora, se lo ruego! —intervino Cedric con premura.

—¡Cállese! —le espetó el comandante—. Pero usted ha venido a ver a sir Richard Wyndham, señora. ¿Cómo es eso?

—Vengo a tratar con él sobre otro asunto —replicó ella. Le echó una ojeada a Cedric; luego miró al otro hombre y añadió—: Y usted debe de ser sir Richard Wyndham.

Éste la saludó con una inclinación de cabeza.

—A sus pies, señora. Permítame presentarle al señor Brandon.

—¡Ya decía que su cara me resultaba familiar! —exclamó la dama, volviendo a mirar a Cedric—. No sé qué decir, señor, excepto que no tengo palabras para expresarle mi aflicción.

—Por mí no se aflija, señora —repuso Cedric, sorprendido—. Le ruego me disculpe por mi aspecto. El caso es que no estoy acostumbrado a madrugar tanto.

—Creo que lady Luttrell se refiere a la muerte de Beverley —apuntó sir Richard con aspereza.

—¿A Bev? ¡Ah, claro! Sí, qué asunto más espantoso. ¡Nunca me había llevado una sorpresa semejante!

—Me produce gran consternación que haya sucedido algo tan terrible mientras su hermano era huésped en mi casa —dijo lady Luttrell.

—¡No se preocupe, señora! No fue culpa suya. Siempre pensé que Beverley acabaría mal. Habría podido pasar en cualquier sitio.

—¡Su insensibilidad resulta vergonzosa! —proclamó el comandante cogiendo su sombrero—. No permaneceré ni un minuto más presenciando esta exhibición de cruel indiferencia.

—¿Alguien le ha pedido que se quede? —replicó Cedric—. ¿Acaso no llevo media hora intentando convencerlo para que se marche? ¡Jamás había conocido a alguien tan insensible!

—Acompaña al comandante Daubenay hasta la puerta, Ceddie —pidió sir Richard—. Creo que lady Luttrell necesita hablar conmigo en privado.

—¡Tan en privado como desees, amigo mío! ¡Encantado de conocerla, señora! ¡Usted primero, comandante! —Hizo una reverencia y un floreo señalando la puerta, guiñó un ojo a Wyndham y salió del salón.

—¡Qué granuja tan encantador! —comentó lady Luttrell—. Confieso que su hermano Beverley no me resultaba nada simpático.

—La mayoría opinábamos como usted, señora. ¿No quiere sentarse?

Ella tomó asiento en la butaca que él le ofrecía y le dirigió una mirada penetrante.

—Bueno, sir Richard, supongo que se preguntará a qué he venido.

—Creo que ya lo sé.

—Entonces no hará falta que me ande por las ramas. Tengo entendido que viaja usted con un joven caballero. Su primo, según comentan. Un joven caballero que, de creer a mi doncella, responde al nada corriente nombre de Pen.

—Sí. Eso deberíamos haberlo cambiado.

—¿Pen Creed, sir Richard?

—Así es, señora. La misma.

—Un poco raro, ¿no le parece? —repuso la dama sin desviar la mirada del impasible semblante de Wyndham.

—Un poco fantástico, diría más bien. ¿Puedo saber cómo obtuvo esa información?

—Por supuesto. Hace poco recibí la visita de la señora Griffin y su hijo, quienes, al parecer, esperaban encontrar a Pen en mi casa. Me contaron que la joven había escapado de su casa por la ventana, vestida con la ropa de su primo. Eso me pareció muy propio de la señorita Creed. Pero ella no estaba en mi casa, sir Richard. Hasta esta mañana mi doncella no me mencionó a un muchacho de cabello rubio que se alojaba con su primo (usted, sir Richard) en esta posada. Por eso vine. No me cabe duda de que comprenderá que sentí cierta aprensión.

—Desde luego. Pero Pen ya no está conmigo. Se ha marchado a Bristol esta mañana, y calculo que a estas horas debe de hallarse en la diligencia camino de Londres.

—¿Eso resulta aún más sorprendente! —exclamó la dama, arqueando las cejas—. Espero que satisfará usted mi curiosidad, señor.

—Es evidente que se lo debo —admitió él, y con tono sereno y monótono le relató cuanto había ocurrido desde que Pen cayera en sus brazos desde aquella ventana.

La dama lo escuchó en silencio, muy atenta y sin dejar de mirarlo. Cuando el caballero hubo concluido, ella permaneció callada un momento, observándolo con aire pensativo.

—¿Se afligió mucho Pen al averiguar que mi hijo estaba locamente enamorado de Lydia Daubenay? —preguntó al fin.

—No me lo pareció.

—¡Oh! ¿Y dice que mi hijo se mostró muy conmovido por la aparente incorrección de la situación de la señorita Creed?

—Sí, como es lógico. Aunque me habría gustado que no hubiera expresado su desaprobación tan abiertamente. Pen es muy joven. No se le había ocurrido que hubiera nada inconveniente en su situación.

—Piers no tiene ni pizca de tacto. Supongo que le diría a Pen que usted debía casarse con ella para salvaguardar su honor.

—Así es, y tenía razón.

—Perdóneme, pero ¿propuso usted matrimonio a la chica porque creía que su honor estaba comprometido?

—No; le pedí que se casara conmigo porque la amo, señora.

—¿Y se lo dijo, sir Richard?

—Sí. Pero no me creyó.

—¿No será que hasta ese momento no le había dado motivos para pensar que se había enamorado de ella?

—Señora —repuso él con un deje de impaciencia—, Pen estaba a mi cargo en una situación sumamente delicada. ¿Acaso me considera capaz de haber abusado de la confianza de la joven cortejándola?

—No —respondió ella, y esbozó una sonrisa—. Por lo poco que lo conozco, supongo que la trató como si realmente fuera su tío.

—Con el resultado de que ahora así es como me contempla —explicó él con amargura.

—¿Está seguro? —replicó la dama, cortante—. Permítame decirle que las jovencitas no suelen ver a los hombres de veintinueve años como usted, con su porte, su cara y sus modales, como tíos.

—Gracias. Pero Pen no es una jovencita cualquiera —aseguró sir Richard, y se ruborizó levemente.

—Pen debe de ser entonces una jovencita muy rara, si pasó todo ese tiempo en su compañía sin sucumbir a unos encantos de los que usted debe de ser tan consciente que no tengo reparos en mencionarlos. Considero censurable su conducta al ayudarla a escapar de su casa, pero, dado que estaba usted borracho en ese momento, supongo que debemos disculparle. No le reprocho nada de lo que haya hecho desde que se encontró en la diligencia; es más, se comportó usted de una forma que, sinceramente, si yo tuviera veinte años menos, me haría envidiar mucho a Pen. Por último, si ella no pasó toda la noche llorando con desconsuelo, es que no conozco a las mujeres. ¿Dónde está esa carta que le dejó? ¿Puedo verla?

—Léala si quiere —ofreció él, sacándola del bolsillo—. No contiene nada que no puedan ver otros ojos.

Lady Luttrell tomó la carta y la leyó.

—¡Lo que me imaginaba! —declaró, devolviéndosela—. ¡Está desconsolada, pero decidida a que usted no se entere! Sir Richard, para ser un hombre con experiencia, es muy bobo. ¡Seguro que no la besó!

—¿Cómo iba a besarla en tales circunstancias? ¡Pen rechazó hasta la idea de casarnos! —Y ante la inesperada acusación no pudo contener una risotada.

—¡Porque creyó que le había propuesto matrimonio por compasión! ¡Por supuesto que la rechazó!

—¿Habla en serio, lady Luttrell? ¿De verdad cree...?

—¿Que si lo creo? ¡Estoy convencida! Sus escrúpulos eran muy nobles, no lo dudo, pero ¿cómo iba a entenderlos una cría de la edad de Pen? A ella le trae sin cuidado su valioso honor, y supongo (¡no, estoy segura!) que confundió su paciencia con mera indiferencia. Y como resultado ha vuelto a casa de su tía, y muy probablemente la obligarán a casarse con su primo.

—¡No, eso no! —saltó sir Richard, echando una ojeada al reloj de la repisa de la chimenea—. Lamento mucho tener que dejarla, señora, pero, si quiero alcanzar la diligencia antes de que llegue a Chippenham, debo partir cuanto antes.

—¡Excelente! —convino la dama riendo—. ¡No se preocupe por mí! Pero ¿qué piensa hacer con Pen cuando intercepte la diligencia?

—¡Casarme con ella! ¿Qué otra cosa esperaba?

—¡Dios mío, sólo confío en que no se le ocurra llevarla a Gretna Green, como el insensato de mi hijo! Será mejor que la traiga a Crome Hall.

—¡Gracias, señora! ¡Así lo haré! —repuso él con una sonrisa que a ella le pareció irresistible—. Estoy en deuda con usted.

Sir Richard lanzó un beso al aire y salió del salón llamando a Cedric a gritos.

Éste, que se hallaba desayunando en el comedor, apareció en el vestíbulo.

—¡Que el diablo te lleve, Ricky! ¡Eres más impaciente que ese insoportable amigo tuyo! ¿Qué pasa ahora?

—Ceddie, ¿ayer viniste con tus propios caballos?

—Por supuesto. Pero ¿por qué?

—Los necesito.

—Mira, he de volver a Bath para recuperar el collar antes de que se descubra que los diamantes son falsos.

—Llévate la calesa del posadero. Necesito un par de caballos rápidos.

—¿La calesa del posadero? —repitió Cedric, horrorizado—. ¡Debes de estar loco, Ricky!

—No, no lo estoy. Tengo que alcanzar la diligencia de Londres para recuperar a esa mocosa. Sé bueno y pide que enganchen los caballos de inmediato.

—Está bien —cedió su amigo—. Si no hay más remedio... Pero te advierto que no me contentaré con una compensación de tacaño.

—¡Tendrás lo que quieras! —le prometió sir Richard, subiendo ya por la escalera.

—¡Loco! ¡Loco de atar! —sentenció Cedric con desesperación, y llamó a un mozo de cuadra.

Diez minutos más tarde, los animales estaban enganchados al carrocín del honorable Cedric, y sir Richard salía al patio poniéndose los guantes.

—¡Estupendo! Confiaba en que hubieras traído contigo los zainos.

—Si se lastiman...

—Ceddie, ¿vas a darme lecciones?

Éste, que todavía iba ataviado con su exótico batín, se apoyó en la jamba de la puerta y sonrió.

—Vas a destrozarlos. ¡Te conozco!

—Si los lastimo, te regalaré mis propios rucios —prometió sir Richard cogiendo las riendas.

—¿Regalarme tus rucios? ¡No serías capaz!

—No temas: no tendré que hacerlo.

Cedric chascó la lengua y se quedó mirando cómo su amigo se encaramaba al pescante. Entonces lo distrajo un alboroto a su espalda: al volverse vio a la señora Hopkins, que entraba en la posada por la puerta principal seguida de un individuo corpulento con un abrigo de lana y un sombrero de ala ancha. La mujer, muy agitada, se dejó caer en una butaca y con locuacidad explicó al desconcertado posadero que jamás se había asustado tanto y que no se recuperaría ni en un año.

—¡Se lo estaba llevando un agente de Bow Street, Tom! —exclamó entre jadeos—. ¡Con lo inocente que parecía el muchacho!

—¿Qué muchacho? —preguntó su esposo.

—¡Ese pobre caballero, el primo de sir Richard! Delante de mis propias narices, Tom, ¡imagínate! ¡Y entonces el muchacho se escapó, de lo cual me alegro, digan lo que digan, incluido el señor Gudgeon, porque no había conocido a ningún joven tan educado, y yo también soy madre, y tengo corazón, aunque otros carezcan de él, sin nombrar a nadie y sin ánimo de ofender!

—¡Menudo embrollo! —exclamó Cedric captando lo esencial de los comentarios de la posadera—. ¡Espera, Ricky!

Los zainos estaban impacientes.

—¡Apártate! —ordenó sir Richard al mozo.

—El agente Gudgeon ha venido porque quiere ver a sir Richard y sobre todo al señor Brandon, así que no tuve más remedio que traerlo en el tálburi, aunque ya sabes, Tom, que no quiero en mi casa a agentes de Bow Street ni a personajes de ese estilo —prosiguió la señora Hopkins.

—¡Ricky! —gritó Cedric saliendo al patio—. ¡Espera! ¡Ese sabueso está aquí y se va a armar un buen lío!

—¡Ingéniate las como puedas! —le gritó su amigo por encima del hombro, y partió sin más.

—¡Espera! ¡Estás loco! —rugió Cedric.

Pero el carrocín ya se había perdido de vista. Entonces el mozo de cuadra preguntó si debía correr tras él.

—¿Correr detrás de mis zainos? —soltó Cedric con burla—. ¡Necesitarías alas, no piernas, para alcanzarlos! —Y volvió a la posada, donde se topó en el umbral con

lady Luttrell, que había salido al oír los gritos.

—¿Qué ocurre, señor Brandon? Parece usted muy alterado.

—¿Que qué pasa, señora? Pues mire, que Richard se ha marchado a perseguir la diligencia de Londres y que el agente de Bow Street ha detenido a esa chiflada en Bristol.

—¡Dios mío, qué horror! —exclamó la dama—. ¡Hay que avisar a sir Richard a toda costa! ¡Hay que rescatar a esa muchacha!

—Bueno, al parecer se puso a salvo sola —aclaró Cedric—. Pero quién sabe dónde puede estar ahora. Sin embargo, me alegro de que haya llegado el agente; estaba harto de buscarlo.

—Pero ¿no hay forma de detener a sir Richard? —preguntó lady Luttrell, angustiada.

—No, señora. ¡Ya debe de estar llegando al camino de Londres!

Esa afirmación no era del todo exacta. Sir Richard, que había salido de Queen Charlton al mismo tiempo que la señorita Creed subía a la diligencia en Kingswood, decidió tomar el camino de Bath en lugar del que llevaba a Keynsham, y desde allí continuar hacia el norte por Oldland para llegar al camino de Bristol a la altura de Warmley. Su experiencia en diligencias no le hacía confiar en que pudieran recorrer más de doce kilómetros en una hora, así que calculó que si el coche había salido de Bristol a las nueve en punto, lo cual parecía probable, no alcanzaría el cruce de los caminos de Bath y Bristol hasta mediodía como muy pronto. Los zainos del honorable Cedric, en cambio, que tiraban de un carrocín muy ligero, llegarían mucho antes a Chippenham, con la ventaja de que sir Richard conocía bien el camino de Bath.

Los caballos, que parecían haberse alimentado exclusivamente de avena, estaban en plena forma. Quizá no fueran fáciles de manejar, pero como era un conductor excelente eso no le causaba problemas, y estaba tan satisfecho con su paso y su resistencia que empezó a plantearse seriamente la idea de comprárselos a su amigo. Tuvo que frenarlos y obligarlos a avanzar a un paso más tranquilo cuando llegó a las concurridas calles de Bath, pero una vez salió de la ciudad, los dejó galopar por el tramo recto hasta Corsham, hasta que llegó por fin a Chippenham, donde le comunicaron que todavía faltaba al menos una hora para la llegada de la diligencia de Bristol. Entonces se dirigió a la mejor casa de postas, supervisó el cuidado de los zainos y encargó el desayuno. Tras dar cuenta de un plato de huevos con jamón y beberse dos tazas de café, hizo enganchar de nuevo los caballos y se dirigió hacia el este por el camino de Bristol, a paso tranquilo, hasta que llegó a una encrucijada donde un letrero gastado señalaba Nettleton y Acton Turville hacia el norte, y Wroxham, Marshfield y Bristol hacia el oeste. Allí detuvo el carrocín y se dispuso a esperar.

La diligencia no tardó mucho en aparecer. La vio tomar una curva del desierto camino: un monstruo verde y dorado, bamboleándose en el centro de la calzada, con media docena de pasajeros en el techo, el portamaletas rebosante de equipaje y el guardia sentado detrás con la corneta en la mano.

Sir Richard atravesó el carrocín en el camino, ató las riendas y saltó del pescante. Los zainos ya estaban un poco más tranquilos y no había peligro de que salieran en estampida.

Al encontrar el paso cortado, el cochero de la diligencia refrenó sus caballos e, indignado, preguntó al caballero a qué estaba jugando.

—¡No es ningún juego! —repuso sir Richard—. Lleva usted a un fugitivo en el coche, de modo que sólo cuando me lo haya entregado podrá seguir su camino.

—Ah, ¿sí? —replicó el cochero, perplejo, pero en absoluto aplacado—. ¡Menudas cosas pasan en los caminos del rey!

Uno de los pasajeros —un tipo de rostro colorado con patillas muy pobladas— asomó la cabeza por la ventanilla para averiguar el motivo de aquella inesperada parada; el guardia bajó entonces del techo a fin de discutir con sir Richard, mientras Pen, apretujada entre un gordo granjero y una mujer que no paraba de sorberse la nariz, temió de pronto que el agente de Bow Street la hubiera encontrado. Las palabras del guardia («¡Vaya! ¡Ya sospeché de él en cuanto subió en Kingswood!») no contribuyeron a disipar sus temores. Pálida y asustada, miró hacia la portezuela en el preciso instante que ésta se abría y bajaban el estribo.

Entonces, cuando la alta e inmaculada figura de sir Richard apareció en el hueco, Pen emitió un sonido involuntario, entre chillido y gemido; primero enrojeció, a continuación palideció y al final sólo consiguió pronunciar una palabra:

—¡No!

—¡Aja! ¡Estás aquí! ¡Sal ahora mismo, amiguito!

—¡Jamás había visto nada parecido! —exclamó la mujer sentada junto a Pen—. ¿Qué hizo, señor?

—Escaparse del colegio.

—¡No... no es ve... verdad! —balbuceó la joven—. ¡No me iré co... con usted!

Sir Richard metió la cabeza en el coche y, cogiendo a Pen de una mano, dijo:

—¿Que no? ¡No te atrevas a desafiarme, mocoso!

—¡Tranquilo, señor! —intervino un pasajero de aire bonachón—. El muchacho es muy educado, y no veo que haya necesidad de amenazarlo. Muchos de nosotros quisimos escaparnos del colegio, ¿no?

—Ya, pero usted no sabe de la misa la media —aseguró sir Richard con descaro—. Ya sé que parece un muchacho inocente, mas si le enumerara sus delitos se caería usted de espaldas.

—¿Cómo se atreve? —protestó Pen, indignada—. ¡No es verdad! ¡Miente!

A esas alturas, los ocupantes del coche se habían alineado en dos bandos: varios declararon que habían sospechado desde el principio que el joven pilluelo se había escapado, mientras que los otros exigían saber quién era sir Richard y qué derecho tenía a obligar al joven caballero a apearse de la diligencia.

—¡Todo el derecho del mundo! —proclamó sir Richard—. Soy su tutor. Es más, se trata de mi sobrino.

—¡No es cierto! —soltó Pen.

Cuando él la miró, el brillo de sus risueños ojos hizo que a la joven le diera un vuelco el corazón.

—Ah, ¿no? A ver, mocoso, si no eres mi sobrino, ¿quién eres?

—Richard, eres... eres un... ¡un traidor! —repuso entre cortadamente una Pen atónita.

Incluso el hombre bonachón parecía pensar que la pregunta del dandi exigía una respuesta. Pen miró, desesperada, a su alrededor, pero no encontró más que caras de desaprobación o interrogantes. Entonces miró con odio a sir Richard.

—¿Y bien? —preguntó éste, inexorable—. ¿Eres mi sobrino o no?

—¡Sí! ¡No! ¡Ay, te detesto! ¡No serás capaz!

—Sí lo seré. ¿Vas a apearte o no?

Un individuo con una chaqueta de color ciruela aconsejó al caballero que diera una azotaina al pequeño granuja. Pen miró a sir Richard, reparó en la determinación que traslucía la jovialidad de su semblante y acabó por ceder: se levantó y salió del abarrotado coche.

—Cuando haya terminado, señor, ¿tendría la amabilidad de apartar su carrocín? —pidió el cochero con sarcasmo.

—¡No puedo volver, Richard! —protestó Pen en voz baja—. Ese agente me atrapó en Bristol, y me escapé de él por los pelos.

—Ah, debía de ser eso lo que Cedric trataba de explicarme —comentó él mientras caminaba hacia los zainos para apartarlos del camino—. Así que te detuvieron, ¿eh? ¡Qué gran aventura, pequeña mía!

—Y me dejé tu bolsa de viaje en Bristol, y es inútil que intentes llevarme contigo, porque no iré. ¡No iré! ¡No iré, no iré, no iré!

—¿Por qué no? —preguntó sir Richard volviéndose para mirarla.

Ella no supo qué contestar. La mirada de él la hizo ruborizarse de nuevo, al tiempo que sentía que el mundo giraba vertiginosamente alrededor. A sus espaldas, el guardia de la diligencia, que había subido el estribo y cerrado la puerta, se encaramó en el techo refunfuñando. La diligencia se puso en movimiento lentamente. Aunque las ruedas casi le rozaron el abrigo, la joven no se dio cuenta.

—Richard, tú... ¡no me quieres! ¡Es imposible! —dijo, titubeante.

—¡Querida mía! ¡Mi querida y absurda pequeña!

El coche ya avanzaba por el camino; y en la siguiente curva los pasajeros que viajaban en la cubierta se volvieron para contemplar por última vez a aquella extraña pareja, y se llevaron tal conmoción que uno de ellos estuvo a punto de perder el equilibrio y caer a la calzada. El dandi tenía abrazado al muchacho de cabello dorado y lo besaba apasionadamente.

—¡Madre de Dios! ¿Adónde iremos a parar? —exclamó uno de ellos—. ¡Jamás había visto nada parecido!

—¡Richard, Richard, están mirándonos! —protestó Pen entre risas y lágrimas.

—¡Que nos miren! —repuso el galán.



GEORGETTE HEYER nació en Wimbledon, Londres, en 1902. A los quince años, para entretener a su hermano convaleciente, Georgette Heyer comenzó a relatarle historias inspiradas en la baronesa Orczy, autora de *La Pimpinela Escarlata*. Animada por su padre, Georgette volcó al papel sus relatos, hasta que en 1921, con sólo diecinueve años, publicó su primera novela, *The black moth (La polilla negra)*, dando comienzo a una carrera literaria colmada de éxitos. A partir de entonces y hasta 1973, un año antes de su muerte, Georgette Heyer escribió sin descanso un bestseller tras otro, convirtiéndose en sustento principal de su familia tras la muerte de su padre. En una Inglaterra marcada aún por la estricta moral victoriana, Heyer situó casi toda su obra en el periodo de la Regencia, época precedente a la reina Victoria que se caracterizó por un cierto relajamiento de las costumbres en la clase aristocrática. Celosa de su intimidad, Georgette Heyer jamás concedió entrevistas y contestó únicamente las cartas de los lectores que planteaban alguna cuestión histórica interesante sobre su obra. Su éxito constante a lo largo de medio siglo y su vigencia actual —sus libros siguen disponibles en las librerías de medio mundo— la confirman como un fenómeno literario único en la literatura inglesa del siglo xx, admirada por escritoras de la talla de A.S. Byatt y Margaret Drabble. Sus numerosos lectores, siempre en aumento, disponen en www.georgetteheyer.com de abundante documentación sobre su obra y una exhaustiva bibliografía, junto con opiniones de expertos sobre el contexto histórico de las novelas, foros de debate y muchos otros artículos de interés.